



J. A. B. BEAUMONT
VIAJES POR BUENOS AIRES,
ENTRE RIOS Y LA
BANDA ORIENTAL
(1826 - 1827)



COLECCIÓN "EL PASADO ARGENTINO"

dirigida por

GREGORIO WEINBERG

J. A. B. BEAUMONT

VIAJES POR BUENOS AIRES,
ENTRE RIOS Y LA BANDA
ORIENTAL (1826-1827)

Estudio Preliminar de
SERGIO BAGÚ

Traducción y Notas de
JOSÉ LUIS BUSANICHE

LIBRERÍA HACHETTE S. A.
BUENOS AIRES

Título del original inglés:

TRAVELS / IN / BUENOS AIRES, / AND /
THE ADJACENT PROVINCES / OF / THE RIO
DE LA PLATA / WITH / OBSERVATIONS, /
INTENDED FOR / THE USE OF PERSONS WHO
CONTEMPLATE EMIGRATING / TO THAT
COUNTRY; / OR, / EMBARKING CAPITAL IN
ITS AFFAIRS. / BY J. A. B. BEAUMONT,
ESQ. / LONDON: / JAMES RIDGWAY, PI-
CADILLY. / MDCCCXXVIII.

El dibujo de la tapa fué realizado por Páez
Torres según un dibujo de E. E. Vidal

Hecho el depósito que determina la ley nº 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

ESTUDIO PRELIMINAR

1

A COMIENZOS del siglo XIX, era Londres el centro financiero más importante del mundo. Había allí abundantes capitales disponibles para la exportación, a los cuales la independencia de los países de América latina abrió un vasto mercado. Paralelamente con el intercambio comercial, se inició entonces una caudalosa corriente de inversión de capital británico en los nuevos países. Una parte importante tomó la forma de empréstitos a los gobiernos, colocados por banqueros londinenses y suscriptos por capital privado. Otra parte dió lugar a la constitución de sociedades, sobre todo anónimas, dedicadas a distintas actividades comerciales e industriales en América latina.

Es época de rápido ascenso capitalista y febril especulación en la capital británica. No pocos de los empréstitos y de las emisiones de acciones estuvieron precedidos por una propaganda exuberante y los inversores, pequeños y grandes, se suscribían sin tener más que muy remotas —y a veces fantásticas— nociones de los países cuyos nombres estaban vinculados a la iniciativa. Todos los elementos se concertaban para hacer incierta la suerte de esas inversiones. Los intereses establecidos eran exorbitantes y la forma de pago extorsiva.

Las empresas se iniciaban sin ningún estudio orgánico de la actividad respectiva. Los países que recibían esos primeros capitales estaban, algunos, envueltos aún en la guerra de la independencia; o acababan, otros, de salir de ella maltrechos, desorganizados y empobrecidos; o se debatían en las luchas civiles; o en la anarquía e incapacidad políticas y administrativas. El dinero de los empréstitos no se empleaba en obras que estimularan el desarrollo económico, sino en cubrir déficit o en comprar armas para la guerra. Algunas de las empresas comerciales e industriales organizadas en el continente europeo no pudieron siquiera iniciar sus operaciones en los países nuevos, ya sea por errores fundamentales de concepción, o bien porque no pudieron vencer las dificultades que surgían de la inestabilidad política y económica. El cuadro puede completarse recordando que en los países de América latina no se contaba ni aún con ciertos factores fundamentales del desarrollo económico, como la moneda, la organización bancaria, el conocimiento de algunas prácticas comerciales básicas y cierto mínimo de honestidad profesional en los hombres vinculados al manejo de los capitales, mientras en los grandes centros financieros e industriales de Europa —Londres inclusive— la avidez por las ganancias rompía el saco a cada paso y aparecían y desaparecían las empresas más quiméricas destinadas a absorber el dinero disperso.

Para estimular a los inversores británicos y europeos, se hicieron, en pocos lustros, múltiples publicaciones en Gran Bretaña y otros países del continente viejo, en forma de artículos periodísticos, de folletos o libros. El tema latinoamericano ocupó un lugar de cierta importancia en la bibliografía europea, aunque no sólo, por supuesto, debido a estos motivos. Cuando comenzaron a producirse los primeros fracasos, se dejó también testimonio escrito de ellos y apareció entonces

otro tipo de libro y de artículo periodístico: el de tono peyorativo y pesimista, concebido como advertencia a los inversores incautos. Es muy posible que las obras de esta última categoría fueran utilizadas en los mercados de Londres, Amsterdam o París como arma de combate para desviar el rumbo de las inversiones, pero, cualquiera haya sido la magnitud de los primeros fracasos o el ambiente de escándalo que rodeó la quiebra de algunas sociedades europeas, el mercado de América latina se fué haciendo más importante y la corriente de inversiones no sólo continuó, sino que aumentó.

Este libro de John A. B. Beaumont estuvo, en su momento, destinado a participar en esa polémica que se iniciaba en el mercado londinense. Venía a manifestarse en contra de las inversiones y, aunque sólo fuera por eso, tiene para el lector rioplatense un interés muy particular.

Ignacio Núñez había publicado en Londres, en 1825, una obra que constituye la otra clave para la comprensión de esta polémica. Núñez era secretario de la representación diplomática argentina en la capital británica y su libro —*Noticias históricas, políticas y estadísticas de las Provincias del Río de la Plata*— apareció en castellano, inglés, francés y alemán, con el evidente propósito de estimular las inversiones de capital y la inmigración a nuestras regiones. Beaumont le cita a cada paso en sus páginas, siempre con entonación sarcástica y su preocupación por refutarle pone de manifiesto que el libro de Núñez estaba cumpliendo en Europa con eficacia la función de propaganda que el gobierno de Buenos Aires le había asignado. De las mismas páginas de Beaumont surgen los nombres de otros autores —ingleses éstos— que también participaban en aquellos días de la polémica. Algunos, a favor de los países sudamericanos; otros, en contra.

El libro de Beaumont habla, además, de otro tema del más

vivo interés para los argentinos —el de la inmigración—. Fué el autor uno de los pioneros de la inmigración y colonización en tierras del Río de la Plata, como que la empresa a la cual perteneció estuvo dedicada a traer colonos ingleses a estos lugares. Los dos tópicos —inversión e inmigración— se nos aparecen estrechamente enlazados en los primeros lustros de existencia nacional independiente y el lector observará que el mismo Beaumont, preocupado, al parecer, sobre todo por el destino de la inmigración, lo está mucho más por el fracaso de la empresa en que se embarcó.

Estas primeras luchas del capital europeo en América latina y estas primeras polémicas en torno a los temas señalados se desarrollaban con todo el fuego que siempre acompaña la defensa de los intereses materiales inmediatos y las partes echaban mano de todos los recursos que encontraban disponibles. También entonces las opiniones se compraban y se vendían, no digo aquí en la inorgánica América —tierra de picaros, según Beaumont— sino en Europa y en Londres mismo, adonde regresa el autor como a puerto de moralidad y esperanza. Las opiniones de la prensa europea relativas a la independencia de los países latinoamericanos, primero, y de la inmigración, después, tuvieron un precio en dinero para el gobierno de Buenos Aires, que éste parece haber pagado sin mayores escrúpulos.

A Hullet Hermanos y Compañía, agentes comerciales del gobierno de Buenos Aires en Londres, les anuncia Rivadavia, Ministro entonces de Gobierno y Relaciones Exteriores de la provincia, en carta del 12 de septiembre de 1821: "Al mismo tiempo, se presenta innecesario el continuar la asignación de mil quinientos pesos, o trescientas libras esterlinas, que fueron asignadas para influir sobre los papeles públicos de esa Capital en favor de la causa de América. Esta se halla ya fuera

de tales necesidades" (*Documentos para la Historia Argentina*, publicados por la Facultad de Filosofía y Letras, t. XIV, pág. 47). A los mismos agentes vuelve a escribir Rivadavia el 13 de diciembre de 1822, durante la larga tramitación con la empresa de Beaumont sobre el viaje de los colonos ingleses: "Está también el Ministro encargado de pedir a los Sres. Hullet traten prontamente de hacer insertar, por cuenta de este Gobierno, en los principales diarios de Inglaterra, Francia y otros puntos capitales, tanto las bases que van detalladas en la comunicación al Sr. Beaumont sobre terrenos, como todas las demás proposiciones que se hacen en ésta a favor de las familias que quisiesen emigrar, haciendo también publicar artículos que estimulen al fomento de esta emigración, del modo que dichos Sres. conocerán muy bien que es capaz de producir el efecto que este Gobierno se propone, en la seguridad de que se han de cumplir religiosamente todas las condiciones a que se liga o ligase en sus comunicaciones oficiales" (*Ibidem*, t. XIV, pág. 166).

2

A la iniciativa y a la autorizada traducción del profesor Busaniche deberán los lectores rioplatenses el conocimiento de esta obra que, agotada por completo desde hace mucho en Europa y América, había pasado a constituir una verdadera rareza bibliográfica. La colección que la da a conocer, agrega, así, un título de gran valor a los muchos con que ha contribuído a ampliar el horizonte histórico y literario de nuestro pueblo de ambas márgenes del Plata.

El de Beaumont es un libro peculiar, en el que coinciden algunos defectos y virtudes para hacerlo de lectura singular-

mente interesante. Arisco y combativo, el autor entremezcla sus dotes de observador astuto con su condición de pleitista convencido de la justicia de su causa. Viaja, discute, protesta, sigue viajando y protestando, anota todo lo malo que ve, mucho de lo bueno y se olvida de otras cosas que, de momento, le parece mejor no mencionar. Claro que hay contradicciones e inexactitudes en sus páginas y el profesor Busaniche las señala en varias ocasiones, pero surge de ellas una pintura de ambiente de indudable valor documental. Es el cuadro de una sociedad inorgánica y pobre, con instituciones vacilantes y con algunos políticos y hombres de negocios deshonestos, que cometían aquí las mismas trapacerías que sus colegas en Europa durante aquellos años.

Escritor sagaz y ameno, hay en sus páginas de todo, desde un harto curioso estudio comparativo de la pulga rioplatense y la inglesa, hasta datos meteorológicos. Ante el lector desfila todo un amplio cuadro de costumbres, saturado de detalles pintorescos y a veces humorísticos, que comunican a la narración particular amenidad y considerable interés anecdótico.

Su rendida admiración por las porteñas y su manifiesta hostilidad hacia el sector masculino de la población nacional nos hacen pensar, sin excesiva malicia, que si las convenciones morales de su país se lo hubieran permitido, Beaumont, que estuvo más de un año por estas tierras, pudo haber agregado agitadas páginas autobiográficas de valor en la literatura amorosa. Lo mucho que aún había de primitivo en las costumbres y la rapidez con que este viajero inglés, afecto a Shakespeare, echaba mano de sus pistolas —con las cuales a menudo obtiene un servicio o la disminución de un precio— revelan que había cierta concomitancia entre el escenario y el personaje, porque ni aquél era apto para la palabra sedosa y los argumentos ju-

rídicos, ni éste sentía predilección por la dialéctica en los casos que podían ser decididos con mayor rapidez por sus armas.

No podría un crítico severo determinar la dosis que hay en estas páginas de verdad careciendo del testimonio de las otras partes, a las que el autor presenta siempre en infracción. Pero, sabiendo leer con sentido crítico y sin preocuparse demasiado por acertar si en cada caso preciso la razón estuvo de una parte o de la otra, de este libro puede extraerse un panorama social de positiva importancia para comprender la época.

No deja de sorprender el acierto con que Beaumont censura la política indigenista de los gobernantes de Buenos Aires. No había en éstos ningún propósito de acercarse a la población indígena en actitud de comprensión y colaboración, y quizá en ellos fué esa política aún menos reproable que en los gobiernos posteriores, inclusive en los de la segunda mitad del siglo XIX. El indígena fué considerado el enemigo, el ladrón de ganado, la amenaza permanente contra la frontera. Contra él se envió el ejército. Beaumont tiene frases sarcásticas sobre esa política, que no carecen de justificativo.

Curiosas han de ser para el lector en las páginas finales, ya embarcado el empresario inglés de regreso, las consideraciones que hace sobre la Banda Oriental y sobre la conveniencia de que las costas del gran río estén en poder de diferentes potencias. Aún no había terminado la guerra entre Argentina y Brasil. ¿Fué sólo sagacidad de observador en este hombre de negocios británico, o conocimiento de los planes de la diplomacia de su país?

3

La empresa de Beaumont —de los Beaumont, debemos decir— está vinculada a uno de los primeros capítulos de la historia de la inmigración en Argentina. Es importante señalar

que los gobiernos argentinos tuvieron la intención de atraer inmigrantes europeos en años en que la inmigración apenas comenzaba, tímidamente, en Estados Unidos. La primera estadística de la entrada de extranjeros se levanta en el país del norte en 1820, cuando ingresaron 8.385 personas en esas condiciones. En años anteriores, el número debe haber sido muy reducido y, en realidad, hasta 1832 —cuando ingresan 60.482 inmigrantes— no puede hablarse de inmigración en masa. En Buenos Aires, hay un decreto del Primer Triunvirato del 4 de septiembre de 1812, cuyo artículo 1° establece que “el Gobierno ofrece su inmediata protección a los individuos de todas las naciones, y a sus familias que quieran fijar su domicilio en el territorio del Estado, asegurándoles el pleno goce de los derechos del hombre en sociedad, con tal que no perturben la tranquilidad pública, y respeten las leyes del país”.

La acción positiva se inicia algunos años después. Una de las tareas que Rivadavia realiza en Europa es la de estudiar la forma de promover la inmigración. Rivadavia le envía al Director Pueyrredón, el 9 de septiembre de 1818, desde París, una extensa carta sobre este tópico, que constituye un verdadero informe —con seguridad, el primero que se ha producido en Argentina sobre la materia— sobre las condiciones que deben llenarse para atraer inmigrantes europeos. Es un informe minucioso, en el que se habla de los gastos de viaje, extensión y condiciones de las tierras que serán destinadas a los inmigrantes, impuestos, servicio militar y, finalmente, un punto de gran importancia, que preocupó mucho a Rivadavia y le seguiría preocupando como gobernante: la absoluta libertad de cultos. Pensaban los hombres del Plata traer agricultores protestantes de los países septentrionales del continente europeo y era menester, previamente, asegurarles el respeto por sus creencias. Por cierto que Rivadavia, con su

mentalidad de estadista moderno, coloca rápidamente el problema dentro de un marco social y le transcribe a Pueyrredón el párrafo de Voltaire: "Si no hubiera más que una religión, sería de temer el despotismo; si fueran sólo dos, se degollarán mutuamente, pero como hay treinta, ellas viven en paz y felices" (*Páginas de un estadista*. Editorial Elevación, Buenos Aires, 1945, pág. 87).

Ocupando Rivadavia la cartera de Gobierno en la provincia de Buenos Aires, la iniciativa fué orientada hacia rumbos prácticos. La legislatura, a propuesta del poder ejecutivo, aprobó el 22 de agosto de 1821 una ley por la cual "queda facultado el gobierno para negociar el transporte de familias industriosas, que aumenten la población de la provincia" (*Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, Libro 1º, pág. 29). En septiembre del mismo año, el gobierno recibió una nota de John Thomas Barber Beaumont, fechada en Londres, en la cual le propone traer familias inglesas.

El firmante de esa carta era el padre del autor del libro. Rivadavia le contestó de inmediato —24 de septiembre de 1821—, pidiéndole que se pusiera en contacto con Hullet Hermanos y Compañía, agentes comerciales del gobierno de Buenos Aires en Londres y el mismo día escribía dos notas a estos agentes, encargándoles de las gestiones para el envío de inmigrantes (*Documentos para la Historia Argentina*, t. XIV, págs. 55, 52 y 54, respectivamente). Hacia algunos años, dice Rivadavia en la última de las notas, el mismo Beaumont se había dirigido al Director Supremo con una propuesta similar, pero no se tomó entonces ninguna resolución sobre el particular.

A partir de entonces se inicia una larga tramitación entre el gobierno, Beaumont y Hullet. Las comunicaciones llegaban a destino varios meses después de despachadas. Como se tra-

taba en ellas de cuestiones prácticas, cada respuesta a una pregunta daba lugar a nuevas preguntas. Beaumont pedía que se dieran a la sociedad en formación tierras en propiedad, donde la sociedad establecería a los colonos. Rivadavia contestaba explicando que había una ley que establecía que las tierras debían entregarse en enfiteusis, no en propiedad.

En cierto momento, Beaumont propone destinar parte del capital de la sociedad para adquirir tierras en propiedad, ya que el gobierno no está dispuesto a entregárselas en donación. Rivadavia envía entonces nuevas instrucciones a Hullet (24 de noviembre de 1823). El Ministro, dice allí, "juzga innecesario que este Sr. tome el medio que propone de comprar una hacienda, mucho más cuando no sería tan útil, ni para él, ni para la población, pues el Ministro está bien cierto que es a todos respectos preferible el que los recursos que había de emplear en la compra de tal hacienda sean destinados al más pronto envío de un mayor número de matrimonios que se establecieran ventajosamente en el país" (*Ibidem*, t. XIV, pág. 368).

En la misma fecha, el gobierno encomienda a dos hombres de negocios de Buenos Aires —Sebastián Lezica y José Agustín Lizaur— las gestiones en el continente europeo para traer inmigrantes de Escocia, Holanda, Alemania y "todo el Norte de aquel Continente". Las condiciones serían las mismas: tierras en enfiteusis y pago de los gastos de viaje al llegar a Buenos Aires (*Ibidem*, t. XIV, págs. 373 y 374). Lezica contrató con Beaumont y ya verá el lector que éste le acusa de serias irregularidades. En la misma época —4 de marzo de 1824— Rivadavia retoma una propuesta hecha en 1819 por Jacques y Charles Jorsell para traer colonos suecos, a quienes propone condiciones similares (*Ibidem*, t. XIV, págs. 468 y 469). Europeos protestantes eran casi todos éstos, principalmente agricultores.

Muy poco después —el 13 de abril de 1824— el gobierno constituyó una comisión especial, primer organismo especializado en la materia que existió en el país, para “proporcionar de Europa a los propietarios artistas del país, los trabajadores y artesanos que éstos soliciten bajo contrata” (*Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, t. IV, pág. 49).

Entre Ríos también había tratado de recibir inmigrantes y los primeros colonos que envía la sociedad constituida por los Beaumont se instalan en esa provincia. Parten éstos de Londres, según esta obra, en febrero de 1825 (pág. 143 de esta edición, única que en adelante citaremos). El autor, en distintos pasajes, menciona diversas cifras al referirse a los inmigrantes ingleses traídos por su empresa, la más elevada de las cuales es 620.

4

Los gobiernos argentinos, al tratar con empresarios europeos para el traslado e instalación de inmigrantes, no deseaban admitir a esos empresarios nada más que como mediadores y los créditos que estaban dispuestos a reconocerles se reducían al pago de los gastos de gestión y transporte. Pero no era ese el objetivo de la sociedad formada en Londres por los Beaumont, que se tituló *Rio de la Plata Agricultural Association*.

Según el autor, lo que movía a Beaumont, padre, era “la perspectiva de hacer felices e independientes a muchos cientos de familias que languidecían en la necesidad; la posibilidad de implantar en las fértiles costas del Río de la Plata, la raza, las costumbres y las energías de industriosos ingleses para contribuir materialmente al progreso, a la independencia y al poder de aquel hermoso país” (pág. 143). Pero había también otro objetivo, menos generoso y más comercial, que el mismo

autor enuncia con claridad pocas líneas más adelante. "Era razonable creer que, con la labranza y el cultivo y el aumento de pobladores en aquel suelo, la tierra aumentara de valor y en el transcurso de veinte o treinta años, pudiera ser parcelada y vendida con grandes beneficios y la sociedad fuera entonces disuelta. Estas eran las vistas generales de la Asociación. La cláusula de disolución de la sociedad dentro de un límite de tiempo, se introdujo para aquietar los celos con que los hombres de Buenos Aires pudieran ver el progreso de un establecimiento de esa naturaleza dentro de su territorio y dirigido por una Compañía que tenía su asiento en Londres" (págs. 145-146).

Es probable que se haya llegado a cierta transacción entre los gobiernos argentinos y la sociedad. Dice el autor que "la Asociación adquirió una extensión de tierra de inmejorables condiciones en la provincia de Entre Ríos" (pág. 144). Cuando Rivadavia estuvo en Londres, en 1825, "aseguró a mi padre que las tierras del convento suprimido de San Pedro le serían cedidas a perpetuidad mediante el pago al Estado de un arrendamiento usual, en lo que mi padre estuvo de acuerdo y aceptó" (pág. 142). Era una solución intermedia que ya Rivadavia había previsto como posible en una carta, con instrucciones para tratar con Beaumont, enviada a Hullet el 29 de octubre de 1823 (*Documentos para la Historia Argentina*, t. XIV, pág. 339).

Pero el plan de la Asociación era más amplio. No sólo se trataba de instalar colonias en tierras de propiedad de la empresa, sino de mantener su cohesión durante un tiempo prolongado, neutralizando esas tendencias centrífugas naturales que aparecen en los grupos humanos en condiciones semejantes y que es posible que conocieran bien los dirigentes de la empresa. "La educación de la juventud, la instrucción moral

y religiosa, la ayuda al enfermo y al inválido, todo se había previsto. Hasta las diversiones para los emigrantes se tuvieron en cuenta. Las instrucciones y consejos formulados para su gobierno llenarían un volumen in folio. Las cuestiones principales eran: mostrarse inflexibles en todo lo relativo a la verdad y la justicia en el trato y conducta con los nativos y entre los mismos ingleses. Se dieron también órdenes para poner a cada hombre en posesión de su tierra tan pronto como llegara y para discernir honor y galardón al hombre industrioso y sobrio: así como ninguno al ocioso y al pródigo derrochador; lo mismo en orden a suprimir la dosis de orgullo y rivalidad que pudiera existir entre nosotros, en todas las circunstancias, desde el vestido y los pasatiempos, hasta lo que debiera ser lo primordial para saldar las deudas y poderse sentar como hombres independientes" (pág. 143). Una colonia puritana, según el modelo de Nueva Inglaterra, que mantuviera la cohesión, la moral y la eficiencia productiva de los colonos, asegurando a éstos una existencia más digna y productiva que la que llevaban en su país natal y cuyos últimos y mayores beneficiarios serían los accionistas de la Asociación.

La posibilidad de éxito comercial de una empresa de esa índole había entusiasmado ya a otros capitalistas ingleses y, en cierto momento, dice el autor que estuvo a punto de formarse una sociedad en la Bolsa de Londres con idéntico propósito. Fué esto último lo que movió a Beaumont a apresurar la formación de la *Rio de la Plata Agricultural Association* y, para mayor seguridad, hizo que ingresaran a ella, como accionistas, Lezica y Castro, comisionados del gobierno de Buenos Aires en cuestiones de inmigración (pág. 144).

5

Esta compañía, cuya gestación llevó tantos años, fué, como tal, muy poco afortunada. Algunas dificultades circunstanciales y otras de fondo se coaligaron para hacerla naufragar. Los inmigrantes llegaron precisamente cuando el antiguo conflicto entre Portugal y España sobre la posesión de la Banda Oriental se había transformado en una guerra entre Brasil y Argentina. De los 200 que acompañan al autor en el *Countess of Morley*, 150 deciden regresar a Inglaterra apenas encuentran los primeros inconvenientes en Montevideo. De los otros, inclusive los que ya estaban instalados en Entre Ríos y los que residieron en la provincia de Buenos Aires, cierto número —algunos voluntariamente y otros no— se enroló en el ejército y la marina rioplatenses.

La colonia de Entre Ríos, según los colonos, había sido saqueada en varias ocasiones. En Buenos Aires, el autor encontró inconvenientes de todo orden que, según asegura, determinaron, no sólo el fracaso de la colonia de San Pedro, sino la pérdida de una fuerte suma de libras esterlinas que la sociedad había invertido. Cuando el autor regresa a Londres, la sociedad ha finalizado con el fracaso más completo.

Pero no olvidemos que este importante documento se propone historiar dos cosas: una sociedad por acciones y una inmigración de colonos ingleses. Corresponde, pues, que nos preguntemos aquí: ¿fracasó también esa inmigración? Aunque es evidente que la preocupación del autor se concentra en la suerte de su fallida sociedad y lo que dice sobre la inmigración tiene la forma de referencias aisladas, hay en sus páginas algunos elementos de juicio valiosos sobre este segundo tópico.

Los dirigentes de la sociedad —sin duda, conociendo experiencias semejantes en otros países— habían hecho todo lo

posible por asegurar la unidad y cohesión de las colonias, a fin de evitar que los inmigrantes se dispersaran en un país que les ofrecía otras oportunidades de trabajo, algunas bien remuneradas. Contra ese objetivo se levantó, desde el primer momento, la resistencia de los gobiernos argentinos, que no querían reconocer la personería de la empresa como propietaria y directora de las colonias. "Para armar o comandar sus barcos —protesta el autor (pág. 150)—, para llenar las filas de su ejército, para ejecutar sus trabajos públicos, o para asistírtelos en empresas privadas, para derramar riquezas en el país entre intrigantes de rebatiña, los hombres estaban bastante bien, pero nada de congregarse en cuerpo, y menos que todo, nada de actuar como asociación que ha de cumplir órdenes emanadas de Inglaterra!".

Es en este sentido —y sólo en él— que debe aceptarse como cierta la afirmación de Beaumont de que "nunca existió el propósito de permitir la formación de ningún establecimiento agrícola en el país" (pág. 149). No puede, en cambio, dudarse de que el gobierno de Buenos Aires haya tenido, durante muchos años, la decisión firme de traer inmigrantes europeos con destino a las faenas agrícolas, como lo prueban reiteradamente los documentos y se desprende del plan general de desarrollo económico que aplicaron Rivadavia y los hombres que con él colaboraron.

Tampoco puede negarse el hecho de que, al prolongarse la guerra contra Brasil, el gobierno echó mano del material humano disponible y enroló en el ejército y la armada a no pocos de los inmigrantes que acababan de desembarcar.

Había, además, otras fuerzas que minaban la unidad de las colonias, tal como la había concebido la empresa de los Beaumont. Además de los atractivos propios de los centros urbanos, en particular de Buenos Aires y Montevideo, se ofrecían aquí

a los recién desembarcados salarios atrayentes y a sus oídos llegaban consejos en su propia lengua materna, en abierta pugna con los intereses de la Asociación. "Era evidente —sostiene el autor—, refiriéndose al pago de los gastos de viaje, ofrecidos por el gobierno de Buenos Aires, a título de adelanto —que, si se daban los doscientos pesos a cada matrimonio y cien pesos a cada hombre solo, a su llegada a Buenos Aires habrían de ser rodeados por criollos disolutos y por sus propios compatriotas (ingleses) residentes en la ciudad, que no les permitirían permanecer allí sin antes haberles sacado el dinero, o hubieran gastado este último en la embriaguez u otros vicios" (pág. 140). Ni aún los contratos que los inmigrantes pudieran haber firmado en Europa resultaban garantía suficiente. "Los propios compatriotas de los emigrantes, también incitan a los recién llegados a impugnar todos los contratos europeos para que puedan sacar ventajas de sus servicios".

En fin, "siempre se consideró muy dudoso que los emigrantes hubieran de preferir quedarse en el establecimiento rural; se sabía que los altos salarios y otros atractivos de Buenos Aires les moverían a preferir la ciudad" (pág. 189).

Nos asalta aquí una duda. Cuando los colonos de la Asociación instalados en Entre Ríos le denuncian a Beaumont que han sido saqueados repetidas veces y que desean irse a Buenos Aires por esa causa (pág. 191), ¿dicen toda la verdad? Además de los saqueos, que es muy probable que hayan existido, ¿no obraba también esa tentación de la vida urbana y los mejores salarios que reconoce el autor? Por lo menos, la duda queda en pie después que esos mismos colonos, al ser detenida su embarcación por la tropa cerca del Arroyo de la China, se muestran rápidamente dispuestos a entregar a Beaumont como prisionero para poder seguir cuanto antes su viaje a Buenos Aires (pág. 206). Hombres dispuestos a todo estos co-

lonos, inclusive a arrojar al agua a doce soldados y que, sin embargo —extraño episodio— parecen no haber tratado de impedir por la fuerza el despojo.

La carta de Manuel José García, ministro de la provincia de Buenos Aires, dirigida a Lezica, Castro y Jones, con fecha 15 de octubre de 1825 (pág. 153), quizá nos pueda proporcionar otra clave para comprender mejor la situación. Les informa allí el ministro que el gobierno, entre otras cosas, ha resuelto que “los dichos colonos —los de la colonia de San Pedro— tendrán entera libertad para contratar con propietarios particulares” y que “los colonos que no hayan conseguido trabajo en San Pedro estarán en libertad para venir a esta ciudad —Buenos Aires— después de obtener permiso de dicho juzgado y se presentarán en persona a la policía”.

Desde varios años atrás había en la provincia de Buenos Aires escasez de mano de obra para las faenas ganaderas y para los oficios urbanos. La guerra acentuó esa escasez. ¿Está destinada esta medida anunciada por García a proporcionar peones a los hacendados de la región de San Pedro y estimular el traslado de trabajadores para las actividades urbanas?

6

Cuando Beaumont, en las últimas páginas de su libro, hace una síntesis de lo que fué de su empresa y de los hombres que ella colocó en el Río de la Plata, la impresión de desastre general que el lector ha recogido en capítulos anteriores se suaviza un poco.

Puesto a enumerar las personas a quienes debe gratitud, observa que “en verdad, si exceptúo a los astros políticos y a sus satélites, sólo experimento placer y gratitud cuando pienso en el comportamiento bondadoso de las clases argentinas más res-

potables en todo el país" (pág. 255). Aun para Rivadavia, contra quien ha hecho antes sarcásticas acusaciones, tiene conceptos de moderado elogio. "Algún crédito habrá que otorgar al Presidente Rivadavia a propósito de su actividad y esfuerzos por su propio país —reconoce—; pero ocurre, desgraciadamente, que adoptó reglas de conducta contrarias al honor y prosperidad del mismo" (pág. 244). Refiere, a manera de prueba de su afirmación, los casos de numerosos profesores europeos contratados que, al llegar a este país, se encontraron con pocos alumnos y sueldos y condiciones de vida no tan buenos como los que esperaban.

Al trazar el cuadro político y financiero del país, que él encuentra en pleno proceso de disgregación, dice que se halla "el tesoro sin un peso, los papeles de crédito agotados, el gobierno imposibilitado de pagarme, aun si lo hubiera querido" con lo cual reconoce una circunstancia que quizá en algo atenúe la culpa del incumplimiento del convenio alegado por los empresarios británicos.

Pero si de su informe se desprende, sin atenuantes, la bancarrota de la compañía, el destino individual de los inmigrantes por ella traídos fué muy distinto. De los que quedaron en la Argentina, observa el autor: "En medio de mis desengaños y del cambio lamentable que se había dado en los asuntos del país, tuve el consuelo de comprobar que ni un solo emigrante había carecido de nuestra ayuda y asistencia, si había mostrado deseos de trabajar (y si es que no había encontrado en seguida un empleo) y que todos estaban satisfechos de tener a su alcance mayores comodidades que las poseídas antes de venir de Gran Bretaña. Varios de esos hombres habían logrado ya entradas considerables y, con prudencia, estaban en condiciones de hacerse una posición holgada, algunos habían ganado grandes sumas con el curso; uno de ellos me dijo, poco

antes de mi partida, que esperaba recibir dos mil pesos que le correspondían como participación en una presa efectuada durante su última campaña en el mar" (pág. 254). De los que se habían quedado en Montevideo, muchos se trasladaron a Buenos Aires, "pero fueron más los que se quedaron en Montevideo y sus cercanías, donde todos trabajaban bien" (pág. 260).

Prosperaron los colonos, pero no en la agricultura.

¿Cuáles fueron, entonces, los factores y los grupos sociales que obstaculizaron el arraigo de los colonos ingleses como agricultores en aquellos años de 1825 a 1827? Beaumont entremezcla circunstancias accidentales o estrechamente individuales con otras de carácter más general y, en todo momento, su preocupación por la suerte de la empresa no permite observar con claridad la suerte corrida por este conjunto de inmigrantes. Pero, hacia el final, aparecen de pronto otros factores no mencionados antes por él y cuya importancia histórica nos hace atribuir a este pasaje de la obra la categoría de verdadera clave para la comprensión de todo el proceso. Dice el autor:

"Cuando llegaron los agricultores de la Asociación, resultó que todos los intereses estaban formados en orden de batalla contra ellos. Los terratenientes de las ciudades que tenían labriegos u horticultores en sus campos, no vieron otra cosa que la pérdida que podía significar para ellos la competencia de los recién llegados; los que trabajaban tierras y huertas por su cuenta, aunque muy escasos en número, pensaron que su trabajo terminaría; los panaderos de Buenos Aires, que con frecuencia son también molineros (porque cada uno muele su grano ayudado por un molinero en un rincón de la casa destinado a la panadería) se mostraron resueltos enemigos de las colonias agrícolas, y los comerciantes que importaban trigo y harina desde países distantes como principal artículo de comercio, eran naturalmente enemigos de una empresa que tenía por objeto independizar al país de las importaciones de harina extranjera" (pág. 278).

Debe haber habido, en efecto, una coalición de intereses rurales y urbanos que trató de obstaculizar el establecimiento de agricultores. En esa coalición, es posible que el elemento más poderoso e influyente hayan sido los terratenientes y hacendados. Algunos de éstos eran también comerciantes y titulares de capital líquido invertido en operaciones de préstamo individual y en los dos bancos de la época —el de Descuentos de la provincia de Buenos Aires, primero y el Nacional, después— y, mediante concesiones de enfiteusis logradas en violación del espíritu que inspiró este sistema, lograron extender enormemente sus posesiones, ocupando tierras que habían sido destinadas a la agricultura y a cimentar una nueva clase media rural, como lo dijo Julián Segundo de Agüero, ministro de gobierno del Presidente Rivadavia, en las sesiones del Congreso Constituyente de 1826.

Este libro de Beaumont ¹ excede, pues, los límites de una narración de viaje y es también algo más que el informe de un empresario sobre la bancarrota de su sociedad anónima. Es un documento con múltiples observaciones y datos que, aunque ligados a veces por razonamientos cuyo valor lógico e histórico parece difícil aceptar, son indudablemente importantes para el conocimiento de los factores económicos y sociales que actuaron en la década de 1820 a 1830.

SERGIO BAGÚ.

¹ Sólo algunos pasajes de la obra habían sido traducidos y publicados anteriormente. Beatriz Bosch le dedica parte de su estudio titulado "Viajeros ingleses en Entre Ríos" (*Revista de Correos y Telecomunicaciones*, Año IX, N° 1. Enero 15 de 1946).

El traductor se complace en dejar constancia de que el ejemplar que le ha servido para esta versión castellana, pertenece a la biblioteca de su amigo don Rafael Alberto Arrieta, el conocido escritor, dueño de una de las mejores colecciones de viajeros existentes en el país, y que el libro de Beaumont es uno de aquellos que pueden considerarse *inhallables* en el momento actual. Declara, igualmente complacido que, el distinguido abogado doctor Alberto M. Orol, le ha prestado su amistoso y generoso concurso en algunos pasajes de la obra referentes a los pleitos y asuntos tribunalicios en que Beaumont hubo de intervenir durante su permanencia en el Río de la Plata por los años 1826 y 1827.

PREFACIO

AL TRAER a consideración una comarca remota por juzgarla apropiada para el empleo de capitales europeos y empresas de comercio, el deber primordial del relator ha de consistir en poner de relieve, no solamente las ventajas naturales y buenas condiciones que el país pueda poseer, sino también los obstáculos de carácter local, cualquiera sea su naturaleza, que puedan frustar los cálculos del capitalista y el emigrante. El descuido de este sano principio ha sido causa de muy grandes sacrificios y desilusiones entre aquellos que han aventurado sus personas y sus capitales en Buenos Aires. El autor de estas páginas y algunos de sus amigos han sido víctimas de esta clase de exposiciones parciales: ellos mismos han contribuido en gran parte a llamar la atención del público inglés sobre las ventajas que ofrece Buenos Aires a los emigrantes agricultores; pero ahora el autor ha visto el país y los actos de su gobierno con sus propios ojos; ha pagado a buen precio su experiencia y se cree obligado a dar a sus compatriotas y al público en general, el beneficio alcanzado con aquella experiencia. Las condiciones naturales del país son de primer orden y están llamadas a perdurar; pero los inconvenientes para su actual desarrollo, debidos a causas políticas y de orden moral, son tales, que merecen una seria atención.

Como este libro no aspira a otra cosa que a proporcionar información provechosa para quienes consideren la posibilidad de emigrar a ese país o de invertir allí sus capitales, he creído innecesario todo gasto inútil —tipo de letra grande, anchos márgenes, fino papel, adornos aparatosos— por no conside-

rarlo apropiado en este caso. Nada hay en la comarca que satisfaga la emoción estética o inspire la imaginación del escritor; lo bello y lo sublime son extraños a sus paisajes; no hay allí restos de primitivas grandezas ni registros de proezas pasadas, pero es un país que ofrece campo casi ilimitado para sustento del hombre y solamente los errores cometidos en el curso de su propia historia han podido hacerlo hasta ahora infructuoso.

CAPÍTULO I

Partida de Inglaterra. — Viaje al Río de la Plata. — La entrada en el río. — El bloqueo. — Detención en Montevideo. — Lo que allí ocurrió.

EL DÍA 19 de marzo de 1826, salí de Plymouth Sound, en el *Countess of Morley*, llevando bajo mi cuidado doscientos emigrantes con destino al Río de la Plata. Eran en su mayoría hombres de la clase trabajadora, con sus familias, que llevaban el propósito de instalarse en campos de la *Sociedad Agrícola del Río de la Plata* en la provincia de Entre Ríos. Esta sociedad había sido proyectada bajo los auspicios del gobierno de Buenos Aires, sobre el cual hacemos en el capítulo quinto de este libro cumplida relación. Antes de hacernos a la vela llegaron noticias del bloqueo de Buenos Aires por la escuadra brasileña, lo que dió lugar a una impaciente averiguación sobre si sería probable que la escuadra bloqueadora impidiera o no el paso de los emigrantes, siendo —como lo eran ellos— neutrales. La opinión general entre los comerciantes de Londres que operaban con Brasil y Buenos Aires, fué que no serían detenidos y que la contienda entre Buenos Aires y Brasil quedaría resuelta antes de la llegada de los emigrantes. Además, el agente de la sociedad en Buenos Aires había escrito que disponía del permiso para que todos los barcos de la sociedad pudieran pasar, no obstante el bloqueo. Había sido recibida también en Londres copia de uno de los permisos, firmado por el jefe de la escuadra, Lobos, y por el general en jefe brasileño, Vizconde de la Laguna. Considerábase asimismo

que aquella pobre gente había dejado sus trabajos y ocupaciones y vendido sus pocos bienes y efectos; que sería una crueldad hacerlos bajar a tierra otra vez, desamparados como estaban, y solamente por la posibilidad de un riesgo juzgado improbable, como era la detención del buque. Y se creía que, en caso de ocurrir tal contratiempo, había seguridad de que fueran bien recibidos en el cercano puerto de Río de Janeiro, donde se ofrecían a los emigrantes muchos estímulos, y desde donde, una vez levantado el bloqueo, podrían, si lo consideraban conveniente, trasladarse al establecimiento de Entre Ríos o a Buenos Aires. La posibilidad de que la dicha escuadra impidiera el paso, fué, sin embargo, comunicada a los pasajeros y algunos pocos renunciaron al viaje, pero la mayoría no demostró ningún temor. Hiciéronse así a la vela con viento favorable, entre las aclamaciones de sus amigos y los mejores votos por el buen éxito de todos.

El comportamiento de aquella gente durante el viaje fué ejemplar; con excepción de tres o cuatro casos que no podrían dejar de darse en un conjunto numeroso como aquél¹, no pudieron conducirse mejor y nunca se habrá dado un conjunto de agricultores emigrantes ingleses que, como aquél, lo tuvieran todo para prosperar y lo merecieran. Todo había sido hecho con vistas a la comodidad y a la buena salud durante el viaje, y todo fué logrado cumplidamente. Sentíanse contentos y felices. El baile, la lucha, la lucha de bastones y otros pasatiempos fueron fomentados para divertirlos. Todos los domingos leíanse oraciones y un sermón para edificarlos. El viaje fué agradable en extremo y nos vimos libres por completo del mal tiempo.

Al cabo de nueve semanas, una mañana, al romper el día, nos hallamos en la desembocadura del gran río de la Plata. Tres días después llegamos, por la mañana, a Montevideo. Vino a bordo un piloto por quien supimos que el blo-

¹ ... with the exception of three or four black sheeps, for such will always be found in a large flock. Literalmente: *con excepción de tres o cuatro ovejas negras porque tales se encontrarán siempre en una gran majada*... (N. DEL T.)

queco, en un principio poco más que bloqueo nominal, ahora se había puesto muy riguroso; que cierto número de barcos se había incorporado a la escuadra bloqueadora y que muchos que trataron de romper el bloqueo, habían sido llevados a Río de Janeiro en calidad de presas. Esto último vino a formar una nube, o algo así, sobre el buen humor reinante hasta entonces. Seguimos, con todo, en dirección a Montevideo y anclamos al pie del cerro que forma la parte occidental de la bahía, porque es de saber que la ciudad fortificada ocupa una península en el cuerno o extremidad opuesta al cerro. El capitán y yo bajamos a tierra sin tardanza, en la misma ciudad, donde nos recibió con mucha cordialidad don Francisco Juanicó, comerciante español de mucha influencia y reputación. Expresó el señor Juanicó sus temores de que no se nos permitiera continuar remontando el río, pero no tardó en presentarnos a los funcionarios que podrían obviar o disminuir la dificultad en que nos hallábamos, secundando mis gestiones en todo cuanto pudo hacerlo. Fuí así presentado primeramente al cónsul británico Mr. Hood ². El comandante delegado, general Muller, a quien visité en seguida, me recibió muy bien y me prometió hacer cuanto pudiera en mi favor. El comandante, general Majesse, no me prometió nada pero me aconsejó dirigirme al almirante, y, de acuerdo con su indicación, me dirigí por escrito a este último. Como no obtuviera contestación (formalidad que no se estima necesaria entre funcionarios de estas comarcas cuando no les place el contenido de una carta), fuí yo mismo a bordo de su buque para solicitar una entrevista personal. Esto, sin embargo, era mucho pedir, pero los oficiales, que eran principalmente norteamericanos (había también algunos ingleses) me recibieron con toda cortésia y me hicieron concebir esperanzas de que se nos permitiera continuar el viaje a nuestro establecimiento, en dos goletas brasileñas que serían facilitadas para evitar detención en Bue-

² Mr. Samuel Hood. Estuvo mucho tiempo en Montevideo, y en 1846, los gobiernos de Francia e Inglaterra, teniendo en cuenta su información en asuntos políticos y comerciales en el Río de la Plata, lo encargaron de una delicada misión diplomática ante el dictador Rosas y los sitiados de Montevideo, que tuvo en su tiempo mucha resonancia. (N. DEL T.)

nos Aires. Muchos días pasaron así: éramos enviados de una autoridad a otra, sin que adelantáramos nada. Entre tanto, a la gente de a bordo, no se le permitía bajar a tierra. Una goleta armada, o cañonera, estaba constantemente apostada junto a nosotros; la gente se hallaba, naturalmente, inquieta, pero todavía obediente y en orden. Por último, la negociación se decidió de la manera peor, porque nos fué negado categóricamente el permiso para continuar remontando el río. En vano fué que solicitara la licencia del almirante y del general, alegando que esos inmigrantes no iban a la provincia de Buenos Aires sino a la de Entre Ríos; que no eran otra cosa que agricultores y que, como ingleses, estaban exentos por tratado, de todo servicio militar y, por contrato, libres de tasas y cualesquiera otras contribuciones a la república por espacio de diez años. La respuesta fué irresistible: "Todo eso ha sido dicho ya, pero el hecho es que muy pocos de vuestros emigrantes se han establecido en Entre Ríos; que en el estado actual de esa provincia, no pueden establecerse allí; que en su mayoría están en Buenos Aires y que muchos de ellos son oficiales en el ejército o en la armada enemiga y luchan ahora contra nosotros. Uno de vuestros buques, el *Harmony*, ha sido convertido en buque de guerra por el gobierno de Buenos Aires, y tenemos formal conocimiento de que la llegada del *Countess of Morley*, es considerada en Buenos Aires como algo equivalente al aumento de la armada de ese país". Nos pareció que todo era demasiado cierto para discutirlo con algún provecho. En consecuencia nos preparamos a optar por lo más conveniente de lo que se nos proponía, porque la declaración agregaba: "Si vuestros emigrantes quieren cambiar la ruta anteriormente establecida, por la de Río de Janeiro, su suerte ha de mejorar mucho; estarán lejos del teatro de la guerra, y Río de Janeiro es una plaza excelente para el trabajo de los ingleses, especialmente el relacionado con la agricultura y la artesanía; el Emperador es el más preocupado por estimular a los pobladores ingleses en sus dominios; existe un decreto imperial por el que se ofrecen donaciones de tierra a los emigrantes que estén en condiciones de cultivarlas y ayuda y sostén hasta que puedan obtener benefi-

cios de sus trabajos. Los emigrantes pueden hacer el viaje, bien en su propio barco, o podemos llevarlos nosotros mismos proveyendo a su mantenimiento con todo cuanto fuere necesario, sin gasto alguno para ellos. Podrían desembarcar en Montevideo, pero esta plaza se encuentra ya muy abarrotada de europeos y de mercaderías europeas como consecuencia del bloqueo; además la ciudad está sitiada, los emigrantes quedarían encerrados en ella". En tales circunstancias, no tardé mucho en advertir que lo más conveniente sería el viaje a Río de Janeiro y la aceptación de lo ofrecido por el Emperador, con lo cual, en caso de no sentirse satisfechos, estarían los emigrantes en condiciones, una vez levantado el bloqueo (y todos convenían en que sería levantado en pocas semanas o en pocos meses más), de proseguir hasta su primitivo destino.

En consecuencia, expuse la alternativa a los hombres que estaban en tierra, los que manifestaron su conformidad; pero cuando fui a bordo, para sorpresa y disgusto mío, hallé a la gente en lamentable estado de agitación. Habían sido soliviantados insidiosamente, diciéndoseles que estaban vendidos a los brasileños y que si se aventuraban a subir al barco negro (el desdichado color de la fragata ofrecida para el viaje) serían forzados a alistarse como soldados o convertidos en esclavos ni más ni menos que los negros. El vocerío con que fui recibido al ir a bordo, resultó insoportable; las mujeres me rodearon en seguida; la sola idea de que sus maridos pudieran ser alistados como soldados o convertidos en esclavos, era demasiado, y no lo soportaba ni siquiera la natural benignidad femenina. Las preguntas e invectivas de toda especie fueron tantas, que se hacía imposible avanzar una sola respuesta y mucho menos formular argumentos. Por último se rindieron buenamente a la fatiga. Con todo, acabaron por convencerse de que habían sido engañados y aceptaron desembarcar en Río de Janeiro, siempre que fueran llevados allí en el mismo barco en que estaban y no en el *Black Ship* (el barco negro) por el cual experimentaban una invencible aversión. Estaría demás contar por lo menudo todas las dificultades y disputas que se siguieron. Como término y remate,

el capitán se negó a ir a Río de Janeiro y se mostró decidido a volver directamente a Inglaterra con todos los pasajeros que desearan viajar en el barco. Unos cincuenta emigrantes se quedaron en Montevideo, dispuestos a permanecer allí y el resto prefirió volver con el capitán. Así, el 7 de julio de 1826, tuve el disgusto de ver levar anclas a nuestro barco, izar las velas y darse a la mar para Inglaterra con ciento cincuenta de los emigrantes a bordo.

De tal manera, después de haber hecho ingentes desembolsos y conducido con toda seguridad a un grupo numeroso de agricultores con sus familias, muchos verdaderamente pobres; después de haberlos llevado desde Europa, donde sus trabajos no eran indispensables, al Nuevo Mundo donde se les necesitaba y requería, quedaba todo en la nada porque la suerte se nos había mostrado adversa. Después de navegar en la ociosidad durante seis meses, fueron desembarcados los emigrantes en Plymouth, y, según tuve después el consuelo de saber, en excelentes condiciones de salud. Aun desengañados, muchos declararon que lamentaban haberse visto obligados a volver, y que de buena gana emprenderían nuevo viaje. En su mayor parte fueron restituidos a expensas de la sociedad desde el barco a sus domicilios de Inglaterra.

El vejamen que sufrí con este infortunado asunto, se agravó cuando vine en conocimiento de que el gobierno de Buenos Aires nos había engañado; que no permitían ahora ninguna instalación de colonos con probabilidades de prosperar, dentro de su territorio; que todo lo que quería ese gobierno era nuestro dinero y nuestros hombres para sacar el mejor provecho de ellos; que los emigrantes de Entre Ríos se veían entonces expuestos a las mayores penalidades; que habían sido robados por los supuestos amigos republicanos todavía más que por los que eran tenidos como enemigos de la provincia, los imperiales; que ninguna emigración podría prosperar en aquella provincia mientras continuara la guerra porque no había ninguna garantía para la propiedad, ni siquiera para la vida. Se contaba que los habitantes veíanse obligados a comer carne de caballo, pero esto último, según pude comprobarlo después, era una exageración.

Mi primera tarea, sin embargo, consistió en ocuparme de los emigrantes que habían bajado a tierra en Montevideo, proveer a su subsistencia y proporcionarles trabajo. No podía haberse dado una ocasión menos oportuna para poner en obra tal propósito: la ciudad estaba llena de europeos que llegaban con sus barcos, conducidos allí por la escuadra bloqueadora, y estaba rodeada además la ciudad por un ejército sitiador que destruía el trabajo de los agricultores. A pesar de todo, tuve la satisfacción de conseguir buenas ocupaciones a cuantos así lo deseaban, y a mi vuelta a Montevideo, diez meses después, encontré a varios de los emigrantes en buena situación y sin que nada les faltara. La tarea que vino luego, fué la de proseguir mi viaje desde Montevideo, con objeto de poder observar con mis propios ojos la verdadera situación del establecimiento de Entre Ríos y en caso de ser necesario (y de ser posible) arreglarme para cambiar a los pobladores a un lugar más seguro y ventajoso.

Cumplir una operación de tal naturaleza en país extraño y en medio de tropas enfurecidas y sin ley (no osaría decir ejército) era tarea muy llena de dificultades y no exenta de peligros. Para todas mis cuestiones y discusiones con los nativos estaba obligado a valirme de los idiomas español y portugués; y, aunque previamente había hecho yo una gira por España y Portugal, mi conocimiento de esos idiomas, especialmente del portugués, era insuficiente, llegando como llegaba por vez primera para poner en efecto los proyectos que traía entre manos. En este, como en otros casos dudosos, me sentí muy obligado para con una persona extranjera (para mí) que me prestó ayuda sumamente eficaz. Fué don Francisco Juanicó, que se ocupó con interés y afecto de las dificultades en que me encontraba y se convirtió en mi amigo y consejero. Su íntimo conocimiento del país, su gran experiencia de comerciante (y de magistrado, aunque ya se había retirado de esas funciones) así como la gran estima en que se le tenía entre todas las clases de la sociedad, lo habilitaban para ser mi mejor guía y consejero. Nunca me arrepentí de la ilimitada confianza que deposité en su honradez y en su competencia. Al poco tiempo de encontrarme en Montevideo,

este caballero me invitó a residir como huésped en su propia casa; la generosa simpatía y atención benévola de que fui objeto por parte de su familia, fueron tales, que obligarán siempre mi más afectuosa gratitud. En este círculo de familia encontré solaz y consuelo cuando hube de sobrellevar las dilaciones y evasivas y pequeñeces del oficio, cuando me sentí atormentado por el clamor de los emigrantes y quebrantado por el fracaso de nuestra empresa, que el interminable bloqueo y la guerra parecían hacer impracticable. La casa de este caballero era el punto de reunión de las personas más respetables en Montevideo. El almirante inglés Sir Richard Otway y dos de sus oficiales, los capitanes Lord Thynne y Sir John Sinclair; el almirante francés y sus oficiales, el cónsul francés, la esposa del almirante anglo-brasileño Norton, se contaban entre los visitantes de la familia.

También me sentí agradablemente distraído con la compañía de los oficiales del buque almirante brasileño; eran principalmente ingleses y norteamericanos; el bloqueo me puso igualmente en contacto con algunos capitanes de barcos mercantes detenidos por la escuadra bloqueadora y obligados a someterse a juicio en Río de Janeiro. Entre los últimos contaba el capitán Mundell, patrón y propietario del bergantín *Monarch* de Liverpool. El suyo fué uno de los primeros buques ingleses detenidos; Mundell era un compañero muy divertido y con la botella al lado no se mordía la lengua en sus invectivas contra los brasileños que ya lo habían perjudicado bastante con detenerle su barco en Montevideo y ahora le proponían algo peor como era someterse a juicio en Río de Janeiro, donde, en caso de ser absuelto, la demora del juicio, como era común en Sud América, le causaría pérdidas muy serias. Increpaba con frecuencia a sus acompañantes, los oficiales de la flota brasileña, diciéndoles que no lo llevarían vivo a Río de Janeiro y que él se iría de vuelta con su buque a despecho de toda la armada; pero, como gozaba de general simpatía y tenía el carácter impulsivo de los hombres de mar, tomaban como bromas o baladronadas cuanto decía.

En consecuencia de tales cosas, el capitán Mundell fué enviado a Río de Janeiro en su propio barco, con dos de sus

marineros y bajo la custodia de un jefe de presas y seis marineros brasileños; pero durante una hermosa noche, cuando se acercaban a la isla de Santa Catalina, Mundell sorprendió y sometió a la tripulación mientras los hombres dormían muy confiados y seguros. Luego los puso a todos, uno tras otro, en la chalupa del barco con las provisiones necesarias y una brújula, y dijo *adiós* al Jefe de presas, que era uno de nuestros amigos en Montevideo, dándole al despedirse algunos consejos, como el de no dormirse en adelante cuando llevare prisioneros ingleses a bordo. Luego puso rumbo a la vieja Inglaterra donde poco tiempo después tuve el gusto de oír decir que había llegado sano y salvo. Y creo en verdad que la mayoría de los oficiales de la escuadra brasileña, han de haber recibido la noticia de esta fuga con secreto placer, aunque perdieran de vista al Jefe de presas y se sintieran expuestos al ridículo con lo sucedido.

CAPÍTULO II

Bosquejo histórico de las Provincias del Río de la Plata¹. — Primeros descubrimientos. — Asientos formados por los españoles y por los jesuitas. — Expulsión de los jesuitas. — Declaración de la independencia. — Desunión de las provincias. — Inseguridad de la propiedad. — Bosquejo geográfico de las Provincias del Río de la Plata. — Fertilidad. — Salubridad. — Adecuación para los emigrantes. — Condiciones para el comercio. — El río de la Plata. — Sus principales tributarios. — El Paraná y el Paraguay. — El Uruguay. — Inundaciones. — El suelo. — Productos minerales. — Productos vegetales. — Animales salvajes. — Animales de presa. — Pájaros. — Insectos. — Reptiles. — Peces. — Las estaciones. — Los vientos. — El clima. — Observaciones meteorológicas.

EL RÍO DE LA PLATA fué conocido por primera vez por los europeos en el año 1515 cuando una expedición descubridora equipada por la corte de España y dirigida por Juan Díaz de Solís, tocó la costa norte entre Maldonado y Montevideo. Habiendo bajado a tierra el comandante de la expedición y en la boca de un río que todavía lleva su nombre, fué matado por los nativos, él y algunos de sus compañeros. La costa fué, con esto, inmediatamente abandonada. Pero en el año 1527,

¹ Este intento de bosquejo histórico, completamente malogrado, no puede considerarse seriamente y el traductor no se hace responsable, por cierto, de los errores de hecho y de concepto que encierra. No puede tampoco detenerse a rectificar en cada caso esos errores sin recargar de notas el texto. (N. DEL T.)

una nueva expedición bajo el mando del capitán veneciano Caboto entró en el río y ancló en un sitio fronterero al lugar que hoy ocupa la ciudad de Buenos Aires, mientras el capitán español García se ocupaba en hacer descubrimientos en otros parajes del río. Ambos esperaban encontrar ricas minas de plata y oro en el país porque los nativos aparecían con planchas o láminas de estos metales, los que cambiaban por baratijas traídas por los europeos. De ahí surgió el nombre de *Río de la Plata*, pero el primer asiento de Buenos Aires se formó en 1534 y se comenzó a edificar en ese lugar una ciudad. En el año siguiente se estableció un puerto fortificado en Paraguay, que fué el origen de la ciudad de Asunción. Estos y otros asientos no fueron formados sin muchas contiendas con los indios que con frecuencia mataron a todos los españoles dejados en ellos. El cuidado principal de los españoles parece que fué dirigido a establecer poblaciones en Paraguay para facilitar la comunicación con las minas del Perú. La historia de la comarca durante los primeros cincuenta años que siguieron, consiste en una serie de engaños y de violencias; las protestas de amistad de los españoles por una parte se resolvían en actos de expoliación y cautiverio y las muestras de sumisión de los indígenas por otra, terminaban en sorpresas y matanzas en cuanto oportunidad se ofrecía: muchos miles de españoles fueron sacrificados por los aborígenes antes de que aquéllos pudieran imponer su dominio. Es hacer acto de justicia para con los españoles de aquella generación, sin embargo, decir que, cuando su dominio fué aceptado, usaron de él con misericordia y benevolencia: a los indios que se agruparon junto a ellos los vistieron y enseñaron, les dieron tierras para cultivar, los ayudaron en su invalidez acordándoles dos o tres días en la semana para su propio beneficio, y después de un servicio de dos años considerábanlos libres e iguales a ellos. Esto fué obra del Estado seglar solamente y hecho sin gastos de gobierno. En el curso de cincuenta años y mientras se mantuvo este estado de cosas, quedaron fundadas casi todas las ciudades que ahora existen. Pero al finalizar el siglo xvi despertáronse otros sentimien-

tos; ofreció su ayuda la superstición², la imaginación de los indios fué administrada por los jesuítas, enviados para instruirlos, que agruparon a multitud de ellos en comunidades separadas formando una confederación de carácter religioso-militar industrial a la que dieron el nombre de "Misiones".

Los ritos y ceremonias de la Iglesia Romana fueron desplegados con toda pompa a los ojos de aquellos pobres indios. Marchaban al trabajo en procesión, al son de bandas de música, cantando himnos, y de la misma manera volvían. Todos sus movimientos eran coartados y observados; todo lo que los indios producían iba a un depósito común; las raciones y los vestidos se daban en igual cantidad al industrioso y al holgazán, al apto y al necio; ningún premio se obtenía por la buena conducta ni se administraban castigos por lo contrario, salvo que se tratara de algún serio latrocinio, o desobediencia al superior. Tanto los padres como los hijos carecían de la enseñanza de los deberes morales pero eran obligados a duras austeridades religiosas y a practicar numerosas ceremonias. El estricto cumplimiento de ellas y la pasiva obediencia a sus superiores, eran los grandes deberes que se les inculcaban. De ahí que vinieran a ser singularmente dóciles y tontos; eran también insensibles a la diferencia entre el bueno y el mal trato y se sometían a la mayor injuria o recibían una muestra de bondad con aparente igual indiferencia. No tenían ocasión alguna para ejercitarse en nada ni emprender nada y rara vez se aventuraban a pensar por sí mismos, aun para proveer a sus necesidades naturales. La consecuencia fué que poco después de haberse iniciado este sistema, la falta de ánimo y la lasitud paralizaron al pueblo en general y poco incremento pudo advertirse en el número de las nuevas ciudades³.

² Este agravio a la Iglesia Católica, precisamente por la obra de los misioneros jesuítas, parece hoy, después de conocida la obra de las Misiones (que Beaumont ignoraba), más que nunca fuera de propósito. (N. DEL T.)

³ El autor evidencia en esto poca o ninguna información, y parece creer que los reyes de España, finalizado el siglo xvi, encomendaron la colonización a los jesuítas. (N. DEL T.)

Pero con el tiempo, sin embargo, el dominio perfecto que habían adquirido los jesuitas sobre el pueblo, provocó los celos de la corte de España y los religiosos fueron arrojados de sus posesiones en 1768. Comandantes militares y monjes de otras órdenes nombrados directamente por la corona, fueron colocados en lugar de los jesuitas. Con este cambio de amos, sin embargo, el ensalmo que mantuvo sujetos a los indios se rompió, y paulatinamente fueron dejando las "Misiones" y mezclándose con los pobladores en diferentes partes del país hasta adoptar sus costumbres e indumentarias. Pero continuaron las desconfianzas del gobierno español, y los hábitos de superstición, así como la aversión por el saber, inculcados por los jesuitas, continuaron también. El aprendizaje de lenguas muertas, de hermilias y algunas nociones de medicina eran considerados suficientes para lo que debía saber un joven colegial; un conocimiento general de las ciencias y aun de la geografía, estaba vedado como herejía. La entrada de los extranjeros era muy vigilada y prohibida; el comercio obstaculizado con pesados impuestos y trabado con restricciones y procedimientos vejatorios, de tal manera que, cuando un puñado de tropas inglesas (unos mil quinientos soldados) conquistó a Buenos Aires en 1806, y eso después de haber estado los españoles en posesión del territorio durante tres siglos, muy poco se había adelantado en saber, en riqueza y aun en población.

La facilidad con que el pequeño ejército al mando de los generales Beresford y Sir Home Pophan puso en fuga a las tropas de Buenos Aires, tomó sus cañones y marchó a poseerse de la ciudad, el respeto y la sumisión demostrada hacia los conquistadores por los funcionarios del lugar, al mismo tiempo que reunían tropas venidas de todas partes del país, y aun dentro de la ciudad, para sobreponerse a los ingleses, pusieron de manifiesto la habitual duplicidad de los habitantes, así como su energía latente. Los varios sucesos relativos a la reconquista de la ciudad por Liniers, la subsecuente ocupación de la ciudad y la derrota desdichada del general Whitelocke, son demasiado numerosos para ser detallados aquí, y al mismo tiempo asaz interesantes, por lo

que merecen ser abreviados; de suerte que expondré a continuación los siguientes sucesos políticos: cuando José Bonaparte usurpó el trono de España, se creó en Buenos Aires un gobierno provisional para gobernar en nombre del rey fugitivo (el amado Fernando de ingrata memoria); fué proclamada en voz alta la adhesión inalterable a su persona y gobierno y se habló seriamente de llevar a cabo una cruzada de criollos para vengar el agravio, pero esta agitación de lealtad fué de corta duración. Los sumisos criollos sintieron el poder en las manos, y el éxito obtenido sobre las tropas de Beresford y de Whitelocke los estimuló, haciéndolos recapacitar en que eran valientes. A pesar del trabajo que se dió la corte de España para evitar la introducción de libros y periódicos que pudieran informar a sus súbditos sobre la marcha del resto del mundo, algunos entraban de contrabando y eran ávidamente leídos. Aunque a los nativos les estaba vedado enviar sus hijos a Europa o ir ellos mismos con propósito de ilustrarse, algunos, por especial favor, hicieron el camino y volvieron con un vivo sentido de los errores de que era víctima su país bajo el pesado cetro español. Como resultado de las murmuraciones y confidencias sobre las ventajas que podrían derivarse de la independencia, dijeron claramente las cosas en sus reuniones de carácter político, y en 1810 empezaron a actuar como república independiente, aunque la independencia no se proclamó formalmente hasta el 25 de Mayo de 1815⁴.

Las comprimidas pasiones de los criollos reventaron ahora con nacional entusiasmo. Los antiguos españoles o nativos que se negaban a firmar el acta de la independencia recibieron orden de abandonar el país y las tropas del antiguo gobierno, o fueron incorporadas al nuevo régimen o derrotadas

⁴ Este trastrueque de fechas, tan burdo (¿habrá que decir que se refiere al 9 de julio de 1816?), es un índice muy elocuente de la información histórica con que el señor Beaumont acometió el bosquejo o resumen tan desdichado que forma la primera parte de este capítulo. No hagamos capítulo de cargos a este extranjero que habla en 1826, cuando no disponía de libros ni de fuentes de información. Conozco muchos argentinos con pretensiones de "cultos" que por ahí se van, hoy mismo, con Beaumont en punto a historia de su propio país. (N. DEL T.)

y sometidas. Dentro del territorio de las Provincias Unidas esas tropas hicieron poca resistencia a los patriotas. La contienda principal se produjo entre estos últimos. Las provincias de Córdoba y Montevideo se negaron a entrar en la unión y derrotaron a los ejércitos de Buenos Aires enviados para someterlas. Todo el Paraguay se sustrajo a la comunicación con Buenos Aires y puso en fuga a sus tropas. Santa Fe hizo lo mismo y en la guerra que Buenos Aires sostiene ahora contra el Brasil por la soberanía de la Banda Oriental, ninguna de las provincias ha enviado sus contingentes ni atendido a las reclamaciones hechas en nombre del congreso⁵. La unión de las provincias es, por lo tanto, poco más que de nombre, excepto en aquellos casos en que cada una mira, según le conviene, su propio interés para el reconocimiento de la dicha unión.

Durante varios años se han sucedido algunos aventureros empuñando las riendas del poder en Buenos Aires y en la mayoría de las otras provincias, y un partido ha embaucado y echádole la zancadilla al otro. La anarquía, la inseguridad, la falta de confianza en los poderes del gobierno han sido las naturales consecuencias. Bajo ese influjo dañino ha fracasado toda la riqueza, todos los beneficios derramados sobre el país desde Europa y se han perdido las grandes ventajas naturales y el ímpetu que infundió a los nativos el aire fresco de la libertad. Varias de las provincias están ahora en peores condiciones que bajo el gobierno español y solamente en las vecindades de Buenos Aires parece que se han experimentado beneficios materiales con los cambios que han tenido lugar.

La comarca atravesada por el río de la Plata y sus tributarios representa incuestionablemente la más extensa región que en punto a fertilidad y salubridad pueda encontrarse sobre la tierra; cae casi toda ella entre los veintiocho y treinta y nueve grados de latitud sur; y de ahí que posea ese intermedio

⁵ Esta aserción rotunda, que ha sido reproducida a menudo por autores argentinos, es falsa. Bastaría para destruirla copiar las notas que dirigió a los gobiernos de provincia el general Las Heras, encargado del P. E. de las Provincias Unidas en los comienzos de la guerra, y otros documentos intergiversables. (N. DEL T.)

feliz entre el frío y el extremo calor que constituye el más confortable clima para habitación del hombre. Desde el océano Atlántico al este, hasta la cordillera de los Andes al oeste, en un espacio de unas ochocientas millas, y desde el territorio indio de Tandil, en el sur, hasta el Brasil por el norte, en distancia de unas seiscientas millas, se extiende un territorio que mide casi medio millón de leguas cuadradas de tierra, apto todo él para la buena sustentación del hombre. En toda esa extensión, no hay lodazales pestilentes ni selvas impenetrables, ni sierras que no puedan trasponerse, ni áridos desiertos; el territorio entero se compone de vastas llanuras o de suaves ondulaciones que en ninguna parte asumen el carácter de montañas. Vastas extensiones de rica verdura caracterizan a esta inmensa región que sólo se halla interrumpida por ríos navegables y numerosos arroyos que en ellos desembocan. Como en su totalidad esta porción del globo está casi al mismo nivel, las comunicaciones entre uno y otro lugar pueden hacerse en línea directa, y cuando haya aumentado la población, podrán hacerse canales en los sitios a donde no lleguen los ríos navegables. Pero los ríos navegables se extienden a casi toda la región y algunas fragatas han salido desde lugares situados a mil quinientas leguas hacia adentro para salir por el río de la Plata y encaminarse a todas partes del globo. De ahí que no exista lugar en el mundo para el sustento y el tráfico comercial de una extensa población, como las Provincias Unidas del Río de la Plata. Los productos del suelo, hasta ahora, son más que todo pastizales abundantes para el ganado; el trébol silvestre crece tan alto con frecuencia, que los hombres y el ganado pasan por él, dentro de corta distancia, sin advertirse unos a otros; pero en otros lugares se presentan bosques de cardos y si éstos están cerca de las grandes poblaciones, como son usados para combustible, contribuyen a valorizar el campo. El país, por lo general, carece de bosques pero la provincia de Entre Ríos y las márgenes de los ríos en la Banda Oriental, abundan en árboles que, si bien son de escaso tamaño, se utilizan en trabajos comunes de carpintería, y para construir carros, habitaciones pequeñas y también como combustible. Las márgenes de los

rios se hallan asimismo ricamente franjeadas por arbustos perfumados. Las provincias más nortañas, cercanas al Brasil, tienen selvas de gran magnitud con maderas de primera calidad para construcción de barcos y otros objetos. Todas las frutas que se dan en Europa medran en este país. El trigo en muchos lugares produce cien por uno, pero muy escasa es la atención que se presta al cultivo de la tierra; los habitantes, por lo general, proveen a sus simples necesidades tan fácilmente con el producto de sus rebaños, que prefieren importar el trigo y la harina (sujetos a un impuesto de cien por ciento) antes que darse el trabajo de cultivar el grano en su propia tierra.

Una vez considerado el país bajo su aspecto general, proseguiremos de manera algo más detallada. Ciertas particularidades propias de diferentes comarcas, será preferible mencionarlas en su capítulo respectivo; pero en primer lugar se impone una descripción del gran río de la Plata y de sus tributarios.

Río de la Plata. Este río, por la magnitud de la superficie, uno de los más grandes del mundo, es navegable en una extensión mayor que cualquier otro río. Es navegable por lo menos quinientas leguas adentro en su rama del Paraná. A esa distancia, en latitud de 27°, su corriente da sobre un lecho de rocas sobre el cual se precipita en la isla de Apipé; por su rama del río Uruguay es navegable hasta unas ciento cincuenta leguas desde la desembocadura, y está suieto a una pequeña caída en el lugar llamado Salto Chico en latitud de 31° 20'. Como todos los ríos, tiene en su origen poco caudal. Las aguas que descienden de una cordillera situada al N.O. de Río de Janeiro, en latitud de 18° y 19°, componen la fuente de este gran río. En latitud de 20° adquiere considerable magnitud; desde allí pasa sobre varios saltos menores y en latitud de 27° salta sobre el último y más considerable.

En adelante continúa navegable para barcos de carga hasta su unión con el océano a distancia de quinientas leguas. No mucho más abajo de la mencionada caída, estaban antiguamente los astilleros reales de los reyes de España. Las florestas en esa vecindad y en el Paraguay, abundan en maderas

apropiadas para cualquier clase de construcción, sean barcos o viviendas. Unas sesenta leguas adelante, pero casi en la misma latitud, el río Paraguay (que corre al oeste de una serranía situada a la parte occidental de Río de Janeiro y es al mismo tiempo alimentado por corrientes de los Andes), se junta con el Paraná. Desde ese punto, ambos ríos unidos ruedan majestuosamente hacia el sur en una corriente de dos a cuatro millas de ancho, siempre con el nombre de Paraná hasta que se une al Uruguay, pocas leguas al noroeste de Buenos Aires. A partir de esta unión el río toma el nombre de río de la Plata. La parte más angosta del río de la Plata tiene arriba de diez leguas de ancho y continúa ensanchándose hasta su desembocadura en el océano, donde, desde el cabo de Santa María, en la orilla norte, hasta el cabo de San Antonio, en la del sur, tiene una anchura de cuarenta leguas. Aun al llegar al océano, el agua del río de la Plata continúa como agua de mar dulce, derramándose constantemente en el Atlántico, y el efecto que hace al diluir la sal del mar, puede advertirse hasta varias leguas adentro desde la desembocadura. Las mareas influyen en la altura del río casi hasta un punto tan interior como Buenos Aires, y la mezcla del agua del mar con la corriente de agua dulce puede percibirse arriba de Montevideo. La rama Paraná del río de la Plata, tiene sus crecidas periódicas; éstas comienzan en diciembre, poco después de la estación de las lluvias en las regiones que están dentro del trópico de Capricornio, y desde las cuales desciende el río; sigue creciendo hasta abril en que llega al punto más alto, generalmente a unos veinte pies, y entonces empieza a bajar hasta julio. De julio a diciembre se mantiene por lo común al mismo nivel. Los vientos influyen mucho en la altura del río de la Plata: por la mañana el río baja, por la tarde crece en proporción a la brisa ⁶. Este fenómeno, sin embargo, no se produce en el Paraná, que se mantiene invariable en todo su curso, sea cual fuere el viento. Se ha obser-

⁶ Se dice que, hace unos cuarenta años, mientras soplaba un fuerte viento del oeste, el río fué arrastrado tan lejos de la costa, que por muchas leguas no se advertía otra cosa, hasta donde alcanzaba la vista, que una extensión de tierra formada por arena y barro. (NOTA DE BEAUMONT.)

ado que en todo el curso del río Paraná no hay ni rocas ni
 guijas; el lecho es de arcilla o de arena fina en todas sus
 partes y toda la extensión que el río atraviesa, de terreno
 aluvial; la misma observación puede hacerse a propósito del
 río de la Plata, salvo que, cerca de su desembocadura hay al-
 gunas pocas islas de arena infértil que tienen un substrato
 rocoso. La profundidad de este enorme río no corresponde a
 la magnitud de su superficie. Por lo general es de escasa
 profundidad, de manera que un hombre puede andar varias
 millas adentro desde la costa sur sin ser cubierto por el agua;
 en los cauces, sin embargo, hay profundidad bastante para
 barcos de trescientas toneladas en todo lo largo del río de la
 Plata y del Paraná, tan arriba como la isla de Apipé, a dis-
 tancia de seiscientas leguas como se ha dicho. El cauce prin-
 cipal nunca tiene menos de dos brazas y media de profundidad.
 Esta profundidad del agua se extiende a lo largo de la costa
 norte del río de la Plata y en la costa norte y este del río
 Paraná; pero los cauces son menores en las costas sur y oeste
 del mismo río y siempre más profundos cerca de las márgenes:
 en el río Paraná, el centro del río está sembrado de islas.
 Estas últimas tienen arboledas muy tupidas, refugio de tigres
 y zorros. En el Plata se extienden inmensos bancos de arena
 en medio del río y hacen la navegación de Montevideo a
 Buenos Aires en todo tiempo muy difícil y con frecuencia
 peligrosa. La verdad es que, aun barcos pequeños, rara vez
 pueden aproximarse a menor distancia de tres millas de Bue-
 nos Aires. La Ensenada de Barragán, treinta millas al este
 de Buenos Aires, proporciona refugio para barcos de no más
 de cinco pies de calado, pero la barra de este pequeño abrigo
 no siempre da paso, aun para esos mismos barcos. Un río
 tan grande como el Paraná, es natural que sea alimentado
 por muchos ríos tributarios. Entre ellos, el río Salado, que
 se une al Paraná cerca de Santa Fe, es el más considerable.
 Puede navegarse en distancia de muchas leguas y, como atra-
 vesa regiones fertilísimas, ha de ser algún día de considera-
 ble importancia. Otro río del mismo nombre desemboca en el
 Plata, en latitud de treinta y seis grados. Corre al sur de la
 ciudad de Buenos Aires, a distancia de unas veinte o treinta

leguas. El río Uruguay, o sea la rama "Uruguay" del río de la Plata, tiene sus fuentes en el Brasil y es navegable para barcos de carga de ciento cincuenta toneladas hasta una altura de sesenta leguas arriba de su desembocadura en el Plata. La navegación se ve impedida a esa altura por el Salto Chico y pocas leguas más arriba hay una caída mayor, el Salto Grande. Al norte de este último salto, el río es otra vez navegable por muchas leguas, sin que se produzca después ninguna interrupción. Los márgenes del río, arriba de la Villa de la Concepción, se presentan altas, y se distinguen por sus bosques de palmeras, higueras y arbustos florecidos. Con las islas boscosas que abundan dentro del mismo río, ofrecen muy agradables y pintorescas combinaciones. En la orilla de la Banda Oriental hay barrancas de arena amarilla que animan mucho el paisaje. Los principales ríos que desaguan en el Uruguay, son, el Negro en latitud $33^{\circ} 30'$, el Gualeguaychú, en latitud 33° y el Ibicuy en latitud $29-30^{\circ}$. Además de estos ríos, hay una gran cantidad de arroyos navegables para barcos pequeños, en mucha distancia, aguas arriba. Las inundaciones periódicas del río de la Plata y sus tributarios, calcúlase que se extienden por unas cuatro mil leguas cuadradas de territorio. Estas inundaciones son muy parecidas a las del Nilo; la crecida es gradual y las aguas, al retirarse, dejan tras ellas un limo gris y viscoso, residuo de materia terrosa, arcillosa y salina, mezclada con vegetales podridos, que fertilizan el suelo y acrecen su virtud productiva en alto grado. Como las crecidas son regulares y lentas, rara vez a los estancieros y campesinos les falta tiempo para recoger sus ganados y para trasladarlos, lo mismo que a sus familias, a tierras más altas, pero no han faltado casos en que estancias enteras han sido barridas por las inundaciones y sus pobladores se han ahogado. Esto fué precisamente lo que ocurrió en 1812 cuando se produjo una crecida verdaderamente extraordinaria del río. La parte baja de la provincia de Entre Ríos está sobremedida expuesta a las inundaciones, y los campos, al presente, se hallan sembrados con osamentas de caballos, vacas, venados y otros animales que han perecido a consecuencia de ellas. Las islas del Paraná están de igual manera cubiertas con los

huesos de tigres, zorros y avestruces ahogados. Después, que bajan las aguas, el aire se pone infecto con los restos podridos de todos estos animales. Por el contrario, en la estación del calor, los ríos pequeños se secan y dicen que el ganado sediento anda entonces olfateando en el aire para descubrir dónde podría encontrar el agua deseada. En este particular tiene el ganado un sentido agudísimo, y una vez que ha descubierto en qué lugar está el agua, pueden verse grandes tropas galopando en esa dirección en línea recta, y con tal impetuosidad que nada puede resistirles. En algunos lugares de las pampas apartados de los grandes ríos, mueren miles de cabezas de ganado anualmente por falta de agua. Ninguna comarca, sin embargo, puede estar mejor provista de agua, sea para abreviar el ganado, o por lo que hace al riego o a la navegación, que la que atraviesa el río de la Plata y sus principales tributarios.

Si miramos a la orilla opuesta del río de la Plata, la diferencia de aspecto es muy notable. Por el lado de la Banda Oriental, una sucesión de lomas agradablemente variadas en cuanto al color y la vegetación surge casi siempre sobre la costa del río y alegra el paisaje. A la parte de Buenos Aires se extiende una llanura triste y lúgubre que apenas si puede distinguirse de la superficie del agua. La ciudad de Buenos Aires, edificada sobre una altura de unos veinte pies sobre el nivel general del río, y algunos edificios y bosques de durazneros por la Ensenada de San Isidro (población muy agradable, unas quince millas arriba de Buenos Aires), es lo único que comunica cierta variedad a esta desamparada orilla. La misma tierra baja, pantanosa, expuesta a las inundaciones, se encuentra sobre la margen derecha del Paraná hasta San Pedro, donde la orilla del río se eleva a una altura de unos cuarenta pies y sigue así barrancosa y de lindo aspecto hasta muchas leguas más arriba.

El suelo de la extensa llanura que va desde la margen derecha del Paraná hasta el pie de los Andes (la cordillera que separa de Chile) es todo él aluvial; una rica y fértil capa de tierra negra³⁷ vegetal, generalmente de tres pies de profundidad, cubre la superficie; el substrato que viene luego es ge-

neralmente arcilla de la que puede encontrarse gran variedad. Hay finísima arcilla blanca, muy apropiada para fabricar loza fina y varias arcillas amarillas y rojas usadas como colorantes; también otras varias arcillas, fuertes, que se usan para fabricar tejas y cacharros; además de esto, greda y arena, entre las cuales una arena negra y brillante usada para escritorio⁷ y una arena blanca, fina, para ampolletas⁸ se encuentran bajo la tierra vegetal en muchos lugares. Hacia el sureste de Buenos Aires, en las vecindades de Bahía Blanca, hay grandes regiones arenosas y de muy poca fertilidad. A una profundidad considerable, rara vez a menos de cincuenta pies de la superficie, se encuentra generalmente una sustancia llamada *tosca*; se trata de una arcilla dura que contiene cal. A pocas millas al sur de Buenos Aires hay un gran estrato de *yeso*. Se ha hecho un intento para descubrir alguna fuente de agua subterránea en la ciudad de Buenos Aires porque el agua que suministran los pozos es salobre y no apropiada para cocinar ni para lavar. Durante los últimos tres años han estado barrenando el suelo con el propósito de subsanar ese inconveniente, pero en los dos últimos años se han hecho —según entiendo— pocos progresos porque han dado sobre una profunda arena movediza que ha frustrado todos los intentos. Yo he tenido en mis manos un papel que contiene una información de las substancias extraídas por el maquinista inglés empleado en la obra. El resultado es interesante porque muestra la calidad de los estratos a una considerable profundidad. El informe empieza con lo encontrado a una profundidad de ochenta y tres pies, en cuya profundidad había tierra vegetal, arcilla y tosca.

⁷ Ha de tratarse de la arenilla usada para secar lo escrito con tinta sobre el papel, antes de que fuera fabricado el papel secante. (N. DEL T.)

⁸ Los relojes de arena. (N. DEL T.)

PIES	PULGADAS	
63	0	A esta profundidad tierra vegetal, después arcilla, después tosca.
15	0	Tosca, arcilla y arena.
3	0	Roca gris de piedra caliza.
12	6	Arcilla.
3	5	Arena con pequeña mezcla de arcilla.
4	8	Arcilla dura con piedra caliza suelta.
3	5	Arcilla mezclada con arena.
0	6	Arcilla dura.
7	4	Roca arcillosa.
8	4	Arcilla dura.
1	0	Arcilla dura con piedra caliza.
4	0	Arcilla dura.
1	0	Arcilla dura con piedras.
24	9	Arena.
174	10	Toda la profundidad del pozo.

Las diversas capas, a partir de los ochenta y tres pies, hasta donde daba comienzo la última capa de arena, fueron barrenadas en el transcurso del mes de enero de 1824; pero después de haber avanzado algunos pies en la arena, el progreso se hizo muy lento, dado que la arena caía en una especie de cono invertido y la que se sacaba en cada subida del barreno era muy poca; por eso, el progreso, en profundidad disminuía diariamente hasta que apenas si el barreno producía efecto, pero en 1826, un día en que estuve con Mr. Miers, el director de la Casa de Moneda de Buenos Aires, llegó el ingeniero con muestra de sustancia arcillosa a la que, por fin, había llegado y que tenía olor a sulfuro. Después, entiendo que la obra fué suspendida por orden del presidente don Bernardino Rivadavia. No supe si S.E. tomó esta resolución porque estaba cansado de tantos gastos o porque se sintió alarmado por el olor, y pensó que no debía correr el riesgo de entrar en enredos con otro vecino más, cuando sus combates por las posesiones del Brasil superaban lo que él estaba en condiciones de hacer para dirigirlos convenientemente.

En la parte norte de las provincias de la Banda Oriental y Entre Ríos, y en Paraguay, en los sitios en que no hay saladares o arroyos, tienen una tierra, *barrero*⁹ que es una mezcla de arcilla y sal. Es devorada con avidez por todos los animales. El ganado no puede ser apartado de este alimento ni aun a golpes, y a veces los animales comen tanto que mueren de indigestión. Dícese que los pájaros son igualmente afectos a él. Pero la superficie de la gran llanura de este país está casi en todas partes cargada de sal, y los arroyos son todos más o menos salados. Si se cava un foso o se forma un estanque, el agua resulta salada; y en tiempo de sequía, cuando el agua de las lagunas se evapora, deja una espesa y sólida costra de sal. Hay varios lagos de esta naturaleza a unas treinta o cuarenta leguas al sur de Buenos Aires en territorio indio y desde la ciudad salen filas de carretas hacia ese lugar, con escolta, para recoger sal en la estación apropiada. Cuando el ganado no encuentra agua salada ni tierra, come huesos secos, y si esto no es bastante, desfallece, enferma, y, según dicen, muere también en pocos meses. En toda la extensión de esta llanura no podrá encontrarse ni una guija ni una piedra, así fuera del tamaño de una avellana, pero en la Banda Oriental y en la parte norte de la provincia de Entre Ríos, donde el campo es ondulado y se levantan pequeñas colinas, hay mucha piedra caliza y rocas de granito. Minas de plata y oro, plomo y hierro existen entre las colinas cercanas al pie de los Andes y en las provincias de La Rioja, Catamarca, Córdoba y San Luis. Por lo general son pobres en calidad y están entre montañas estériles e inhospitalarias que no proporcionan alimento al hombre ni al ganado, ni leña para combustible ni agua para mover molinos, ni medios de transporte, como no sea la espalda de los hombres o el lomo de las mulas; y en el último caso, sólo puede el mineral ser trasladado a través de inmensas llanuras, en distancia de mil millas quizás, antes de que pueda alcanzar la comodidad del transporte fluvial por el río Paraná. Es improbable, pues, que puedan estas minas ser nunca trabajadas en condiciones adecuadas para el transporte.

⁹ Así en el original. (N. DEL T.)

das con beneficio ni competir con las ricas y bien situadas minas de México, Perú y Brasil. Las de Famatina, San Luis, Uspallata y otras, han sido muy infladas en Europa, pero no es probable que puedan ser trabajadas con algún beneficio para los capitalistas. Varias compañías, inglesas, alemanas, y de hombres de Buenos Aires han sido formadas para trabajar las minas, pero todas han fracasado, y algunos miles de incautos han sufrido daños y hasta han sido arruinados para enriquecer a ciertos bribones y accionistas agiotistas. También se han hecho trabajos y ha sido encontrado oro y plata en un lugar llamado Minas, al norte de Maldonado, de situación excelente, pero el mineral es demasiado pobre y en tan poca cantidad, que no paga el gasto del trabajo y por eso hasta ahora nadie se ha decidido a la empresa. Durante trescientos años, las minas han sido la preocupación favorita de los hispano-americanos; es una especie de juego en que se deleitan, pero los más prudentes tienen a este propósito un dicho muy acertado: "Si alguien encuentra barro en su campo, puede que se haga rico, si encuentra plata empobrece con seguridad, y si oro, se arruina para toda la vida" . . . Se ha dicho que aparecen vetas de mineral de hierro y del carbón que siempre le acompaña, en los acantilados por donde pasan los marineros hacia el sur del cabo San Antonio cuando van a la bahía Blanca o al río Negro, pero esto requiere confirmación.

Producciones vegetales. La extensa provincia de Buenos Aires está singularmente desprovista de árboles, con excepción de algunos pocos plantados de propósito dentro de los cercos. Estos cercos están hechos generalmente con hileras de tunas, de las que brotan series de vástagos de la consistencia de un tallo de col, de seis u ocho pulgadas de ancho y una de espesor, con un alto de seis o siete pies. Están cubiertas con espinas cortas y así el cercado equivale a una de esas tapias de ladrillo erizadas de vidrios rotos. El áloe se usa también comúnmente para cercos y se adapta bien para ese fin, crece hasta una altura de siete u ocho pies y es un verdadero *chevaux de frise*¹⁰ vegetal. Su tupido y gracioso fo-

¹⁰ *Caballo de frisa* en español. "Madero atravesado por largas púas de

llaje inclinado es muy agradable a la vista. Tanto este cerco como el de tuna son muy fuertes y constituyen buena protección contra el ganado. El ombú es el único árbol grande que crece silvestre en la provincia de Buenos Aires; es tan grande como el roble, de follaje muy espeso y de color verde oscuro, pero, aunque grande, su madera no sirve para nada; es blanda y esponjosa, aguosa, como la tuna y el áloe e inconsistente como un tallo de col, no es útil ni para hacer fuego. En los caminos cercanos a Buenos Aires, se les encuentra cada tres o cuatro leguas, pero rara vez más de dos juntos. Para el viajero que ha cabalgado por una triste llanura, sin ver ni siquiera un arbusto, la aparición de uno de estos ombúes resulta un alivio. El espinillo es arbusto pequeño: rara vez tiene más de dos o tres yardas de alto; su nombre le viene de las espinas que lo cubren; se le utiliza solamente para hacer postes y tranqueras destinadas a cercos provisorios; también como leña y a este fin se adapta muy bien porque lo mismo arde verde que seco. Sin embargo, aun este pequeño arbusto se ve muy poco en la provincia de Buenos Aires. Lo traen de las islas del Paraná para el consumo de la ciudad. Los cardos vienen a ser como delegados o representantes de los árboles en la provincia; crecen hasta una altura de seis a ocho pies y en extensiones de muchas leguas sin interrupción; los que crecen cerca de la ciudad se cortan y se usan para calentar los hornos de los panaderos y también los hornos para hacer ladrillos y tejas. En las islas del Paraná y del Uruguay se encuentran varias especies de árboles pequeños que se usan como leña y para obras de carpintería común, pero no pude ver grandes y buenos árboles de madera de construcción en todo el territorio ni tampoco en la Banda Oriental (parte meridional que es la que tiene mejores bosques entre las provincias del sur). Sin embargo, en la región del norte de la Banda Oriental y en los campos que bordean el Uruguay y el Paraná, pueden encontrarse en abundancia las mejores maderas de construcción y otras maderas de valor. Debo decir

hierro que se usa como defensa contra la caballería." Es defensa muy antigua. Se usó en las guerras civiles del litoral argentino. (N. DEL T.)

que también los durazneros, higueras, naranjos y palmeras crecen muy bien entre los cercados de las vecindades de Buenos Aires y se dan silvestres en la parte norte de Entre Ríos.

Sobre las márgenes de los ríos, en Entre Ríos y Banda Oriental, el arbusto de la zarzaparrilla se da silvestre y en abundancia, y como mezcla sus ramas y follajes con las aguas, créese que las convierte en la poción *Lisbon* de la farmacopea londinense, llegada la estación. El laurel silvestre que contiene tanino, la palma y el cedro colorado, crecen en las islas del Paraná y del Uruguay y en las márgenes de los arroyos de Entre Ríos. El *curiy*, una especie de pino, abunda en las islas del Uruguay; el fruto, parecido al dátil, se halla dentro de una vaina cónica que se abre cuando el fruto está maduro. Esta fruta es muy preferida por la paloma del monte; el tronco del árbol es largo y derecho y la madera blanca y dura.

En el Paraguay se dan muchas variedades de madera. Los barcos fabricados allí son muy durables. Algunas especies de madera del Paraguay son tan fuertes que resisten a las mejores hachas y otras, más fáciles de trabajar, se usan para hacer ruedas, ejes, etc. Los carros de Buenos Aires están hechos de estas maderas; el algarrobo, el *urunday pitá* y el *urunday-irray* se cuentan entre los más fuertes. La última se emplea también en la fabricación de muebles; la veta de esta madera es muy hermosa y si se la pule bien, es tan bonita como el palo rosa, aunque de color menos oscuro. El *timbó* y el *tatayibá* (mora silvestre) se utilizan para los mismos fines; los hay de tamaño muy grande; el último de los nombrados es de un color amarillo brillante. La madera de lanza (palo de lanza) y el naranjo se usan también para hacer flechas, cajas de fusiles, ejes de ruedas y cajas de carruajes. Una palma grande (*carandy*) es muy usada para la construcción de balsas; es madera verdaderamente fuerte y dura mucho tiempo cuando se la protege de la humedad. El *tataré* es una madera amarilla muy sólida y se emplea mucho en la construcción de barcos; es también material muy estimado para la construcción de coches. Hay un árbol cuyo tronco parece estar compuesto de varios tallos torcidos entre ellos, formando un sólido conjunto. El cedro se trabaja con facilidad y es empleado para hacer

remos, tablones, etc., pero se astilla fácilmente y se pudre si se le expone a la humedad. El *yberaro* es también muy empleado en la construcción de barcos y muy durable. El árbol que provee de la famosa yerba mate crece en Paraguay entre los 24º y 30º de latitud; se desarrolla hasta adquirir un buen tamaño si no se le toca; pero cuando se lo corta para proveer al mercado, nunca pasa del tamaño de un arbusto; las hojas y los tallos delgados se cortan cada dos o tres años, tiempo que ha considera necesario para que se reproduzcan. Las ramas pequeñas cuando se recogen son secadas al fuego; las hojas son después tostadas y parcialmente machacadas, después de lo cual se empaquetan en cueros para ser enviadas a diferentes mercados de Sud América. El tronco de este árbol tiene unas ocho pulgadas de diámetro. La corteza del cebil y *curupahí* (que se encuentra en Paraguay y Corrientes) sirven en la industria del curtido. Hay también varios árboles y plantas que los nativos usan para teñir géneros de lino.

Un árbol grande llamado *palo santo*, produce una goma olorosa que se extrae hirviendo fragmentos de la madera; se la usa como perfume. El árbol del incienso se llama así por la goma que produce y porque ésta se quema en las iglesias como incienso. El *mangaysy* produce goma elástica; hacen con ella una especie de fósforo o mixto que arde un largo rato. Hay muchos árboles en las provincias que destilan diferentes clases de goma, otros son reputados por poseer grandes virtudes medicinales. De éstos últimos, un jesuita (Sigismond Asperger) hizo numerosos experimentos sobre los indios durante cuarenta años en que residió entre ellos y, a su muerte, dejó una colección de fórmulas (o recetas) manuscritas para uso de los indios y únicamente con los productos de la comarca. La edad avanzada en que murió, ciento doce años, dió gran autoridad a sus doctrinas. El ruibarbo cuenta entre las muchas plantas medicinales. El cordaje usado en los barcos del Paraná se hace frecuentemente con las fibras de diferentes plantas del Paraguay; se estropean pronto por la fricción o por el agua. Las "flores del aire" se ven en toda Sud América y traen su nombre de la circunstancia de crecer aparentemente sin raíz alguna, sustentándose solamente del aire. Es

una planta parásita que crece sobre las ramas de los grandes árboles a los que se adhiere por medio de fibras pequeñas. Los habitantes de Buenos Aires y de otras ciudades atan estas plantas a los balcones de hierro y cuando están en flor, el efecto que hacen es muy agradable; las hojas son largas y parecidas a las del áloe y como las flores del áloe, las suyas brotan de un tallo derecho y largo que sale del centro de la planta.

Aunque el suelo y el clima de Buenos Aires son tan favorables a la agricultura, los nativos han preferido hasta ahora comprar a los países extranjeros todos los productos vegetales que pueden y a precios altos, en lugar de esforzarse ellos mismos por sacarlos de su propio suelo. El cultivo de la vid está asimismo muy abandonado y con excepción de algún vino que se produce en Mendoza, y también en pequeñas cantidades en La Rioja y en San Juan, Buenos Aires se provee de este artículo de lujo en Europa. Sin embargo, la vid, aun plantada cerca de Buenos Aires, produciría con mucha abundancia. Yo he probado uva moscatel cultivada por un nativo a dos millas de la ciudad, uva que tenía una pulgada y medio de largo y que no cedía en buen gusto a las mejores que había probado en España y Francia. En cuanto a los cereales, se ha probado que son dos veces más productivos en este país que en Europa, pero es tal la aversión de los nativos por el trabajo manual, que dependen por entero de América del Norte, el Cabo de Buena Esperanza y aun de la tierra de Van Diemen ¹¹ para atender a esta necesidad. Ultimamente, sin embargo, las medidas tomadas por el gobierno para fomentar el cultivo, la introducción de tantos agricultores al país, y el último bloqueo, han contribuido en conjunto a promover el desarrollo de los cereales. El bloqueo, sobre todo, ha obligado a los habitantes a sembrar trigo a riesgo de no comer pan.

El tabaco, el café, el azúcar y el algodón han sido cultivados, en parte, en las provincias del norte y más particularmente en el Paraguay; pero el clima y el suelo se ha comprobado

¹¹ *Tierra de Van Diemen*. La Tasmania, isla del sur de Australia. (N. DEL T.)

que no son tan favorables a este cultivo como lo son La Habana y el Brasil, de donde ellos se proveen con ventaja de estos artículos. El maíz crece en forma excelente en todas las provincias y es estimadísimo. Se le come generalmente asado o hervido con leche ¹².

El mercado de Buenos Aires no está muy provisto de frutas; la mejor es el melón que crece con abundancia en todo el país; la sandía se lleva en grandes cantidades de Santa Fe y es fruta muy refrescante durante los meses de verano. El melón fragante o almizcleño abunda mucho también; lo ponen en los cuartos por razón del aroma pero rara vez lo comen. Los duraznos se dan profusamente en todo el país, pero, debido a los malos cultivos, son generalmente aguosos o insípidos. Los durazneros nacen de los carozos arrojados al suelo. En dos años los árboles crecen y dan fruto; los conjuntos de estos árboles son llamados "montes de durazno"; cada quinta tiene generalmente un medio acre de terreno cubierto con estos durazneros que se llenan de frutas. Las neras son pequeñas e insípidas. También hay gran cantidad de naranjas pero no son tan buenas como las del Brasil; crecen principalmente en las orillas de los ríos, pero hay también muchos naranjales en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires. Los limones son buenos y abundan. Lo mismo las higueras; estas últimas tienen follaje denso y agradable por su sombra. Dan dos cosechas de higos excelentes en un mismo año. Las buenas granadas y los membrillos abundan también. En cuanto a manzanas, ciruelas, nueces, cerezas, frambuesas, y grosellas, nunca las encontré cerca de Buenos Aires. Los emigrantes ingleses habían llevado cantidad de plantas y semillas de la mayoría de estos árboles frutales, pero, como consecuencia de la detención que sufrieron en Buenos Aires y otros trastornos habidos allí, la mayoría de esas plantas fué robada o destruída. Las papas han sido introducidas últimamente en las provincias: el suelo no parece muy favorable a ellas. Yo vi muchas en las huertas de nuestros emigrantes pero eran muy pequeñas. El señor secretario Núñez, sin embargo, dice

¹² La mazamorra. (N. DEL T.)

que en la provincia de Tucumán “las batatas llamadas *camotes* crecen tanto que pesan más de siete libras”. Pero yo no encontré un solo hombre en todo el país que hubiera visto ni creyera en esas batatas de siete libras, como tampoco en los árboles de la misma provincia de tronco tan grueso que siete hombres con los brazos extendidos no podían abarcarlos, ni en los “granos de oro de tres o cuatro onzas” de una provincia vecina.

La batata es plato favorito de los nativos y se come hervida o asada como nuestras papas. Tienen la forma de un pepino y son blancas o coloradas; las primeras son más pequeñas y tienen mejor gusto. Otro plato favorito de los nativos es una haba blanca, los *frijoles*¹³ que comen guisados; tienen, más o menos, el tamaño de un haba común y se le parecen en el sabor. Las alcachofas (alcauciles) crecen hasta alcanzar un buen tamaño y no son inferiores de ninguna manera a las nuestras en buen sabor. Los nabos son generalmente fibrosos e insípidos. Las lechugas y otras verduras, ni buenas ni malas; los ajos y las cebollas muy buenos. Aunque yo no he visto en el mercado de Buenos Aires muchas otras legumbres, además de las enumeradas, he visto sí muchas de las nuestras y de las mejores creciendo en abundancia en las huertas de nuestros colonos quienes confían en que, con buen cuidado, todos los vegetales cultivados en Inglaterra han de darse excelentemente en el Río de la Plata. Uno de nuestros colonos de San Pedro, en el transcurso de ocho meses había sembrado en cinco acres de terreno gran variedad de legumbres y las había rodeado con una zanja.

Animales salvajes. El jaguar¹⁴ o tigre de Sud América tiene manchas muy semejantes al leopardo de Asia. Este animal vive entre tanta abundancia que no es nada feroz y huye de la presencia del hombre, salvo que lo ataquen o lo persigan de muy cerca. Se le encuentra principalmente en las islas y en las márgenes de los ríos donde se divierte pescando. Atrae a los peces al borde mismo del agua vertiendo su propia sali-

¹³ Así en el original. La judía o poroto. (N. DEL T.)

¹⁴ El original dice *yagua*. (N. DEL T.)

va sobre la superficie y cuando se aproximan los saca del agua con un zarpazo. También da caza al carpincho o cerdo de agua y se arroja sobre la mayoría de los otros animales que se ponen a su alcance. Con mucha frecuencia cruza los anchos ríos en busca de alimentos. Yo vi estos jaguares dos o tres veces en las orillas de los ríos. El león no es comparable a su homónimo africano; parece más bien un perro de Terranova, contrahecho; tiene el cuerpo largo, la cabeza pequeña y redonda, el cuello delgado y débil; es de color amarillo claro; nunca llega a la mitad del tamaño de un león africano y no se le encuentra con tanta frecuencia como al tigre. Yo he visto uno en Buenos Aires, atado como perro de patio y tan familiar como un perro con su amo. Los venados abundan en la Banda Oriental, en Entre Ríos y en algunas de las otras provincias. Son como los corzos y su carne se parece a la de nuestro venado pero no es estimada por los nativos.

Tayazú es el término general con que se designa al cerdo salvaje; estos se encuentran al norte del río de la Plata y sólo se diferencian de los de Europa en que son algo más pequeños y en que no tienen cola ni espuela ninguna en las patas traseras. El *carpincho* (cerdo de río) es un animal anfibio, muy parecido al cerdo común en la forma, pero su cuerpo es más corto y más redondo; cuando el tigre lo ataca busca refugio en el agua, en la que se sumerge después de lanzar un fuerte gruñido. La carne se parece mucho a la del cerdo pero es grasa en extremo y tiene cierto sabor de pescado; proporciona buen alimento a los marineros detenidos por el mal tiempo en los grandes ríos, cuando andan escasos de provisiones. El *pay* es de la especie del cerdo salvaje, habita en los bosques y sólo aparece por la noche. El *acuty* [¿cohaty?] es una variedad de la misma especie, del tamaño de un conejo, se alimenta de vegetales, el color del cuerpo es gris y la cabeza y las patas amarillo claro. El armadillo se encuentra generalmente en las llanuras de Buenos Aires; se alimenta de lombrices (gusanos, carroñas) y vegetales y hace cuevas en el suelo pero los agujeros son poco profundos; marcha despacio y por eso se le puede cazar fácilmente; su carne, blanca y muy grasosa tiene el sabor de la carne del puerco y de la

mejor calidad; los gauchos la asan en la misma caparazón que la conserva en la grasa y sirve al mismo tiempo como plato. En el Paraguay puede encontrarse otra especie de armadillo: se alimenta de osamentas que busca durante la noche; su carne no es comestible. El *tamandúá* (comedor de hormigas) es un animal pesado y dormilón, al que fácilmente puede cogérselo porque no trata de ocultarse del hombre, del que es aliado digno de aprecio porque se alimenta exclusivamente de hormigas; las caza cavando primero el nido con las uñas y llamando luego a las perturbadas hormigas con la lengua que saca de la boca hasta un largo de un pie; el hocico es prolongado y estrecho; el pelo largo, grueso y de color gris oscuro. Hay tres especies de mofetas o hurones; se alimentan principalmente de pájaros, insectos y reptiles; tienen la cola larga y peluda como la del zorro. Dos de estos hurones, cuando se les irrita emiten un fluido de un desagradable olor a almizcle; el tercero, el zorrino¹⁵ es un animal muy dañino y mefítico; no permite a nadie acercarse a él porque cuando le tiene a su alcance arroja un líquido fétido que se percibe a una milla de distancia. Todos los animales evitan cuidadosamente al zorrino porque el dicho líquido, aparte su hediondez horrible, escoria la piel y ciega los ojos si los alcanza. El zorro es de color amarillo claro, grande como un lobo [sic] y veloz en extremo; vive de reptiles y de pájaros pequeños. El lobo de agua se encuentra al norte del río de la Plata pero rara vez al sur de las lagunas y ríos del Paraguay. Estos animales viven en grandes cuevas formadas por ellos al borde del agua, desde donde cazan peces que constituyen su único sustento; tienen el cuerpo gordo, la cabeza corta y chata, las orejas y los ojos pequeños, el hocico redondo y peludo; son fuertes nadadores y pueden permanecer bajo el agua por largo rato. La vizcacha es muy parecida en su forma al conejo pero dos veces más grande y muy gorda; los movimientos se parecen a los del conejo pero no son tan rápidos. Las llanuras que rodean a Buenos Aires están

¹⁵ Al parecer el autor incluye entre los que él llama "especies de hurones" (*ferrets*) a las comadrejas y a los zorrinos. (N. DEL T.)

llemos de cuevas de estos animales, y tanto los caballos como los jinetes ruedan con frecuencia al tropezar con estos agujeros. La chinchilla es un animalito que abunda mucho en las provincias del norte del Río de la Plata; la piel de estos animales constituye un artículo de comercio muypreciado en Buenos Aires donde estaban pagándose cuando me embarqué para Inglaterra a diez y siete pesos la docena.

En las provincias del norte hay diversas variedades de monos. El *carayá* es un animal tardo y torpe; vive en los bosques y anda de árbol en árbol ayudándose de su cola, sin dar saltos. El macho tiene veinte pulgadas de largo y es de color oscuro; la hembra de unas quince pulgadas de largo y de color castaño oscuro. El *cay* puede encontrarse en las mismas provincias donde vive el *carayá*, pero es de índole muy distinta, porque es muy ágil, activo, y está siempre en movimiento; tiene la garganta, la cara, y las patas blancas y el resto del cuerpo color castaño. El *miriquiná* puede encontrarse al oeste del río Paraguay; su cuerpo es de unas catorce pulgadas de largo, la cola de diez y seis. Es muy torpe y tímido.

Los perros cimarrones forman una plaga muy dañina para el país, porque persiguen, muerden y destruyen el ganado en gran cantidad; ahora se supone que son menos numerosos. Las tropas de Buenos Aires, con gran disgusto para ellas, se empleaban antiguamente en llevar la guerra contra estos perros. Una de sus tácticas consistía en desollar un perro vivo y soltarlo en ese estado lastimoso para que pudiera ahuyentar e intimidar a sus compañeros. Los caballos y las vacas fueron introducidos en el país hace cosa de dos siglos por los españoles y desde entonces su aumento ha sido prodigioso. Hay ahora inmensas tropas de caballos salvajes que recorren la pampa y son cazados por los indios para alimentarse con ellos. Si estos animales llegan a ver otros caballos mansos, se les acercan, los halagan, los inducen a juntarse con ellos y después se largan al galope todos juntos. No he oído decir que haya todavía toros salvajes en el país. Las ovejas, antiguamente, sólo se tenían en cuenta por la lana. Para evitarse incomodidades, las reses muertas se dejaban podrir o eran

devoradas por otros animales y se esperaba a que la lana pudiera ser recogida en ratos de ocio. Me han asegurado que hasta últimamente las reses muertas y cuereadas, ya secadas al sol, eran apiladas para servir de combustible como leña; los hornos de ladrillo y de cal eran encendidos con estas osamentas y existe una ley que prohíbe la práctica de arrojar ovejas vivas en los hornos para evitarse el trabajo de matarlas previamente. En otro tiempo, el más humilde esclavo se hubiera negado a comer carne de oveja. El precio corriente de una oveja era, muchos años atrás, medio real, o sea tres peniques; cuatro mil ovejas fueron compradas en 1825 para la *Río de la Plata Agricultural Association*, al precio de cuatro reales cada una, y cuando yo me alejé de Buenos Aires en el verano de 1827, las ovejas se vendían allí a un peso cada una.

Pájaros. Azara enumera cuatrocientos cuarenta y ocho especies que ha descripto por lo menudo en su tratado sobre la Historia Natural de Sud América, pero yo he de mencionar solamente aquellas aves que el viajero encuentra con más frecuencia en las provincias del Río de la Plata. El avestruz es muy común en la Banda Oriental, en la provincia de Entre Ríos y en las llanuras de Buenos Aires. Anda generalmente solo o en parejas, pero a veces se les encuentra en grupos de diez o veinte juntos; las plumas son de color gris, excepto las de abajo de las alas, que son blancas; su plumaje no es tan hermoso como el del avestruz africano y no tiene cola. Si los cazan cuando son pichones, se domestican fácilmente y viven muy sociables con la familia. Los nativos persiguen a caballo a los avestruces salvajes y los atrapan con las boleadoras; los avestruces jóvenes son estimados como buen bocado; en cuanto a los grandes, únicamente los muslos son buenos para comer y en el gusto algo se parece a la carne de vaca. Sus nidos forman apenas una mancha circular en el terreno, de unos dos pies de diámetro, que ellos limpian entre el pasto. Estas aves están acostumbradas a depositar sus huevos en el primer nido que se les presenta y se dice que hasta cuarenta y cincuenta huevos se encuentran a veces amontonados en un solo nido. El mayor número que yo vi

fueron diez y siete. El dueño del nido, con una hospitalidad ilimitada emprende la tarea de empollar a los incluseros como a sus propios vástagos. Los huevos son muy buenos para comer y el viajero encuentra en ellos un plato favorito. La paloma del monte es del mismo tamaño de nuestras palomas comunes, de un color pardo claro; se las encuentra en gran cantidad en las islas donde anidan en las copas de los árboles más altos; tienen muy buen sabor. El pavo del monte es más o menos del tamaño de nuestros faisanes, de color negro con manchas castaño claro. Se posa en las ramas de los árboles de espeso follaje y cuando se asusta emite un chillido agudo y fuerte. Estas aves también proporcionan buen bocado al viajero en las islas del Uruguay y si va aquél bien provisto de pólvora y escopeta, nunca le faltará buena comida. Las perdices son de tres clases en Sud América y se diferencian solamente en el tamaño; son del mismo color que las nuestras pero no tienen cola; la más grande es igual en tamaño a un pollo bien desarrollado; la segunda es más o menos del tamaño de una perdiz inglesa grande, y la tercera un poco más pequeña. Son muy mansas y a veces no se levantan hasta que los caballos están a puntos de pisarlas. Cuando se ven sorprendidas vuelan unas pocas yardas y nunca se levantan a más de una yarda del suelo. Los nativos emplean varios medios para cazarlas; uno de ellos consiste en valerse de una caña de unas tres yardas de largo con un nudo corredizo de hilo fino en el extremo que emplean a manera de lazo. Los patos abundan mucho en los ríos y lagunas de las provincias. Los nativos los llevan al mercado de Buenos Aires donde los venden por una bagatela. Los patos jóvenes frecuentan las orillas del Paraná en bandadas de doscientos y trescientos; también se les encuentra en las islas del Uruguay pero más frecuentemente se reúnen en las tierras bajas de la provincia de Buenos Aires. La caza de estas aves es casi el único género de deporte en que se complacen los vecinos de Buenos Aires. Las nombradas son las principales aves, entre las que yo he visto, que proporcionan alimento al viajero. En la parte alta del río Uruguay vi muchas cigüeñas y garzas y algunos cisnes.

Entre los más hermosos ejemplares de la tribu alada de este país, cuenta el *picaflor*. En tamaño no será mucho mayor que un escarabajo grande. Es de color verde, que en el pecho se hace color oro cambiante; vuela por respingos y sacudidas de una flor a otra con gran rapidez, recogiendo de camino sus golosinas y acompañando sus movimientos con un lánguido zumbido, más bien murmurio. Suspenden sus niditos de las ramas de los árboles o arbustos mediante un filamento muy delgado. Las señoras de Buenos Aires aplican el nombre de este pájaro a los jóvenes demasiadamente galanteadores, afables e impertinentes, condición ésta que se mira con cierto menosprecio por las hermosas porteñas. El cardenal es uno de los más bonitos pájaros cantores que pueden encontrarse en las provincias pero difícilmente más abajo de la latitud de 30°; es más o menos del tamaño de la alondra, el cuerpo color pizarra oscuro, el vientre blanco; una cresta de plumas coloradas muy vivas adorna su cabeza y la garganta es del mismo color vivo; es muy estimado en Buenos Aires, tanto por la belleza de su plumaje como por la dulzura de su canto. Hay otra especie de cardenal de color entre pardo y amarillo, la cresta de un negro azabache y el pecho amarillo vivo; ambos pájaros son igualmente admirados. Estos pájaros son traídos con frecuencia a Inglaterra, donde, con un poco de cuidado viven bien.

Loro. El loro verde abunda mucho en las regiones boscosas; rara vez vuelan juntos más de tres o cuatro. El loro gris es más estimado que el primero en razón de su habilidad imitativa superior, pero no es fácil encontrarlo tan al sur como al loro verde. Es completamente gris a excepción de la cola que es roja. Las cotorras ¹⁶ son pájaros pequeños con largas colas; vuelan en bandadas de cincuenta o cien con un chillerío muy agudo. Estos pájaros son muy destructores de frutas y semillas dondequiera que asienten, domesticados, hablan muy bien; se cree que no viven más de dos años. El carpintero es bastante común. La gente de habla española le da el nombre

¹⁶ El original dice *The paroquets*; *paroquet* en inglés, es el perico, o periquito, especie de papagayo, pero aquí se trata de las cotorras. (N. ma. T.)

de *carpintero* por su destreza en romper la madera para sacar los insectos.

El *irribú* (buitre)¹⁷ es uno de los más numerosos entre los componentes de la tribu alada que hay en estas provincias. Estos y otros muchos pájaros que se alimentan de carroña están siempre dispuestos a devorar las osamentas de los animales que mueren en los caminos, o bien los desechos de los mataderos. La paz y la armonía con que estos pájaros se juntan para comer, podría ser imitada por los bípedos superiores del país, con mucho provecho.

Hay dos especies de buhos que se encuentran comúnmente en Buenos Aires; uno es un pájaro pequeño, de color claro, al que se ve únicamente de día; se asienta en las entradas de las cuevas de vizcachas y cuando es sorprendido se introduce en ellas. El otro nunca se muestra ni se deja oír durante el día, pero de noche sale a volar haciendo un ruido agorero, "shhh", que repite por momentos más y más fuerte.

Hay varias clases de murciélagos, pero el que se encuentra más generalmente es el murciélago pequeño. En el convento de San Pedro atravesé un pasillo donde habían tomado posesión de los cabrios del techo, y producían tal ruido y tal hediondez, que despertaron la indignación del santo varón del convento quien ordenó un ataque *en masse*. Al día siguiente vi por lo menos quinientos de estos animalitos muertos en los pasillos, donde quedaron exhalando un hedor nauseabundo durante todo el tiempo que permanecí en San Pedro; y con toda probabilidad quedaron ahí hasta que se pudrieron completamente y fueron devorados por los insectos que allí les sucedieron.

Reptiles. En toda Sud America pueden encontrarse saurios en gran número, a veces de gran tamaño. El más grande, llamado *yacaré*, tiene ocho pies de largo, la cabeza chata y larga, el cuerpo cubierto de placas oscuras, es impenetrable a la bala de mosquete; la marcha es lenta y siempre anda por las márgenes de los ríos en los que se zambulle de vez en cuando, ya sea porque es su lugar de retiro o con intención

¹⁷ Buitre, *vulture*, dice el original, pero ha de referirse al águila o al carancho. (N. DEL T.)

de ahogar su presa si ésta se muestra muy vigorosa en tierra; pone de cincuenta a sesenta huevos que deja en la arena caliente para que el sol se encargue de incubarlos; nunca se le encuentra más abajo de los 31° de latitud sur. El más largo que yo vi tendría unos cuatro pies de largo ¹⁸, era de un color pardo oscuro y su piel muy fuerte. El lagarto verde es muy común y tiene color muy brillante; es de unas nueve pulgadas de largo, incluso la cola; se alimenta de lombrices, insectos y huevos. Los más grandes son tan dañinos en las casas de campo como el zorro en este país ¹⁹.

Las serpientes se encuentran en las provincias del norte; la más peligrosa, según lo he oído decir, es una serpiente de color gris oscuro y de unas veinte o diez ocho pulgadas de largo, más bien delgada y tarda para arrastrarse; vive en el Paraguay y nunca se la encuentra más allá del límite sur de esta provincia. La acción de su veneno es muy rápida y con frecuencia fatal. Hay otra especie de víbora en Paraguay llamada víbora de la cruz porque tiene una cruz en la frente. La mordedura de este reptil es también fatal.

Las víboras ²⁰ son también muy numerosas y particularmente al norte del río de la Plata. En la provincia de Buenos Aires nunca vi ninguna que excediera los tres pies de largo, pero en la banda opuesta vi algunas muy largas; se alimentan de huevos, pájaros, ratones, ranas, aves de corral, pescados e insectos; se acercan a sus presas con mucha precaución y retorciéndose alrededor de ellas, las aprietan hasta que quedan asfixiadas. Estos reptiles siempre buscan abrigo entre los pastos altos y en terrenos húmedos. Los incendios de campos, casuales o intencionales las destruyen en gran número. Son también devoradas por los cuervos y otros pájaros de presa; los cisnes y las garzas también se regalan con ellas. Para escapar a estas aves se retiran a las cuevas de los ratones y de otros animales. El buitre ataca a las víboras en cam-

¹⁸ Lo vió muy pequeño el autor. El yacaré grande mide mucho más. (N. DEL T.)

¹⁹ Pareco referirse a las iguanas. (N. DEL T.)

²⁰ Diríase que aquí el autor quiere referirse a las culebras. (N. DEL T.)

po abierto; cuando encuentra la oportunidad se les acerca oblicuamente y bajando las alas como para protegerse de la mordedura venenosa de su presa, se apodera de ella y con ella se remonta en el aire. Sin embargo, no son pocos los casos en que la culebra muerde al pájaro y ambos caen al suelo sin vida.

En los terrenos pantanosos, lo mismo que en los arroyos, abundan las ranas y sapos de toda clase. Puede oírseles al caer la noche, haciendo un ruido confuso e incesante. En las provincias del norte se encuentran a menudo ranas de gran tamaño. Hay otra clase que no tiene más de una pulgada de largo; esta última emite un chillido lánguido que semeja el grito de una criatura pequeña. Otra, de un color blancuzco, evita todos los lugares pantanosos y se ve rara vez en el suelo; se la ve en los árboles, entre las pajas, en los techos y en las hojas de las grandes plantas.

Insectos. Entre estos el que merece primer puesto es la hormiga. Hay muchas especies de hormigas en las provincias. La hormiga casera común es muy pequeña, de color pardo oscuro y uno de los insectos más dañinos en este país. Esta sabandija construye sus nidos en las paredes de las casas y penetra tanto en ellas que se hace imposible destruirla sin romper una buena parte de la pared. Si en el cuarto se deja cualquier cosa dulce, miles de ellas acuden, y a menos que se las destruya, no desistirán hasta que una cosa mejor atraiga su atención, o la provisión se haya terminado. He visto casos en que se había colocado una taza con azúcar en un recipiente más grande, con agua, dejando un espacio de dos o tres pulgadas de agua alrededor de la taza; pues bien: las hormigas llegaron a la taza mediante un puente formado con los cuerpos muertos de cientos de sus compañeras que se habían aventurado las primeras. Las hormigas llegan hasta a comer la ropa blanca, pero esto no es frecuente. Los nativos han ensayado muchos expedientes para verse libres de ellas, pero cuando ponen una vez el pie en una casa, la expulsión se hace imposible. Hay varias especies de hormigas de jardín que no son menos destructivas; éstas hacen sus cuevas a distancia de pocas pulgadas una de otra en la su-

perficie; sus nidos tienen generalmente dos o tres pies cuadrados y otros tantos de profundidad y dan lugar a muchos accidentes. Azara dice haber visto un caballo que casi había desaparecido hundido en uno de estos hormigueros. Yo he visto con frecuencia veinte nidos distintos cavados en el espacio de medio acre de terreno. Estas hormigas son de un color rojo oscuro o negro azabache y tienen una media pulgada de largo. No es raro el ver árboles y arbustos con las hojas completamente comidas por estas hormigas.

Las avispas abundan mucho, particularmente en las orillas de los ríos. Hay varias especies de avispas grandes, color pardo, de pulgada y media de largo, con el cuerpo dividido por una cintura muy pequeña de un cuarto de pulgada. Hay una clase más pequeña, de color negro con dos manchas amarillas brillantes a los costados. Enjambres de estas últimas acostumbaban a posarse en el puente y en las velas de nuestro barco en el río Uruguay y atacaban a las moscas mientras estas se regalaban con los residuos de la comida. En sus ataques acercábanse astutamente a las moscas, les saltaban sobre el lomo y tras una severa lucha las aguijoneaban hasta matarlas; si una sola avispa no puede dominar a su presa, viene otra y la ayuda; cuando la mosca está muerta se la llevan al avispero común.

Las abejas obreras también abundan en las proximidades de los ríos; sus nidos tienen la consistencia de un nido de golondrinas; son grandes como la cabeza de un hombre y cuelgan de las ramas de los árboles a cosa de doce pies del suelo. Los he visto adheridos a las escarpadas barrancas de Fray Bentos, en el río Uruguay, entre el nivel del agua y la parte más alta de la barranca. Los nativos cogen estos nidos de abejas envolviéndolos en sus ponchos, a excepción del agujero por donde entran las abejas; este agujero lo ponen hacia atrás y se dan a correr contra el viento; de tal manera las abejas, al salir apresuradas, son llevadas en dirección opuesta a la que lleva su enemigo que a poco andar se encuentra fuera de su alcance. La miel silvestre no tiene tan buen gusto como la de Europa y la cera es más blanda.

Las chinches constituyen una de las mayores molestias que

el extranjero se ve obligado a soportar en este país. Aparte de la chinche casera común, que abunda mucho, hay varias especies de chinches de jardín. Estas son de color verde oscuro y rojo pálido, con alas. La hediondez de estos insectos es insufrible. La vinchuca es una especie de chinche de una pulgada de largo; el cuerpo es oval y chato hasta que ha comido, porque entonces se pone gradualmente más *embon-point*, hasta que crece y se pone del tamaño de una aceituna. Este insecto está provisto de una trompa de casi un cuarto de pulgada de largo; es de un color pardo oscuro con rayas negras cruzadas; sus alas están cubiertas por un pellejo oscuro como los escarabajos. No hay muchas en la ciudad de Buenos Aires, pero en el camino de San Pedro, a unas cuarenta leguas al noroeste, las vi en gran número.

Las pulgas, si bien no representan un enemigo tan formidable, abundan mucho más que los últimos insectos nombrados. En el rancho del gaucho, en el salón de la señora o en campo abierto, están siempre presentes e igualmente decididas e insaciables en sus ataques; son por lo general algo más grandes que las de Inglaterra y parecen tener mayor apetito. Las personas recién llegadas al país son terriblemente molestadas por sus ataques, pero los nativos y quienes han residido largo tiempo allí, sufren en verdad mucho menos. Esto se debe, en parte, a la decidida preferencia que estos bichos muestran por los recién llegados y en parte a la resignación que trae un sufrimiento tan largo e irremediable. Yo no conozco ninguna defensa eficaz contra los asaltos de estos bichos, pero me di cuenta de que, haciendo a un lado sábanas y colchas de mi lecho, generalmente conseguía pasar la noche más libre de sus ataques porque así no tenían tanto lugar para esconderse en la cama. Su abrigo más común está en las hendiduras de las baldosas en el suelo. Como medio de defensa durante el día, usaba yo una indiana de costura muy apretada como para no permitir a una sola pulga que entrara por ella, y advertía generalmente que, poniéndome este atavío antes de dejar el lecho por la mañana, conseguía salvarme por algunas horas; pero si tocaba apenas el suelo con un pie, antes de poner esta prenda, una docena o más de los *voltigeurs* ya

estaba en una de las piernas en un instante. Tales observaciones pueden parecer fútiles a quienes no hayan vivido entre estas tiranuelas, pero las personas que sí han vivido, se sentirán agradecidas por cualquier advertencia que pueda contribuir a aliviar sus padecimientos.

El bicho colorado es todavía más torturador que la misma pulga. Este es un insecto colorado muy pequeño, imperceptible a simple vista, a menos que se les vea reunidos en gran número cuando el pasto y las hojas de los árboles donde se asientan a millones, presentan un tinte escarlata. La persona que camina entre aquellos pastizales jamás escapa sin que algunos se asienten en las piernas, pero no viene en cuenta de que los lleva, hasta el día siguiente, cuando los insectos, habiéndose introducido bajo la superficie de la piel, producen un escozor molestísimo y ronchas coloradas del tamaño de un penique de plata. El remedio consiste en frotarse el lugar afectado, con sebo, cada tres o cuatro horas; pero aún así el escozor no se calma por varios días.

La langosta es uno de los insectos más destructivos de Sud América. Aparecen siempre en enjambres inmensos que llegan a interceptar la luz del sol por diez o quince minutos cuando se acercan en forma de densa nube. Estas visitas son miradas con gran desazón por los nativos que se valen de todos los medios a su alcance para ahuyentar a estos visitantes tan importunos. Antiguamente acostumbraban a salir de sus casas, haciendo sonar vasijas de latón, cencerros, etc., para espantarlas; ahora suspenden pequeños banderines en sus jardines, pero todo eso con muy poco resultado. Por donde quiera que se asientan estos insectos destruyen completamente toda vegetación por varias millas a la redonda, según el número que integra la manga. Hay muchas especies de langostas; las más destructoras tienen unas tres pulgadas de largo, son de un color pardo claro con manchas oscuras en el cuerpo. Hay también muchos langostones; los más comunes tienen una pulgada y media de largo y son de un color verde muy vivo.

Se ven dos especies distintas de luciérnagas, una que lleva su centro fosfórico en la cola y al volverse marca su carrera con algunos destellos; la otra es de la tribu de los escarabajos

y además de tener la misma provisión de fósforo que la primera, tiene una especie de círculo de luz alrededor de cada ojo; este último brilla de continuo. El campo a veces puede verse por espacio de leguas enteras, hermosa y densamente adornado por millones de estos insectos que se asientan entre el pasto. Dos o tres de las más grandes de estas luciérnagas, encerradas en un vaso, proveen ampliamente de luz para leer un impreso de letra pequeña. Este hecho lo he verificado yo mismo repetidas veces. Las mariposas y las alevillas no abundan mucho en la provincia de Buenos Aires debido a la escasez de follajes y flores, pero en otras partes de Sud América se las encuentra en gran número y de la más hermosa apariencia, a veces de extraordinarias dimensiones. En cuanto a los escarabajos, se les ve de toda laya y color en todas partes de Sud América.

Arañas. Aparte de la araña común que teje su tela, hay otras dos clases que no hacen telas; una de estas últimas vive en los muros de las casas; se alimenta de moscas y las persigue siempre con fortuna. La otra es un insecto peludo que vive siempre bajo tierra. De estas últimas he cogido algunas con bastante frecuencia; miden de cuatro a cinco pulgadas de una extremidad a otra de las patas opuestas. Hay escorpiones y cientopíes; los primeros de un negro azabache o de un color pardo oscuro y 3 a 4 pulgadas de largo, son bastante comunes.

Hay también gusanos en abundancia. Encontré algunos cuya cabeza semejaba mucho a la de la serpiente. Se da otro insecto notable porque se adhiere siempre al hombre falto de higiene personal. Estos bichos corren por la cabeza de las personas de clase baja, las que están siempre rascándose con las puntas de los dedos.

Los peces que se encuentran en el río de la Plata y sus tributarios son muchos pero de calidad inferior, y no mejorados de ninguna manera por la cocina española de donde salen nadando en grasa y a veces demasiadamente sazonados con ajo. El pejerrey es el más delicado de los peces que encontré en Buenos Aires. Es del tamaño de un arenque, de color blanco plateado como el eperlano nuestro, pero la cabeza del pejerrey es un poco más larga. Es plato favorito en-

tre los nativos que lo comen frito; su carne es sólida y de buen sabor. El dorado pesa de diez a veinte libras y abunda mucho en el río; en Buenos Aires los pescadores lo cogen con redes; tiene escamas muy grandes y fuertes que le cubren todo el cuerpo y son de un color amarillo brillante, de donde deriva su nombre. El bagre se pesca en los bajíos fuera de Buenos Aires y lo comen mucho. Los pescadores los retazan en la playa desde donde son llevados en carros al mercado; generalmente pesan de cuatro a cinco libras cada uno. La boga se parece mucho a la carpa y pesa tres o cuatro libras; es muy apreciada por los nativos que la salan también y la secan. Para comer estos pescados hay que poner gran precaución por las espinas curvas que tienen. También el barbo puede encontrarse en gran número en el alto Uruguay. Su nombre proviene de dos largos filamentos que le salen de cada lado de la nariz como bigotes de gato; no tiene escamas y es de color gris o azul pálido con manchas oscuras; es muy aceitoso y ordinario y pocos lo comen, salvo los marineros que lo dejan al sol durante varias horas antes de prepararlo, para que pierda de tal manera el aceite. Nosotros pescamos muchos de estos peces en la parte alta del río, pero no se les aprovechaba para otra cosa que para carnada, o, una vez secos, para alimento de los marineros. Pesan generalmente de cuatro a diez libras. La lisa se parece algo en el tamaño y en el gusto de su carne a la caballa, pero sus escamas son más grandes y es de apariencia más pesada. Se las pesca en los bajíos y durante las altas mareas, particularmente cuando hay cambio de luna. La raya es un pez grande, de color oscuro, de unos tres cuartos de yarda de largo; la cabeza constituye la mayor parte de su volumen y en el extremo posterior tiene una espina de punta muy aguda que produce una herida severísima al que accidentalmente pone el pie sobre ella. El armado es un pez corto y gordinflón; está armado, en las aletas y en el lomo, con fuertes y agudas espinas con las que también produce serias heridas si se lo toma con poca precaución; su cabeza es grande y muy fuerte. Es tenaz y al morir emite un fuerte gruñido. Hay también una especie de trucha salmónada que, solamente en la apariencia, se asemeja a las

nuestras; su carne es muy ordinaria. En Montevideo tienen unas anguilas muy finas de gusto muy agradable, de las cuales algunas miden hasta dos yardas de largo; también muchos peces grandes que no se encuentran río arriba, donde las aguas son menos profundas.

Algunas tortugas de río de un peso de unas tres libras pueden cogerse con frecuencia río arriba; los nativos las guardan en sus pozos que estos animales limpian eficazmente. Los pescados que se llevan al mercado de Buenos Aires son muy inferiores a los de Montevideo. A medida que los peces viven en aguas más profundas y cerca del mar, parece que son siempre mejores. Pero en ningún lugar pueden hallarse mariscos.

Como el río de la Plata está en la parte opuesta del Ecuador con respecto a nosotros, las estaciones están asimismo invertidas. El solsticio estival es allí en diciembre y el intermedio del invierno en junio y julio. En invierno el aire rara vez es tan frío como para congelar el agua pero este fenómeno puede observarse a veces por algunas horas en Buenos Aires; rara vez, según creo, en las provincias de más al norte; sin embargo, en invierno y después de algunos días de humedad, las casas de Buenos Aires mantienen un frío húmedo que es causa de serias dolencias pulmonares, tanto entre los nativos como entre los extranjeros. El efecto se siente mucho después de una caminata al aire libre, en que el cuerpo se anima y entra en calor pero al volver a casa se ve uno obligado a respirar un aire frío y pesado. Esto proviene sin duda, de la humedad que satura las paredes y techos de las habitaciones, y de que no hay chimeneas ni tubos para hacer circular el aire; de ahí que, cuando el tiempo calienta, se produzca una evaporación considerable procedente de la misma humedad que penetra las casas. Los ingleses han introducido las chimeneas de salón y campanas de chimenea en sus viviendas, y la forma en que secan y calientan el aire de las habitaciones y las hacen saludables, ha inducido a muchos nativos a imitarlos.

Los vientos que prevalecen en el río de la Plata y sus inmediaciones, parece que son el viento norte, el noroeste y el suroeste. "El S.O. (pampero) es el viento sano por excelencia de Buenos Aires; su elasticidad, su pureza, y su brío, hace

que sea deseado en todas estaciones para rebatir la humedad que reina demasiadamente en las casas. Nacido en las cordilleras heladas, y atravesando una campiña seca, entona las fibras; congela los vapores y hace desaparecer la agua hidrométrica". Esto dice el señor Ignacio Núñez, secretario de Estado del señor Rivadavia en sus estadísticas de Buenos Aires ²¹ sin comprender qué se entiende por *la agua hidrométrica* como no se entienden otros términos científicos y razonamientos herméticos con que adorna su libro. Yo puedo confirmar el hecho de *la elasticidad del pampero*. En cuanto a su brío es proverbial porque derrumba las viviendas y destruye los barcos en el río; es más, parece que se pudiera llevar el mismo río, porque está bien registrado que algunos años atrás, durante un violento, largo, y continuado pampero, fué arrastrado tan lejos de la costa de Buenos Aires, que el pueblo de la ciudad miraba el lecho del río y no podía ver más que una vasta llanura de arena y barro hasta perderse de vista en el horizonte. La siguiente descripción de la atmósfera de Buenos Aires que hace el señor secretario Núñez, si no es toda ella inteligible, es algún tanto divertida: "La primera calidad en el aire produce aquí en los habitantes un efecto que es más bien para sentido que explicado: lo llamaremos una confianza de vivir. Algunos extranjeros nos han hecho mención de esta sensación exquisita; y el que escribe el presente artículo la ha comparado con otra de naturaleza enteramente diferente que experimentó en otros países mal sanos de la América, donde, por el contrario, sentía una desconfianza de la vida y un aviso casi incesante de la necesidad de morir. Como sucede a la juventud, parece que la gente de Buenos Aires no tuviese una idea práctica de la muerte".

²¹ Se refiere al libro de Ignacio Núñez publicado como libro anónimo en Londres con el siguiente título: *Noticias históricas, políticas y estadística* (sic) *de las Provincias Unidas del Río de la Plata con un Apéndice sobre la usurpación de Montevideo por los gobiernos Portugués y Brasi- lero. Londres. Publicado por R. Ackerman, 101, Strand y en su estable- cimiento de Megico. 1825.* El mismo libro fué publicado en francés en el año siguiente con nombre del autor. Los fragmentos que se dan en el texto, como citas hechas por Beaumont, han sido tomados directamente de la edición en español. (N. DEL T.)

ESTADO DEL TIEMPO EN B

	Días claros	Nublados	Llu
Enero	8	5	
Febrero	13	5	
Marzo	12	19	
Abril	9	21	
Mayo	10	21	
Junio	13	17	
Julio	8	23	
Agosto	12	12	
Septiembre ..	10	20	
Octubre	7	24	
Noviembre ..	2	28	
Diciembre ..	12	19	
	116	234	

347

En los días nublados están comprendidos los días de niebla y relámpagos. Faltan diez y ocho días por hacer el total para hacerse el 28 de enero.

Lo anterior está tomado del "Registro de Observaciones" que no estoy en condiciones de explicar.

OBSERVACIONES EN EL BARÓMETRO Y E HIGROMETRO EN Durante el

Meses del año	BAROMETRO Pulgadas inglesas en 100 partes		
	Mayor Elevación	Menor Elevación	Elevación media
Enero			
Febrero	30 4	29 21	29 58
Marzo	29 88	29 33	29 61
Abril	29 82	29 46	29 73
Mayo	30 18	29 21	29 76
Junio	30 5	29 23	29 77
Julio	30 17	29 21	29 65 1/3
Agosto	30 21	29 51	29 84
Septiembre	30 41	29 32	29 74
Octubre	30 13	29 24	29 67
Noviembre	29 91	29 17	29 61
Diciembre	30	29 15	29 45

Mayor elevación el 11 de septiembre a 30 pulgadas 14. Menor elevación el 9 de diciembre, 29 pulgadas 71. Elevación media en los 11 meses de este año, 29 pulgadas 71.

Diferencia entre la mayor y la menor elevación
Diferencia entre el calor más alto y el más bajo

BUENOS AIRES - 1805

viosos	De truenos y relámpagos	Viento predomi- nante
3	2	S.E.
4	1	E.
10	5	E.
5	2	N.
7	0	N.
10	3	N.
10	1	N.
7	0	N. y S.O.
9	3	N.
13	3	E.
9	2	E.
10	2	S.E. y S.O.

J. A. D. BEAUMONT

Norte

lidos los de lluvia y de truenos
que las observaciones empezaron

o Estadístico"; en total hay erro-
ar.

ROMETRO, TERMOMETRO N BUENOS AIRES año 1822

TERMOMETRO FARENHEIT			HIGRO- METRO	
Mayor grado de calor	Menor grado de calor	Temperatura media	D í a s	
			Húmedo	Seco
91	60	71 82		
89	58	73	19	9
82	53	70 83	20	10
78	43	62 4	22	8
68	44	58 31	30	
66	40	54 32	30	
68	38	52 55	31	
66	36	51 83	31	
72	42	54 64	30	
81	46	58 91	30	1
88	56	68 43	28	2
86	62	70 91	23	8
media	Los días más	El día más	294	38
ses	calurosos: 11	frío el 19 de		
29	y 12 de ene-	agosto. Gra-		
	ro. Los gra-	dos extremos		
	dos de calor	de frío: 36.		
	más alto: 91.			

elevación del barómetro: 1 pulg. 26.

el más bajo: 55°.

En las tablas precedentes, la diferencia de temperatura entre el calor extremo y el frío extremo, en Buenos Aires, en diferentes estaciones, no parece ser muy grande. Los vientos predominantes, como se puede observar, son los del norte y hay una considerable proporción de tiempo nublado y húmedo. La diferencia de calor y frío, sin embargo, que puede notarse a diario, separadamente, es muy grande. En efecto: un día sofocante es seguido por una noche fría y como al frío acompaña el viento norte o el noroeste cargado con la evaporación del gran río, y a veces, cuando el viento es noroeste, con *miasma* de las islas anegadas, lo cierto es que los vecinos se hallan sujetos a peligrosas afecciones del pulmón y de otros órganos, provenientes de la transpiración obstruida, y también dolores de cabeza y afecciones nerviosas debido a la pesadez de la atmósfera en ciertas ocasiones. Buenos Aires y la comarca que la rodea no merece por cierto, por sus condiciones propias, el relevante nombre que se ha dado a sí misma. Verdad es que no debe llamarse insalubre pero todos reconocen que es fatal para las personas propensas a la tisis, y la presencia tan frecuente de personas con las cabezas atadas, prueba que los sufrimientos menores del cuerpo predominan mucho; por otra parte la mortalidad entre los ingleses emigrantes, aquí, excede en mucho al común índice de mortalidad en Europa. Mucho de esto, sin duda, hay que atribuirlo a la facilidad con que los recién llegados se sienten muy llenos de ánimo y sin precaución alguna se exponen a los fríos de la noche; pero lo que contribuye más a este exceso de mortalidad son los inconvenientes de la situación en que está Buenos Aires y muestra que no es bajo ningún punto de vista tan saludable como la mayor parte de las otras provincias. En Montevideo, en toda la Banda Oriental, en las partes más altas de la provincia de Entre Ríos, así como en las vecindades de San Pedro, sentí en el aire algo de estimulante que nunca experimenté en Buenos Aires ni en sus inmediaciones.

CAPÍTULO III

Los aborígenes. — Los criollos. — El gaucho. — El peón. — El esclavo. — Las estancias. — Modo de administrarlas. — El comercio. — Usos y costumbres de la población rural.

LOS ABORÍGENES de esta parte de Sud América poseen los rasgos distintivos comunes a todos los indios de Sud América, en el norte y en el sur: la piel cobriza, el pelo de la barba escaso, los largos cabellos negros; las piernas cortas en proporción con la cabeza y el cuerpo grande; ojos muy separados y pequeños; pómulos salientes, nariz algo chata; el rostro indiferente. Como raza autónoma, la aborígen está desapareciendo sin duda en el país; multitudes de indios se establecieron en las ciudades, bajo el dominio español, poco después de efectuadas las fundaciones en el país, como se ha informado en el resumen histórico, y después los jesuitas formaron sus comunidades. Los descendientes de estos indios civilizados continúan viviendo, una parte en sus ciudades de origen y otra parte dispersa en el territorio con todos los rasgos físicos distintivos de su raza, y se muestran como los más ordenados e industriosos habitantes del país.

Las primeras fundaciones fueron principalmente establecidas en la parte norte del país y los pocos agricultores que se formaron en las provincias salieron de aquellas ciudades. Como ocurre entre los irlandeses, esta gente deja sus hogares en la época de la cosecha, se dirige hacia el sur, levanta las cosechas para los pocos agricultores (propietarios) que se encuentran cerca de las ciudades principales como Córdoba y Bue-

nor Aires, y vuelve a su propia comarca una vez terminado el trabajo. Muchos se quedan para dedicarse siempre a esa tarea, pero apenas la han aprendido y han ahorrado lo necesario como para mejorar su condición en sus propios pagos, lo bastante, por ejemplo, para comprar algunos animales, nada los retiene fuera de su suelo natal. Este apego demostrado al propio suelo, contrasta manifiestamente con los hábitos demostrados cuando están en estado salvaje, hábitos que son los de los pueblos errantes, pastores y cazadores. Aunque los aborígenes demuestran en verdad no estar naturalmente dotados de vivacidad ni han dado prueba de poseer inteligencia vigorosa, no carecen de sagacidad, y su docilidad y paciencia hacen de ellos excelentes subordinados cuando se los trata con bondad. Los indios son operarios expertos en la industria del cuero. Los rebenques, riendas y estriberas trenzados y tejidos con tirillas o hilos sacados a manera de rajas del cañón de las plumas del avestruz, y con tientos de cuero crudo, teñidos con colores vivos ofrecen un hermoso aspecto y demuestran notable habilidad y destreza delicada. Los lazos, boleadoras, cinchas y talegas, hechos todos del mismo material, son igualmente excelentes en su clase. Hacen también riendas de cerda de yeguarizo, trenzadas, de mucha solidez y elegancia; otro artículo muy principal y hecho a mano es el *poncho*. Esta es la prenda de vestir exterior que usan todos los hombres de campo en las provincias; se compone de dos piezas tejidas de algodón, a veces de lana, de unos seis a siete pies de largo y cosa de dos pies de ancho, cosidas una con otra, a lo largo, con una hendidura en el medio, bastante grande como para meter la cabeza por ella. Estos ponchos se tejen en telares de la más simple construcción, por los indios de las provincias del Norte, según modelos de gran belleza, y de tejidos tan apretados y fuertes que pueden resistir una pesada lluvia. A veces lucen estos ponchos colores muy vivos, pero de ordinario son de tintes sobrios. Este sencillo abrigo es el más adaptable para gente que anda casi siempre a caballo, porque deja libres los brazos y cae en forma conveniente para detender de la lluvia. Aunque estas prendas a que me he referido, son usadas por todos, no creo que haya un solo criollo que las fa-

bríque en el país, porque los indios son los únicos en ocuparse de una industria. Entre los carpinteros y albañiles nativos, los más numerosos —según lo he oído decir— y los mejores, son los indios, y yo reuní varias piezas de plata, estribos, adornos de riendas y mates hechos por los indios en las provincias de arriba, que no hubieran desacreditado ni mucho menos a un platero londinense.

Muchos de los aborígenes, por haber convivido con los descendientes de españoles o criollos, han procreado con ellos como es de suponer— y en dos o tres generaciones los rasgos distintivos como la sensibilidad de cada raza se han mezclado tanto unos con otros que tienden a desaparecer.

Entre los indios salvajes, como se llama a los que se han mantenido apartados de la sumisión a los españoles, vimos varios rasgos peculiares de la raza sin mezcla europea; sus hábitos han experimentado, sin embargo, cierta alteración por el contacto con pobladores europeos que no los ha mejorado en nada, particularmente en punto a la costumbre de beber licores fuertes. Estos indios salvajes, lo mismo que los civilizados, no son tampoco de ninguna manera inferiores en cuanto a industria. Hacen también lazos, boleadoras, cabestros y rebenques de cuero; estribos, algunos de una sola pieza de madera que configura un triángulo; otros, excavados curiosamente, parecen pequeñas cajas; plumeros de plumas de avestruz teñidos con finos colores. Acopian pieles de tigre, de león, de leopardo, gato montés, animales que ellos cazan. Hacen también botas de potro con las patas traseras de los potrillos, cortando éstas en redondo a mitad del muslo y también a unas nueve pulgadas sobre el menudillo; después de ese corte sacan el cuero. La parte superior forma la caña de la bota, el corvejón forma el talón y el resto cubre el pie, aunque con un agujero en la punta por donde asoma el dedo mayor del mismo pie. A esta bota se le quita el pelo del animal, se calza y adapta a la pierna y al pie mientras el cuero está todavía húmedo y así se conforma fácilmente sin ningún otro procedimiento; cuando el jinete cabalga, únicamente el dedo grande del pie apoya en el estribo y con esta práctica se desenvuelve extraordinariamente y se mantiene muy separado de

los demás. Trocando estas cosas y otros artículos, se hacen de aguardiente, yerba-mate, azúcar, higos, uvas, frenos, espuelas, cuchillos, etc. Para efectuar estas permutas se acercan en grandes grupos a las ciudades principales, de tiempo en tiempo, y como en tales ocasiones hallan pretexto para embriagarse, a fin de evitar riñas y disputas se les exige que permanezcan en los suburbios. Casi todos los habitantes del Río de la Plata son expertos jinetes; los criollos e indios mansos más que cualquier poblador europeo y los indios salvajes más que todos ellos. Como desde la infancia viven sobre el caballo, las piernas se les ponen muy arqueadas con el hábito temprano y constante, y apenas si saben hacer uso de ellas para caminar. Los he visto con frecuencia a pie, después de traídos a Buenos Aires como prisioneros, avanzar cojeando y anadeando como los patos domésticos; pero a caballo, diríase que forman una sola pieza con el animal, y se agarran tan firmemente con sus piernas arqueadas, como podría hacerlo un loro con sus uñas. Pueden también balancear el cuerpo hasta la barriga del caballo y volver a sentarse sobre el lomo, en la silla, mientras van a todo galope. La caza de caballos salvajes, venados y avestruces constituye la principal ocupación de las tribus errantes; pero cuando esa ocupación les falta, no muestran muchos escrúpulos en apoderarse del ganado vacuno o caballar que encuentran en las fronteras pobladas de las provincias, y que tienen sus propietarios. Esto último ha dado lugar a frecuentes treguas y guerras entre los indios y los habitantes de las provincias; las luchas se mantienen hasta que ambos bandos se sienten fatigados por las pérdidas sufridas; y las treguas se mantienen hasta que el recuerdo de los daños producidos por la guerra se ha extinguido, o bien hasta que surgen otros motivos que los inducen nuevamente a pelear. Las relaciones de paz y amistad habían sido medianamente observadas entre ambas partes, durante buen número de años, pero desde la revolución se han convertido en guerra de exterminio.

En la conducta observada por las gentes de las provincias con respecto a los aborígenes, no vemos ninguna huella de aquel espíritu benévolo y conciliador que se manifestó bajo las encomiendas españolas en el siglo xvi y después bajo el

dominio jesuítico, y cuando desapareció este último, bajo el gobierno español. Los patriotas criollos en sus asiduidades para con la independencia se han mostrado amadores tan celosos que no pueden tolerar un rival en la persona de los aborígenes. La guerra mantenida ha sido cruel y nada gloriosa: por parte de los indios ha consistido en llevarse el ganado de las estancias próximas a la frontera, matando los hombres que encuentran a su paso, raptando las mujeres y los niños. El pago ha consistido en dar caza a los indios en el campo, y en cierta manera en ponerlos a todos fuera de la ley y en llevarles las mujeres y los niños a Buenos Aires para convertirlos en esclavos. Mientras estuve en Buenos Aires, me dieron el nombre de una señora que había sido llevada por los indios después de haber presenciado el asesinato de su esposo y de sus sirvientes y el saqueo de su estancia. Vivió así con la tribu largo tiempo, sufriendo toda clase de afrentas y siendo compeliada a cocinar y trabajar para los indios; por último, un día, después de acechar mucho tiempo la oportunidad, pudo escapar y anduvo huyendo durante la noche y escondiéndose, ella y su caballo, entre los cardales durante el día, hasta que llegó así a su establecimiento de campo cerca de Buenos Aires.

Durante mi permanencia en Buenos Aires, cerca de doscientos indios fueron traídos prisioneros a la ciudad; iban a caballo, sus armas atadas con correas. Me dijeron que todas eran mujeres y que los hombres habían sido todos sacrificados. La expresión de los rostros de esa gente daba muestras de desinterés por su destino y después vi a varias de esas mujeres muy indiferentes, anadeando¹ en su condición de esclavas de algunos vecinos.

Ajenos como viven los indios a toda disciplina militar, no pueden hacer frente a un ataque de tropas regulares pero individualmente no carecen en lo más mínimo de coraje y habilidad. Cuando se resuelven a llevar un ataque exploran previamente el terreno, dejan momentáneamente los caballos y andan a gatas para evitar ser descubiertos. Aplicando los oídos al suelo pueden descubrir los movimientos de cualquiera por

¹ Caminando como los ánades o patos. (N. DEL T.)

lejos que se halle; cuando no tienen duda sobre el lugar que ha de ser atacado, se mueven desde considerable distancia hacia él durante la noche, y por la noche o al romper el día, se arrojan sobre sus víctimas, pero no permanecen más tiempo que el necesario para recoger el botín, lo que efectúan con toda la rapidez posible. En tales ocasiones se sirven de las boleadoras, el lazo y el cuchillo. Son las mismas armas que los nativos usaron contra los primeros descubridores del país y con las que destruyeron a varios miles de ellos ². Don Diego de Mendoza, hermano del fundador de Buenos Aires, nueve de sus principales oficiales y gran número de sus hombres, fueron matados y mutilados por los indígenas sin otras armas que el lazo y las boleadoras, opuestas a las armas de fuego; y en los primeros tiempos, arrojando esas bolas con pajas encendidas a los barcos cercanos a Buenos Aires, es fama que incendiaron a varios de ellos. Algunas tribus de los indios, sin embargo, efectúan sus ataques con lanzas que miden de doce a trece pies de largo.

Los indios de las Pampas viven en campamentos móviles y obedecen a sus caciques, elegidos entre ciertas y determinadas familias, pero sin consideración a la primogenitura o a la línea directa, si alguna razón les mueve a apartarse de ellas. Los indios que cruzan las Pampas, son de diferentes tribus, [sic] llamados los *Pampas* y los *Acafes* [sic], los *Huiliches* y los *Tehuelches*. Las dos últimas tribus habitan en las vecindades de la Patagonia, y asegura el señor Núñez en su libro que tienen siete pies de altura, pero he conocido a personas que han estado en esa parte del país, y no solamente no confirmaron esa aseveración sino que la negaron. Los hombres no miden un término medio de seis pies de altura, sino que aparecen más altos a caballo de lo que realmente son, por el mayor desarrollo de la cabeza y el torso, en comparación con los europeos. Por lo que hace al coraje y a las hazañas de que estos indios son capaces cuando se encuentran excitados, doy como ejemplo este sorprendente relato: "Cinco de estos

² Aquellos indios no disponían de cuchillos, ni de boleadoras, ni de lazos. Tampoco mataron a "miles de españoles". (N. DEL T.)

Indios que habían sido hecho prisioneros en un combate, fueron llevados a bordo de un buque de setenta y cuatro cañones con tripulación de seiscientos hombres para ser remitidos a España. Cinco días después de haberse hecho el barco a la vela, el capitán les permitió andar en libertad y ellos en seguida resolvieron apoderarse del barco. Con este propósito uno de ellos se acercó a un cabo de marina, y al advertir que había abandonado la guardia, le arrebató la espada y en pocos minutos mató a diez y seis marineros y soldados. Los otros cuatro indios se arrojaron sobre la guardia para apoderarse de las armas, pero, hallando que la guardia estaba muy fuerte para ellos, [uno] saltó al agua y se ahogó; sus compañeros le siguieron y compartieron su mismo destino”.

Actualmente el número de los indios pampas se calcula en unos ocho mil; antiguamente eran mucho más y varios grupos mencionados por Azara y Falkner aparecen ahora como tribus extinguidas. Según Azara la disminución y extinción de una de estas tribus (los *Mbayás*) debe necesariamente ser consecuencia de la horrible práctica de destruir la prole antes de nacer o después. Dice que intentan limitar a uno solamente el número de los hijos, y ese uno, sería el que, según su edad, les parece, que ha de ser el último, pero si lo que esperan no se realiza, renuncian a tener hijos. La razón que daban las mujeres para justificar esta costumbre tan repugnante para los sentimientos comunes y naturales, era: que los partos deforman el cuerpo y que es muy molesto andar con los niños a cuestas en las largas y apresuradas excursiones. El mismo autor agrega que las mujeres de los *Guanás* matan a la mayoría de sus hijas mujeres para que las restantes puedan ser más requeridas y más felices. Para tales propósitos, más de la mitad de sus hijos han sido privados de la vida. Muchos españoles humanitarios han tratado de apartarlos de estas prácticas antinaturales, pero sin resultado alguno, y cuando se han ofrecido para tomar los niños a su cuidado, antes de que fueran sacrificados, y hasta han querido comprárselos, siempre han rechazado sus ofrecimientos y en la primera oportunidad han puesto por obra secretamente sus designios. Azara observa que de esta manera fué exterminada

la fuerte y belicosa nación de los guaycurúes, hasta quedar un solo hombre, de seis pies y siete pulgadas de alto y de hermosas proporciones, que, cuando Azara estuvo en el país vivía con sus tres esposas, entre los tobas y mantenido por ellos.

Es muy de lamentar que los gobernantes de Buenos Aires, tan empeñados en acrecer la población de su país, *y que ofrecen pagar largamente* el viaje de los europeos que quieran radicarse allí, hayan mantenido el propósito de sacar de las tierras que heredaron, o de exterminar a los pobladores aborígenes. Estos nativos han dado pruebas evidentes de su docilidad y de su aptitud para convertirse en excelentes artesanos o en soldados fieles³. La disposición en que se hallan para cambiar su vida errante por la comodidad de un hogar estable, se prueba con la facilidad con que los primeros conquistadores, luego los jesuitas y después los gobernantes españoles pudieron inducirlos a adoptar un domicilio fijo. Me han dicho que un gran propietario de la frontera sur de la provincia de Buenos Aires hasta hace poco, con sólo dar oportunamente, a estas tribus errantes, sus raciones de carne, que poco costaban, ha convertido a los indios, de vecinos dañinos que eran, en defensores contra los atentados de otras tribus y hasta ha inducido a muchos de ellos a establecerse con él como servidores útiles. Su concepto de los indios y la política mantenida con respecto a ellos, le trajo, según tengo entendido, los celos y las censuras de los gobiernos de Buenos Aires. Mi padre trató de convencer al señor Rivadavia, cuando éste estuvo en Londres, de la conveniencia de mantener una política de conciliación con los indios y de adoptar diversas medidas tendientes a inducirlos a formar poblaciones en sus propias tierras, antes que destruirlos y poblar el país con los emigrantes de Europa, lo que se llevaría a cabo solamente después de largas guerras y enormes gastos. La respuesta del señor Rivadavia era siempre: "Es mala gente; hay que acabar con ella".

³ Prueba es la derrota de las tropas enviadas desde Buenos Aires para someter al Paraguay. (NOTA DE BEAUMONT.)

Buenos Aires debe contemplar con una política más liberal a estos propietarios legales de su propio suelo.

Los criollos. El término *criollo* se usa generalmente para distinguir a los descendientes de pobladores españoles, de los recién venidos; y también a los indios y negros, de los descendientes de indios y negros, pero cruzados con blancos. Los criollos son de maneras corteses, de costumbres sobrias, y atentos para con los extranjeros de Europa; pero hay en ellos una negligencia, una falta de puntualidad y una lentitud que no se avienen con el carácter y las costumbres de un hombre de negocios inglés. Están siempre con la fastidiosa palabra *mañana* cuando hay necesidad de resolver alguna cosa; esta palabra corresponde a nuestro "tomorrow", y es propiamente el anverso de la saludable máxima inglesa. "No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy" ⁴. Y, sin embargo, la revolución que han llevado a cabo, como muchas otras revoluciones, ha dado oportunidad a muchos hombres arriesgados y emprendedores, para distinguirse entre sus semejantes y a hombres pobres para acrecer sus fortunas, de las cuales han aprovechado muchos con buen éxito. Los criollos, generalmente, son muy perspicaces, y una vez establecido un mayor intercambio con europeos de mejor condición, sus miras personales y ventajas inmediatas, se extienden a los futuros intereses generales y la penetración que acreditan puede determinar un giro favorable que los lleve a un porvenir mejor.

Las señoras y señoritas criollas son encantadoras, son afeables, despejadas y vivaces. No tienen los tintes de rosa y azucena propios de una tez inglesa, ni las prendas que son el fruto de una sólida educación, como pueden encontrarse en una dama inglesa; pero sus bellos ojos negros tienen una seducción singular cuando miran bajo las mantillas (velo que cubre la cabeza y oculta en parte el rostro) y son tan irresistibles como

⁴ En realidad la máxima es tan inglesa como francesa o española, pero quizás los pueblos de raza sajona la han puesto en práctica más que los otros. (N. DEL T.)

"The cheek

*where the live crimson through the native white
soft shooting - o'er the face diffuses bloom,
And every nameless grace."*⁵

Después, el abanico. En los movimientos hechiceros de esta arma formidable, revelan ellas un talento sin rival; con el abanico pueden despertar o repeler una pasión; pueden avivarla como apagarla; en resumen, el abanico no hace otra cosa que hablar; en el baile, en el teatro, y hasta diría en la iglesia, este malicioso aliado se ocupa en asegurar las conquistas que ya estaban más que seguras sin su colaboración. Como solteras son cautivantes y me pareció que habrían de ser fieles y hacendosas esposas y que en toda edad y en cualquier circunstancia, buenas y sinceras amigas.

Gauchos es la denominación general con que se designa a la gente del campo en Sud América. Desde el rico estanciero, dueño de infinitad de acres de tierra y de incontables cabezas de ganado, hasta el pobre esclavo obtenido por compra, son llamados *gauchos* y se asemejan unos a otros por lo que respecta a su vestimenta y costumbres⁶. En verano acostumbran

⁵ "La mejilla — donde el vivo carmesí a través del blanco natural — apareciendo blandamente sobre el rostro difunde frescura (y lozanía) — y toda especie de gracia sin nombre." (N. DEL T.)

⁶ Esto viene a confirmar lo que ya he sostenido alguna vez, fundado en documentos fehacientes: que la palabra *gaucho* en 1810 era término ofensivo con que se designaba a cierta gente de mal vivir en la campaña de Entre Ríos y la Banda Oriental y que los hombres de Buenos Aires, a raíz del primer levantamiento artiguista, la utilizaron como diatriba de guerra contra todos los habitantes de la campaña sublevada (y ciudades de esas campañas), y extendieron luego ese calificativo a pobres y ricos, contraponiéndolo al *hombre de la ciudad*, Buenos Aires. Era tan *gaucho* don Francisco Antonio Candiotti, gobernador de Santa Fe y opulento hacendado (*gaucho principesco* le llama Robertson) como el último montonero. Los viajeros ingleses que conocieron la palabra en Buenos Aires, la encontraron cómoda y pintoresca y la usaron de buena fe para designar a los hombres del campo en el Río de la Plata. Así difundieron en el extranjero ese vocablo bajo su amplia acepción de campesino, sin ninguna intención denigratoria. Algunos viajeros como William Mac Cann observaron ya, sin embargo, que no tenía la significación lata que muchos le

« vestir una camisa de algodón, un par de calzoncillos livianos, un *chiripá*, una chaqueta corta, un par de botas de potro y un sombrero de paja, prendas todas hechas con material fino u ordinario según los medios con que cuenta cada uno. Las clases acomodadas se distinguen en seguida por sus avíos de plata, cuchillo, espuelas, estribos, adornos de las riendas, etc., pero su alimentación en muy poco se diferencia de sus trabajadores o *peones*. Algunos de los principales estancieros, sin embargo, tienen casas en las ciudades como las tienen en sus campos; muchos de ellos son de maneras elegantes, renuncian a las prendas gauchas y se convierten en criollos *gentlemen*. Los gauchos, tanto aquellos de clase baja como de condición más elevada, se cuentan, quizás, entre los seres más independientes del mundo. Sus necesidades son tan escasas, y pueden satisfacerse tan fácilmente, los empeños y ocupaciones de la vida les preocupan tan poco, y su vida y costumbres exigen gastos tan exiguos y están exentas de toda ostentación, rivalidad o competencia, que si no fuera por el juego, vicio que se extiende por todo el país, ellos no sabrían qué hacerse con el escaso dinero que reciben.

En algunos lugares se hallan muy cegados por la superstición y sumergidos en la ociosidad, pero más generalmente viven muy lejos de la clerecía para experimentar su influencia. Su proceder franco e independiente los hace más agradables al viajero inglés que los habitantes de las ciudades más educados y cortesés. La hospitalidad del gaucho es muy amplia, y un viajero que atraviesa el país, puede detenerse en cualquier estancia del camino y compartir la mesa cordialmente con la familia, con muy poca ceremonia o preocupación por lo que ha de costarle, como si estuviera bebiendo un vaso de agua sacada de una bomba, a la orilla de una carretera en Inglaterra. Pero esta misma hospitalidad empieza a decaer un poco a medida que aumentan los viajes por el país. Si

designaban. Después vino la literatura más o menos *gauchesca* y lejos de aclarar ese particular, contribuyó a enmarañarlo, aderezando mitos absurdos. Véase: *Notas para la historia de la palabra gaucho*, por José Luis Busaniche. En "Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos", año X, n° 10, Buenos Aires, 1948. (N. DEL T.)

un viandante necesita ocultarse, se interesarán por el caso con gran celo y habrán de desafiar ellos mismos el peligro, antes que entregarlo o negarle su ayuda; pero en la práctica de esta virtud no hacen una verdadera discriminación, porque no se detienen a inquirir detalles ni antecedentes y les basta con que un hombre implore su protección. De ahí que —como ocurre a menudo— el autor de un robo o de un asesinato se sienta amparado y sustraído a la acción de la justicia como si fuera un fugitivo prisionero de guerra o víctima de bandoleros.

El peón es el trabajador que cobra sueldo o jornal; su trabajo consiste en vigilar el ganado, evitar que los animales se extravíen y realizar otras labores propias de la estancia cuando le son requeridas y siempre que puedan ser cumplidas *a caballo*. En las ciudades, los *peones a pie*, trabajan en las esquinas de las calles como porteadores y cargan pesos considerables. Visten una larga blusa blanca de algodón, camisa y pantalones de la misma tela. No hay muchos esclavos en las provincias. Son negros o mulatos: estos últimos proceden de la mezcla de negros e indios, o de negros y criollos, y en algunos pocos casos son indios prisioneros de guerra. El trato que se da a los esclavos en Buenos Aires es muy benigno. No son empleados en ningún trabajo fuerte y se ocupan principalmente de trabajos domésticos, como cocineros y lavanderos; hacen la limpieza de las casas y sirven a la mesa. Las mujeres esclavas son tratadas con gran bondad por sus amas jóvenes y en realidad no tienen mucho que hacer, como no sea acompañar a las señoras a la iglesia y esperarlas, cebar mate y desempeñar otros trabajos livianos de la misma naturaleza. Siempre se las ve felices y contentas y son tratadas como pudiera ser tratada una sirvienta libre. Si se sienten descontentos con su amo o ama, pueden, por un decreto del Congreso, obligar a sus amos a venderlos si pueden encontrar alguien que los compre por el precio que pagó su actual propietario; con esto, no tienen necesidad de quejarse de malos tratos y durante mi permanencia en Buenos Aires nunca oí decir que algún esclavo hubiera hecho uso de tal derecho.

Este buen tratamiento dado a los esclavos, habla por muchos volúmenes sobre la buena disposición natural de los criollos

que, en verdad, se manifiesta generalmente entre las clases superiores y en toda circunstancia. Muchos esclavos me han asegurado que ellos no aceptarían la libertad si les fuera ofrecida. Esto, en parte, puede ser consecuencia de la misma costumbre, de la cual son siempre esclavos los indolentes, pero también de la reflexión de que, como esclavos, gozan en todo tiempo del sostén y protección de sus actuales amos, y de que el sostén se haría muy difícil si tuvieran que valerse por sí mismos.

Por un decreto del Congreso, todos los hijos de esclavos nacidos después del año 1813 son declarados libres. Para completar este acto de humanidad se tomaron algunas medidas en favor de los hijos de esclavos, y para que fueran criados con hábitos de trabajo y buenos ejemplos, porque, de haberles dado la libertad en temprana edad y sin una buena preparación, hubieran estado expuestos a convertirse en una clase ociosa y disipada. Las posibles consecuencias de esto último no dejaron de alarmar a la gente bien informada de Buenos Aires. Y, en verdad, el efecto, puede advertirse ya.

Estancias. La cría de ganado y su venta es el renglón principal en el comercio del país; es el trabajo que da mayores beneficios y el que se maneja con menores dificultades. Una estancia tiene, de suyo, una legua y media cuadrada; pero estas estancias, con frecuencia, tienen una extensión de diez y veinte leguas cuadradas. En la parte más apropiada del campo, está la casa del propietario; esta última consiste generalmente en un edificio con aspecto de galpón, paredes y pisos de barro, techo de paja; la casa se divide en tres o cuatro piezas: una sala, un dormitorio para la familia, otro para los huéspedes y un cuarto, o varios, según la extensión de la finca, para depósito del tasajo, cueros, sebo, y otros artículos; la cocina es, por lo general, una construcción separada, a espaldas de la casa, y contiguo a ella se levanta, por lo general, un *rancho* para los peones. Siempre en una estancia se encuentran por lo menos esos dos edificios; pero a veces hay tres, cuatro, y aún más para depósitos y alojamientos cuando el establecimiento es grande y bien provisto. Antiguamente, todos los establecimientos importantes tenían su capilla; estos

edificios, ahora, están en su mayor parte convertidos en despensas o pulperías.

Si la estancia es importante, la residencia principal de los propietarios está en la ciudad, o población principal de la provincia; pero asimismo, el propietario se ve obligado a permanecer gran parte del tiempo en su establecimiento para vigilar personalmente las ventas y compras; porque, como tales transacciones se producen de ordinario entre personas que nada saben de llevar cuentas escritas, si los pagos no se hacen en manos del mismo patrón, se producirían equivocaciones lamentables y en caso de no ser así, siempre podrían surgir sospechas. De ahí que el europeo bien educado, si se hace estanciero y quiere evitar la depredación, deberá convertirse él mismo en *gaucho*, y es verdaderamente curioso ver con qué facilidad un inglés educado se mezcla con esa sociedad casi salvaje de gauchos y troperos nativos y adapta sus maneras según convenga. Uno de los jinetes más expertos y uno de los hombres de campo más prácticos que tuve ocasión de conocer fué Mr. Macartney, propietario de una estancia cerca de Villa de la Concepción⁷, en la provincia de Entre Ríos. En su establecimiento era un gaucho completo y se encontraba allí tan en su casa como se hallaba en Buenos Aires alternando con la mejor sociedad, porque era caballero bien educado⁸.

En cada estancia hay un *capataz* que tiene bajo sus órdenes algunos peones, uno por cada mil cabezas de ganado aproximadamente. Los trabajos de la estancia consisten en pastorear el ganado de vez en cuando, con los perros, y en reunirlos en un sitio que se llama el *rodeo*, donde lo mantienen por un tiempo, y después lo dejan dispersarse. Esto se hace para acos-tumbrar el ganado a mantenerse reunido y para quitarle la tendencia a caminar y extraviarse. En otras ocasiones se ocupan en marcar el ganado con la marca del establecimiento; en castrar potrillos y toros jóvenes, en domar potros, y, en

⁷ Concepción del Uruguay, también llamada "Arroyo de la China". (N. DEL T.)

⁸ En el Cap. VII aparece nuevamente Mr. Macartney. (N. DEL T.)

invierno y primavera en faenar ganado para sacarle el cuero y hacer sebo y charque.

El capataz y los peones cuando están casados, tienen por lo general sus ranchos separados. El mobiliario de estos ranchos se compone de un barril para el agua, una pava (caldera) para hervir el agua destinada al mate, varias calabacillas o *mates*, una olla grande para hacer la comida, una guampa de vacuno para beber [en ella] y algunas estacas para poner el asado al fuego. Como asiento, se usan de ordinario cabezas de vaca, pero algunos tienen banquillos fabricados, asientos y camas. Estas últimas consisten en un armazón de madera con cuatro patas sobre la que se ha tendido un cuero y que se levanta apenas un pie del suelo. Los peones, por lo general, duermen en el suelo sobre sus recados. Este se compone de una o dos mantas rústicas, de unas dos yardas cada una que se ponen dobladas sobre el lomo del caballo, para colocar encima el recado; una pieza de cuero, de cinco pies por dos, más o menos, se coloca sobre las mantas: encima viene la silla (propriadamente dicha), una pieza de madera, con cabezadas (delantero y trasero), altas, rellena con paja y recubierta de cuero ⁹. Esta silla sirve de almohada para dormir. El recado es de múltiple utilidad para el hombre de campo porque no solamente sirve para su dormitorio sino también para su *cuisine*: en efecto, cuando no dispone de otros medios para hacerse la comida, en viaje, pone la carne entre la silla y el lomo del animal, y después de un buen galope, la carne se vuelve más tierna, bien empapada y jugosa y suficientemente a punto ¹⁰.

⁹ Dicho de otra manera: una silla de montar con arzones altos, de madera, los bastos rellenos con paja y forrados con cuero. Hay quien llama borrrén al arzón, aunque estrictamente el borrrén era una parte del arzón en la silla antigua española. En el litoral argentino se ha llamado *cabezada* al arzón, ya fuera delantero o postrero. Lo mismo en el interior del país (provincias del Norte). Corresponde también la palabra *fuste*. (N. DEL T.)

¹⁰ Esto parece errado. El paisano solía poner la carne entre las caronas, para asarla en su oportunidad, cuando se alejaba mucho de su casa, por despoblados donde no tendría ocasión de procurarse la comida. (N. DEL T.)

Esto ha sido dicho con frecuencia pero yo no lo he visto. Otro uso del recado es el de servirse de él para resguardar las ropas en caso de tormenta. Cuando se hallan lejos en el campo y se anuncia una lluvia fuerte, se sacan la ropa (operación esta que, no mediando circunstancias muy apremiantes, no se toman la molestia de efectuar durante semanas enteras), la colocan bajo el recado y siguen a caballo casi completamente desnudos bajo el copioso chaparrón; una vez que éste ha pasado, se ponen otra vez sus ropas secas. Esto también cuenta entre los relatos que me han hecho, pero yo no lo he presenciado.

La población rural de estas provincias no abunda en encantos femeninos. Puede uno andar de viaje durante varios días sin ver una mujer. Podría creerse que porque pocas han podido sobrevivir, víctimas de las prácticas indígenas a que nos hemos referido, pero en realidad esta aparente escasez de mujeres procede de que se hallan casi siempre de puertas adentro, mientras los hombres, andan habitualmente a caballo al aire libre. Esta ausencia, sin embargo, no afecta en nada a los atractivos del país, como pudiera suponerse, porque son muy inferiores, en atractivos, a las muchachas inglesas de la campaña. Aquella tez frescota, aquella ropa blanca (aunque ordinaria) y la apariencia decente de nuestras paisanas, no las encontraréis allá. La ropa consiste en poco más que en una especie de túnica de lana ordinaria; no usan sombrero, ni gorras ni justillos, ni zapatos ni medias. Nunca las vi lavando sus prendas de vestir en el campo ni tampoco su propia piel porque al parecer esa ceremonia la cumplen en raras ocasiones. El trabajo familiar cotidiano parece consistir en hacer el fuego para hervir agua para el mate, cocinar, y mecer al niño pequeño, si lo tienen, en una pequeña hamaca que pende del techo. Como no tienen piso que lavar ni otras abluciones que cumplir, muebles que poner en orden, calceta que remendar, jardín que escamondar, campo que trabajar o libros que leer, sus horas vacías son muchas y pasan el tiempo en descuidada ociosidad, o fumando cigarros que son consumidos

en gran cantidad por este bello... o mejor dicho parduzco sector de la creación ¹¹.

Nunca tuve la suerte de participar en alguna de las fiestas que celebra el paisanaje; quizás porque la población está muy dispersa para que la gente pueda reunirse con frecuencia. La única reunión o fiesta a que me fué dado asistir, y en que participaron los dos sexos, fué en Arroyo de la China sobre el río Uruguay, donde la población se reúne en buen número para bañarse; y ví a las ejecutantes del sexo femenino, ligeras de ropas, nadar con sus conocidos del sexo masculino, y burlarse de algunos de nuestros hombres (que se unieron a la partida), por su inexperiencia para competir con ellas en sus deportes acuáticos.

¹¹ ... *this fair, or rather whity-brown part of the creation*. Juego de palabras intraducible, sobre la doble significación, en inglés, de la palabra *fair*: rubio y hermoso (otros significados que no hacen al caso tienen también esa palabra). (N. DEL T.)

CAPÍTULO IV

División en provincias. — La Banda Oriental. — Buenos Aires: la ciudad, los edificios, el Fuerte, la Plaza, el Cabildo, la Catedral, las iglesias, los conventos de monjas, los hospitales, la Aduana; derechos de importación y exportación; el Correo, la Casa de Moneda, los hoteles, el Teatro, los mataderos; el lavado de ropas; la Alameda, las diversiones; pesos y medidas; monedas. — Entre Ríos. — Corrientes. — Paraguay. — Santa Fe. — Córdoba. — Mendoza. — San Luis. — San Juan. — La Rioja. — Catamarca. — Santiago del Estero. — Tucumán. — Salta. — Jujuy. — El Alto Perú. — Potosí. — Cochabamba. — Charcas. — La Paz.

LA SITUACIÓN geográfica de las ciudades capitales en las veinte provincias del Río de la Plata, puede ser presentada convenientemente en la siguiente tabla:

Banda Oriental. Esta provincia es la primera que se presenta a la vista del viajero europeo al entrar en el río de la Plata. En situación geográfica, en salubridad y en belleza, es la más envidiable de las provincias. Por lo que hace a fertilidad, todas son excelentes, pero en la mayor parte de las demás provincias, el suelo es raso y monótono, hasta impresionar tristemente. Aquí la superficie ostenta una interminable variedad de lomas y hondonadas y no se encontraría en toda ella un solo sitio infecundo. Los pastos, son, por doquier, de calidad excelente y están irrigados por copiosas y salutíferas corrientes de agua.

Nombres de las ciudades	Latitud sur		Longitud oeste de Londres	
	grados	minutos	grados	minutos
Montevideo (Banda Oriental) ..	34	50	56	20
Buenos Aires	34	40	58	20
Villa de la Concepción (E. Ríos)	32	30	57	40
Corrientes	27	30	58	40
Asunción (Paraguay)	25	15	57	40
Santa Fe	31	40	60	5
Córdoba	31	20	62	40
Mendoza	32	50	68	55
San Luis	33	20	65	45
San Juan	31	15	68	35
La Rioja	28	30	68	35
Catamarca	27	45	66	0
Santiago del Estero	27	55	63	20
Tucumán	26	50	64	35
Salta	24	15	64	0
Jujuy	23	20	63	48
Potosí	19	45	67	35
Cochabamba	18	20	67	18
Charcas	19	40	66	40
La Paz	17	30	67	25

Este país permaneció ocupado por los indios de la región hasta el año 1726, en que la corte de España ordenó fundar un asiento en Montevideo, cuando los portugueses se preparaban a tomar posesión de toda la costa. Don Bruno Mauricio de Zabala, gobernador de Buenos Aires, se procuró por consiguiente, unas veinte familias de una de las Islas Canarias ¹ con las cuales se formó el primer asiento. La población aumentó rápidamente durante la gobernación española y en 1810 se calculaba que la provincia contenía setenta mil habitantes, de los cuales veinte mil ocupaban la ciudad de Montevideo.

¹ Montevideo se fundó en 1724, con siete familias de Buenos Aires que sumaban treinta y siete personas. Más tarde llegaron las familias canarias. (N. DEL T.)

Pero a partir de la revolución, la población total ha disminuído a unos cuarenta mil, y los habitantes de la ciudad, a pocos más de cinco mil. Y esto proviene de las continuas guerras que los han afligido. La guerra de independendencia contra los españoles fué muy devastadora en esta provincia. A esto se agregó otra guerra mantenida contra los de Buenos Aires a quienes acusaban de tiranía, y que eran tenidos como más insufribles que los españoles. Vino después la guerra contra los brasileños a quienes, por último, se sometieron. El país se encuentra ahora muy devastado por una nueva guerra entre Buenos Aires y el Brasil por la soberanía del territorio y es difícil prever cómo ha de terminar. Mientras se prolongue tal estado de inseguridad, la más hermosa porción del territorio en las riberas del Plata y la más cercana a Europa, habrá de permanecer relativamente desierta.

La ciudad de Montevideo ha caído en estado de pobreza miserable y una extensión considerable de los suburbios formado por las *villas* de los comerciantes españoles, ofrece un aspecto de ruina y desolación. La guerra y el bloqueo, sin embargo, han dado nueva vida a la ciudad². El número de presos llevados a la ciudad y los pasajeros y tripulaciones alojados en ella, contribuye mucho al movimiento de la capital y le aportan beneficios. Pero en este beneficio local no participa la campaña: las estancias están en ruinas porque los ganados han sido arreados lejos por los propietarios o les han sido arrebatados a éstos últimos por los ejércitos enemigos.

La ciudad de Montevideo está edificada sobre una pequeña península que sobresale en la bahía y forma el límite oriental de la misma. El istmo [sic] tiene un sólido fuerte y la ciudad está rodeada por una muralla y un foso y otros fuertes menores. En el lado opuesto de la bahía se levanta el cerro de Montevideo, rematado por un fuerte, que, con las otras fortificaciones de la ciudad, domina toda la bahía. La ciudad que va surgiendo poco a poco de la bahía, a medida que uno se

² Los brasileños ocupaban Montevideo durante la guerra con el Brasil (1825-1828). En realidad estaban allí desde 1817, como consecuencia de la invasión portuguesa a la Banda Oriental. (N. DEL T.)

cerca a la costa, ofrece una hermosa vista. Las casas tienen generalmente un piso alto y están construídas con piedra o ladrillo, con techos planos y sin chimeneas. Las cocinas están por lo general separadas del edificio principal y al fondo de la casa; pero las casas principales se levantan en torno a un patio cuadrado; las salas ocupan el frente sobre la calle, los aposentos las partes laterales y las cocinas y piezas de servicio están en el lado posterior. Esta es la disposición general de las casas en las principales ciudades de estas provincias. Los muros de piedra son característicos de esta provincia oriental; en las demás las paredes son de ladrillo y éstos, generalmente, son secados al sol nada más ³. Esta ciudad, como la de Buenos Aires y otras levantadas por los españoles, está distribuída en cuadrados regulares ⁴ que son, según creo, todos de tamaño uniforme, a saber, ciento cuarenta varas de cada lado. Las calles se cruzan en ángulo recto; tienen diez yardas de ancho y están pavimentadas. Hay una plaza de unas ciento cincuenta yardas cuadradas en la parte más alta de la ciudad. El lado oeste está ocupado por la catedral, amplio edificio de ladrillo coronado por una cúpula cubierta por brillantes azulejos. En el lado este, se hallan los cuarteles.

Montevideo está en una excelente situación geográfica para el comercio. Es punto céntrico para reunir los productos de la provincia y para exportarlos desde allí, así como para distribuir las mercaderías importadas de vuelta. Es también superior a Buenos Aires como puerto intermedio para el transporte de mercancías desde los barcos más grandes que llegan de otros países distantes, a los barcos más pequeños que pueden navegar por el Paraná y el Uruguay, porque el canal de aguas profundas va sobre la costa norte del río de la Plata, y siguiendo este canal se evita el peligro de la navegación por aguas poco profundas hasta Buenos Aires y el exponerse a los bancos de arena y a la tardanza producida por las rutas tor-

³ Los llamados "adobes". Sobre estas formas de construcción pueden verse los libros del arquitecto Hernán Busaniche, *Arquitectura de la Colonia en el Litoral* (1942) y *La Arquitectura en las misiones jesuíticas guaraníes* (1955). (N. DEL T.)

⁴ Las llamadas "manzanas". (N. DEL T.)

tuosas del río. Iguales motivos de preferencia median por lo que respecta a todos los puertos y abrigos que se hallan en la costa norte del río de la Plata.

La bahía de Maldonado, situada todavía más en la desembocadura del río que Montevideo, según algunos publicistas ofrece mejor ancladero y mejor abrigo que la bahía de esta última ciudad. Defendida por la isla de Gorriti, situada en la boca de aquella bahía (isla notable porque en ella crece el regaliz), un cierto número de barcos puede mantenerse allí a salvo por más fuerte que soplen los vientos pamperos. Esta bahía es poco frecuentada y escasamente defendida por un fuerte mal cuidado. La bahía tiene forma semicircular y está bordeada por una extensa playa de arena; más allá se levanta una colina encima de la cual aparece la pequeña ciudad de Maldonado. En dirección norte desde Maldonado, la costa se mantiene baja hasta el Río Grande, 32° 15' y en esa parte comienza el territorio del Brasil. El suelo es en extremo rico y algunos pobladores portugueses han establecido últimamente en esas inmediaciones varias estancias. Una serranía se extiende hacia el norte, a partir de las vecindades de Maldonado en la cual antiguamente han sido trabajadas minas de plata y oro.

Volviendo a Montevideo, si seguimos la costa en dirección oeste, encontraremos varias pequeñas bahías y ríos, ahora no utilizados para la navegación, los cuales, a medida que el país aumente en población y acrezcan sus necesidades, se convertirán, sin duda, mediante muelles y malecones, en puertos seguros.

En Colonia, frente a Buenos Aires, hay un puerto suficientemente cómodo para barcos grandes y es punto bien fortificado. En Las Vacas, pocas leguas más arriba, sobre la desembocadura del Uruguay, hay un buen ancladero y abrigo para barcos pequeños; y la isla de Martín García, que se encuentra cerca, es el *rendez-vous* de los barcos de guerra. Durante mi estada en Buenos Aires, esta isla fué tomada a los brasileños por el almirante anglo-argentino Brown, quien mejoró mucho sus fortificaciones. Punta Gorda es un cabo o punta que reduce la entrada del río Uruguay a un angosto estrecho. Al

norte de esta punta, el río Negro derrama sus aguas en el Uruguay. Este río (Negro) que tiene su origen en la serranía que se extiende hacia el norte desde Maldonado y Montevideo [sic] es el mayor de los ríos que corren por el interior de la provincia y no es navegable para barcos por distancia de varias leguas arriba desde su desembocadura en el Uruguay porque una hilera de rocas interrumpe su corriente, pero en muchas partes se halla libre de impedimentos y se presta para la navegación local.

La perspectiva de este río dicese que es muy hermosa; y sus orillas están de tal manera franjeadas por el arbusto de la zarzaparrilla que sus aguas tienen fama de medicinales en ciertas épocas del año. Una vuelta que hace el río Negro antes de juntarse con el Uruguay encierra una porción de tierra muy fértil, en forma de losanje, que la convierte casi en una isla y se le llama Rincón de las Gallinas. Los brasileños construyeron una represa a través de esta península y así formaba ella un asilo seguro para su ganado, mientras el campo abierto era recorrido por las veloces partidas de Buenos Aires; pero ahora está por completo en poder de los orientales. Hacia el interior el país es siempre más o menos ondulado, pero fértil en todas partes.

Sobre la orilla izquierda del Uruguay en latitud 31° 30' hay un Fuerte español, Castillo de Baptista, ahora en ruinas, que está frente por frente con los campos de la *Río de la Plata Agricultural Association*. Algo más al norte hay varios asentamientos de indios civilizados que fueron formados por los jesuitas. Por un espacio de diez a quince leguas hacia el interior de los ríos principales, el territorio de la provincia ha estado ocupado por estancias de pastoreo, pero el centro y la parte norte es muy agreste y boscosa. Más al norte aún, y a partir de los 30° de latitud, los árboles son de tamaño considerable y muy a propósito para la construcción de barcos; éstos pueden navegar por la parte inferior del Uruguay, y cuando el río está crecido pueden pasar el Salto Grande y el Salto Chico sin dificultad.

Buenos Aires. Esta provincia, en muchos respectos la más importante y también la de mayor influencia en el Río de la

Plata, y la de mayor extensión, constituye una enorme e ininterrompida llanura que se extiende desde la costa sur y oeste de los ríos de la Plata y Paraná, casi hasta el pie de los Andes. Sus límites meridionales están indeterminados.

Hasta no hace mucho, la comarca llamada Tandil, que se extiende al sur del río Salado (río que corre diez o quince leguas al sur de Buenos Aires) y los territorios más meridionales, eran considerados como pertenecientes a los aborígenes. De poco tiempo acá fué llevada contra estos aborígenes una guerra de exterminio, y en las *Noticias históricas, políticas y estadísticas de las Provincias Unidas* publicadas por el Sr. Núñez, se lamenta de que los indios no querían vender sus derechos de primogenitura por palabras o promesas, sino que tienen la presunción de pedir una gran suma en plata por su territorio, y en consecuencia "no se le ha dejado otro recurso al gobierno de las Provincias Unidas que el recurso de la violencia que Buenos Aires pondrá fácilmente en ejecución porque el número de todos estos bárbaros no excede de ocho mil, armados de bolas⁵ y lanzas". En ese libro, el río Salado se señala como el límite sur de la provincia, pero en la misma obra se prosigue así: "Desde que fué dada la susodicha descripción, la provincia de Buenos Aires se ha extendido, sin embargo, cincuenta leguas más al sur y fundado una población que se llama 'Fuerte de la Independencia' ". En la página siguiente (184) dice, rebotante de violencia, que con este Fuerte queda amenazada una gran extensión de la Patagonia, y hace esta observación: "los bárbaros que impidan el paso, serán prontamente sojuzgados por la fuerza de las armas y se formarán ciudades bajo resguardo militar, que no solamente facilitarán ese sistema de comunicaciones, sino también serán causa de que Buenos Aires extienda su territorio más de veinte mil leguas cuadradas hasta los 52° de latitud sur". He ahí la justicia y la moderación de estos *illuminati*. Y estas son las gentes que parlotean sobre los derechos del hombre y de las naciones y prorrumpen en invectivas contra los brasile-

⁵ El texto inglés pone *slings*, hondas, pero el original de Núñez dice *bolas*. (N. DEL T.)

ños porque ocupan la provincia de Montevideo que han ganado en guerra, a otros intrusos.

La ciudad de Buenos Aires se halla sobre la costa S.O. del río de la Plata y a unas doscientas millas de su desembocadura. Está situada a poca altura, unos dieciocho o veinte pies sobre el nivel del agua. Tal es la elevación general del terreno. La costa se muestra pantanosa y a veces abarrancada, según se acerque a la corriente del río o se aleje de ella. Por muchas leguas hacia el sur, y hasta el cabo de San Antonio, el nivel de la orilla es tan bajo que da lugar a una indefinida playa cenagosa, ancha de un cuarto de milla en ciertos lugares, y en otros de una legua. La ciudad está dividida en cuadrados de ciento cuarenta varas por cada lado y las calles tienen diez y seis varas de ancho. Las casas se hallan edificadas casi sobre el mismo plan que las de Montevideo; los muros son de ladrillo cocido o crudo; revocados algunos y otros enjalbegados; los techos son de paja o de azotea y los pisos de baldosa o formados con tablones de madera. Hasta hace poco tiempo, eran raras las casas que tenían más de un piso, o sea la planta baja, donde se levantaban los departamentos de la familia, pero de un tiempo a esta parte se han introducido los pisos altos y ahora pueden observarse en la mayoría de las casas recién edificadas. En estos últimos edificios, la planta baja se halla generalmente ocupada por comercios o almacenes de depósito: las familias residen en los altos. Generalmente las habitaciones se distribuyen alrededor de un patio cuadrado en cuyo centro hay siempre un aljibe. Tanto las ventanas que dan al patio como las de la calle, son muy bajas y en su parte inferior llegan a poca distancia del suelo. Las porteñas se sientan en los alféizares y allí reciben los saludos de los amigos que van de paseo y que son mantenidos a distancia por los celosos barrotes de hierro que aseguran cada ventana. Pocas casas tienen estufas y chimeneas de salón; únicamente las construídas en estos últimos tiempos por los ingleses y por algunos nativos que los han imitado. El ejemplo ha sido de utilidad para los porteños, porque, según he podido observar, si bien el clima cálido hace innecesario el calor artificial durante la mayor parte del año, desde la segunda quincena de

junio hasta mediados de agosto, llueve mucho, hay también mucho viento y el frío es intenso. La falta de chimeneas y de ventilación contribuye a que los cuartos sean muy húmedos y fríos. Esto se remedia mal con el uso del brasero, que consiste en una paila de bronce, de unas doce pulgadas de diámetro, colocada en un marco de madera, alto de unas seis pulgadas sobre el suelo. Esta paila se llena con brasas de la cocina y comunica un mediano calor a los que se sientan en torno, pero es un calor desagradable porque el ácido carbónico y otras emanaciones provocan vahidos, vértigos y hasta apoplejías, e inflaman además los pulmones, siendo causa de consunciones frecuentes y fatales. La introducción de las chimeneas inglesas, abiertas, ha sido un beneficio que los nativos saben apreciar. Las *azoteas* proporcionan un agradable lugar de reunión a quienes no se sienten inclinados al bullicio de las calles. En el ataque a esta ciudad por Whitelocke, una de las principales causas de su derrota, fué la forma en que están construídas estas casas porque, formando cada cuadra una batería separada, de altura diferente y bien defendida con barricadas en la parte baja, los criollos podían fácilmente, al abrigo de los parapetos, hacer una puntería mortífera sobre nuestras tropas, sin peligro para ellos mismos. Los interiores de las casas ofrecen pocas comodidades y adornos, pero los cuartos son generalmente amplios; las paredes están blanqueadas por lo común y los muebles principales consisten en algunas docenas de sillas y una o dos mesas pequeñas adornadas con objetos de vidrio y flores artificiales. Al entrar a una sala de Buenos Aires, el extranjero se siente de pronto sorprendido ante la general desnudez y triste apariencia de la pieza, pero si logra hacer amistad con las damas de la familia, lo que puede alcanzar en el curso de dos o tres visitas, el natural vivo y animado de aquéllas, unido al interés que demuestran por enseñar su propio idioma, disipa todo retraimiento y aleja la atención que podría ponerse en aquellos salones desnudos.

Las calles principales tienen buen pavimento desde hace tres años y se ven generalmente limpias. La piedra se trae de la orilla opuesta del río, donde puede encontrarse granito en gran cantidad, pero por el momento el bloqueo ha inte-

rrumpido la provisión de ese material. Las calles no pavimentadas se ponen, a veces, casi intransitables, por los grandes lodazales que se forman en tiempo de lluvias frecuentes. Estos se extienden en algunos casos por espacio de media milla y el barro suele llegar hasta la cincha del caballo. En los alrededores de la ciudad la naturaleza del suelo hace que los caminos se pongan horribilmente malos y en épocas de fuertes lluvias los habitantes se ven compelidos a permanecer como prisioneros en sus casas. En tiempo de sequía el polvo de los caminos ahoga. Las aceras, en estas calles sin pavimento, están formadas por estrechos bancos de tierra que se levantan tres o cuatro pies de altura y ofrecen difícil paso al caminante porque son de la misma tierra blanda de las calles. El cruce de una acera a la otra se hace sobre bloques de piedra o de madera colocadas a media yarda de distancia uno de otro y a una altura de dos pies sobre el nivel de la calle. Estos pasos están casi cubiertos de barro en tiempo lluvioso y resulta muy arriesgado marchar sobre ellos.

A mitad del frente de la ciudad que cae sobre el río, y próximo a éste, se levanta el Fuerte, mediocre edificio de piedra defendido con piezas de artillería. Dentro del Fuerte están los departamentos del presidente y sus secretarios y también las habitaciones de los ministros. Hay, asimismo, una oficina de guardia. Frente al Fuerte, y en extensión de unas cien yardas hacia el interior de la ciudad, está la Plaza Mayor, en el lado norte de la plaza se levanta la Catedral, hacia el este la Recoba, una *piazza* que alberga pequeños comercios; al sur, una hilera de tiendas mezquinas; hacia el oeste, el Cabildo, donde tienen su sede los concejales de la Comuna. También hay en este edificio un cuerpo de guardia.

En esta plaza se realizan ciertos espectáculos en los días de regocijo público, como fuegos de artificio, iluminaciones y procesiones. En los festivales religiosos, el despliegue de platería y piedras preciosas, sobrepasa, a veces, el esplendor observado en las ciudades católicas de Europa.

Hay un muelle rústico cerca del Fuerte, de unas doscientas

yardas de largo y doce de ancho; sin embargo, presta poca utilidad. El medio más común para el desembarco, tanto para los pasajeros como para la carga, son unas carretas de ruedas muy altas; la carga se lleva desde los buques en lanchones y botes hasta muy cerca de la orilla, y los carros hacen el resto. A veces, estos carros tienen que ir entre el agua hasta un cuarto de milla adentro para encontrar el bote, y en otras ocasiones, cuando hay viento fuerte del N.E. y el río está crecido, caminan apenas unas pocas yardas, pero el precio es igual: dos reales por cada viaje.

La Catedral, situada en la plaza, es la más espaciosa de las iglesias; está decorada por dentro con motivos de las Escrituras y tiene un hermoso altar mayor. Unas pocas banderas se hallan suspendidas de las pilastras que forman las naves laterales; entre esas banderas se encuentran las tomadas a los brasileños en la presente guerra. El 25 de Mayo (aniversario de la independencia) el Presidente concurre acompañado por su *cor-tège* y por una escolta militar a dar gracias. Esta ceremonia se cumple con mayor magnificencia que cualquier otra de las que vi durante los diez meses que estuve en Buenos Aires.

Las demás iglesias son grandes edificios de ladrillo, cubiertos con cúpulas y con sus interiores hermosamente adornados. En estas iglesias se celebra misa con todo el aparato acostumbrado. Sin embargo, lo que constituye el mayor atractivo para los viajeros jóvenes, son las mujeres tan bellas, arrodilladas, con sus mantillas sueltas sobre la cabeza y el cuello, y las miradas suspensas y como ajenas a este mundo mientras se desarrolla el acto de la misa. Las porteñas despiertan así, tanta admiración como respeto. En el momento de entrar en la iglesia, o cuando salen de ella, abandonan un tanto ya esa actitud y se muestran llenas de vivacidad y gracia. Hay una libertad y gracia peculiar en el porte de una bella porteña, que todos, sean quienes sean, reconocen. Mucho de esto proviene, sin duda, de que en Buenos Aires se tiene la costumbre de no andar nunca una persona con otra, tomadas del brazo. Una bella inglesa no sabe cuanto significa esta ventaja.

*She cannot step as an Arab barb,
Or Andalusian girl from mass returning.
..... A fair Briton hides
Half her attraction — probably from pity —
And rather calmly into the heart glides,
than storms it as a foe would take a city;
But once there (if you doubt this, prithee try)
She keeps it for you like a true ally.⁶*

Los monasterios de monjas han quedado reducidos a dos: el de las Catalinas y el de las Capuchinas; éste último es el que tiene reglas más severas. No se admite el ingreso antes de cumplir los treinta años de edad, en que se presume que ha podido meditarse fríamente la resolución. Son sometidas todavía las novicias a un año de prueba, y, si pasado ese término, siguen dispuestas a consagrarse a una vida de reclusión y plegaria, se les admite en la orden. Quedan desde entonces totalmente apartadas del mundo y no se les permite que vean ni a sus más cercanos parientes. Toda su vida pasa en la oración, el ayuno y en otras mortificaciones.

El otro monasterio, el de las Catalinas, admite personas de toda edad y tiene reglas mucho menos estrictas. Ambos conventos poseen grandes jardines donde las monjas hacen su paseo diario.

El hospital público tiene espacio para unos ciento cincuenta enfermos. Existe también un hospital de mujeres con capacidad para cien personas. Ambos hospitales son costeados por el Estado.

El Virrey Vértiz fundó una inclusa en Buenos Aires, el año

⁶ No puede marchar como un caballo árabe,
o como una joven andaluza que vuela de misa.
..... Una bella inglesa esconde
La mitad de sus atractivos — quizás por compasión —
Y más bien con calma se desliza hasta el corazón,
En vez de tomarlo por asalto como el enemigo tomaría una ciudad;
Pero una vez allí (y si lo dudáis haced la prueba)
Se queda allí como una verdadera aliada.

1779; ahora la sostiene el gobierno que provee de fondos para pagar doscientas cincuenta nodrizas que amamantan en sus casas a las criaturas y se reúnen el día 10 de cada mes para cobrar sus sueldos y para demostrar que han cuidado bien a los niños. Estos niños, cumplidos los cuatros años, son colocados en casas de familias.

La Aduana es un edificio bajo, con patio, y está situada en el lado de la ciudad que cae sobre el río, casi a mitad de su extensión. El despacho de los asuntos se lleva con bastante prontitud y el viajero o el comerciante, después de haber pasado sus mercaderías del buque al bote y del bote a los grandes carros que hacen el trayecto entre el río y la Aduana, encuentran poca dificultad para llenar sus trámites.

La lista que va a continuación informa sobre los derechos de importación y exportación que deben pagarse en el puerto de Buenos Aires:

Instrumentos de trabajo para agricultura y artes mecánicas (artesanía); libros, grabados, estampas, imaginería, prensas de imprimir, fibra, lana, bordados en seda, oro o plata, con o sin joyas, relojes, joyas, carbón de piedra, salitre (nitro), yeso, cal, piedra para edificar, ladrillos, madera, etc.	5 por ciento
Armas, pedernales, pólvora, alquitrán, seda manufacturada o en bruto y arroz	10 por ciento
Azúcar, mate, café, té, chocolate y comestibles en general	20 por ciento
Muebles, espejos, coches, sillas de montar y jaeces, confecciones de hilo, zapatos, etc., licores, vinos, cerveza, sidra, tabaco	30 por ciento
Trigo	2 a 4 pesos por fanega.
Harina	3 pesos por quintal.
Sal	4 pesos por fanega.
Sombreros de castor (de copa) o de seda	3 pesos cada uno.
Todos los artículos no incluídos en la lista anterior: 15 por ciento.	

Derechos de exportación

Cueros de toros, de buey o de vaca	1 real cada uno.
Cueros de oveja, caballo y mula	1/2 real ditto.
Oro y plata	1 por ciento
Carne salada exportada en barcos nacionales; granos, galleta, harina, cueros de oveja y lana, cueros curtidos y todas las manufacturas del país	libres.
Todos los demás productos de las provincias pagan 4 por ciento.	

El correo se encuentra bajo la superintendencia de un director, y si bien es susceptible de grandes mejoras, realiza con bastante regularidad la distribución de la correspondencia. Toda la expedición al interior se hace a caballo, aunque el recorrido es de muchas leguas, por regiones casi desiertas, los correos son generalmente puntuales en su llegada. El correo de postas recibe las cartas en una maleta que se ata a la grupa del recado de su guía y se cambia en cada posta, porque en cada relevo de caballo se cambia también de guía o postillón. Los correos tienen el privilegio de poder exigir caballos a cualquier hora de la noche, mediante lo cual, pueden ganar el tiempo perdido durante el día; tienen también libertad para galopar en las calles de las ciudades, privilegio éste que no está concedido a cualquiera. Usan los correos una chaqueta corta, generalmente roja, y su llegada a Buenos Aires, así como su partida, se anuncia por el postillón haciendo sonar una corneta de cuerno. A la llegada de los distintos correos, se exhibe en la oficina una lista de las cartas recibidas, que se fija en el patio, y a cada una se le agrega un número. Estas cartas recibidas, son entregadas sin averiguar la identidad y previo pago del franqueo necesario. Cuando llega el paquete inglés, como las cartas son muchas y no permiten confeccionar con ellas una lista, son entregadas a las personas que responden al nombre del destinatario, previo pago de dos reales por cada carta. Con este procedimiento, ocurre a menudo que una persona, después de haberse dado de codazos durante dos horas, con la gente apiñada en las ventanas de la oficina, se informa

de que no le ha llegado ninguna carta y hay quien se retira, después que, por inadvertencia, o a sabiendas, le han cobrado los dos reales por la entrega de la correspondencia. El director actual, a quien tuve el gusto de conocer, me informó que había tratado de evitar este serio inconveniente enviando las cartas a domicilio como se hace en Inglaterra, pero el descuido demostrado por los carteros comportó un daño mayor que la pérdida casual de alguna carta en el propio edificio del correo. Es de esperar, sin embargo, que el arreglo de los asuntos interiores, pueda contribuir al progreso de la institución. Un suplemento de medio real o de un real para el cartero, compensaría con creces las horas perdidas y las luchas que uno se ve obligado a sostener generalmente en la ventana de la oficina.

Ha sido inaugurada recientemente en Buenos Aires una Casa de Moneda; ella constituye el orgullo de los porteños y a fe que con razón porque es, sin duda, el establecimiento más científico y mejor arreglado del país. Está instalada la Casa de Moneda en un edificio que fué primero el Consulado, a dos cuadras de la plaza ⁷.

Mr. John Miers ha sido el hábil organizador de esta obra que comprende todas las demás dependencias necesarias para ensayar, fundir y laminar el metal. Hay tres prensas movidas a mano para cortarlo, laminarlo y acuñarlo. Varias mejoras mecánicas muy ingeniosas han sido introducidas por Mr. Miers para economizar trabajo ⁸. El resultado es una acuñación nacional muy nítida y perfecta que refleja el mayor crédito sobre el científico director de los trabajos. Las piezas del frente del edificio donde se halla la Casa de Moneda están ocupadas por el Banco Nacional. Una cantidad enorme de papel ha sido emitida por este establecimiento. El crédito de este papel se descubre por la proporción en que está su valor efectivo con su valor nominal: éste es poco más de un cuarto.

Los cafés, en Buenos Aires, son lugares muy concurridos.

⁷ Donde hoy está el Banco de la Provincia de Buenos Aires. (N. DEL T.)

⁸ John Miers, que estuvo en Buenos Aires y en Chile, escribió el libro *Travels in Chile and La Plata*, etc., 2 vls. Londres, 1826. No ha sido traducido al castellano. (N. DEL T.)

Se reúne en ellos gran cantidad de público todas las noches a jugar a las cartas o al billar. En los juegos de cartas se pierden con frecuencia sumas enormes. Los locales son muy amplios y bien amueblados. Hay seis cafés que se consideran los principales y muchos otros de segundo orden, lo que contribuye a la falta —muy lamentable— de hábitos hogareños entre la población masculina.

El hotel principal es el de Faunch, situado a dos cuadas de la plaza, cerca de la Catedral. Ha sido edificado por Mr. Twaites, súbdito británico, a mucho costo, y tiene las comodidades que pueden encontrarse en un hotel inglés de segunda o tercera categoría. Los pisos, son, casi todos, de tabla, muchos de ellos alfombrados y casi todos los cuartos tienen chimeneas inglesas. Aquí se alojan —por lo menos en los primeros días— casi todos los viajeros que llegan del exterior. Hay muchas otras posadas y casas de huéspedes, al alcance del bolsillo de la gente de trabajo y personas de escaso caudal, pero al cabo de poco tiempo, el emigrante se procura un alojamiento privado.

El teatro está situado en un punto céntrico, a tres cuadas de la plaza; es un edificio bajo y feo pero casi del tamaño del teatro de Haymarket de Londres. Su interior es naturalmente muy distinto al de los teatros londinenses, porque tiene aspecto muy humilde y sucio. Las representaciones consisten en comedias españolas y en sainetes; también se representan óperas italianas con buenos actores. El decorado y los trajes son bastante malos; pero, con todo, el teatro es el sitio principal de diversión en Buenos Aires, tanto para los nativos como para los extranjeros. Las porteñas se lucen en su interior muy ventajosamente, y su natural elegancia, como sus maneras espontáneas, encuentran allí amplio marco para desplegarse, rodeadas como se ven y animadas por la atención obsequiosa de los *beaux* de uno y otro hemisferio.

En los suburbios de Buenos Aires hay dos mataderos. Llama la atención que, mientras en España, el sistema de sacrificar los novillos se señala por su humanidad, y ha sido recomendado como digno de imitación, el modo de matar el ganado que tienen los españoles y sus descendientes en Buenos Aires, sea

completamente distinto. Los españoles de España le clavan el cuchillo al animal entre las vértebras del cuello, de manera que dividen el espinazo con científica precisión y la víctima cae instantáneamente muerta, o al parecer ajena a todo sufrimiento. En Buenos Aires se ponen las bestias en grandes corrales y son sacadas de ahí, arreándolas, una a una, según se hace necesario, y una vez enlazadas y en seguridad se les desjarreta y caen al suelo bramando; entonces las degüellan; luego les sacan el cuero y las descuartizan con hachas en tres masas longitudinales; la cabeza, el hígado y los desechos, mezclados al barro y al polvo del suelo, quedan para las pjaras de cerdos y las bandadas de aves que están siempre a la espera del banquete. A través de todo este espectáculo, la natural brutalidad de las clases bajas para con los animales se exhibe en forma bastante desagradable; la pobre bestia es torturada y arrastrada de un rincón al otro del matadero por espacio de cinco o diez minutos, antes de que el cuchillo ponga fin a sus padecimientos. La lucha frenética y los mugidos del animal, diríase que deleitan a los peones.

La provisión de aguas se efectúa mediante carros en los que se lleva desde el río y se vende al menudeo, a medio real, el barril de cuatro galones. Estos carros consisten simplemente en una pipa o tonel colocado sobre un par de ruedas grandes. El agua se saca de los toneles en barrilitos para llevarla al interior de las casas.

Antes de mi salida de Buenos Aires, habían sido formulados varios proyectos para suministrar agua a la ciudad por medio de un pozo público, pero no creo que esto se lleve a efecto. En el capítulo anterior he dado cuenta de un intento malogrado para procurarse agua buena, aunque el taladro se llevó a una profundidad de cincuenta y ocho yardas; pero, de encontrarse agua potable, serían indispensables poderosas máquinas a vapor para levantarla en cantidad suficiente y el costo de ellas, agregado a la colocación de cañerías y su conservación, sería superior a lo que puede esperarse de las finanzas actuales del país.

El lavado de la ropa lo efectúan las esclavas de cada familia, que se reúnen al efecto en gran número a orillas del río. El

método del lavado es muy simple. Usan jabón y refriegan la ropa contra una tabla o piedra lisa, y esto gasta más la ropa que los golpes acostumbrados en el sistema francés de lavado. Hay también lavanderas públicas que emplean esclavas en ese trabajo, pero lo más seguro es hacer lavar la ropa por las esclavas de la casa de familia donde uno se aloja; puede así saberse el día en que se tendrá la ropa lista y si alguna pieza se pierde, queda alguna posibilidad de encontrarla. El precio es de seis pesos mensuales por persona, pero, las mejores lavanderas, cobran nueve pesos y muchas de ellas se quedan con lo que pueden y guardan la ropa cuanto tiempo se les antoja.

Todos los extranjeros advierten la falta de un paseo público y esto no deja de sorprender en una ciudad de clima tan favorable para las diversiones y ejercicios al aire libre. Las señoras, tan gallardas en su porte y en su manera de andar, no tienen donde desplegar ventajosamente sus gracias naturales. La *Alameda* actual es un mezquino paseo sobre la ribera con unos pocos árboles achaparrados y asientos de ladrillo en uno de sus lados; en el otro se suceden cantidad de pulperías de donde salen marineros ebrios para molestar a los paseantes. La fetidez de los peces muertos y de las osamentas de los caballos que quedan sobre la arena de las calles, se hace, a veces, intolerable. La *Alameda* es muy poco concurrida, a excepción de los domingos, y, asimismo, no por mucho público. Forma un triste contraste con *El Prado* de Madrid, donde he visto la misma raza de hermosas mujeres exhibir en un ambiente adecuado sus atractivos.

Las diversiones en Buenos Aires son muy escasas; los hombres, cuando han dormido la siesta (un sueño de dos o tres horas después de comer), fuman sus cigarros y van a los cafés donde juegan a las cartas o al billar, o dan una vuelta por el teatro. No practican ejercicios atléticos ni son aficionados a la caza. Esta última se practica, sobre todo, por los extranjeros. Las señoras, después de dormir la siesta, hacen sus visitas con muy poca etiqueta y pasan la tarde en pequeñas tertulias de animada conversación donde reciben los homenajes de todos los galanes que pueden introducirse en aquellos círculos; pero un joven, a menos que esté muy enamorado, raramente dedica

en tiempo a las tertulias. Los jóvenes ingleses y otros extranjeros considerados más galantes— estiman en realidad que las vivaces porteñas —*dulce ridentem, dulce loquentem*— constituyen el *summum bonum* de la sociedad de Buenos Aires. A veces alguna señora se presta a ejecutar alguna pieza en el piano y de vez en cuando —aunque muy raramente— canta una canción. Con frecuencia también se baila en estas reuniones. Prevalecen los minuetos y la contradanza española en que se muestran con mucha soltura y gracia los movimientos de las porteñas. La *cuadrilla* se ha introducido últimamente y todavía no es muy común.

El calor hace que el baño constituya un recreo muy preferido, y cientos de personas de ambos sexos se dirigen al río en las tardes de verano; pero el río es tan poco profundo que, después de avanzar trabajosamente en el agua por varios cientos de yardas, el baño apenas si alcanza por encima de la rodilla. La natación es, por consiguiente, casi desconocida y la diversión se reduce a echarse en el agua y revolcarse como en el *tub*. Las mujeres de la mejor clase se bañan con vestidos sueltos bajo los cuales —antes de entrar en el agua— se despojan de sus trajes de calle, que dejan a cargo de una esclava; pero las gentes pobres no siempre se cubren en estos baños, y tanto las personas de esta clase, como los jóvenes de ambos sexos, en general se bañan *nudo corpore* y chapotean en el agua como otras tantas Venus de bronce con sus correspondientes Cupidos. Puede imaginarse naturalmente que entre un concurso semejante de mujeres deportivas y desvestidas quien contempla aquello, recuerda con frecuencia el verso de Homero:

Las carreras de caballos constituyen diversión favorita entre las clases bajas, pero forman triste contraste con el noble deporte conocido bajo ese mismo nombre en Inglaterra. En lo único que se le asemeja es en ser motivo de juego por dinero y los sudamericanos las fomentan exclusivamente por esta circunstancia. Los caballos son pobres animales flacos montados por muchachos de aspecto miserable sin montura⁹,

⁹ No advirtió el autor que las carreras cuadreras se corren en pelo

sin rebenque, sin espuelas. La distancia que corren rara vez excede a las cuatrocientas o quinientas yardas y el caballo es animado únicamente por los gritos y los talonazos del corredor. El peso comparativo de los corredores y el vigor de los caballos parece que no se tiene en cuenta para nada ni se presta gran atención a la carrera hasta que ha terminado; entonces el corredor encuentra siempre un motivo para no darse por satisfecho y la carrera se vuelve a correr ocho o diez veces hasta que todos quedan contentos ¹⁰.

PESOS Y MEDIDAS

El oro se compra por marcos y castellanos.

El marco equivale a 7 onzas 7 denarios 22 granos *troy-weight* ¹¹ inglés.

El castellano (la cincuentava parte de un marco): 71 granos ingleses.

La onza de oro es igual a 6 castellanos y un cuarto: 18 denarios 11.8 grs. ingleses.

La plata se compra por marcos y adarmes.

El marco es igual a 7 onzas 2 denarios, *troy-weight* inglés.

El adarme es la 128 parte de un marco: 26.62 granos ingleses.

La onza de plata es la octava parte de un marco: 17 denarios, 9 granos ingleses.

La ley tipo del oro es 21 quilates, esto es 21 en 24.

La ley tipo de la plata es 10 3/4 en 12; pero las monedas pequeñas (reales) contienen solamente 9 3/4 partes de fino en 12.

Los pesos pesados son:

La libra.

porque el recado del país es muy pesado. Entonces como ahora... (N. DEL T.)

¹⁰ El autor debió de confundir las "partidas" con la carrera misma. (N. DEL T.)

¹¹ *Troy-weight*: Sistema inglés de pesos cuya unidad es la libra de 12 onzas. (N. DEL T.)

La arroba: 25 libras.

El quintal es igual a 4 arrobas: 103 libras inglesas *avoir-dupois*¹².

MEDIDAS DE LONGITUD

La vara es la medida básica de longitud en el país. Se divide en tres pies y el pie en 12 pulgadas y también, como entre nosotros, en cuartos cuyos cuartos se dividen en novenos o pulgadas. La vara es igual a 2.856 de un pie inglés, el cual es casi una vigésima parte o una pulgada y once duodécimos menos que la yarda inglesa.

La legua de Buenos Aires es = 6.000 varas.

La legua marina es = 6.411 varas.

MEDIDAS AGRARIAS

Una cuadra¹³ es un cuadrado de 150 varas por cada lado que es casi igual a 4 acres ingleses.

Una manzana es un cuadrado de 140 varas por cada lado. Esta es la medida de los bloques cuadrados de casas en la ciudad en los que se toman 10 varas a lo largo y diez a lo ancho de la cuadra, para dar el ancho a las calles.

La cuadra (cuadrada) = 22.500 varas cuadradas.

Suerte de chacra = 16 cuadras (cuadradas).

Suerte de estancia = 1.728 cuadras (cuadradas) o sea 3/4 de legua cuadrada.

Legua cuadrada = 2.304 cuadras (cuadradas).

MEDIDAS DE ÁRIDOS

La base de estas medidas es la fanega que contiene 8.528.45 pulgadas cúbicas inglesas o cerca de cuatro *bushels* ingleses. La fanega se subdivide en cuatro cuartillos y también en doce almudes.

¹² Sistema de pesos vigente en Inglaterra y los EE.UU. cuya unidad es la libra de 16 onzas. (N. DEL T.)

¹³ Cuadra cuadrada. (N. DEL T.)

MEDIDAS DE LÍQUIDOS

El *frasco* contiene 38.5 pulgadas cúbicas inglesas y es casi igual a una pinta de vino inglesa y un séptimo de una pinta. Se divide en medio, cuarto y octavo de un frasco.

El barril contiene 1.232 pulgadas cúbicas inglesas, no llega a la capacidad de un *keg* (barrilito) inglés de cuatro y medio galones.

Una pipa contiene seis barriles.

Una arroba es la medida por la cual se vende generalmente el vino; la arroba mayor contiene cincuenta y dos frascos, la arroba menor cuarenta y un frascos.

Los pesos y medidas mencionadas varían según las diferentes provincias; hay también varias medidas para leña, maderas, obras de albañilería y de carpintería, pero son tan arbitrarias y variables que no vale la pena describirlas.

MONEDA DEL PAÍS

La onza (doblón u onza de oro) = 17 pesetas españolas.

Una peseta española = un peso español y un cuarto.

El real = la octava parte de un peso.

Todas las monedas mencionadas son divisibles en medios y cuartos.

Son también de uso corriente ciertos fragmentos de pesos (*plata macuquina*) cortados en cuartos y en octavos. Estos tienen el valor impreso pero los dibujos están generalmente tan gastados que se hace difícil descubrirlo.

Una moneda de cobre llamada décimo fabricada por Bolton and Watt y parecida a nuestros *farthings* ¹⁴ ha sido emitida como décimos de real. Desde que empezó la actual guerra y el bloqueo, han sido reacuñadas en Buenos Aires monedas de cinco décimos o medios reales, iguales a los tres peniques ingleses.

El Banco de Buenos Aires ha emitido papel moneda corrien-

¹⁴ Ardites o cuartos de peniques. (N. DEL T.)

to que va en aumento cada día para responder a los numerosos pedidos de la hacienda pública. La tabla siguiente mostraba el gran *premium* que alcanzaba el metálico:

Onzas	60 pesos	
Pesetas españolas	200 por ciento	<i>premium</i>
Cuartos de pesos	180 por ciento	„
Pesos nacionales	190 por ciento	„
Plata recortada sellada	170 por ciento	„

El peso papel en el cambio con Inglaterra, equivale solamente al chelín y 3 peniques y a veces se ha vendido por 1 chelín, 1 penique. El precio de todas las mercaderías ha subido en proporción a la reducción en el valor de la moneda y aunque esto no se siente por aquellos pocos que reciben sus giros por letras sobre Inglaterra, la mayoría de los habitantes cambiaron su metálico por papel con un descuento insignificante al comenzar este estado de cosas, y otros que reciben sueldos y el pago de viejas deudas en este dinero en circulación, se quejan seriamente de la situación en que se encuentran.

Se abren cuentas por pesos, reales y décimos. El peso plata de Buenos Aires vale cuatro chelines ingleses. El peso papel, como se ha dicho ya, vale ahora poco más de un chelín.

Entre Ríos. — Esta provincia está situada entre los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, y limita por el norte con la provincia de Corrientes. Es una de las más agradables provincias y posee varias ventajas peculiares. Encerrada por los dos grandes ríos, las embarcaciones pueden llegar a ella en casi todas sus costas y del mismo modo se halla naturalmente defendida de los ataques de los indios. Se halla también abundantemente regada por numerosos arroyos y las pingües cosechas obtenidas por el trabajo agrícola de los colonos ingleses, constituye prueba evidente de la fertilidad de su suelo. Sus pastos ofrecen rico invernadero para el ganado, que en otro tiempo vagaba en estado salvaje por esta provincia, en incon-

tables tropas; pero las diversas guerras y revoluciones que han tenido lugar en el país, y los estragos causados entre estos animales, han acabado casi por completo con ellos. También esta provincia es muy boscosa, pero, en general, los árboles son pequeños y la madera es útil solamente como combustible y para obras menores de carpintería.

Hay dos villas en la provincia y a cada una se la honra con el nombre de *ciudad*. Una es La Baiada ¹⁵ frente a Santa Fe, sobre el río Paraná; la otra la villa del Arroyo de la China ¹⁶ sobre el río Uruguay, y en la parte sur de la provincia, más cerca de Buenos Aires, hay otras dos villas, todavía más pequeñas, llamadas Gualeguay y Gualeguaychú. Hacia el norte de estas últimas villas, el suelo es más alto y el clima vivificante y delicioso.

Los venados y los avestruces abundan en la provincia y cantidad de pájaros de hermosísimo plumaje y de canto muy vivo, vuelan de continuo y dan a la tierra un atractivo mayor.

Corrientes. — Está situada al norte de Entre Ríos y forma la continuación de esa provincia ¹⁷ entre los ríos Paraná y Uruguay; por el norte limita con la provincia del Paraguay. De los nativos de esta provincia, que al parecer tienen pocas necesidades, se dice que son de carácter indolente; pero no hay duda de que la mayoría de las producciones de Europa y muchas que son propias de los climas tropicales, se darían aquí con facilidad porque el suelo es muy fértil y bien regado por numerosos arroyos que desaguan en los dos grandes ríos que forman los límites este, oeste y norte de esta provincia. A la parte norte de esta provincia hay un lago muy extenso pero de poca profundidad, llamado Laguna Iberá. Está formada por el desagüe de los campos circundantes y ella misma termina por desaguar en el río Paraná. El azúcar, el tabaco y el algodón se producen aquí en pequeñas cantidades para

¹⁵ Actual ciudad de Paraná, conocida entonces por "La Bajada", y también con los nombres de "Rosario de Paraná", "La Capilla" y "Villa del Rosario", porque el origen de la ciudad fué una capilla consagrada a la Virgen del Rosario. (N. DEL T.)

¹⁶ Actual ciudad de Concepción del Uruguay. (N. DEL T.)

¹⁷ De la que está separada también por límites fluviales. (N. DEL T.)

el consumo de la población. La ciudad de Corrientes está situada en la costa del Paraná, cerca de su reunión con el río Paraguay, y de esta manera tiene comunicación directa con Buenos Aires y Paraguay.

Paraguay. — Ha sido sustraído durante años a las investigaciones de los viajeros por la singular política de su actual gobernante el Doctor Francia, quien, desde el momento en que se produjo la independencia con respecto a España, adquirió una ascendencia tal sobre el débil entendimiento de sus habitantes, como rara vez ha sido igualado en épocas de la más crasa superstición. Ha prohibido todo tráfico con las naciones extranjeras y aun con las provincias vecinas y no permite que nadie salga del territorio, una vez que ha entrado en él. La vigilante policía establecida por él, le habilita para hacer cumplir esas medidas y tiene bajo su mando un ejército bastante grande como para rechazar cualquier invasión de sus vecinos.

Entre los que han sido detenidos en esta nueva China, se cuenta Bonpland, el botánico compañero de Humboldt, quien entró al país con el objeto de proseguir sus investigaciones sobre historia natural. Algunos ingleses fueron también detenidos por orden suya, varios años atrás, pero como consecuencia de ciertas gestiones de representantes ingleses en Buenos Aires fueron dejados en libertad para salir y algunos de ellos viven ahora en esta última ciudad. Uno de estos ingleses me contó ciertas excentricidades de este Doctor Francia: entre otras, que cuando se resuelve a cruzar la ciudad de Asunción, su capital, expide una orden para que todos los habitantes se mantengan encerrados en sus casas, orden que es estrictamente obedecida. Los productos vegetales del Paraguay han sido ya mencionados y son de primer orden. Toda clase de maderas de construcción pueden encontrarse en este territorio y la renombrada yerba mate se produce en gran abundancia ¹⁸.

¹⁸ Este libro se imprimió en 1828. Ya en 1826 (octubre 20), Lord Ponsomby, ministro inglés en Buenos Aires, decía a Carning: "Es probable que el Paraguay se abriría al mercado británico si el Gobierno de Su Majestad se interesara mucho en esa medida, pero, de no ser así, es seguro que la presente política extraordinaria de su gobierno cesaría con la vida

Santa Fe. — Es una ciudad situada en la orilla oeste del río Paraná, a unas cien leguas de Buenos Aires. La provincia (de la que Santa Fe es capital) limita al este con el mencionado río, al sur con Buenos Aires, al oeste con Córdoba y al norte con territorio de los indios. La población es muy escasa, pero el suelo fértil y contiene grandes manadas de vicuñas¹⁹ y caballos cuyos cueros se llevan a Buenos Aires.

Córdoba. — Es la primera ciudad a la que llega el viajero que va por el camino del oeste, al Perú. Está rodeada por cerros y tiene bosques muy ricos en sus inmediaciones. En esta ciudad estuvieron detenidos algunos prisioneros ingleses en 1806, quienes hablan en términos muy halagüeños de la bondad de sus habitantes. Ellos (los prisioneros) a su vez, les dejaron muchos conocimientos y el aprendizaje práctico del trabajo agrícola, que hasta entonces eran extraños en la región; y en consecuencia, en este pueblo puede observarse una mayor inclinación a la agricultura que en la mayoría de las otras provincias. El trigo y el maíz se cultivan con buenos resultados; también se obtiene soda y la mejor cal, y las mujeres tejen paños de calidad rústica. Asimismo se cría mucho ganado, particularmente mulas, con destino a las ferias del Perú. En 1804 se hizo un intento —repetido en 1810— para convertir el río Tercero, que pasa cerca de Córdoba, en río navegable desde su desembocadura en el Paraná; pero el comercio del país es tan pobre, el trabajo tan caro y el transporte por tierra tan fácil y barato, que el dar profundidad a los ríos de Sud-América, no es una especulación deseable para la presente generación.

Mendoza. — Está situada al pie de los Andes en el camino de Chile a distancia de trescientas cuatro leguas de Buenos Aires. Esta ciudad es reputada por tener quince mil almas y hay un número superior a estos habitantes en los otros pueblos y lugares de la provincia. Hay en esta provincia una industria más desarrollada que la común en las provincias vecinas; los

de su amo actual, Don Francia, un hombre anciano". *Gran Bretaña y la Independencia de la América Latina*, etc. Documentos compilados por G. K. Webster, tomo I, pág. 221, Buenos Aires, 1944. (N. DEL T.)

¹⁹ ¿Venados? (N. DEL T.)

habitantes cultivan trigo y maíz en cantidad superior a sus necesidades; también cultivan la viña con buenos resultados y sus vinos y aguardientes y frutas secas son muy solicitados en Buenos Aires, Santa Fe, Paraguay y hasta en Brasil. Una persona acostumbrada a los mejores vinos de Europa, no se sentiría satisfecha con los de Mendoza; los encontrará muy dulces; diríase que no han llevado el vino al punto suficiente de fermentación y que no son lo bastante cuidadosos en hacer a un lado la fruta en mal estado y los tallos, pero con la ayuda de fabricantes experimentados de Europa, es evidente que el buen vino habrá de hacerse en estas provincias como en cualquier parte del mundo.

San Luis. — Debe ser atravesada por el viajero en el camino de Buenos Aires a Mendoza y Chile. Limita por el este con las provincias de Buenos Aires y Santa Fe (Córdoba); por el norte con Córdoba, por el oeste con Mendoza y por el sur con las vastas llanuras de la Pampa ocupadas por los indios. La extensión de esta provincia se calcula en cien leguas de sur a norte y cincuenta o sesenta de este a oeste, pero su población total no excede de veinte mil almas, y la ciudad capital no pasa de mil quinientas; sin embargo tiene un suelo uniformemente productivo y un clima verdaderamente agradable. Sus habitantes son muy indolentes y sólo se ocupan de sus ganados y rebaños.

San Juan. — Está situada al norte de Mendoza ²⁰; su población es de unos quince mil habitantes y hay otros tantos en el resto de la provincia. Tiene de cien a ciento veinte leguas de sur a norte y más o menos la misma distancia de este a oeste, extendiéndose como Mendoza hasta el pie de los Andes. Es una comarca muy saludable y productiva: produce trigo, maíz y aceitunas en abundancia; las costumbres y el comercio de sus habitantes son muy similares a los de Mendoza. En el libro del señor Núñez se habla mucho de las minas de esta región; pero los relatos del capitán Head ²¹ y del Sr. Miers

²⁰ El texto dice por error, "al sur". (N. DEL T.)

²¹ Francisco Bond Head, autor del libro *Rough Notes taken during some rapid journeys across the Pampas and among the Andes*. Londres, 1826.

(con observaciones personales), prueban que las aseveraciones del señor Núñez a propósito de minas no son dignas de crédito.

La Rioja. — Está situada al norte de San Juan y al pie de los Andes. Tiene unas ciento cuarenta leguas de largo y otras tantas de ancho. La población de la ciudad no excede de tres mil habitantes y la de toda la provincia es de quince a veinte mil. Como en Mendoza y en San Juan, se cultiva en La Rioja la viña, el trigo y el maíz y se fabrica vino apenas para el consumo de la población. Las minas de Famatina de esta provincia, son encarecidas y alabadas en el libro del señor Núñez como iguales a las de Potosí, y muchos ingleses confiados han pagado caro por creer en estas afirmaciones. Los habitantes de La Rioja encuentran una mina más productiva para ellos en la fertilidad de sus praderas y en la cría de ganado.

Catamarca. — Es una región del país que se extiende unas cien leguas de sur a norte y otras tantas de este a oeste. Está situada cerca de las primeras estribaciones de los Andes en latitud 28° y limita al norte y al este con Tucumán y Salta, con los Andes al oeste, y al sur con La Rioja; es notable sobre todo por su extenso y fértil valle. La ciudad parece tener unos cuatro mil quinientos habitantes y todo el territorio treinta y cinco mil. Poco es lo que se hace allí como no sea atender al cuidado de las manadas de yeguas, las tropas de vacas, mulas, ovejas y la caza de la vicuña. Pero ha sido cultivado el algodón en menor escala, con buen resultado, y los indios e indias tejen lo bastante como para proveer a los habitantes de la provincia.

Santiago del Estero. — Es una ciudad de pocos habitantes, pero se supone que la provincia tiene unos cincuenta mil. Muchos de los habitantes se dedican con buen resultado a la agricultura y fructifican en su suelo toda especie de granos. Los nativos son indolentes en el hogar doméstico, pero en la estación de las cosechas, de ochocientos a mil de ellos, emigran a las provincias del sur, y trabajan como segadores. Una vez terminada la faena, vuelven a sus hogares con el producto de

Traducido al español por el Dr. Carlos A. Aldao con el nombre de *Las Pampas y los Andes*. Buenos Aires, 1920. (N. DEL T.)

su trabajo. Esta provincia exporta miel, cera y salitre. También ponchos rústicos de lana tejidos por indios civilizados. En el norte de esta provincia, fué descubierta una mina de hierro pero parece que no se la ha trabajado ni sacado ningún provecho de ella.

Tucumán. — Tiene su asiento al noroeste de Santiago y está en latitud de 27°. La población es de unos diez mil habitantes y en toda la provincia se calculan cuarenta mil. Se extiende por unas cincuenta leguas de norte a sur y unas cincuenta de este a oeste. En esta ciudad, las Provincias Unidas reunidas en Congreso General, se declararon independientes de derecho, pero habían sido independientes de hecho desde el 25 de Mayo de 1810. Esta provincia produce arroz de Castilla, trigo, maíz, maní, tabaco, que se exportan en cantidad y también excelentes naranjas, sandías, melones, cebollas y batatas; éstas últimas, llamadas camotes, se dan de un tamaño tal, que, según el señor Núñez, no es extraordinario que pesen siete libras. Hay allí tenerías, molinos y manufacturas de algodón rústico y de ropas de lana. Hacia el oeste de la ciudad hay una montaña cubierta de nieves perpetuas; de esta montaña bajan diez y seis arroyos que, uniéndose, forman la fuente del río Santiago. La ciudad está rodeada por grandes bosques en donde se encuentra gran variedad de árboles, algunos muy altos y de enorme volumen. Se mencionan no menos de cincuenta y tres clases de madera dura de construcción, semejantes a las del Brasil. Pueden encontrarse allí naranjas dulces y amargas en abundancia. Los habitantes fabrican carros y ruedas de carros que exportan a Buenos Aires y a ciudades de otras provincias.

Salta. — Está situada al norte de Tucumán. La población de la ciudad se estima en ocho mil habitantes y la población total de la provincia en unos cuarenta mil. Los campos más férciles pueden encontrarse en esta provincia. Maderas de toda calidad, azufre, alumbre, y sulfato se encuentran también; se habla asimismo de muestras de estaño y azogue. “Se encuentran aquí (dice el Sr. Núñez) productos naturales de todas clases, como el oro y la plata, en abundancia”. Aunque no dice precisamente dónde puede encontrarse esa abundancia.

Ciertamente que no es en los bolsillos de los habitantes, porque viven agobiados por la pobreza. En Buenos Aires se formó una compañía para mejorar las condiciones de este río [sic] y proveerlo de buques a vapor, pero la tal sociedad, según creo, siguió la suerte de todas las compañías o sociedades en este país de desengaños.

Jujuy. — Es la ciudad que, siguiendo hacia el norte, se encuentra más próxima. Tiene una extensión de setenta a ochenta leguas de norte y treinta y cinco a cuarenta de este a oeste. Está limitada al noroeste por Potosí, al sur por Salta, al norte y este por Charcas y Orán. Los habitantes se ocupan en criar mulas destinadas al Perú, así como también yeguas, vicuñas y ovejas. Asimismo son grandes acarreadores entre Perú y Buenos Aires. Todos los productos de las provincias ya mencionadas, se encuentran aquí y el suelo y el clima son muy favorables para el cultivo del algodón y el añil porque hay buen regadío. En esta provincia como en otras de las del norte, hay muchos indios civilizados y estos tejen ponchos de diversas clases, algunos altamente estimados y que son en verdad muy hermosos.

El Alto Perú es un gran territorio que comienza donde termina el distrito de Jujuy. Aquí los españoles mantuvieron el último dominio de sus posesiones americanas durante quince años después que las provincias del sur se hallaban libres. El territorio del Alto Perú se cuenta entre las Provincias de la Unión de la Plata [sic] porque estaba incluido en el Virreinato de Buenos Aires bajo el gobierno español. No tiene sin embargo, ninguna dependencia natural con las Provincias del Río de la Plata, de las cuales está muy lejos, y al parecer no subsiste ningún vínculo estrecho entre ellas. Esta región se divide en cuatro distritos: Potosí, Cochabamba, Charcas y La Paz.

Potosí. Esta ciudad se asienta al pie del cerro del mismo nombre a veinticinco leguas de la ciudad de Charcas, y en medio de una región muy estéril. El cerro es en su mayor parte de roca arenosa y se supone que tiene dos leguas de

alto [sic]. La famosa mina en este cerro²², fué descubierta por un indio que, corriendo detrás de algunas ovejas, por el cerro arriba, se tomó de un arbusto llamado *Ycho* y, arrancándolo de raíz, descubrió debajo, una mole de plata. Pronto se descubrieron otras vetas y fueron abiertos no menos de cinco mil pozos de minas, todos los cuales han sido abandonados, a excepción de noventa y siete que se continúan trabajando de tiempo en tiempo. Según un cuadro oficial publicado, parece que los reales impuestos del quinto y diezmo desde el 1º de enero de 1556 al 31 de diciembre de 1800, ascendieron a no menos que a 157, 931, 123 pesos y un real; subiendo a más de 823, 950, 508 pesos con siete reales lo producido. La mina está ahora muy agotada.

Cochabamba es un distrito situado al norte de Potosí. Su extensión es más o menos de ciento treinta leguas de noroeste a sureste y tiene unas cuarenta leguas de ancho. Se dice que tiene cien mil habitantes y que dispone de un clima suave y saludable y de un suelo fecundo con casi todas las variedades de los reinos animal, vegetal y mineral.

Charcas, llamada también La Plata, es considerada como provincia de mucha importancia, situada al oeste de Cochabamba, y se distingue por tener una Universidad y un conjunto de vecinos ilustrados.

La Paz es una hondonada próxima a las estribaciones de los Andes y es la más septentrional de "Las Provincias Unidas del Río de la Plata".

Con relación a la población calculada a estas ciudades y provincias, debo decir que han sido tomadas del libro del señor Núñez, porque el señor Núñez es una especie de autoridad oficial en materia de estadísticas, pero no se crea por ello que considero el libro autorizado. En verdad, no hay datos suficientes en que fundar un cálculo razonable del monto de la población en estas provincias. Lo incierto de esta cuestión aparece en la obra del señor Miers, quien dice que "la pobla-

²² Beaumont lo llama *montaña*. En cuanto a su altura, quizás se refiera a la altura sobre el nivel del mar, exagerando asimismo y mucho, porque no llega a cinco mil metros. (N. DEL T.)

ción de las provincias de la Unión Federal Argentina ha sido grandemente exagerada". El censo de 1815, de acuerdo con un informe oficial de las siguientes provincias, está expuesto de esta manera:

Buenos Aires	250.000
Mendoza	38.000
San Juan	34.000
San Luis	16.000
Córdoba	100.000

Un viajero ha dado últimamente el siguiente cómputo:

	<i>Ciudad</i>	<i>Provincia</i>	<i>Total</i>
Buenos Aires	60.000	80.000	140.000
Mendoza	20.000	30.000	50.000
San Juan			20.000
San Luis			20.000
Córdoba	14.000	30.000	44.000

Pero, según la mejor información que he podido obtener, creo que el siguiente cuadro está más cerca de la verdad:

	<i>Ciudad</i>	<i>Provincia</i>	<i>Total</i>
Buenos Aires	45.000	40.000	85.000
Mendoza	12.000	8.000	20.000
San Juan	8.000	6.000	14.000
San Luis	2.500	8.000	10.500
Córdoba	10.000	12.000	22.000

CAPÍTULO V

Índole del Gobierno de Buenos Aires. — Falta de dinero y de hombres. — Empréstitos y Emigrantes. — Decretos del gobierno para fomento de la Emigración. — Promesas de ayuda a los emigrantes y de indemnización a quienes ayudaren a otros con el mismo propósito. — El gobierno invita a Mr. Barber Beaumont, de Londres, a tomar medidas en favor de la emigración. — Privilegios ofrecidos a los pobladores. — El establecimiento de San Pedro. — La *Río de la Plata Agricultural Association*. — El establecimiento de Entre Ríos. — Intrigas para detener a los emigrantes en Buenos Aires. — Recursos empleados para inducirlos a entrar en la armada del país o en el ejército. — Obstáculos opuestos a su buen éxito. — Prohibición de trabajar sus tierras. — Mal empleo de sus provisiones y fondos. — Les son arrebatadas sus herramientas e instrumentos de trabajo. — Son compelidos a volver a Buenos Aires. — Se les despoja de los restos de su propiedad. — Fraude en el asunto de las minas. — Compañías por acciones.

COMO EN LOS CAPÍTULOs precedentes he hecho ya una descripción del país y de sus habitantes, en este puedo ahora ocuparme de la índole de su gobierno. El asunto, por desdicha, es escabroso y desagradable; pero a los europeos ha de interesarles esencialmente porque las invitaciones y promesas del gobierno a los capitalistas de aquí, y a los emigrantes, han sido en extremo halagüeñas. Sin embargo (a menos que haya seguridad de que las proposiciones se basen realmente en principios de verdad y buena fe), quienes confíen en ellas y obren según ellas, quedan expuestos a sufrir una cruel desilusión.

Hombres y dinero son las necesidades confesadas por el gobierno de Buenos Aires. El empréstito contratado en Londres en 1824, dió a este gobierno una ayuda muy amplia. El principal objeto de este empréstito, según se declaró, era la introducción de emigrantes de Europa en el Río de la Plata. Para llevar adelante la empresa de la emigración, llegaron a Londres los comisionados don Sebastián Lezica y don Félix Castro en 1824. Les siguieron inmediatamente don Bernardino Rivadavia, ministro ante la corte de Inglaterra, con su secretario Ignacio Núñez, y tanto los primeros como estos últimos se mostraron pródigos en promesas de ayuda a los emigrantes británicos.

En 1825, el Secretario (Núñez) editó en Londres un libro sobre *Estadísticas de las Provincias del Río de la Plata* en que están insertados los ofrecimientos del gobierno a los emigrantes y a los capitalistas que quieran proveer a los primeros de los medios necesarios para pasar a las Provincias Unidas con las siguientes razonables y aparentemente cándidas observaciones:

“Entre las razones estadísticas que van a verse, no se encontrará ni algo que pueda contribuir al adelantamiento de esta ciencia, ni algo que merezca incorporarse al catálogo de los monumentos de la magnificencia europea. Nada de esto: entre ellos no se hallará otra cosa que señales de un país nuevo, desnudo, donde falta mucho de lo que sobra en otros, *brazos y capitales*, pero con excelentes proporciones para un empleo productivo de estos dos grandes agentes. También esto es todo lo que se pretende de acuerdo con el más sólido interés del país de que se trata: este país no puede todavía merecer la reputación de magnífico, reputación que, cualquiera que sean sus ventajas reales o artificiales, es menester que espere a que le llegue el turno natural. Así, no hay que alucinarse: no en esto lo que se busca. Las Provincias del Río de la Plata no presentan un campo que lisonjee a los gozadores del mundo, ni hacen por ahora mucha falta: allí lo que interesa es los capitales, y la clase menos aventajada de la sociedad en otras partes, o más bien más necesitada: el artesano, el labrador, el mecánico, el hombre que trabaja con los brazos, son

las adquisiciones más valiosas que procura, con la confianza de poderles retribuir una vida cómoda y un lugar decente en la sociedad. A estos es que pueden interesar las cortas noticias que se publican: ellas y cuanto se sabe de aquel país, mandan la idea de que cualquier hombre de esta clase, con una moral sana, con buena disposición para el empleo de su industria, hallará allí ocupación luego que llegue, y al poco tiempo medios de gozar de una existencia independiente. Un territorio inmenso, virgen y fértil, con abundantes producciones en los tres reinos de la naturaleza, y con un temperamento benigno; es lo que se ofrece a los extranjeros que aspiren a salvarse de la mendicidad, entre habitantes libres y hospitalarios.”¹

Todo esto es tan plausible y aparentemente sincero como para preparar los ánimos a los decretos del gobierno que se dictaron con la siguiente advertencia:

“Con el fin de regularizar las operaciones de la comisión de emigración nombrada por decreto del 13 de abril de 1824, y de fijar las bases de los contratos y las condiciones con que han de ser recibidos, así como las ventajas a que deben tener derecho los colonos que sean conducidos con el objeto de establecerse en esta provincia; y después de oídas las informaciones de la misma comisión, el gobierno ha acordado el siguiente Reglamento:

(Los ocho primeros artículos se refieren meramente a la forma en que ha de componerse la Comisión de Emigración y pueden ser omitidos. Los deberes de la Comisión se fijan desde el artículo 9 en adelante.)

“Art. 9. Las operaciones de la Comisión serán las siguientes:

1º Proporcionar empleo o trabajo a los extranjeros que vengan al país sin destino, o que se hallen en él sin colocación, debiendo acreditar su origen y causas de su estado.

2º Hacer venir de Europa labradores y artesanos de toda clase.

¹ *Noticias históricas, políticas, etc., ya citado en el Cap. II. Se da el texto del original castellano. (N. DEL T.)*

3ª Introducir agricultores por contratos de arrendamiento con los propietarios y artistas del país, bajo un plan general de contrato que será acordado por la Comisión, y libre y espontáneamente convenido entre los trabajadores y los patrones que lo demanden.

4ª Hacer conocer a las clases industriosas de la Europa las ventajas que promete este país para los emigrados, y ofrecerles los servicios de la Comisión a su llegada a Buenos Aires.

Art. 10. La emigración será promovida por todos los medios que la Comisión encuentre preferibles, con tal que se guarde lo prescripto en el presente reglamento.

Art. 11. La Comisión deberá tener una casa cómoda para alojar a los emigrados, así que se desembarquen en este territorio, en la cual serán alimentados por el término de quince días, que señalará a cada emigrado para que pueda libremente buscar ocupación.

Art. 12. *Si el emigrado no encontrase ocupación dentro de dicho término, la Comisión se la proporcionará;* los gastos que ocasione cada uno, en los días de su alojamiento y mantenimiento de los fondos de la Comisión, se agregarán a la suma del empeño de cada uno.

Art. 13. Ocho días después del arribo de los emigrados, conducidos por convenio suyo a este país, *se abonará al Capitán o consignatario del buque, por vía de pasaje y todo gasto, la suma que hubiesen contratado, pero no pudiendo pasar en ningún caso de los cien pesos.* Se excepcionan de esta limitación los emigrados que vengan contratados por los Agentes de la Comisión.

Art. 14. Los gastos que se expresan en los tres artículos anteriores, serán satisfechos, seis meses después del contrato por los patrones con quienes los emigrados contraten sus servicios, a los cuales les serán reintegrados por un descuento, que sufrirán los emigrados de los salarios que ganen. Este descuento será moderado, y en pequeñas fracciones, según y en los términos que los emigrados concierten con sus patrones.

Art. 15. Los contratos que se celebren entre los emigrados y sus patrones, serán autorizados por la Comisión.

Art. 16. Los contratos que se celebren entre los emigrados serán por el término que se pacte entre los patrones y los emigrados; debiendo reglarse en el ajuste del salario por una tarifa que la Comisión hará formar por personas inteligentes e imparciales.

Art. 17. Estos salarios siempre se entenderá, sin estar incluido en ellos, el mantenimiento de los emigrados, que los patrones proveerán independientemente a satisfacción de la Comisión.

Art. 18. Si algún emigrado enfermase por causas que sobrevengan del contrato, el patrón quedará obligado a su asistencia, cargándole en la cuenta los gastos que hiciere, pero el contrato quedará sin efecto por falta de salud, mal tratamiento o trabajo excesivo, a juicio de la Comisión.

Art. 19. La Comisión queda especialmente encargada de ejercer el derecho de protección en las causas civiles de los emigrados.

Art. 20. Los emigrados quedan bajo la protección y garantía de las leyes del país; podrán adquirir y poseer bienes muebles e inmuebles de cualquier especie que fuere, contraer toda clase de vínculos, con la sola limitación de que estos goces por el tiempo de su empeño no perjudiquen los derechos de sus patrones.

Art. 21. Los emigrados quedan, durante sus contratos, libres de todo servicio militar y civil; los que quisieren aceptar alguno, será espontáneamente, declarándolo ante la Comisión, *en cuyo caso, el patrón a quien sirven, será reembolsado por el emigrado de la suma de su empeño.*

Art. 22. Los emigrados, conforme a la costumbre del país, no serán perturbados en la práctica de sus creencias religiosas, y quedan eximidos de todo derecho o contribución que no sea impuesta a la comunidad en general.

Art. 23. Los emigrados que hubiesen llenado honestamente el tiempo de su empeño, serán bajo la protección de la Comisión preferidos en el arriendo de las tierras del Estado, las cuales las recibirán en enfiteusis bajo el canon que se establezca por la ley.

Art. 24. Estos terrenos serán designados a elección de los

emigrados y en proporción de las aptitudes y posibilidades de cada uno de ellos; pero ninguno podrá ser de menos tamaño que el de diez y seis cuadradas.

Art. 25. En el caso a que se contrae el artículo anterior, la Comisión podrá hacer de sus fondos a cada arrendatario un empréstito de trescientos pesos, de los cuales se reintegrará a plazos cómodos y bajo el interés del seis por ciento anual.

Art. 26. A los emigrados que de este modo se hicieren propietarios, se les concederá el derecho de posesión sobre el valor legal de las tierras, y el de propiedad sobre todas las mejoras que hiciesen en ellas; y ambos derechos serán negociables y transmitibles por ellos y sus sucesores. En caso que el gobierno acordare la enagenación de las expresadas tierras del Estado, el poseedor de ellas tendrá para su compra un derecho de preferencia sobre cualesquiera otro que se alegue.

Art. 27. La Comisión queda muy particularmente encargada de no admitir emigrados que hayan sido castigados por crímenes cometidos contra el buen orden de la sociedad.

Art. 28. Lo establecido por el presente reglamento en ningún tiempo embarazará a cualquier otra persona para introducir el número de emigrados que contrate por sus comisionados en Europa para sus servicios; los cuales podrán optar a las ventajas que por el presente se acuerdan, si desde su arribo a este puerto se sujetan a la intervención de la Comisión, conforme al reglamento.

Art. 29. Este reglamento será revisado cada año o antes, si la Comisión, de conformidad con el gobierno, lo juzgase conveniente, sin que las alteraciones que con este motivo se hicieren, perjudiquen los contratos ya hechos, o los que se pudiesen hacer en Europa, dentro de un término que se fijará al efecto.²

HERAS

MANUEL JOSÉ GARCÍA.

Buenos Aires, 19 de enero de 1825.

² El texto de este reglamento, traducido al inglés por Beaumont, ha sido tomado directamente para esta edición castellana, del ya citado libro de Núñez. También se encuentra en la *Recopilación de las Leyes y De-*

“*Nota.* Este reglamento está en práctica aun cuando parece que todavía no están nombrados los agentes en Europa: la Comisión se compone de más de veinte individuos, en la cual hay americanos, ingleses, alemanes, españoles y franceses; mas es conveniente advertir que, conforme a lo que prescribe el art. 13 de este reglamento, si bien cuando tales agentes no están nombrados, *puede cualquier individuo emigrar con la confianza de que la Comisión pagará su transporte así que llegue. Los capitanes de los buques mercantes que trafican para aquel país, parecen indicados para esta clase de especulación, pues por cada hombre que ellos induzcan a emigrar, recibirán hasta cien pesos.*”

Entre otras observaciones destinadas a los emigrantes, el secretario prosigue:

“Cualquiera de estos, trabaje en maderas, en metales, en pieles, en costuras, en edificios, etc., etc., etc., encuentra allí luego que llega ocupación para siempre; no se conoce un solo mendigo extranjero en Buenos Aires: le basta con no querer serlo. Sobre esto último debe fijarse también la vista en aquella parte del reglamento de emigración, antes copiado, que asigna a la comisión establecida en aquel país para proteger a los emigrantes, el deber de proporcionar a todos los extranjeros ocupación, siempre que en el término de quince días, cada uno no la haya obtenido por sí mismo, en razón de dificultades en el idioma o por cualquier otro motivo. Esta es una garantía poderosa que completa la seguridad que aquel país ofrece a toda clase de trabajadores, hace conocer el espíritu que reina en favor de ellos, y sobre todo la posibilidad de dar ocupación a cuantos se presenten. Los extranjeros que tengan capacidad para emprender especulaciones más en grande, sean físicas o morales, de cualquier género, no necesitarán probablemente, sino hacerse cargo del campo incom-

cretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta el fin de diciembre de 1835. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836; Segunda Parte, pág. 650. (N. DEL T.)

pleto, pero sin embargo vasto que ofrecen las noticias anteriormente redactadas: para ellos son excusadas más explanaciones que los hechos; y cuando a estas se agrega una seguridad efectiva en el libre ejercicio de todas sus facultades individuales, en la inviolabilidad de la propiedad, esté en paz o en guerra su patria natal con el país que adoptan; cuando todo esto se presenta, no es fácil que se equivoque en sus cálculos el que sabe reflexionar.

Esto se escribe con la mejor intención respecto de todas las partes a quienes estas noticias pueden interesar; no hay el menor interés en seducir y aun cuando lo hubiera se conoce bien que esto sería promover mayormente el mal de las Provincias Unidas. Se escribe con conocimientos positivos del estado y de los principios de aquel país. Nadie debe dudarlo".³

Mucho más se dice en esta publicación en el sentido de la seguridad, de las promesas, de la persuasión; y como la obra ha sido publicada en español y francés, así como en inglés, y ampliamente difundida en Francia y Alemania, se calcula que ha de producir considerable efecto.

Previamente a esta publicación, sin embargo, se habían tomado medidas muy activas por el gobierno para conseguir emigrantes de Gran Bretaña y Alemania, medidas acompañadas por las seguridades más positivas de pago de todos los adelantos que pudieran haberse hecho para ponerlos en condiciones de emigrar, por personas bien dispuestas en sus propios países. Mr. Barber Beaumont, de Londres, que se había interesado por la causa de la independencia de la América del Sur, como también en promover la emigración entre los desocupados pobres de Gran Bretaña, recibió una petición y al mismo tiempo una autorización del gobierno de las Provincias Unidas, para enviar y dirigir emigración desde Gran Bretaña a las orillas del Plata, por cuenta del gobierno, todo acompañado por ofrecimientos de ayuda a los emigrantes y de indemnización a quienes los dirigía. El documento siguién-

³ NÚÑEZ, *ob. cit.*

te, es copia de una carta dirigida a él por el primer ministro de la República, a ese propósito:

*“Buenos Aires, 13 de diciembre de 1822.”*⁴

El ministro del interior y negocios extranjeros del Estado de Buenos Aires, tiene el agrado de dirigirse a Mr. J. B. Beaumont Esq. de Londres, para acusarle recibo de su apreciable comunicación, fechada el 25 de febrero del corriente año, la que trae su proposición sobre el establecimiento de colonias en este país.

Debo empezar por manifestarle que el principio sobre el cual se basa la propuesta de Mr. Beaumont: la enajenación a perpetuidad de la tierra pública, está en oposición con la ley que el gobierno y los representantes de este país han dictado sobre la tierra, con el objeto de aumentar sus rentas⁵. Dicha ley acuerda:

1º Ninguna tierra pública podrá ser enajenada, ni por donación ni por venta, durante el período de 32 años, pero podrá ser otorgada en arrendamiento con un alquiler de pesos sesenta anuales por legua cuadrada.

2º Al cabo de cada período de 8 años, los poderes públicos están autorizados por la misma ley, a aumentar la renta en proporción al valor relativo de las tierras.

3º Al final de los cuatro cánones, que comprende el período de 32 años, está autorizado el gobierno por la misma ley, a vender o enajenar en cualquier forma las tierras, teniendo preferencia los ocupantes.

Del corto extracto de la ley que el ministro somete a la consideración del señor Beaumont, es claro que se opone en efecto dar las tierras a perpetuidad a los colonizadores. Sin

⁴ Esta carta de Rivadavia a Beaumont, fué traducida por el Ing. Emilio R. Coni en su libro *La Verdad sobre la Enfiteusis de Rivadavia* (Buenos Aires, 1927), y dejo constancia de que me sirvo de esa traducción fiel, por hallarse incluida en una obra seria y porque la acompaña la sugestiva nota que el lector encontrará en el párrafo segundo. (N. DEL T.)

⁵ Este objeto de la ley de enfiteusis no parece coincidir con el que le han atribuido los georgistas. (NOTA DE EMILIO R. CONI.)

embargo, es satisfactorio al ministro comunicar al susodicho Mr. Beaumont que el gobierno ha establecido a favor de todas las familias inmigrantes de Europa, para establecerse en este país, una excepción a la regla por cuatro años, durante los cuales no están sujetos al pago de la renta, a cuya circunstancia el ministro agrega por su parte, que por ley especial y general sancionada este año, él ha suspendido todos los diezmos del Estado de Buenos Aires.

El ministro agrega también que el gobierno ha decidido asistir al inmigrante de acuerdo con el siguiente plan:

A cada matrimonio 200 pesos a su llegada.

A cada hombre soltero, 100 pesos en igual momento.

Estas sumas serán reembolsadas al Estado en seis anualidades, después del primer período de cuatro años, que la ley acuerda sin cargo de la renta a los inmigrantes que tomen tierra en arrendamiento.

El ministro cree que de acuerdo con las condiciones expresadas, podrá Mr. Beaumont acomodarse a los referidos principios, y por consiguiente mandar él o los comisionados encargados de seleccionar y examinar las tierras para las colonias.

Pero, si Mr. Beaumont puede encontrar otros medios que él crea poder adoptar, conformándose a las expresadas leyes, el ministro recibirá su comunicación en alto favor, la que será examinada, tratando de obtener el consentimiento del gobierno, estando convencido que es esta una cuestión que tiene íntima relación con la prosperidad de este país, el que recibirá este negocio con toda la atención posible.

El ministro comunica también a Mr. Beaumont, *que el gobierno vería con agrado que él se hiciese cargo de la inmigración a este país y que sería un servicio que el gobierno reconocería como el mayor que podría hacérsele y que compensaría su gratitud.* Con este fin el referido gobierno ha resuelto adelantar con una letra a la vista el gasto del pasaje a los inmigrantes, que deberán reembolsar con el producto de su trabajo o industria, una sexta parte por año, y él espera que Mr. Beaumont querrá tomar sobre sí el cumplimiento de este servicio.

El ministro notifica, además, que en esta fecha ha apode-

rado a Mr. Hullett, de Londres, a convenir en nombre de su gobierno, con Mr. Beaumont, para la suma que él deba pagar por el pasaje de los inmigrantes, de acuerdo con las prácticas establecidas en la navegación de Europa a estos países.

El ministro aprovecha la oportunidad de ofrecer a Mr. Beaumont los sentimientos de su particular consideración y estima.

BERNARDINO RIVADAVIA."

Aquí las promesas a los emigrantes son formales y amplias; la facultad para contratarlos y para actuar en nombre del gobierno, lata y directa; las seguridades de reembolso positivas; pero quedaba mucho por considerar y arreglar, antes que la emigración pudiera ser emprendida con perspectivas de buen éxito. Era evidente que, si se daban los doscientos pesos a cada matrimonio y cien pesos a cada hombre solo, a su llegada a Buenos Aires habrían de ser rodeados por criollos disolutos y por sus propios compatriotas (ingleses) residentes en la ciudad, que no les permitirían permanecer allí sin antes haberles sacado el dinero, o hubieran gastado éste último en la embriaguez u otros vicios; cuya inevitable consecuencia hubiera sido que, el capital adelantado a los emigrantes para establecerse como granjeros o artesanos independientes, se hubiera dispendiado, y ellos se habrían visto obligados a colocarse en Buenos Aires y permanecer atados a ese lugar hasta reintegrar el dinero adelantado y el precio del pasaje, todo lo cual no hubieran podido abonar quizás en toda su vida, atados al servicio, y contaminados por hábitos de pereza y prodigalidad. Esta contaminación, el despilfarro y la servidumbre, había que evitarlos. También era evidente la necesidad de evitar en lo posible que tocaran en la ciudad de Buenos Aires, y hacer que fueran alojados en seguida en sus respectivos repartimientos de tierra, que debían ser previamente preparados para su recepción; había que tratar de que, en lugar de poner grandes sumas de dinero en sus manos inexpertas, se les diera ese mismo valor en materiales de construcción, instrumentos de trabajo y mercancías necesarias para desempeñarse como granjeros y artesanos rurales; que fueran instalados en grupos no menores

de cien o doscientas personas cada uno, para la mejor asistencia mutua en caso necesario, dado que, establecidos separadamente, serían con frecuencia robados por los indios ladrones o víctimas de la malicia y los celos de los naturales; que, siendo necesario para la seguridad de las personas y de los bienes, un reglamento, una policía y algo como una agrupación armada, se proveyera de todo ello; que debían facilitarse a los emigrantes los estímulos necesarios para mantener y mejorar sus hábitos europeos, para reembolsar los adelantos efectuados en su beneficio y adquirir el rango debido como propietarios de tierras. Estas consideraciones son las que predominan en la correspondencia ulterior mantenida con el ministro, principalmente por intermedio de los agentes del gobierno de Buenos Aires en Londres, los señores Hullett.

En junio de 1824 llegó a Londres don Sebastián Lezica, y fué presentado al Sr. Barber Beaumont por los señores Hullett, como agente acreditado del gobierno. Este caballero (Lezica) exhibió sus credenciales que le conferían todos los poderes necesarios para concluir un contrato destinado a la conducción y sustentación de emigrantes a Buenos Aires. Muy pronto adoptó el señor Lezica cuanto le sugirió el señor Barber Beaumont para conveniencia de los emigrantes y le dió las más absolutas seguridades con respecto a la ayuda de su gobierno. Pero en medio de aquellas amplias declaraciones generales, manteníanse dos serias dificultades que debían ser allanadas. El gobierno había resuelto:

1º Que no se harían adelantos de dinero para la conducción de los emigrantes, hasta que estos hubieran llegado a Buenos Aires. 2º Que no se harían concesiones de tierras públicas por más de unos ocho años. Ambas cosas resultaban irrazonables. Era mucho exigir que alguien en este país adelantara las grandes sumas necesarias para la conducción de los emigrantes, aun cuando el gobierno de Buenos Aires con su crédito se comprometiera al reembolso de tales adelantos; y era igualmente injusto exigir de los emigrantes poblar en un desierto y construir cercos y edificar en él, y labrar un yermo infructuoso, expuestos a la expulsión una vez vencido el término de ocho años. Para remover, en parte, la primera de estas difi-

cultados, el señor Lezica trató de facilitar un barco con todo lo necesario para el traslado del primer grupo de colonos. Y a fin de obviar la segunda, el señor B. Beaumont propuso comprar un campo de buena situación en el país, para cuyo propósito puso en manos del señor Lezica una letra de crédito de un banquero por £5.000, y el señor Lezica trató de hacer efectivo tal propósito antes de la llegada de los emigrantes. El señor Barber Beaumont propuso también que se hicieran concesiones a perpetuidad a cada familia de emigrante, con la tasa de £1 de arrendamiento por cada heredad de cincuenta acres. Finalmente, el señor Barber Beaumont aceptó el contrato y proyecto del señor Lezica debidamente firmado y sellado en nombre de su gobierno "para reembolsar los gastos necesarios en que se incurra por la conducción de doscientas familias desde Inglaterra a Buenos Aires". El contrato aseguraba también algunas ventajas a los emigrantes.

El señor B. Beaumont había dispuesto no promover la formación de ninguna compañía por acciones con ese propósito, antes de hacer el experimento a su propio riesgo, y trató de no enviar sino un agente en el primer caso para hacer los preparativos, pero cedió ante las seguridades dadas por el señor Lezica, de que todos los preparativos serían hechos por el gobierno y de que no era posible que ocurriera contratiempo alguno, cedió también a las apremiantes solicitudes de no dilatar el envío de cincuenta familias inmediatamente. En estas seguridades y en estos pedidos era secundado entusiastamente por don Bernardino Rivadavia quien, poco después de llegar el señor Lezica, llegó también como ministro ante el gobierno británico. Este caballero aseguró a mi padre que las tierras del convento suprimido de San Pedro, le serían cedidas a perpetuidad mediante el pago al Estado de un arrendamiento usual en lo que mi padre estuvo de acuerdo y aceptó.

Dejándose llevar de estas continuas y repetidas seguridades y promesas del gobierno de Buenos Aires, y de sus agentes (los susodichos caballeros), el señor Barber Beaumont hizo pública la noticia de la proyectada emigración, y en seguida tuvo mayor número de candidatos para el traslado a Buenos Aires que los que estaba en condiciones de satisfacer. Nadie,

como no sean los miembros de su familia, puede hacerse una idea de la labor que este hombre acometió; no era el dinero lo que le sustraía de todo bienestar llevándolo a semejante sacrificio, sino la perspectiva de hacer felices e independientes a muchos cientos de familias que languidecían en la necesidad; la posibilidad de implantar en las fértiles costas del río de la Plata, la raza, las costumbres y las energías de industriosos ingleses para contribuir materialmente al progreso, a la independencia y al poder de aquel hermoso país. Todo cuanto era imaginable para promover el buen éxito y el bienestar de los emigrantes se había conseguido: arados en abundancia y otros instrumentos agrícolas de la mejor clase, un gran molino de harina, máquinas de serrar, fraguas, materiales de construcción, ropas, armas y avíos para compañías de voluntarios; una biblioteca consistente en varios cientos de volúmenes selectos. La educación de la juventud, la instrucción moral y religiosa, la ayuda al enfermo y al inválido, todo se había previsto. Hasta las diversiones para los emigrantes se tuvieron en cuenta. Las instrucciones y consejos formulados para su gobierno llenarían un volumen in folio. Las cuestiones principales eran: mostrarse inflexible en todo lo relativo a la verdad y la justicia en el trato y conducta con los nativos y entre los ingleses mismos. Se dieron también órdenes para poner a cada hombre en posesión de su tierra tan pronto como llegara y para discernir honor y galardón al hombre industrioso y sobrio; así como ninguno al ocioso y al pródigo derrochador; lo mismo en orden a suprimir la dosis de orgullo y rivalidad que pudiera existir entre nosotros, en todas las circunstancias, desde el vestido y los pasatiempos, hasta lo que debiera ser lo primordial para saldar las deudas y poderse sentar como hombres independientes.

En febrero de 1825 se embarcó en Glasgow la primera partida de colonos, otra siguió poco después desde Liverpool y la tercera desde Londres. Estos grupos sumaban más o menos doscientas cincuenta familias. Amplias instrucciones se habían enviado previamente para preparar la recepción de los emigrantes. El señor Rivadavia repetidamente aseguró al señor Barber Beaumont haber recibido noticias de que la tierra

en San Pedro estaba deslindada y le había sido realmente concedida; que todas las indicaciones para recibir a los emigrantes habían sido cumplidas, sin duda alguna. Estos dos caballeros (Rivadavia y Lezica) llegaron a términos de intimidad amistosa con nuestra familia; nosotros, a su pedido, les hicimos conocer cuantas cosas interesan al extranjero en Londres y sus cercanías; sus protestas de agradecimiento y de amistad fueron muchas y parecían interesarse tanto por las personas de nuestra familia, como por los servicios que la familia estaba prestando a su país.

Las publicaciones del señor Barber Beaumont y la emigración que había hecho partir, despertaron mucho la atención en Inglaterra. Todo esto se produjo poco antes de que el entusiasmo por las compañías por acciones estuviera en su apogeo. Muy poco después, el señor Beaumont pudo saber que algunos caballeros en la Bolsa estaban comprometidos en Londres con los señores de Buenos Aires para formar por su cuenta una compañía por acciones a fin de llevar adelante su proyecto de emigración, sin mayor dilación en caso de que él se negara a entrar en la Sociedad. En consecuencia, fué así llevado a unirse con los señores Lezica y Castro, y otros, para hacer efectiva la *Río de la Plata Agricultural Association* sin esperar a ver el efecto de la primera emigración, como él había acordado en un principio. La Asociación adquirió una extensión de tierra de inmejorables condiciones en la provincia de Entre Ríos, donde se pensaba instalar un amplio establecimiento de campo. Entre los directores de la Asociación figuraban cuatro barones ingleses de la más alta respetabilidad. Mi padre con su familia tomó quinientas acciones. Los directores ingleses eran poseedores de muchas acciones también. Estos caballeros se negaron a vender una sola acción (no obstante que las acciones estuvieron en un tiempo muy altas), y consagraron su tiempo a la sociedad gratuitamente para llevar a cabo lo proyectado.

Fueron invitados los agricultores a poblar aquellas tierras para dedicarlas especialmente al cultivo del trigo y a la fabricación de harina, esperándose que los establecimientos agrícolas habrían de prosperar en Entre Ríos, a buena distan-

cia de Buenos Aires, más que si estuvieran en fácil comunicación con esta última ciudad.

El tratado entre Gran Bretaña y la República aseguraba protección comercial y civil a los colonos ingleses; el congreso de Entre Ríos, con invitaciones halagüeñas, ofreció los siguientes importantes privilegios a los colonos por el término de diez años:

- Exención de tasas y contribuciones de toda naturaleza.
- „ de servicio militar.
- „ de pago de derechos en los artículos de necesidad para los colonos.
- „ de pago de impuestos sobre los productos de su trabajo.

Aparte de estos privilegios, como los señores ⁶ hubieran observado que, si las personas provistas de medios para el traslado por la Asociación, pisaban tierra cerca de Buenos Aires, iban a ser seducidos y desviados de su asiento rural, trataron de que los barcos del gobierno, condujeran a los pasajeros, libres de gastos, desde los buques en que llegaban (y que debían detenerse en la rada exterior de Barragán) hasta el establecimiento de Entre Ríos, con lo que se evitaría el desembarco cerca de Buenos Aires. Dichos señores se ocuparon también personalmente de verificar si se cumplían debidamente las órdenes de los directores de Londres, de velar por los intereses de la Asociación en todo sentido. Para probar hasta qué grado se identificaban los intereses de la asociación con los suyos propios, adquirieron ochocientas acciones ⁷.

Establecida así, bajo tales auspicios y privilegios, la Asociación esperaba confiadamente en su buen éxito; era razonable creer que, con la labranza y el cultivo y el aumento de pobladores en aquel suelo, la tierra aumentara de valor y en el transcurso de veinte o treinta años pudiera ser parcelada y

⁶ *The dons*... dice el original. Parece referirse a Rivadavia, Lezica y Castro. (N. del T.)

⁷ Se ha comprobado que vendieron todas o casi todas en un principio cuando alcanzaron alto valor. (NOTA DE BEAUMONT.)

vendida con grandes beneficios y la sociedad fuera entonces disuelta. Estas eran las vistas generales de la Asociación. La cláusula de disolución de la sociedad dentro de un límite de tiempo, se introdujo para aquietar los celos con que los hombres de Buenos Aires pudieran ver el progreso de un establecimiento de esa naturaleza dentro de su territorio y dirigido por una Compañía que tenía su asiento en Londres. Entre las numerosas seguridades de ayuda y protección ofrecidas por el Gobierno, fué recibida la siguiente, firmada por el primer ministro, Don Manuel García:

“Buenos Aires, agosto 8 de 1825.

Estimado señor:

La noticia que he recibido sobre la particular empresa a que se ha consagrado usted a fin de aumentar en este país la población útil, tan importante para el bienestar y provecho del Estado como para esa Asociación con la cual estamos formando vínculos tan estrechos, me ha movido a escribir a usted a fin de significarle, en primer lugar, el aprecio que hago de sus merecimientos y ofrecer particularmente *toda la ayuda que pueda prestarle.*

Los primeros colonos llegaron con felicidad y experimentamos un gran placer al verlos en seguridad y cordialmente acogidos por todas las clases de este pueblo. *Sin embargo me sentí conturbado por el hecho de que desembarcaran en esta ciudad, porque los artesanos ingleses y comerciantes establecidos aquí, pensé que podrían inquietar a los colonos y disuadirlos de cumplir sus compromisos.*

Mis temores se vieron confirmados y la colonia ha sufrido muchos embarazos, tanto por lo que acabo de decir como por desacuerdos y desaveniencias producidos entre los mismos agentes y directores: al último, todo se arregló y los colonos siguieron a su lugar de destino. El gobierno —como usted tendrá noticias— ha tratado de proveer a todas las necesidades de los colonos y de colocarlos en el campo del meritorio señor Beaumont, para que sus esfuerzos no resulten desgraciadamen-

to frustrados. La Colonia ha quedado establecida, por órdenes que he impartido, en un hermoso lugar que reúne todas las ventajas posibles y si la Divina Providencia favorece nuestros esfuerzos, el señor Beaumont habrá de ver con verdadero deleite, sobre la orilla del gran río Paraná, una hermosa ciudad que a él deberá su existencia.

Al mismo tiempo, espero que las dificultades surgidas en este primer intento, no habrán de desalentar al señor Beaumont, sino que habrán de servirle como guía provechosa para lo futuro.

Habiendo llenado mis deseos al hacer presente al señor Beaumont mis sentimientos de respeto y estima, sólo me cabe repetir que me suscribo.

Su atento servidor

MANUEL J. GARCÍA

A Barber Beaumont Esq.”

A ésta acompañaba copia de una carta del mismo primer ministro de la República, García, al ministro de Entre Ríos, por la que recomendaba muy vivamente los colonos y pedía protección para ellos, carta que lleva fecha 18 de setiembre de 1825. Pero el informe del comisionado Lezica a su gobierno, del que se mandó también copia a los directores de Londres para convencerlos de la constante fidelidad del autor a la Asociación, de la que él mismo se confesaba artífice y patrocinador, es asaz importante como para merecer una transcripción completa:

“Habiendo sido autorizado el infrascripto, por frecuentes comunicaciones del gobierno de las provincias para que, *en cualesquiera parte de Europa en que se hallare pueda hacer uso de todos los medios posibles para promover la emigración de familias que, al aumentar el número de los habitantes de nuestro país, podrían también acrecer su población, su seguridad y todos sus productos, esto último como consecuencia de una mayor actividad y trabajo aplicados a la tierra con pericia*; habiendo sido autorizado de tal suerte, y advertido de

la importancia de todo esto con relación a la prosperidad de su país, no solamente no vaciló en aceptar el cargo con que era honrado sino que, desde aquel momento se consagró a él con todas sus fuerzas para darle cumplimiento. Y se vió obligado a señalar, a su gobierno, como oportunamente lo hizo, las dificultades que la naturaleza de la empresa presentaba, la oposición que mostraban algunas naciones de Europa y *la expresa condición de que no debía adelantar al objeto ninguna especie de fondos en aquellos países*. No obstante lo cual, concluyó un contrato con el señor Barber Beaumont, de Londres, y en consecuencia de ello, fueron enviadas por este caballero sesenta familias como *specimen* de otras que estaban para seguir las.

Este contrato, de índole privada, no era suficiente para el gran objeto propuesto por el gobierno, expuesto por una ley de la Cámara de Representantes, donde se dice, art. 2º, "mil o más familias industriosas". *El suscripto trató de persuadir a Mr. Beaumont de que este plan solamente podría ser emprendido y llevado adelante provechosamente, si se formaba una compañía en aquel país*, la cual por su propia cuenta y sin ningún gasto del gobierno o de las provincias, podría poner por obra este gran proyecto, de establecer mil o más familias de labradores en tierras públicas o privadas.

La compañía fué pronto formada para este importante objeto y el capital fué fijado en un millón de esterlinas. La provincia de Entre Ríos parecía, por su situación, ser un lugar muy ventajoso para establecer allí las primeras familias y entonces se emprendió inmediatamente la compra de tierras de propiedad privada, a un alto precio.

Al infrascripto se le invitó naturalmente, a ser uno de los directores de aquella compañía y fué después encargado de facilitar aquí los medios de realizar tan beneficiosa empresa invitando a otros que deseaban adherirse, a tomar acciones sin *premium*.

El infrascripto faltaria a su deber, Excelentísimo Señor, siendo quien proyectó la empresa, y honrado como se halla por la confianza de la compañía, si no tratara de obtener para un objeto tan justo, la consideración y la influencia del Go-

bierno General de las Provincias y del de Entre Ríos, a objeto de alcanzar la aprobación y la protección que pueda servir de estímulo a un establecimiento en que *se consultan los primeros intereses del país* al mismo tiempo que los de la Compañía, que está ella misma para establecerse allí. De tal manera, y confirmada la protección y ayuda ofrecida a las familias de los emigrantes, también es justo esperar que aumente la emigración a tal extremo que pueda producir todos los buenos efectos que nuestro gobierno se ha propuesto a sí mismo y al país.

El infrascripto se lisonjea en la esperanza de que el Gobierno general de estas provincias recibirá favorablemente su solicitud y hará, en consecuencia, todo cuanto sea conveniente para el importante asunto que es objeto de sus cuidados.

(Firmado) SEBASTIÁN LEZICA

Al Excelentísimo Gobierno General de las Provincias Unidas del Río de la Plata."

Con todos estos documentos por delante; con los decretos ya mencionados y los ofrecimientos de ayuda y protección a todos los emigrantes europeos, por parte del gobierno (esto último hecho público para todo el mundo); con las solicitudes y pruebas de gratitud nacional dirigidas por el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Rivadavia, al señor Beaumont, induciéndolo a efectuar adelantos para la proyectada emigración y para los establecimientos agrícolas; con los contratos firmados y sellados por el Comisionado del Gobierno para el mismo efecto; con la epístola laudatoria y las seguridades emanadas del primer Ministro García; con la concesión de privilegios por el gobierno de Entre Ríos, y el patrocinio declarado por el señor Lezica; con el libro publicado por el señor Secretario de Estado Núñez; con todas estas cosas ante él, el lector difícilmente podrá convencerse de que nunca existió el propósito de permitir la formación de ningún establecimiento agrícola en el país. No. Los hombres y el dinero, y las mercaderías enviadas con los hombres y el dinero, fueron muy aceptables, pero no se habría de tolerar ningún establecimiento

ni asociación de ninguna especie. ¡No!... ¡Para armar o comandar sus barcos, para llenar las filas de su ejército, para ejecutar sus trabajos públicos, o para asistirlos en empresas privadas, para derramar riqueza en el país entre intrigantes de rebatía, los hombres estaban bastante bien, pero nada de congregarse en cuerpo, y menos que todo, nada de actuar como asociación que ha de cumplir órdenes emanadas de Inglaterra!

A la llegada de los primeros pobladores destinados al establecimiento de San Pedro, no había sido hecho ninguna cesión de la tierra, allí ni en parte alguna; no se había hecho nada como no fuera la detención de los emigrantes en Buenos Aires. Fueron detenidos por el gobierno en ociosidad y embriaguez desmoralizadora, cosa de dos meses, aunque se había convenido previamente que, en cualquier caso, si debían alojarse en Buenos Aires una sola noche, su destino era el de instalarse definitivamente en un establecimiento rural. Durante este tiempo se discutió seriamente en la Comisión de Emigración si debían o no ser enviados *a una isla en el Río Negro*, entre los indios patagones; un sitio éste donde el gobierno de Buenos Aires quería establecer un fuerte militar. Cuando ya los emigrantes habían hecho en general buenas relaciones en la ciudad se produjo la irrisión de mandarlos a San Pedro; pero sin sus instrumentos de labranza y herramientas de construcción que, con otras provisiones (avaluado todo ello en unos miles de libras), habían sido colocados por el señor Lezica en un patio abierto de Buenos Aires, expuestos al pillaje y también a las injurias del mal tiempo. Llegados los emigrantes a San Pedro, el oficial [Juez de Paz] les dijo que no podía darles posesión de la tierra porque el permiso o concesión, ¡por desdicha, se le había perdido del bolsillo! Que no se mezclaran en esas cosas, a menos que todas las formalidades de la cesión se hubieran llenado; que allí no debían esperar ninguna ayuda o auxilio, pero que podrían volver a Buenos Aires si les parecía bien aprovechar la protección del gobierno. Después de algunas semanas de andar holgando en San Pedro, los emigrantes en su mayor parte volvieron a Buenos Aires y tan resuelto estaba el gobierno a que no quedara ni vestigio de la

proyectada Asociación de Emigrantes Ingleses, que, cuando algunas pocas familias, atraídas por el lugar, permanecieron unos meses más allí, y al fin solicitaron del gobierno que se les diera en arrendamiento algunas porciones de tierra, por cuenta propia, y en los términos propuestos y publicados, recibieron una rotunda negativa, y fueron obligados a abandonar aquel sitio.

La conducta del gobierno para con los emigrantes llevados por la *Río de la Plata Agricultural Association* a objeto de poblar el campo de la misma Asociación fué idéntica a la observada con los primeros pobladores de San Pedro. El fracaso de San Pedro había sido atribuido por el Gobierno al hecho de la previa detención de los emigrantes en Buenos Aires y a que fueron seducidos por sus mismos compatriotas para quedarse allí. (Véase carta del señor García, de pág. 146.) Esto se sabía bastante bien antes de que fueran así detenidos; pero, para evitar su repetición, los señores⁸ se ocuparon de poner barcos que recibieran a los emigrantes desde los buques en que llegaban de Europa, cuando estuvieran fuera de la Ensenada de Barragán y los condujeran, según lo convenido anteriormente, a su establecimiento [de Entre Ríos]. Un agente recomendado por los señores (un Mr. H. L. Jones) fué también empleado por la Asociación, con un buen sueldo, y su ocupación especial debía consistir en atender a los emigrantes a su llegada. Tenía instrucciones explícitas de que, si el gobierno no cumplía su promesa de proporcionar barcos, él debía alquilar un número suficiente de ellos como para embarcar toda la gente que llegaba en los buques y llevarla con las provisiones sin tardanza al establecimiento [de Entre Ríos].

Al arribo del primer buque perteneciente a la Asociación, el tal agente, que había tenido amplia noticia del tiempo en que ello debía ocurrir, desapareció durante varias semanas y nadie se presentó en la Ensenada a recibir el buque y sus pasajeros. El gobierno, lejos de facilitar barcos para conducir los emigrantes una vez llegados, ordenó un embargo sobre todas las embarcaciones del puerto, de manera que no fué

⁸ Se entiende los señores Rivadavia, Lezica, etc. (N. DEL T.)

posible alquilar ninguna y los emigrantes al desembarcar veíanse asediados por agentes del gobierno para que entraran a formar en la armada o en el ejército. Y muchos lo hicieron y vinieron a ser distinguidos oficiales en las fuerzas republicanas, entre ellos el capitán Parker, segundo en el mando después del almirante Brown. También se hicieron grandes ofrecimientos al capitán del buque para que lo vendiera y tomara un comando en la flota de la República; pero las instrucciones del capitán no lo autorizaban para aceptar el primer ofrecimiento ni hubiera cumplido con su deber como oficial británico aceptando el segundo.

Después de esta detención y de dichas intrigas, pasaron unas seis semanas, y llegaron otros emigrantes. Cincuenta de los trescientos cincuenta, fueron enviados al establecimiento de Entre Ríos, pero, desde el momento de su llegada allí, en lugar de la ayuda y la asistencia prometidos por los hombres de Buenos Aires y los privilegios y la protección ofrecidos por el gobierno local de Entre Ríos, no recibieron más que impedimentos y agravios de unos y otros. El administrador del establecimiento informó al presidente de la sociedad, en Londres, sobre oposiciones y molestias sufridas, entre otras las siguientes: A la llegada de la segunda partida de pobladores, recibí del gobernador, con fecha de 24 de mayo, orden de suspender todo trabajo y procedimiento, cualquiera que fuese. Me presenté entonces al general Don de Rodríguez (sic) ⁹ y le expuse mi caso; me dió entonces una carta para el gobernador, cuya respuesta fué favorable. Escribí a don Mateo García de Zúñiga pero tuve una respuesta negativa, y hasta el 22 de julio, después de muchos trastornos, no recibí una orden, datada el 18, con un permiso para reanudar el trabajo. Poco después de esto, los emigrantes fueron otra vez interrumpidos y se les dijo que no habían tenido ningún derecho a venir al país. Para dar el *coup de grâce* al establecimiento, quien se llamaba a sí mismo el *autor del proyecto* de la Asociación y *protector* de los emigrantes; quien había ya, en la Ensenada, metido las manos en los almacenes de

⁹ El general Martín Rodríguez. (N. DEL T.)

la Asociación destinados a Entre Ríos y dejado no más que una pequeña parte de ellos para ser llevados con los colonos, se procuró una autorización del gobierno para apoderarse de esa pequeña parte, y para arrancar de las manos de los colonos las herramientas con que estaban trabajando.

Los emigrantes se vieron, de esta manera, imposibilitados para proseguir su labor y obligados a volver a Buenos Aires. La injusta e insensible conducta del gobierno provincial, en esta ocasión, se echará de ver en el transcurso de mi relato personal en los siguientes capítulos. Paso por alto algunos detalles de perfidia y algunas *chicanas* que resultarían increíbles para la generalidad de los lectores ingleses y les causarían más bien disgusto, sin instruirlos, en realidad. Con todo, hay uno muy característico en el drama de la expatriación que no puedo dejar de mencionar.

Cuando llevaron a cabo aquellos señores la dispersión de los pobladores de San Pedro, la *Río de la Plata Agricultural Association* estaba en plena actividad y prometía producirles un rico botín. Era muy necesario, entonces, dar alguna reparación por las faltas cometidas contra el primer grupo de pobladores, aunque tal reparación estuviera muy lejos de constituir indemnización de los gastos efectuados. En consecuencia el gobierno expidió la siguiente orden:

“El Gobierno, en el día de hoy, ha resuelto lo siguiente: Visto lo informado por los señores Sebastián Lezica, F. de Castro y H. L. Jones, a propósito del crecido gasto que requiere el mantenimiento de la colonia enviada por el señor Beaumont, ahora en San Pedro, por no haber nadie que en su nombre provea a su mantenimiento; vistos los perjuicios que por esta causa han de producirse en daño del Sr. Beaumont si la colonia se mantiene sin ocupación, y los perjuicios que han de resultar para el gobierno si los referidos señores la mantienen sin ninguna indemnización; como asimismo las consecuencias que esto puede traer sobre el crédito y la seriedad de estas empresas en el país; visto que el gobierno, en virtud del poder que le fué dado por la ley que destina la suma de 100.000 pesos para introducir al país población in-

dustriosa, debía pagar los gastos que fueran necesarios para el sostenimiento de la referida colonia, no bajo su forma actual, sino en la forma más productiva y al nivel de las colonias que trabajan libremente, sobre la base de contratos independientes según las condiciones que se expondrán y los cálculos más aproximados de lo que el gobierno tendrá que pagar en aquel caso, **RESUELVE:** De conformidad con las proposiciones de los susodichos señores el gobierno toma a su cargo la colonia enviada por el señor Beaumont y, en virtud de lo dispuesto por dicha ley, la Comisión de Emigración podrá proceder al pago de los gastos que se hayan efectuado con arreglo a las cuentas que puedan ser presentadas; y procederá también a pagar los gastos que en adelante se produzcan de acuerdo con las normas a que deberán ajustarse. En consecuencia se declara: Que los dichos colonos tendrán entera libertad para contratar con propietarios particulares, sujetos a las siguientes normas: 1º Pagarán mensualmente al gobierno la quinta parte de sus respectivos sueldos hasta que hayan cubierto los gastos de sus pasajes de traslado y otros gastos, de lo cual se presentará cuenta a cada uno de ellos; para cuya realización los nombrados señores, Lezica, Castro y Jones contribuirán con las cuentas y documentos que estén en su poder. 2º La obligación de pagar la dicha quinta parte será consignada en los contratos y el pago será hecho por los patrones a la persona designada por el gobierno. 3º Los contratos serán registrados en el Juzgado de Paz de San Pedro. 4º Los colonos que no hayan conseguido trabajo en San Pedro, estarán en libertad para venir a esta ciudad después de obtener permiso de dicho juzgado y se presentarán en persona a la policía. El Juez de Paz de San Pedro deberá reunir a los dichos colonos e instruirlos cuidadosamente de esta resolución y de las obligaciones a que quedan sujetos por ella, y juntamente con dos vecinos confeccionará una lista de los colonos que estén entonces presentes allí, mencionando el número de las personas que compone cada familia y dando noticia de las que se hubieran ausentado y deberá enviar inmediatamente al gobierno una copia, así como una nómina de los contratos registrados. El dicho registro y la nómina de los contratos serán enviados a los co-

misionados de emigración para formular los respectivos cargos a los colonos; y la policía será instruída previamente para presentar a los comisionados todos los colonos que puedan venir de San Pedro a fin de que la comisión esté en condiciones de proceder con ellos de acuerdo con sus pedidos; y pueda también, para el mismo propósito, buscar todos los colonos que se hallen en cualquier parte del país o en la ciudad y dar a ellos, en calidad de informe, una copia de la lista de aquellos que pueden haberse ausentado de San Pedro, la cual el Juez de Paz deberá poner en manos del gobierno como anteriormente se establece en esta resolución, de la que se dará copia a quienes la requieran.

Y en consecuencia dése traslado a los susodichos señores para su conocimiento y otros fines.

Buenos Aires, 15 de octubre de 1825

(Firmado) MANUEL JOSÉ GARCÍA, *Secretario*

A don Sebastián Lezica

„ Félix Castro

„ Enrique L. Jones

El original en mi poder

(Firmado) H. L. JONES” ¹⁰

Con la copia de esta orden, el señor Lezica, dirigió a mi padre una carta en que decía: “Le gouvernement a accordé en définitif de laisser les hommes en liberté, pour se contracter comme il bon leur semblerait sans qu'ils eussent des frais a payer pour son passage, etc., et en s'engageant à vous payer les comptes qui se sont présentés jusqu'à présent en votre nom, dès le moment que vous auriez ici un représentant formellement autorisé pour recevoir les dites sommes.”

Las cuentas de los gastos habían sido presentadas al señor Lezica cuando estaba en Londres; fueron entregadas en Buenos Aires en el mes de diciembre siguiente, es decir en 1825.

¹⁰ En la imposibilidad de encontrar el original castellano de este documento, damos la versión del texto inglés. (N. DEL T.)

No contenían otra cosa que los pagos en dinero contante hechos a cuenta de los emigrantes en este país, y que ascendían a £ 6.020; no se cargaba un solo chelín ni se esperaba tampoco, por concepto de comisión ni agencia ni por el trabajo personal efectuado y gastos de nuestra familia en el asunto; ni hubo una palabra de objeción a las referidas cuentas. Yo me presenté personalmente en Buenos Aires, de acuerdo con la orden del gobierno a recibir el dinero, pero nada pude obtener; esta falta de cumplimiento a todas las anteriores promesas y a la orden misma del gobierno, fué tomada como cosa tan natural, que no mereció justificación ninguna, ni siquiera una excusa, si exceptuamos alguna explicación verbal de algún funcionario en el sentido de que el dinero se necesitaba para la guerra.

Por lo que hace a los bienes de la *Río de la Plata Agricultural Association*, confiados a los señores Lezica y Castro para ayuda de los emigrantes en el establecimiento, y solamente en el establecimiento, consistían en £ 3.000 remitidas en dinero contante, en mercaderías enviadas con los pobladores por valor £ 6.000, fuera de £ 2.000 que debían dichos señores por sus cuotas [en la sociedad]. Sobre la forma en que se había dispuesto de estos bienes, no pude obtener de estos señores ninguna rendición de cuentas, ni tampoco del señor Jones, aunque el [Tribunal del] Consulado expidió una orden para que Jones rindiera sus cuentas dentro del plazo de un mes, a contar desde la fecha de mi llegada y se le requirió con ese fin. Mis gestiones ante el Consulado para que hiciera cumplir esa orden fueron repetidas e insistentes pero no pude obtener la rendición de cuentas y tampoco conseguir que el Consulado lo compeliere a ello. Mis gestiones ante la casa del señor Sebastián Lezica en el mismo sentido fueron igualmente infructuosas. No pude obtener del gobierno ni ayuda, ni asistencia ni gratitud; ni siquiera un solo chelín a cuenta de las libras, que oscilaban en total entre veinte y treinta mil y que habíamos adelantado para el precio del pasaje, sostenimiento y provisiones de seiscientos veinte emigrantes conducidos por nosotros a Buenos Aires, y que estaban entonces peleando por Buenos Aires (en la guerra) o acrecentando su población y el valimiento de la provincia. Esto bastaría por

lo que se refiere a la buena fe del gobierno de Buenos Aires y su pública promesa de que *todo individuo puede emigrar en la seguridad de que la Comisión (de Emigración) pagará su pasaje al momento de su llegada*, pero algo más que todo esto aparecerá en los subsiguientes capítulos.

En punto a invitaciones para emigración y las promesas del gobierno de Buenos Aires, debo agregar que el señor Rivadavia, cuando estuvo en Londres, instó a mi padre a comprometer mil familias inmediatamente, diciendo que ya tenía todo arreglado con algunos comerciantes para proveer de los buques necesarios, pero habiendo preguntado mi padre a esos comerciantes si existía tal arreglo, negaron haber tenido ninguna conversación sobre el asunto. Como le hiciera conocer esta última afirmación al señor Rivadavia, respondió con mucha indiferencia: "Eso no tiene importancia; me voy a servir de otros."

También se entregó a mi padre otra propuesta del gobierno que ya había sido publicada aquí, para contribuir al establecimiento de unas mil familias en Bahía Blanca donde había el propósito de fundar una ciudad con el nombre de "General Belgrano", como homenaje al general de ese nombre, y se agregó también la vieja promesa de pagar los gastos de pasaje *a la llegada* y un adelanto de mil pesos a cada uno, con otros alicientes. Yo he conocido personas que han viajado por esta *Bahía Blanca*. Está situada en territorio indígena en latitud 39°, región marcada en algunos mapas con el nombre de *Campo del Demonio*. Con excepción de una franja de buenos pastos en la costa del río, los campos circundantes son arenosos y constituyen un desierto árido; si algo digno de guardarse hubiera allí, habría que disponer constantemente de quinientos hombres armados para defenderlo. Este ingenioso proyecto está evidentemente dirigido a establecer un puesto militar en la región de los indios, libre de los gastos que exigiría un fuerte de mayor capacidad.

En Alemania fueron invitadas también otras mil personas. Yo he visto una carta de la respetable casa Zimmermann y Cía. por la que se recomienda a un señor Heyne a sus corresponsales en Alemania como comisionado del Gobierno de Buenos

Aires para procurar emigrantes. Entre otras consideraciones muy halagüeñas enumeradas en la carta, se dice: "Tenemos, además, la seguridad del señor Ministro, de que los colonos serán suplidos *con provisiones para el primer año; que la tierra les será dada por nada y eso en la mejor parte de las tierras de esa fértil provincia, todavía no trabajadas*, y a distancia no mayor de veinte leguas de la ciudad; que se les darán todos los medios necesarios para la primera instalación, para levantar habitaciones, y además se les dará ganado, etc". El señor Heyne llevó doscientos o trescientos campesinos alemanes a cuenta, poco tiempo antes de mi llegada a Buenos Aires, pero no pude comprobar si alguno de ellos había sido habilitado con arreglo a las propuestas del ministro. Algunos se quejaban en voz alta de las desilusiones sufridas pero los hombres fueron principalmente incorporados a un regimiento llamado "Lanceros Alemanes" del cual fué hecho coronel el mismo señor Heyne. Los demás se dedicaron a trabajos diversos en Buenos Aires o alrededores.

La aritmética del gobierno de Buenos Aires es para asombrar a los estadistas de Europa como lo es este análisis de su palabra y de su honor. Sus tres distintas invitaciones, cada una para que mil familias se establecieran en el país, fundaban sus promesas de adelanto de dinero en el decreto del Congreso que votó un crédito de cien mil pesos para la emigración; pero el gobierno ofrece a cada emigrante cien para el pasaje y otro cien en préstamo para establecerse; y el señor Rivadavia explica que él calcula cuatro personas por familia. ¡Los adelantos prometidos para las tres mil familias, hubieran entonces exigido dos millones cuatrocientos mil pesos, calculando el peso a su máximo valor! ¿No aparece entonces demasiado evidente que esas promesas se hicieron para no ser cumplidas y para faltar a la buena fe? ...

Como ya he ilustrado ampliamente sobre la marcha de este gobierno en cuanto hace a la manera de procurarse hombres y dinero mediante promesas y ofrecimientos a la emigración --y de esto tengo un conocimiento estrecho y personal--, voy a referirme, aunque en forma breve a los fraudes cometidos en lo que se refiere al trabajo de las minas, sobre lo cual mi

juicio es menos directo, pero recomendando mucho en este sentido el libro del Capitán Head, titulado *Memoria sobre el fracaso de la Asociación Minera del Río de la Plata formada bajo la iniciativa del señor B. Rivadavia*, libro que deben leer todas las personas que se hallen dispuestas a aventurar sus capitales en aquel país ¹¹.

Esta obra, no solamente expone los fraudes cometidos en perjuicio de los capitalistas en aquel país para inducirlos al laboreo de las peores minas que puedan darse en el mundo, sino los ardides judaicos y las extorsiones empleadas contra los que se aventuraban en cada caso, después de haber enviado un cuerpo de mineros a trabajarlas, y las negativas terminantes de los gobiernos locales a darles el permiso para trabajar minas inservibles a menos que se sometieran a sus extorsiones.

La autorización para trabajar las minas está fechada en Buenos Aires el 23 de noviembre de 1823 y está firmada por Bernardino Rivadavia. Vinculadas a esta autorización están las *descripciones de las minas certificadas por el señor Secretario Ignacio Núñez*. Este precioso documento que, entiendo formaba parte muy principal en el prospecto de la *Río de la Plata Mining Association* es demasiado revelador para pasarlo por alto. He aquí, como muestra, el siguiente extracto: "Podemos afirmar, *sin hipérbole*, que los dos primeros *curatos Rinconada y Santa Catalina*, contienen las más grandes riquezas del universo. Voy a probarlo con una simple aserción que está atestiguada por miles de testigos. En sus campos el oro surge con la lluvia como en otros campos la semilla. La masa principal de este suelo está compuesta de tierras, piedra, agua, y granos de oro grandes y pequeños; estos últimos aparecen a la vista cuando la lluvia lava el polvo que cubre su superficie. Después de una lluvia fuerte, una mujer que, habiendo salido de su rancho caminaba a pocas yardas de su puerta, encontró una pieza de oro de peso de veinte onzas; otra, que recogía leña, al arrancar unos pastos, descubrió entre las raí-

¹¹ Este libro no ha sido traducido al castellano. Su título es: *Reports on the Failure of the Río de la Plata Mining Association formed under the authority of Don B. Rivadavia*, Londres, 1826. (N. DEL T.)

ces un grano de oro que pesaba de tres a cuatro onzas. Estos casos ocurren tan frecuentemente en la estación de las lluvias, que exigiría mucho tiempo detallarlos. Cuando se barren las casas o se limpian los establos de las mulas, se encuentra más o menos oro, etc., etc.". Por el acceso a este Eldorado y la buena voluntad, no había que pagar más que £ 30.000 y, como dice una relación: "Habiéndose dirigido el Tribunal al señor Rivadavia, este último, muy deferentemente y en forma que contribuyó a fortalecer la mayor confianza en su independencia de criterio y adhesión a los intereses de la Asociación, aceptó el cargo de Presidente de la Junta Directiva cuando ésta fué formada" con un sueldo adecuado que se entendió era de 1.200 libras al año. Una manera bastante original de probar un carácter por lo que hace a su independencia de opinión.

Treinta mil libras deben de haber parecido un regalo muy superfluo a un Estado donde "el oro brota con la lluvia como las semillas" y en "granos de tres o cuatro onzas". Abundancia de palas y muchas yuntas para recoger las riquezas nativas ha de haber parecido que era todo lo necesario. Sin embargo, "el fatal Capitán Head" como Rivadavia llamó a este caballero, hizo reventar el globo cuando vió que había sido inflado por el engaño y el fraude, y declaró la verdad. Y por este medio salvó a los tenedores de acciones con la pérdida de solamente 60.000 o 70.000 libras. Había otra Compañía rival de ésta, formada en Londres, llamada *Compañía de Famatina*, la cual creo que estaba luchando contra el destino de la primera, mientras yo me encontraba en Buenos Aires. Otras dos o tres compañías de minas se formaron también en esta última ciudad que, según creo, se hallaban en las mismas condiciones.

Parece que el entusiasmo por las compañías por acciones era todavía más fuerte en Buenos Aires que en Inglaterra, considerada la diferencia de población y riqueza entre los dos países. El señor Jones habla de una compañía de Buenos Aires que estableció una colonia en la provincia de Entre Ríos al mismo tiempo que se formaba la *Río de la Plata Agri-*

cultural Association y que, después de gastar 15.000 libras en el proyecto, se vió arrojada del territorio por los nativos de la provincia. Después se formó una asociación para llevar al país mujeres ordeñadoras, de Escocia, pero las muchachas no tardaron en asociarse ellas mismas en perjuicio de la compañía original; después una sociedad de edificación, una sociedad de pilotos y muchos otros proyectos de compañías por acciones, para dragar ríos, para hacer canales y puertos, cada una de las cuales, según creo, dió gran pérdida a los que en ellas se aventuraron.

CAPÍTULO VI

Diversos modos de viajar en las provincias. — Viaje por tierra de Montevideo a Buenos Aires¹. — Pensión y alojamiento en el camino. — Cacería de avestruces. — El Ejército patriota. — Las cacerías de tigres. — “Las Vacas”. — Viaje a Buenos Aires. — La llegada. — Los emigrantes retenidos ociosos en la ciudad y en sus cercanías. — Víveres derrochados y caudales malversados por los agentes del gobierno. — Viaje a la Ensenada. — Audiencia con el Presidente don Bernardino Rivadavia.

Como todos los emigrantes desembarcados en Montevideo habían conseguido empleos convenientes, según se dijo en el capítulo primero, no perdí tiempo y lo dispuse todo para seguir viaje a Buenos Aires con objeto de verificar si las noticias recogidas en Montevideo sobre medidas adoptadas por el gobierno y sus agentes respecto a la detención de los emigrantes y su incorporación al ejército y la armada, eran ciertas o no, y a fin de obrar según el caso lo exigiera. Este viaje, sin embargo, sólo pudo cumplirse por tierra, debido al bloqueo del río. Los preparativos para la expedición hubieron de realizarse en secreto, porque un cordón de tropas brasileñas rodeaba los suburbios de la ciudad con el fin de evitar la salida o entrada de personas no autorizadas, y no era concedido permiso para pasar a Buenos Aires. Con todo, esta última dificultad, podía ser obviada. Me arreglé con un carretero viejo, de nombre

¹ El viaje por tierra es hasta Las Vacas. De allí a Buenos Aires por el río. (N. DEL T.)

Domingo, para conseguir un guía y diez caballos que debían conducirme a mí y a un compañero mío, hasta Las Vacas, lugar situado a pocas leguas de La Colonia, punto frontero a Buenos Aires y en poder de los brasileños. Las Vacas estaba en manos de los independientes y podríamos llegar hasta ese lugar por un camino interior a cubierto de las fuerzas del Brasil. Por los servicios del guía, y por los caballos nos pidiéron sesenta pesos. Antes de iniciar el relato de este viaje, habrá de permitirme exponer algunas noticias sobre las diversas maneras de viajar en las Provincias del Río de la Plata.

Los viajes en el Río de la Plata, se realizan casi siempre a caballo; las mujeres raramente viajan y cuando lo hacen, si pertenecen a la clase superior, adquieren un coche; si pertenecen a la clase de los gauchos, cabalgan sobre una silla alta con apariencia de cajón y sentadas de través; en cuanto a las mujeres indias, van a horcajadas como los hombres. Si se sale de Buenos Aires hacia las ciudades que están en el camino de Chile y el Perú, pueden encontrarse postas regularmente establecidas en distancia de cada tres o cuatro leguas; aunque en tierras más lejanas, las postas están a ocho y diez leguas una de otra. Allí donde no hay postas establecidas, no le queda al viajero otra cosa que contratar un guía o *baquiano* o conductor como lo llamaríamos nosotros, en condiciones de aportar una tropilla de caballos necesaria para el viaje. Para este propósito se hace menester que el viajero contrate por lo menos el doble del número de caballos necesarios para su propio uso, para el del guía y para el equipaje, porque los animales que no se ensillan, son arreados por delante, como una tropa, con objeto de utilizarlos cuando los montados se fatigan. Una *tropilla* regular se compone de un grupo de caballos que se utilizan cuando les llega el turno a cada uno y van precedidos por una yegua con un cerrozo atado al pescuezo. Por lo general, los caballos siguen tras ella en perfecto orden, con lo cual el viajero se halla en condiciones de marchar a buen paso. Esto en el mejor de los casos; pero si en la tropilla, como nos ocurrió a nosotros al cruzar la Banda Oriental, los caballos no se conocen bien unos a otros, las dificultades son muchas y molestas: en efecto, después de

perseguir a un caballo que se aparta de los demás y correrlo en distancia de media milla, se encuentra uno, al volver al camino, con que los restantes han huído en otra dirección, y van seguidos por el baquiano; cuando por último se logra reunirlos a todos, después de andar corta distancia, sepáranse otra vez y así, al final de la jornada, un viajero se encuentra, él (como los caballos) extenuado y sólo a pocas leguas del lugar de donde salió ese mismo día por la mañana. Ya se haga el viaje por la posta o con tropilla, el viajero debe adquirir su propio recado y riendas; el primero es una prenda muy importante. Porque tratándose de esta silla de montar, es preciso que el lomo del caballo se conforme a ella, y no la silla al lomo del caballo como entre nosotros; porque un recado es igual a otro, y la diferencia de tamaño y forma en los lomos de los caballos es algo que no puede imaginarse². La forma de esta silla de montar está descripta más adelante.

Debe proveerse también el viajero de un buen par de espuelas, de un poncho, un cuchillo largo, un par de buenas pistolas y dinero suficiente para pagar los gastos en el camino; de tal manera se hallará bien equipado para trasladarse a cualquier parte del país. Ha de tener bien listos los caballos la víspera de la partida y puede contar por seguro que estarán a la puerta de su casa tres o cuatro horas después de la hora convenida; una vez a caballo, con hacer uso del rebenque y de las espuelas, ya está todo, y si quiere dar animación a la jornada entrando en conversación con el baquiano mal entrado, lo estimará, por lo general, como un compañero más inteligente de lo que pudiera pensarse por su apariencia.

En verdad, considero muy aconsejable ganarse la buena opinión de estos hombres cuando se viaja por la posta, porque invariablemente se averiguan unos a otros sobre la índole del viajero, y, si simpatizan con él, prestan grandes servicios tomando sin demora los caballos y eligiendo los de mejor andar.

² Es decir, que entre esas caballadas, habría caballos "sillones" (de lomo hundido), corcovados, y de lomos raros, y la forma del recado era invariable. (N. DEL T.)

La vida independiente y sin preocupaciones, así como la uniformidad de la educación entre los gauchos, sean ricos o pobres, hace que estas gentes se sientan enteramente libres ante personas superiores a ellos; y si el viajero no se muestra comunicativo, en seguida lo califican de huraño. Si por el contrario lo hallan de genio afable y locuaz, no se muestran inferiores a él en urbanidad y atención; hay entre ellos compañeros verdaderamente divertidos y muestran buen acopio de sagacidad e ingenio que no pierden ocasión de poner en evidencia. Así equipado y acompañado, poco es lo que puede atraer la atención del viajero, si no es la conversación de su baquiano. Este baquiano presenta por lo general muy pobre aspecto; viste un par de calzones ligeros³ y un poncho rústico; tiene facciones finas curtidas en la intemperie y éstas sobresalen bajo su pequeño sombrero de paja o de fieltro, asegurado por un pañuelo sucio. El caballo del viajero lo lleva casi siempre a todo galope por sendas abiertas entre los cardales o entre pastizales altos; las sendas señalan el camino y la marcha casi no se interrumpe, como no sea por algún tropezón o alguna rodada en las cuevas de vizcachas o por rotura de alguna parte del recado. En el primer caso, si no hay un hueso roto, uno monta otra vez y sigue la marcha. La compostura de las riendas o del recado se hace por el mismo guía con tientos cortados de otro cuero que lleva bajo la silla, o de un sobrante del mismo recado. Un ombú solitario indica generalmente la posta, en forma de rancho miserable, donde se ve también una tropilla de caballos que pacen a distancia de una o dos millas. Estos animales, una vez llegado el viajero, se traen al corral. Allí se eligen los caballos de remuda y son ensillados; aparece entonces otro baquiano de aspecto sucio, saludado con un "Buenos días, patrón" y el caminante sigue su fatigoso camino sobre el mismo suelo, al mismo paso, y con una compañía muy semejante a la de la posta anterior. El cambio de caballos lleva por lo común media hora —o una

³ *Drawers*... calzoncillos. Puede tratarse más bien de calzones o pantalones cortos abiertos en las rodillas como aparecen en los grabados de la época. (N. DEL T.)

hora también— a menos que el guía por un real extra, o por simple amistad, sea inducido a un esfuerzo extraordinario para agarrar más ligero los caballos. Si el viajero se detiene, encontrará con frecuencia una linda moza de ojos negros con quien conversar, o puede hablar de política y de papel moneda con el maestro de posta que, por lo general, es un sujeto bien aprovechado, un tanto desengañado de los tiempos. Los caballos en el camino de postas no mantienen todos el mismo paso en cada etapa o jornada, no obstante ser animales de buen andar, y un viajero algo práctico, sobre todo en el arte de administrar su guía, puede hacer de cuarenta a cincuenta leguas diarias.

Claro es que si participara una señora en la partida otra cosa sería: no cabría otro recurso que hacerse de un carruaje. El grupo de viajeros tiene que adquirir el carruaje en la ciudad desde donde salen (si es que encuentran uno), y al llegar a destino podrán revenderlo con un cincuenta a ochenta por ciento de pérdida. Los vehículos usados para estos casos son de dos clases: uno es un coche pesado y anticuado; el otro una galera de larga caja; ambos son arrastrados por seis u ocho caballos, cada caballo montado por un postillón. Durante el viaje se producen muchos accidentes, cómicos algunos, pero todos se remedian con cuero... y con paciencia. En caso de alguna rotura se echa mano de la reserva de cuero que siempre se lleva en el carruaje; y cuando la reserva se agota, queda el recurso de la parte de cuero que integra el mismo vehículo, muy abundante en este material, con el cual, y ayudándose con el cuchillo, el peón repara la mayoría de los accidentes y aun en caso de muy serias dificultades, hace las más envidiables reparaciones.

Estos inconvenientes son inevitables, pero la señora, en compensación, tiene la ventaja de llevar sus pequeñas comodidades; van con ella su cocina y su despensa, que le aseguran buena comida, y aunque las sacudidas del vehículo no son nada agradables, siempre son menos incómodas que una silla de montar de mujer. El coche proporciona también una buena cama y la bella viajera se halla menos expuesta a ser devorada por las chinches, que si duerme en un rancho; esto no

quiere decir que el coche facilite defensa muy eficaz, porque así como el oro del país, según lo dice el secretario señor Núñez, "brotó de la tierra como la hierba silvestre", esta sabandija también hormiguea en plena tierra.

Las anteriores observaciones que acabo de hacer, son aplicables principalmente a los viajes por las inmensas llanuras de Buenos Aires, donde hay postas establecidas. En gran parte de la Banda Oriental, Entre Ríos y la mayoría de las demás provincias, no existen postas y se anda generalmente durante todo el viaje con los mismos caballos. Volviendo a mi relato: como el guía no pudo sacar los caballos hasta ponerlos dentro de las líneas patriotas⁴, a unas tres millas de la ciudad, se comprometió a seguirnos en un carro donde iría escondido nuestro equipaje. Con arreglo a ese ardid, dispusimos dos maletas livianas que serían conducidas con los recados y las armas. Una vez cumplido esto, fuimos hasta la puerta de la ciudad, donde se nos permitió pasar después de haber presentado una orden escrita, obtenida con ese objeto. El baquiano Domingo seguía con el carro y el equipaje y en el carro fuimos hasta las avanzadas brasileñas a unas tres millas de la ciudad. La única señal visible de estas líneas consistía en dos soldados trepados a las ramas de un árbol, y a unas cien yardas, dos más que vigilaban desde otro árbol. Aquí nos detuvimos en una pulpería donde un muchacho nos esperaba; dijo que los caballos esperaban en otra pulpería distante una media milla y que las avanzadas de la línea patriota, estacionadas ahí, no le habían permitido acercarse más a las líneas brasileñas; además, Domingo no quiso seguir con su caballo y su carro por miedo a los patriotas. La dificultad, en consecuencia, estaba ahora en llegar a la pulpería con el equipaje porque era menester cruzar un arroyo de ocho o diez yardas de ancho. Un gaucho a caballo se ofreció a llevarnos con el equipaje atravesando el arroyo, hasta el sitio donde esperaban los caballos, mediante el pago de una suma que he olvidado, pero que era exorbitante. Nos negamos a

⁴ Debo tenerse en cuenta que Montevideo estaba en poder de los brasileños y sitiada por las fuerzas republicanas. (N. DEL T.)

pagarla, y dos lindas chicas, hijas de la dueña de la pulpería, le hablaron con mucha severidad sobre la bajeza que significaba engañar a los extranjeros y le pidieron que obrara rectamente, pero no lograron su propósito. Se había propuesto aquel individuo sacar a los ingleses algunos pesos plata y se negó a ceder en sus pretensiones. El intento de imponerse a los extranjeros que tienen dinero en el bolsillo, parece ser costumbre general entre las clases bajas del mundo entero; hasta este patán, casi salvaje, encontró su oportunidad y la cogió por los cabellos, pero antes que someterme, preferí llevar yo mismo el equipaje y vadear el río sin pagar un solo real. Echamos las maletas al hombro con gran detrimento de nuestra indumentaria y, así cargados, proseguimos la marcha. El arroyo, era, sin embargo, demasiado profundo para pasarlo, y el gaucho, que sabía esto, nos siguió, y rebajó un tanto el precio pedido, con lo que asentimos a que nos cruzara. Al hacer esto, el bribón, zambullendo el caballo, trató de hacernos caer al agua, que era lo que habíamos querido evitar pagándole, pero no pudo llevar a cabo su proyecto y al llegar al otro lado le abonamos sus reales acompañados con las pocas maldiciones aprendidas en español. Después de echar otra vez encima nuestra carga, proseguimos hasta la pulpería. Este comienzo puede dar una idea de las molestias que trae consigo un viaje por Sud América; habíamos perdido casi seis horas en salir de Montevideo y en llegar a las líneas patriotas, recorriendo no más de tres o cuatro millas y ahora nos vimos detenidos toda una hora para ensillar los caballos y acomodar la carga a la grupa de cada uno. Esto último dió mucho trabajo y nuestro guía, muchacho de unos diez años de edad, cortó casi toda la cincha de su recado a fin de proporcionarnos medios para asegurar bien la carga⁵. Por último pudimos ponernos en marcha felizmente y después de andar durante tres horas y de interrumpir el camino, lo menos doce veces, por caída del equipaje, llegamos al rancho donde el muchacho dijo que el hermano esperaba con el resto de la tropilla.

Tras una formal presentación al hermano, empezamos a

⁵ Sacando tientos del cuero de la cincha. (N. DEL T.)

preguntar sobre el resto de la tropilla, pero ni en el corral, ni tan lejos como podíamos explorar el horizonte, encontrábamos señales de los caballos. Cuando nos creíamos ya próximos a experimentar otra vez los enojos y fatigas propias de Sud América, he ahí que, interrogando al mayor de los hermanos sobre lo que ocurría, contestó que los caballos se habían ido a distancia de algunas millas y que no estarían listos hasta la mañana siguiente. De nada sirvió suplicarle, hacer promesas o valerse de amenazas: todo fué en vano. Su única respuesta era: *No puede ser*. Y esto lo decía despacio, con la más irritante indiferencia; *mañana por la mañana*; con lo cual quería decir que a las seis del día siguiente, a más tardar, tendríamos los caballos. Con esto, no quedaba más que resignarse. “¿Pero dónde —dije— vamos a pasar la noche?”... porque no veía cerca vivienda alguna y de ninguna manera pensé que los dos cobertizos, que tomé por establos de ganado, fueran *ranchos* de la campaña. *Aquí, por supuesto*, replicó el guía, levantando los ojos por vez primera, y sorprendido de mi pregunta. Una insinuación de mi compañero, recordándome que andábamos de viaje por Sud América, terminó con mis indagaciones y renunciarnos a marchar por la llanura hasta el anochecer. Preguntando vinimos a saber que estábamos tan distantes del lugar de destino, como habíamos estado por la mañana en Montevideo. Es decir que, por conveniencia del proveedor de caballos habíamos ido hasta su rancho, rumbo al norte, mientras la ruta que debíamos seguir era hacia el poniente en línea recta; sin embargo, de nada valía quejarse, y así, volvimos al rancho donde empezaron los preparativos para la cena. Tales preparativos fueron más para desanimar que para confortar.

Dentro de un cobertizo oscuro y lúgubre —no era otra cosa nuestro comedor—, en el centro del piso que era de tierra, veíase un hoyo de unos dos pies de diámetro. Allí encendieron leña y en un asador (de madera o de hierro) clavado en el suelo e inclinado sobre el fuego, pusieron a asar un buen pedazo de carne seca; en torno al fuego había unas cabezas de vaca y de caballo que servían de asiento. La leña empezó a crepitar, sentimos chillar la grasa, y la luz del fuego se pro-

yectaba sobre los cráneos tan feos de aquellos animales. Un hombre flaco, de oscuro y huraño semblante, al que ensombrecían más unas cejas salientes y el cabello largo y enmarañado, alimentaba el fuego, de pie, y llegué a imaginar que tenía frente a mí a Gaspar, dispuesto a arrojar "la séptima bola" ⁶. Llegada por fin la hora de la comida, entraron varios otros peones para reunirse con nosotros y no tardamos en empezar; cada uno tomó su cabeza de vaca, la acercó al fuego y, sentándose encima, empuñó su largo cuchillo para hacer los honores al asado. Antes empezaron por tocar la carne y palparla con las manos sucias para descubrir las partes más tiernas y bien asadas. Después cortaban una rebanada de ocho o diez pulgadas de largo; manteníanla así cortada en la mano por un extremo, introducían el otro extremo en la boca y cuando lo tenían adentro lo bastante como para mascar, separaban el bocado con un corte de cuchillo. Ésta era la manera con que todos comían elogiando el buen sabor de la carne mientras conversaban y reían, de tal suerte que era de sorprender cómo, a veces, no se cortaban la nariz en lugar del trozo de carne; rara vez lo mascaban más de tres veces y lo engullían con asombrosa rapidez. Una vez consumida la carne, de la que apenas si quedó el hueso en el asador, vino el segundo plato.

El *caldo*, o sea una olla con caldo y carne, fué destapado; la olla estaba hacia otro lado del fuego, de manera que los comensales tuvieron que cambiar de sitio sus asientos y juntar las cabezas de vaca formando un círculo cerrado. La carne fué sacada entonces de la olla con los dedos por uno de la partida y él y los demás empezaron a cortar y a comer, con el mismo arte de trinchar y de devorar que habían empleado. Tomaron el caldo valiéndose de conchillas a modo de cucharas; pero como el número de ellas no era suficiente, cada conchilla tuvo que ser acariciada por varios labios diferentes. Cuando sorbían la sopa, mantenían las cabezas (no las cabezas de vaca en que se sentaban, sino sus propias y vivientes

⁶ Alusión a la vida novelesca de Gaspar Hausser, de la que empezó a hablarse desde 1818 y que ha sido llevada al libro y al teatro por diversos autores, entre ellos por Octave Aubry, contemporáneo. (N. DEL T.)

cabezas), inclinadas sobre la olla, de manera que el líquido que se escurría de la boca o era rechazado como demasiado caliente, no se perdía, sino que volvía a la reserva común. Esta comida no tenía sal, ni legumbres de ninguna especie y nada se bebió como no fuera el líquido de la olla.

El banquete continuó y terminó muy alegremente; mi compañero declaró que la carne estaba excelente, y para gran sorpresa mía, la manejó con tanta destreza y naturalidad como pudiera haberlo hecho un gaucho verdadero; pero ¡ay!, a mí no me fué posible acomodar el estómago al nuevo género de vida que sería menester llevar en adelante; la satisfacción con que manoseaban el asado aquellos sucios y oscuros compañeros; el ansia con que engullían las recias porciones, la habilidad con que tomaban entre los dedos el *bouilli*, y se bañaban la barbilla y la garganta con el caldo, todo esto estaba muy lejos de despertarme ningún espíritu de emulación. Ni siquiera el vivo deseo que despierta un buen apetito (no habíamos comido nada en todo el día), fué bastante para llevarme a participar del festín. Sentí debilidad y me fuí a la cama, es decir me fuí a reclinar sobre el suelo desnudo en una choza contigua donde tendí un cuero a guisa de cama, con el recado por almohada. Cubierto apenas con mis ropas y un poncho, me tendí con intención de dormir.

Pero no pude conciliar el sueño porque, apenas acostado, sufrí el ataque de legiones de pulgas. Los nativos de estas comarcas sienten por lo general especial predilección por los extranjeros, pero las pulgas más que ninguno; me sentí devorado por ellas; cazarlas, atraparlas, era imposible; todo lo que podía hacer era echarlas, arrojarlas y alejarlas un poco de su festín. Para este fin me mantuve de continuo moviendo las piernas y sacudiéndome como rana galvanizada durante varias horas, hasta que, ya extenuado, el sueño me venció y las dejé que impunemente saciaran sus péfidas intenciones. *O Dio, chi provo mai tormento eguale al mio!* Cuando me desperté, estaban todavía de fiesta; muchas cayeron bajo la mano de la justicia distributiva y otras buscaban salvación en la huída, pero, como los Partos, apenas eran desalojadas de una posición renovaban en otra el ataque y no me quedó otro recurso que

la retirada. Saliendo al aire libre, me saqué los vestidos y, sacudiéndolos bien, me dí maña para desalojar a mis torturadoras, de tal modo hartas, que apenas si podían saltar.

Después pude convencerme por experiencia de que en contra de lo que podría suponerse, las cocinas o cobertizos donde se hace fuego son menos frecuentados por las pulgas que los ranchos donde no se hace ninguno, y, con eso, elegí siempre aquellos lugares para dormir, cuando pude hacerlo. En las cocinas hay mayor movimiento y menos abrigo para las pulgas que en los ranchos, usados principalmente como depósitos de cosas: ponchos, recados, mantas, y utilizados como dormitorios; las pulgas encuentran entonces mayor abrigo y hasta un reposo que puede ser necesario para un enemigo tan empeñoso y tenaz en la lucha.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente y no habían podido juntar la tropilla de caballos. Dejamos entonces aquel *Gólgota* y nos pusimos en marcha con dos baquianos, un caballo carguero y cinco caballos más para cambiar en el camino. El campo, en distancia de varias leguas, ofreció el mismo aspecto, agradablemente ondulado, con muy buenos pastos y diversificado por árboles y arbustos. Aunque estábamos en mitad del invierno, hacía un tiempo apacible y suave. El hermano menor del baquiano nos divertía corriendo a los avestruces que encontrábamos con frecuencia; no pasaba de los doce años y era un perfecto jinete; bien asido al caballo con sus piernas cortas y echando el cuerpo a un lado y a otro con toda suerte de posturas, corría a los avestruces a todo lo que daba su caballo gritando cuanto podía hasta que se le escondían entre los árboles. La caza de este animal con probabilidades de éxito sólo puede cumplirse con caballos muy ligeros, porque, aunque el avestruz no puede volar, corre a mayor velocidad que la mayoría de los caballos y, corriendo, aumenta su velocidad a favor del viento al abrir las alas con lo que, por lo general, toma la delantera a los más veloces corceles. La caza del avestruz era una de las ocupaciones favoritas de los indígenas a la llegada de los españoles en el siglo xvi, y ahora

se usa el mismo procedimiento que entonces para cazarlo ⁷. Tres bolas de piedra o arcilla, poco más chicas que una pelota de *cricket*, forradas con cuero, se unen, una con otra, mediante unas correas de una yarda de largo. El cazador mantiene empuñada en la mano derecha una de estas bolas mientras hace girar las otras sobre su propia cabeza; luego arroja las tres a las patas del animal, y arrollándose las bolas a ellas, o lo hacen caer, o lo detienen de tal manera que es fácil apoderarse de él.

A las dos llegamos a Canelones, pueblecillo de unos quinientos habitantes. Tiene pocos edificios, si se exceptúan los de la plaza. En las vecindades hay buenos bosques y excelentes pastos. Tomamos aquí un almuerzo mezquino: un comestible mal cocinado que nos dieran en una especie de cafetín. Después de la siesta reanudamos el viaje y apresuramos la marcha a razón de unas cuatro millas por hora (descontando el tiempo empleado en correr avestruces, en reunir los caballos y en asegurar el equipaje). A las seis de la tarde vinimos a dar al río Santa Lucía, de orillas agradablemente orladas con árboles y arbustos siempre verdes. Bajamos una barranca de unos veinte pies de alto y cruzamos el río que tiene unas treinta yardas de ancho, en un bote, llevando en él los recados. Los caballos cruzaron a nado, detrás de nosotros. Desde el Santa Lucía en adelante seguimos al trote corto sin encontrar nada digno de mencionarse, hasta San José. Habíamos decidido detenernos allí y mirábamos el contorno con alguna inquietud porque caía ya la noche, cuando a las ocho advertimos que nos habíamos internado en distancia de unas cincuenta yardas, en una división del ejército patriota; unos ocho o diez hombres estaban a caballo y el resto, en número de unos doscientos, se hallaban acostados en el suelo, envueltos con sus ponchos mientras los caballos pastaban allí cerca. No había en aquella escena nada del orgullo, pompa, y otros aspectos de la gloria guerrera, ni los soldados estaban cubiertos por otra cosa que por sus ponchos sobre la espalda, ni tenían otro techo

⁷ No; los indios del tiempo de la conquista no usaban esas boleadoras. (N. DEL T.)

que el cielo; pero, parecían muy contentos. El baquiano respondió a las preguntas que se le hicieron y seguimos andando hasta que anocheció por completo. Aquí empezamos a sospechar que aquél no conocía el camino. Esto se confirmó poco después; luego de andar un buen rato sin saber en qué rumbo, aunque él aseguraba que debíamos estar cerca de la ciudad, resolvimos acampar durante la noche en el mismo sitio. La humedad del pasto, alto de dos o tres pies, nos llevó a ensayar diversos recursos para sustraernos a esa obligación y en consecuencia despachamos al baquiano más joven para buscar por ahí algún rancho donde dormir; pero volvió sin haber encontrado nada. Bastante molestos, empezamos a reparar el descanso, más bien el alto de aquella noche porque difícilmente hubiéramos podido descansar. Para colmo de la mala fortuna, la noche fué de frío muy intenso y teníamos un hambre voraz. Habíamos desensillado y estábamos haciendo las camas con los recados, cuando el muchacho, que había salido por cuarta vez, vino con la buena noticia de que había descubierto un rancho en las inmediaciones. Las camas se convirtieron muy luego en recados y, habiendo montado, fuimos sin tardanza hasta la puerta de un cerco que rodeaba un rancho, donde pedimos a voces que se nos recibiera. A los gritos respondieron con sus ladridos una docena de perros guardianes. De ahí a poco apareció en la puerta un viejo gaucha; con pocas palabras le expusimos la situación, y aunque se advertía la molestia producida porque le habíamos interrumpido el sueño, nos hizo pasar atentamente a la cocina donde tendríamos dormitorio y también abrió el corral para que encerráramos los caballos. Esta cocina tenía unos seis o siete pies cuadrados; en ese espacio nos echamos a dormir dos hombres, un muchacho y dos perros mastines, apretados unos contra otros y casi en seguida caímos todos en un sueño profundo y reparador. Por lo que a mí respecta, puedo garantizarlo. Pero, así y todo, fuí despertado por un dolor agudo en un pie y al mirarlo instintivamente, lo que pude hacer ayudado por la luz de la luna, advertí que me faltaba la punta del pie de la bota y que tenía bastante lastimado el dedo grande. Todo provenía de haber puesto inadvertidamente esa

parte de la bota sobre la ceniza caliente del fogón dejada después de haber cocinado la última vez. A la molestia del pie se agregó otra: la de sentir un hambre canina, y mirando hacia arriba pude ver un gran trozo de carne que colgaba de un madero del techo. Entonces me asaltó una idea, y fué que debía despojarme de prejuicios primitivos y ver las cosas como los robustos compañeros que me rodeaban, puesto que me encontraba en su país; saqué mi cuchillo, corté un buen pedazo de carne y lo puse sobre la ceniza donde me había quemado el dedo; sin embargo, el fuego no me servía ya; se había debilitado mucho. Después de esperar por casi media hora, el pedazo de carne apenas si se calentó. Pero yo estaba resuelto a vencer en mi tarea: cortando allí, royendo acá, logré por último masticar o engullir varios bocados. Satisfecho de no haber vacilado, y de haber tragado realmente un pedazo de carne sucia y medio cruda, como lo hubiera hecho cualquier gaucho, me acosté otra vez y dormí. Por la mañana, al despertarme, miré los restos de mi *biftec*: era aquello algo tan poco atrayente, que al pensar que me había devorado una parte, me provocó náuseas y hube de salir al aire libre para recomponerme. Y hete aquí que descubrí el pueblo de San José, objeto de nuestras ansiosas perquisiciones de la noche anterior, a menos de trescientas yardas del rancho. En pocos minutos más, dimos las gracias a nuestro hospedador (lo único que puede darse en caso semejante) y nos pusimos en camino a San José; los baquianos con los caballos siguieron poco después. San José es un pueblo pequeño con muchos y diversos árboles, rodeado por terrenos bien zanjeados y cercados. La población, al parecer, será de cuatrocientas a quinientas almas. Aquí nos resarcimos de la mala comida del día anterior, regalándonos con un excelente *breakfast*, huevos y café, en un cafetucho, donde jugamos una partida de billar mientras preparaban el almuerzo. A las nueve de la mañana salimos para *El Colla*, más de quince leguas adelante. Durante la primera parte de este día, el campo ofreció el mismo aspecto que en el día anterior: ni ganados, ni viajeros, ni criatura viviente aparecía, salvo algunos pocos venados y avestruces, y éstos muy a lo lejos; pero a eso de medio día dimos con dos viajeros:

un vendedor ambulante de *caña* (aguardiente) con su hijo, muchacho de unos nueve años.

Mi compañero había hecho la observación, más de una vez, de que no habíamos encontrado todavía ninguno de esas nativos astutos, tan frecuentes entre el paisanaje y famosos en Sud América según había oído decir. Pronto iba a tener ocasión de rectificarse. El vendedor de caña y su chico fueron los primeros caminantes encontrados en tres días de viaje. El hombre llevaba dos barriles sobre su caballo para venderlos en el pueblo próximo, y este gauchó, o mercader como podría ser llamado, se unió a nosotros y se detuvo en el mismo rancho en que lo hicimos, para dormir la siesta. Una vez allí, obsequió con un vaso de su licor al dueño de casa y a cada uno de la concurrencia; debía de ser poco más de medio cuartillo y lo tomamos en compañía. Mi compañero, que era un verdadero inglés, no encontró bien recibir como obsequio, y de un pobre mercader extraño, la mercancía con que ganaba su vida, y así le pidió que recibiera dos reales como precio. El criollo replicó que no había pensado en recibir precio alguno por lo que ofrecía espontáneamente, pero, que si tenía gusto en hacerlo, podía darle los dos reales. Mi amigo se los dió y recibió el vaso que, ciertamente, no contenía el valor de un real. Y observando que el muchacho no había gustado nada de lo ofrecido, como los demás, lo convidó a tomar un sorbo de su vaso: el muchacho, entonces, con una gracia y una soltura más propia de un petimetre, tomó el vaso y se lo empinó, y tan bien, que cuando lo devolvió diciendo que el licor estaba excelente, mi amigo advirtió que no quedaba nada y que él había pagado sus dos reales sin haber probado siquiera la caña. Después de esto, el amigo no insistió en desestimar la astucia del paisanaje, aunque, en rigor, un vendedor ambulante de aguardiente no tiene por qué ser tomado como *specimen* de toda la gente del campo. Pero esta pequeña anécdota ilustra mucho sobre las costumbres del país; el pueblo es verdaderamente liberal, si se atiende a los medios de que dispone; obra influido por el sentir del momento y cuando la necesidad o la miseria claman socorro, lo dispensa espontáneamente; si en cosas de poca monta, un viajero a quien no volverán a ver más,

pido de comer para uno o para varios, o solicita un puñado de cigarros, se los dan sin vacilar y sin pensar en que podrían pagarles; y saben que si ellos se encontraran en circunstancias semejantes y tuvieran necesidad de ser socorridos, lo serían de la misma manera. Pero, dejado este cambio de gratuitas cortesías y reducido el hombre de campo a sus transacciones y pactos de comercio, dice “adiós” a sus generosidades. Su carácter parece experimentar entonces un cambio completo y diríase que se considera llamado a jugar una partida en que el más capaz de embair a su antagonista y mostrarse más listo que él, debe ser admirado como más experto jugador.

En el terreno frente a la casa, tres pequeñuelos de caras gordiflonas se divertían enlazando a unos perros con tiras de cuero crudo. Parodiaban toda la faena; enlazaban al animal, hacían como que lo degollaban con todos los extravagantes ademanes y juramentos usados, que reproducían con gran exactitud. Los perros se dejaban arrastrar en una y otra dirección con ejemplar paciencia y hasta parecían complacerse con el juego tanto como los jóvenes gauchos. Me sorprendió el talento imitativo de los muchachos y pregunté que edad tenían; la madre me contestó que no podía decirlo con seguridad. “Aquellos dos —dijo señalando a dos que andaban desnudos—, son muy chicos, pero el otro que tiene pollera, ya está en edad de andar a caballo”⁸. Después nos contó que tenía un pequeñuelo muy enfermo y nos pidió que lo viéramos; para esto nos llevó a la cocina donde vimos una pobre criatura meciéndose en un aparato de cuero suspendido del techo y casi sobre el fuego.

Mi compañero, que tenía conocimientos de medicina, atribuyó la enfermedad a que el chico estaba medio tostado por el calor y resecao por el humo, pero dió a la pobre mujer grandes esperanzas de salvación si seguía sus indicaciones. Estas consistían en sacar la criatura de la cocina, colgarla a la sombra de un árbol vecino y hacerle sorber una infusión sencilla que le explicó sería y formalmente.

⁸ Los gauchos no cuentan la edad (de los niños) por años. La edad de montar a caballo corresponde a los cinco años. (Nota de BEAUMONT.)

El hombre que posee conocimientos de medicina es siempre muy estimado por los gauchos y lo miran casi como a un ser de naturaleza superior. Esto proviene quizás de que las autoridades de la Iglesia en España pidieron a los *curés* enviados a las colonias que se hicieran idóneos para curar a los habitantes, tanto de cuerpo como de alma.

Al dejar este lugar, echamos de ver que el inocente gauchito que había sorbido la caña con tanta eficacia, se había tomado también la mitad del pan que llevábamos, escondiéndolo en el poncho del padre.

Esa noche dormimos en una pulpería, en *El Colla*, pueblecito de unos doscientos habitantes, situado en lo alto de una cuchilla, a quince leguas O.N.O. de San José. Encontramos allí varios franceses; uno de ellos sastre de profesión; vino hacia mi compañero y le dijo que tenía entendido era él un gran médico y le pidió que lo examinara de una enfermedad de que sufría, lo que el otro hizo, y le recetó, con toda formalidad. El respeto del baquiano hacia nosotros, subió con esto algunos puntos. Aquí nos regalaron con huevos fritos y dormimos sobre los recados tendidos sobre el suelo desnudo, y en el rancho, como de costumbre. En la jornada siguiente, fuimos hasta San Juan, pueblo apartado y distante ocho leguas, adonde llegamos a eso de las tres de la tarde. Durante el día vimos muchas perdices, que el baquiano menor se ocupó de cazar de la siguiente manera: observaba el sitio en que el ave se había asentado; iba con su caballo hacia ella, revoleaba sobre su propia cabeza el mango del rebenque; la perdiz se pegaba al suelo y, entonces el muchacho, tomando bien la puntería, le arrojaba con fuerza el rebenque; rara vez erraba el tiro. Después la desplumaba en plena marcha; la ataba luego al recado y reanudaba la cacería. Al llegar al rancho, cortó las aves en trozos, las asó y se las comió con fruición. En San Juan encontramos un inglés carpintero que vivía allí desde algunos años atrás y se sentía muy satisfecho con el país. Nos dijo que había llegado a Buenos Aires hacía muchos años, pero que los inconvenientes propios de las revoluciones ocurridas en aquella ciudad, le obligaron a abandonarla, cosa de unos nueve años atrás y entonces se vino a la Banda

Oriental; aquí fué recibido bondadosamente por la familia con la cual vivía, que lo acogió como a uno de los suyos. Pasamos esa noche a la manera gaucha, en un rancho. Ya por este tiempo me acostumbré a comer la carne con los dedos, sin tenedores, pero nunca llegué a progresar tanto en mi educación sudamericana como para soportar con resignación los ataques de las pulgas. Pasé la noche como de costumbre, persiguiéndolas y matándolas, o tratando de hacerlo.

En este lugar había un gran cuero de tigre colgado a secar y que había sido sacado al animal poco tiempo antes. El tigre había sido cazado en las márgenes del río Uruguay, distante diez o quince leguas de allí. Hay criollos que ganan su vida cazando estos tigres y vendiendo los cueros. Tienen diversas maneras de provocar al animal para que salte sobre ellos; reciben el asalto con los brazos tendidos, cubiertos con un cuero de oveja y al mismo tiempo dan al tigre un golpe recio en el lomo, en su parte más estrecha, con un garrote pesado y corto. Con este golpe queda el tigre imposibilitado y en seguida lo rematan con los cuchillos. Otros cazadores los matan de una vez con el cuchillo al recibir el asalto. En caso de fallar el golpe del garrote o la puñalada, el cazador está perdido, salvo que tenga con él un compañero para ayudarlo; y no sólo peligran su propia vida, sino la de los demás, porque el tigre, después de una victoria semejante y de un festín como aquél, ya no se sustrae al hombre, ni huye de él, sino que, por el contrario, lo acecha y lo ataca. La relación que acabo de hacer, la hube de don Bernardino Rivadavia cuando éste estaba en Londres; pero en Buenos Aires me encontré con que hoy matan tigres con armas de fuego para negociar el cuero. En algunos lugares del país, sobre todo en los Andes y sus inmediaciones, los cazadores de tigres los persiguen a caballo con unos cuantos perros; estos perros husmean fácilmente al tigre y lo atacan; si huye lo persiguen y lo acosan, y en esa atrevida empresa, los perros quedan con frecuencia mutilados o muertos. A veces la suerte les es contraria y son ellos los que corren peligro; en uno o en otro caso, el cazador enlaza al tigre y sale al galope tan ligero como puede hacerlo el caballo en situación tan embarazosa, arrastrando el tigre con

él, mientras los perros siguen acosándolo continuamente. Cuando el jinete ve que el tigre no puede más, se apea, lo degüella y le saca el cuero.

En la mañana siguiente partimos con rumbo a Las Vacas y de camino hicimos alto en la casa del Alcalde para refrendar los pasaportes. Allí encontramos a nuestro amigo el carpintero, divirtiéndose con los miembros de la familia del Alcalde; me dió la impresión de que estaba con ella en los mejores términos y todos hablaban de él en forma amabilísima. Tal es la estimación que toda esta gente muestra por las personas capaces y activas. En toda esta jornada la tierra apareció más desigual y variada que en días anteriores, también más arbolada; bandadas de loros y de otros pájaros de vistoso plumaje pasaban sobre nosotros, pero en pocas horas fuimos saludados por una tormenta tremenda con truenos y lluvia torrencial que nos acompañó en todo el camino hasta Las Vacas, adonde llegamos calados hasta los huesos, a las cinco de la tarde. Con la lluvia desaparecieron los pájaros, pero vimos cientos de sus nidos en los árboles, a lo largo del camino.

Habíamos atravesado ahora la parte mejor de la Banda Oriental; cada paso que dábamos era entre riquísimos pastizales. Hace unos veinte años, millones de vacas y caballos cubrían la superficie de este país; y se ha despoblado tanto desde entonces, que en todo el camino vimos apenas dos manadas de yeguas y ningún ganado vacuno. Los edificios de varias estancias que antes se enorgullecían de albergar cientos de miles de cabezas de ganado, se hallaban ahora desiertos y abandonados, cayendo en ruinas, o habitados solamente por algunos peones en completa ociosidad. Eran éstas algunas de las consecuencias de las guerras y de la inseguridad de la propiedad que han afligido a esta hermosa provincia. Las últimas dos o tres leguas de nuestro viaje fueron hechas por terrenos pantanosos, y al llegar frente a Las Vacas, dejamos los caballos en la orilla del riacho, y después de cruzarlo en una balsa, en dirección al pueblo, empezamos a procurarnos aquí una buena cena y un lecho confortable. Las casas que encontramos y que eran ranchos comunes, se componían de dos piezas y para llegar a ellas nos vimos obligados a cruzar

unas calles recién formadas, con el barro hasta los tobillos. Por último, dimos con la mejor pulpería del lugar y después de cambiar de ropa en el mismo cuarto de despacho, comimos unos chorizos bien sazonados con ajo; esto, y pan moreno, fué lo único que pudimos procurarnos. Luego nos ocupamos de las camas para dormir, porque esta vez nos dieron a cada uno una armazón de lecho y unas sábanas ordinarias. En verdad pasamos una noche descansada con raras interrupciones de las pulgas. Al día siguiente, domingo, estábamos todos inquietos por cruzar a Buenos Aires y en consecuencia anduvimos averiguando qué barcos iban a esa ciudad. Eran solamente dos: *La Sarandí*, goleta favorita del almirante Brown y un cañonero. Conseguimos ser admitidos a bordo de este último en la misma tarde y pagamos ocho pesos cada uno por el pasaje. En la mañana siguiente levamos anclas y nos hicimos a la vela. Apenas si habríamos franqueado la pequeña rada de Las Vacas cuando vimos dos grandes navíos que venían hacia nosotros con velas desplegadas. Empezamos a arrepentirnos de haber embarcado en un buque de guerra e imaginamos la ridícula figura que íbamos a representar si nos llevaban a Montevideo: todos los cañones, espadas y demás, fueron puestos en movimiento, cada uno se armó como quiso: todos miramos aquello con seriedad e inquietud, observando profundo silencio y estimándolo, sin duda, como expresión de ánimos resueltos. Pero pronto se comprobó que los navíos eran amigos... con lo que las armas fueron reemplazadas por cuchillos de mesa y tenedores; y a la seriedad y el silencio siguió una general decepción, por no haberse dado la oportunidad de llevar con nosotros a Buenos Aires dos barcos brasileños, si los buques hubieran sido enemigos. Un alemancito se lamentaba como ninguno de no haber hallado la oportunidad de exterminar a los brasileños, como él intentaba hacerlo, si se hubieran colocado más cerca de nosotros... Antes de dejar el país, tuve noticias de que este valeroso y patriota alemán, fué encargado de una determinada comisión en Buenos Aires y en cumplimiento de ella cruzó a la Banda Oriental para reunirse al pequeño patriota; que desertó de este ejército para irse con los

basileños y, habiendo sido hecho prisionero después por los mismos patriotas, fué fusilado.

*Dulce et decorum est pro patria mori,
Mors et fugacem consequitur virum.*⁹

No llegamos a Buenos Aires hasta la noche siguiente porque tuvimos que sufrir calmas o vientos contrarios casi continuamente. Por último, ya cerca de la baja y triste costa de la ciudad con la felicidad posible, anduvimos, por causa de las resacas, remando media hora en el bote del cañonero, hasta que dimos en un banco de arena; pero estábamos todavía a media milla de la costa firme, la noche era oscura y apenas nos veíamos uno a otro en el bote. El capitán del barco dio, sin embargo, que teníamos enfrente a la ciudad y debíamos quedar allí hasta que viniera un carro para llevarnos a la costa; seguimos pacientemente sus instrucciones y nos empujamos bien con el persistente rocío que recibimos durante media hora en aquella situación; no hubiera sido menos, quizás, de habernos echado al agua y caminado hasta la ciudad; por último, después de repetidos gritos de nuestra parte, se dejó sentir un chapoteo que anunciaba nuestra liberación y en seguida una andanada de juramentos y de latigazos dirigidos contra los pobres caballos, advirtió la llegada de uno de esos carros altos arrastrados por hombres a caballo, que debía conducirnos a la ciudad. Con esto nos sobrepusimos bastante a las molestias, y, habiendo contratado algunos peones para conducir el equipaje, iniciamos el viaje de exploración para encontrar en la ciudad el hotel inglés. Para esto tuvimos que andar una hora de un lado a otro por la ciudad. Todos conocen el Hotel de Faunch y nadie lo conocía; por último, después de haber sido llevados por una y otra calle con las ropas mojadas, y de haber pasado media docena de veces por la puerta del hotel, descubrimos a un inglés que nos indicó dónde se hallaba. Aquí, por primera vez desde que salimos de Montevi-

⁹ HORACIO (*Odas*, III, 2, 13). Dulce y bello es morir por la patria. La muerte persigue al fugitivo. (N. DEL T.)

deo, pudimos comer en forma excelente y dormir en camas limpias.

En la mañana siguiente, varios emigrantes que habían oído hablar de nuestra llegada me visitaron en el hotel, y por las exposiciones que me hicieron, todas concordantes entre sí, a las que se agregaban mis informaciones anteriores, llegué a la convicción de que las propuestas del gobierno de Buenos Aires para incitar a los europeos a formar colonias agrícolas en el país, así como sus proyectos de minas, tenían como fundamento el engaño; y que nada se había hecho que no fuera con el fin de atraer hombres y capitales para hacerlos servir a sus propias miras e intenciones. Los emigrantes me dijeron que antes de su primera llegada al río, ya se había planeado algo para impedirles el paso a Entre Ríos y para detenerlos a ellos con sus provisiones en Buenos Aires; que muy pronto la guerra y el bloqueo les hizo imposible llevar adelante su proyectada colonia de Entre Ríos; que cuando los emigrantes, en general, desearon establecerse por su cuenta en Buenos Aires o sus alrededores (donde tenían buenas ofertas como empleos u oportunidades para emprender negocios de provecho) propusieron pagar el importe de su pasaje y los adelantos hechos para su instalación, pero el agente se lo prohibió e insistió en que se quedaran holgando allí, bajo sus órdenes, por casi diez meses, con grandes gastos de la Asociación y sin otro objeto que el imaginado por ellos, a saber, la ganancia que se pudiera sacar por alojarlos, darles de comer y vestirlos; o bien por inducirlos a engancharse en la armada o en el ejército, en alguna dirección o empleo particular que el mismo agente elegía; porque todo principio y toda norma de las contenidas en las instrucciones habían sido puestas de lado y violados, y el despilfarro y el desfalco habían consumido en Buenos Aires todo el dinero y los almacenes de provisiones enviados (de Inglaterra) para el establecimiento de Entre Ríos.

En esa misma mañana, y todavía temprano, fuí a casa del agente, que me recibió con extrema cortesía y me habló de todo, menos de negocios. Durante el resto del día estuve recibiendo informaciones (de distinta procedencia), de que la depredación continuaba y me enteré de que el agente había estado ven-

diendo las provisiones de nuestro depósito a ciertos individuos de Buenos Aires por poco más de la mitad de su valor. Para detener esta obra de devastación, visité a estos compradores, y a otros les escribí advirtiéndoles del mal empleo que se había hecho de nuestras mercancías; pero como ya las tenían con ellos, se sonreían de las consecuencias. Al proyectante y patrocinador de la Sociedad (como don S. Lezica se intitulaba a sí mismo), fui a visitarlo, pero estaba ausente en Chile; el otro Director, Don de Castro, alegó una desgracia de familia para no verme, y antes de que pudiera yo obtener una audiencia de don Bernardino Rivadavia, presidente de las Provincias Unidas, y artífice de la Emigración, me hallé con que nuestro agente había salido para la Ensenada, donde se guardaba el remanente de nuestros depósitos. Sospechando que el viaje del agente respondía a la idea de hacer desaparecer ese remanente, me decidí a seguirlo; pero esto último no pude hacerlo tan pronto como deseaba y tuve que esperar un día para obtener *una licencia* y alquilar dos caballos de posta.

Cuando los caballos fueron traídos a la puerta, en la mañana siguiente, hice presente al guía que el destinado a mí difícilmente podría llevarme encima, porque el pobre animal tambaleó apenas lo monté, pero el guía lo atribuyó a pereza y me aseguró que era el mejor caballo que tenía. Esto último, según lo comprobé después, era verdad, porque era el único animal que le habían dejado. A fuerza de rebenque y espuela me di maña para hacerlo andar hasta una legua de la ciudad, pero al último, el pobre animal cayó exhausto para morir. El guía desmontó con toda tranquilidad para sacarle mi recado, parte del cual colocó sobre su propio caballo. Después le dijo adiós al caballo moribundo con una andanada de palabrotas dándole un fuerte rebencazo, y estaba ya para subir a su caballo, pero yo me le anticipé en este movimiento y salté sobre su recado dejándolo en la alternativa de seguir a pie o de procurarse otro caballo en algún rancho vecino. Al principio se mostró muy violento y declaró que no podría encontrar otro caballo hasta llegar a la posta próxima, distante cinco leguas, y en cuanto a la vuelta a Buenos Aires, dijo que no había otro caballo en aquella posta; después de esta explica-

ción y algunos empeños por convencerme de que yo debía caminar como él (en lo que no tuvo éxito), levantó las riendas y la cincha y siguió a pie, en silencio, murmurando de vez en cuando: —*¡Diablo . . . estos ingleses!*

El pobre hombre, caminando trabajosamente a pie, estaba por completo fuera de su elemento y no pude menos que condolerme por su humillante mortificación, pero no al extremo de cederle mi cabalgadura. ¡Un gaucho a pie! El caminador, a pesar suyo, parecía desear que lo tragara la tierra sintiéndose herido por esa situación vergonzosa. En ese estado fué visto por algunas personas que lo conocían. Bajaba la cabeza avergonzado, y con mucho sentimiento contaba el episodio que le había llevado a tal situación, jurando al mismo tiempo que, de no ser por mis pistolas, no sería yo quien iría montado en su caballo. Después de seguir a mi lado (por cierto que nada cordial), como una media legua, encontramos una tropilla de caballos arreada por un muchacho en dirección a la ciudad. Mi guía en seguida trató con el muchacho para que le cediera uno, bastante bueno, al que le puso mi recado, y apenas lo monté, me pidió que pagara ocho pesos por él, pero yo no me creí obligado a esto último, y me puse al galope, negándome a tal petición; pagó él mismo y pronto me alcanzó; al llegar a la posta pintó con negros colores a los oyentes el mal trato que había recibido e insistió en que le fueran pagados los ocho pesos. Los amigos trataron de persuadirme de que, con arreglo a la costumbre, el guía tenía razón, pero como para mí era muy claro que la justicia estaba de mi parte, no hice caso de clamores, y rechacé todas las exigencias.

En mi viaje de vuelta a Buenos Aires, al día siguiente, pude ver al pobre animal que cayó conmigo, tirado donde lo dejé y casi devorado por los caranchos que, por centenares, se daban un festín con su osamenta.

Las primeras tres leguas de mi viaje a la Ensenada de Barragán, las hice a pocas millas de la costa del río. Desde allí pudo ver bastante bien, a distancia de tres leguas, el combate del 30 de julio entre la armada brasileña mandado por el almirante Norton y la de Buenos Aires comandada por el almirante Brown, combate en el cual ambas partes sufrieron

grandes pérdidas y Brown estuvo en gran peligro ¹⁰. Vi venir después a su buque completamente acribillado por las balas ¹¹ y no me satisfizo el oír que muchos de los agricultores enviados por nosotros habían combatido y muerto en esta batalla, a favor del gobierno de Buenos Aires. Después de pasar la segunda posta, tomamos el camino principal porque las lluvias habían inundado el camino del bajo poniéndolo intransitable. El campo era una llanura monótona y triste en todo el camino, hasta la Ensenada, salvo en la extensión de la última legua que formaba un solo pantano; el agua llegaba a la barriga del caballo. Durante este último paseo acuático, y al terminarlo, mis piernas se hallaban tan acalambradas por haberlas mantenido encogidas para evitar el agua, que con dificultad las volví a su posición natural. Al llegar a la Ensenada pude comprobar que nuestro fiel agente había llegado antes que yo para tomar las medidas necesarias con el encargado de los almacenes a fin de despachar diez carradas de artículos de comercio con destino a Buenos Aires esa misma noche; pero llegué en el momento oportuno para evitar ese hecho.

De vuelta a Buenos Aires tuve la buena fortuna de recibir por el paquete que había llegado el mismo día, un poder que me autorizaba para reemplazar este agente. Me había sido enviado para el caso de que diversos avisos llegados a los directores en Londres sobre faltas cometidas por los directores y el agente de Buenos Aires, se probara que fueran ciertos. Me valí del poder en seguida, anulando públicamente el nombramiento del agente y solicitando del Consulado que se procediera al embargo de todos los bienes pertenecientes a la Sociedad que permanecían en su poder. Mi petición ante el Consulado había permanecido desatendida ocho días, cuando nuestros dignos directores de Buenos Aires, Lezica y Castro, presentaron una petición con objeto de que se procediera a su favor al secuestro de los efectos de la Sociedad, y tal cosa les fué concedido *jese mismo día!* Estos caballeros habían considerado los efectos de la Sociedad como su legítimo botín

¹⁰ Combate de Quilmes. 30 de julio de 1826. (N. DEL T.)

¹¹ La fragata "25 de Mayo". (N. DEL T.)

desde el momento en que llegaron al puerto. Durante los diez meses que permanecí en Buenos Aires, no cesé un momento de insistir ante el Consulado para que me ayudara, compeliendo a estos directores y al agente a rendir cuenta de los fondos y provisiones encomendados a su custodia para un objeto especificado, a saber la ayuda a aquellos emigrantes escogidos para establecerse en nuestro campo. Pero todo fué en vano. Una orden fué expedida, por cierto, por el Consulado, a fin de que el agente rindiera cuentas en el plazo de un mes, pero aquel se rió de la orden, y el Consulado nada hizo para que se cumpliera. Hasta hoy no se ha rendido cuenta alguna ni el Consulado ha tomado ninguna decisión para la restitución del resto de nuestros bienes como se solicitara; pero cuando dejé el país, estos despojos que yo había rescatado de manos de nuestros agentes, permanecían deteriorándose en los depósitos, si no en poder de los agentes del gobierno y falsos amigos de la Sociedad, señores Lezica y de Castro, por lo menos sujetos a su influencia.

Como podrá fácilmente imaginarse, no dejé de reclamar la mediación del Presidente de la República y *soi-disant* amigo personal de nuestra familia, don Bernardino Rivadavia, para salvar lo restante de nuestros bienes y para prestar a los emigrantes la ayuda que les había sido prometida en las publicaciones que el señor Rivadavia hizo circular por toda Europa. Así que volví de la Ensenada, solicité una audiencia para entrevistarme con este personaje, la que me fué concedida, y se me fijó la hora en que habría de recibirme. Esta augusta ceremonia merece una especial descripción.

A la hora indicada, concurrí con toda puntualidad a ver al Presidente, a quien, para mi desgracia, había tenido ocasión de ser presentado en Londres y de conocer por sus actos en Buenos Aires. Al presentarme en la residencia de S. E., en el Puerto, su *aide-de-camp* me recibió con uniforme de gala. Le entregué mi tarjeta y me pidió que esperara en la antesala hasta que S. E. pudiera recibirme; esta espera se prolongó por casi una hora y durante este tiempo el caballero de uniforme hizo cuanto pudo, muy seriamente, por averiguarme cuanto yo había observado en Montevideo. Hasta que final-

mente alguien le comunicó que S. E. había quedado libre. El preguntante desapareció en seguida con mucha prisa y después de hacerme aguardar todavía un cuarto de hora, volvió para acompañarme a la sala de audiencias donde me dejó solo esperando la llegada del Presidente. Pero como yo sólo esperaba ver al Señor Rivadavia, a quien con tanta frecuencia había estrechado la mano en Londres y con quien había bromeado en la mesa de mi padre, no sentí como debía, quizás, haberlo sentido, el temor reverencial de su presencia.

El tintineo argentino de una campanilla en la sala contigua despertó mi atención, cuando, he aquí que se abrió la puerta con solemne lentitud y vi al Presidente de la República, avanzando gravemente y en actitud tan majestuosa, que era casi sobrecogedora. El estudiante, en el *Devil on two sticks* no habrá sentido, a la apertura de la redoma, la sorpresa que yo sentí al ver al Señor Rivadavia ¹². El más mínimo pormenor relativo a un grande hombre, resulta generalmente interesante para el público, por lo que no considero fuera de lugar una corta descripción de la figura y el continente de S. E.

Don Bernardino Rivadavia parece hallarse entre los cuarenta y los cincuenta años de edad, tiene unos cinco pies de alto y casi la misma medida de circunferencia; el rostro es oscuro, aunque no desagradable y revela inteligencia; por sus facciones parece pertenecer a la antigua raza que en otros tiempos tuvo su morada en Jerusalem. Vestía una casaca verde, abotonada *à la Napoleon*; sus calzones cortos, si puede llamárseles así, estaban ajustados a las rodillas con hebillas de plata; y el resto escaso de su persona, cubierto con medias de seda y zapatos de etiqueta con hebillas de plata; el conjunto de su persona no deja de parecerse a los retratos caricaturescos de Napoleón; y en verdad según se dice, gusta mucho de imitar a ese célebre personaje en aquellas cosas que pueden estar a

¹² El estudiante de *El Diablo Cojuelo*, la novela de don Luis Vélez de Guevara, imitada por Le Sage con el nombre de *Le Diable Boiteux*. Los ingleses le llaman *The Limping Devil* o *The Devil on two sticks*. El diablo, encerrado en una redoma, es liberado por el estudiante Cleofás Leandro Zambullo. Rasgo satírico de Beaumont contra Rivadavia. (N. DEL T.)

su alcance, como el corte y color de su levita o lo hinchado de sus maneras. Su Excelencia avanzó lentamente hacia mí con sus manos unidas atrás, a la espalda; si esto último lo hacía también por imitar al gran hombre o para contrabalancear, en parte, el peso de la barriga, o para resguardar su mano del tacto impío de la familiaridad, cosas son igualmente difíciles de determinar y de escasa importancia. Pero Su Excelencia avanzó con lentitud, y con un decidido aire protector me dió a entender en seguida que el Señor Rivadavia, de Londres, y don Bernardino Rivadavia, Presidente de la República Argentina, no debían ser considerados como una sola e idéntica persona.

Después de los estrictos saludos de rigor, me apresuré a exponer a Su Excelencia la penosa desilusión que los amigos de su país en Inglaterra, debían experimentar por el falseamiento de aquello en que habían puesto sus justas esperanzas. Me tomé la libertad de recordarle sus promesas de ayuda eficaz y las expresiones de gratitud nacional que nos habían sido prodigadas en Inglaterra para inducirnos a exponer nuestro capital y nuestra diligencia en la obra de promover la emigración hacia las playas argentinas. Le hice notar la mala aplicación que se había hecho del dinero y de las provisiones enviadas por nosotros como ayuda para los emigrantes elegidos para establecerse en nuestras tierras. Le hice presente asimismo que no había podido obtener explicaciones del agente que, subordinado a los señores Lezica y Castro, había estado a cargo de los almacenes y retenía también, según lo creía yo, gran parte del dinero; ni tampoco las había obtenido de dichos señores; le pedí que me ayudara a conseguir de estos señores por lo menos una rendición de cuentas y que me prestara su apoyo en el sentido de rescatar de sus garras el resto de nuestro patrimonio. También le expuse mi esperanza de que él habría de inducir a su comisión de emigración a reembolsar lo adelantado por nosotros para el pasaje de los emigrantes con arreglo a los ofrecimientos anunciados y al contrato del señor Lezica. Porque siempre se consideró muy dudoso que los emigrantes hubieran de preferir quedarse en el establecimiento rural; se sabía que los altos

salarios y otros atractivos de Buenos Aires les moverían a preferir la ciudad, y las instrucciones despachadas decían que, en caso de hacer eso, debía tolerárseles; y le pregunté cuándo el gobierno daría la orden de pagar el dinero invertido en el pasaje, según su público ofrecimiento y las seguridades dadas en el contrato del señor Lezica, extendidas a doscientas familias. Mientras yo exponía estas cosas, sometiéndolas a la decisión de S. E., era frecuentemente interrumpido por él con preguntas de irritante frialdad: *¿Y cómo están las señoras? . . . Espero que su Señora Madre se encontrará bien . . . Su padre ha tenido poca fortuna en este negocio . . .*

Cuando, a pesar de todo, se agotó el repertorio de las benévolas interrogaciones, alegó sus numerosos compromisos y me pidió que hablara con sus ministros; los ministros hablarían con él y también hablaríamos todos juntos después. Luego fué a la pieza contigua e hizo sonar su campanilla de plata. Cuando apareció otra vez, venía acompañado por el señor Olivera, Secretario del Ministro Agüero, a quien fuí presentado por él y a quien dijo que hiciera cuanto le fuera posible en mi favor. Pero aunque este caballero siempre se condujo con gran cortesía personal, ni de él, ni del Presidente, ni de ningún otro miembro del Gobierno, pude conseguir el menor darme de ayuda o reparación.

CAPÍTULO VII

Persecución y saqueo sufridos por los colonos de Entre Ríos de parte de las autoridades provinciales. — Viaje por tierra a la colonia de Entre Ríos. — San Pedro. — Santa Fe. — La Bajada. — Gualaguaychú. — Llegada a la colonia. — Amenazas de robo. — Vuelta precipitada a Buenos Aires. — Viaje por el Uruguay arriba hasta la colonia de Entre Ríos. — Alarmas. — Paisaje en el río. — Estado de la colonia. — Traslado de los pobladores. — Detenido por las partidas provinciales. — Prisión soportada en Arroyo de la China. — Ejemplos de procedimientos judiciales y militares. — Llegadas [de personajes]. — Recibimiento al gobernador. — Regocijos. — Lealtad y rebelión. — Tramoyas de las autoridades para extorsionar. — Acusaciones falsas. — Un cómico proceso. — Crecidas multas por la absolución. — El último peso por la libertad. — Viaje de vuelta a Buenos Aires.

Poco después de celebrada mi audiencia con el Presidente, el 14 de agosto de 1826, llegó a Buenos Aires un grupo de los colonos de Entre Ríos para quejarse ante mí de que ya no les era posible permanecer por más tiempo en aquel sitio porque, hacía meses, el gobernador de la provincia les había impedido trabajar, y desde entonces los ganados y provisiones les habían sido sustraídos y llevados clandestinamente; que las haciendas fueron arreadas fuera del campo y se veían ellos privados hasta de sus herramientas y enseres; que no había que pensar en una reparación legal y, a menos que ellos se defendieran con la fuerza, deberían someterse a que les sacaran las ropas

con que se cubrían. Agregaron que todos los colonos pedían la ayuda necesaria para ser puestos en condiciones de trasladarse a Buenos Aires.

El pillaje de nuestros bienes que estaba llevándose a cabo en Buenos Aires y sus inmediaciones, hacía necesaria mi permanencia en ese lugar mientras existiera la posibilidad de salvar cualquier cosa, y así, resolví comisionar a uno de los emigrantes (en quien podía confiar) para hacer el viaje por tierra, provisto de mil pesos, a fin de aliviar las necesidades más apremiantes de los colonos y con instrucciones para indagar si la intermisión y las molestias de que eran víctimas por parte de las autoridades provinciales, podrían ser allanadas en lo futuro. En caso contrario debía buscar la mejor forma de sacar a los colonos de sus tierras. Con arreglo a esta disposición, aquella persona se puso en camino pocos días después, y al cabo de una quincena, recibí una carta escrita el día mismo de su llegada a la colonia, en la que me confirmaba las noticias recibidas anteriormente sobre las intermisiones y el pillaje de que habían sido víctimas los colonos; pero hablaba en términos entusiastas de la belleza y fertilidad de las tierras, de la precocidad de los cultivos hechos por los pobladores, y expresaba al mismo tiempo el convencimiento de que estos últimos podrían soportar algunos meses más con los fondos que poseían, y que en su opinión todo podría marchar bien aún, siempre que las autoridades del lugar no molestaran a la gente. Estas noticias me levantaron mucho el ánimo y me dieron la esperanza de que quizás pudiera obtener de los señores Jones y Lezica el arreglo de las cuentas antes de trasladarme en persona al establecimiento de Entre Ríos. Pero, dos días después de recibida la susodicha carta, fui sorprendido por la aparición del comisionado en persona a la puerta de mi casa. Tanto él como su cabalgadura estaban cubiertos de barro, y las ropas del primero —ridícula mezcla de indumento *gaucho-inglés*— muy deshechas. Su informe me convenció de que todo empeño ulterior para llevar adelante la colonia debía terminar en desengaños y pérdidas para todos y en situaciones peligrosas para los colonos, como asimismo de que no debía perderse tiempo en trasladar estos últimos a Buenos

Aires. Como la relación del viaje del comisionado por tierra hasta nuestros establecimientos no carece de interés, voy a registrarla casi con sus mismas palabras. Al salir de San Pedro en dirección a Santa Fe, pudo advertir que las riberas del río eran más altas y los pastos no tan ricos como en la parte más meridional del mismo río, pero, con todo, no de mala calidad. A Santa Fe la describió como un pueblo grande y bastante poblado; las autoridades se mantenían por completo independientes de la jurisdicción de Buenos Aires y no querían aceptar el papel moneda ni la moneda de cobre de esta última ciudad. En consecuencia se vió obligado a volver a la provincia de Buenos Aires para cambiar algunos de los billetes que tenía, por pesos fuertes. Otra vez en Santa Fe, cruzó el río Paraná en un bote hacia la Bajada, una de las capitales de la provincia de Entre Ríos¹, pueblo de alguna extensión aunque no muy limpio. Aquí tomó un guía y dos caballos para llegar a la colonia inglesa, situada en el límite opuesto de la provincia, exactamente sobre el mismo paralelo, 31°40', y a distancia en línea recta de unas setenta leguas, pero se interpone [entre Paraná y la colonia] una gran región desierta y agreste llamada "el monte de Montiel". Esta región cubierta de pantanos, matorrales y árboles pequeños, se extiende de norte a sur en la provincia y tiene unas quince leguas de ancho, al este de la Bajada. Por esta razón el mensajero se vió obligado a desviarse hacia el sur, unas treinta leguas, en dirección a Nogoyá, pueblo pequeño este último situado en las márgenes de un arroyo que nace al norte de la provincia y corre directamente hacia el sur, hasta desembocar en el Paraná. Desde esta población siguió unas cuarenta leguas hasta Gualaguaychú, a orillas de otro arroyo navegable, ya cerca de su desembocadura en el Uruguay, y desde esa ciudad tuvo que andar veinte leguas más, para llegar a la villa del Arroyo de la China. Otras veinte leguas tuvo que hacer siempre a caballo para alcanzar el establecimiento inglés, situado entre los riachos Palmar y Yerúa. Durante todo

¹ Durante muchos años la capital de Entre Ríos estuvo alternativamente en Paraná o en Concepción del Uruguay. (N. DEL T.)

su viaje de más de cien leguas anduvo entre pastizales exuberantes. En las primeras ochenta y cinco leguas el campo era uniformemente bajo y a veces estaba inundado, pero, a partir del Arroyo de la China hacia el norte, presentábase muy ondulado y el paisaje mucho más agradable.

Al llegar a la colonia fué recibido muy cordialmente por los pobladores. Halló que habían arado unos cincuenta acres de tierra, cuya mitad estaba sembrada de trigo, que, con varias otras semillas y hortalizas, crecían de manera muy promisoría. Muchos colonos habían edificado y también construido cercos; pero la gente ya estaba resuelta a abandonar el lugar y no sin buenas razones. Desde el tiempo en que llegaron habían sido estorbados y molestados y padecido depredaciones, tanto por parte de personas con cargo oficial como por algunos individuos desahorados. Poco después de llegados, el comandante Don Ricardo Lopéz Jordán les había prohibido continuar todo trabajo y empresa en la colonia como se había ya dispuesto. Aunque la suspensión de los trabajos por dos meses importó una grave pérdida si se considera que estaban en primavera, estación esta en que debían tener ya sembradas las semillas, los colonos reanudaron sus labores con ánimo y diligencia una vez obtenido el permiso para hacerlo así, al acabar ese período. Antes de terminar el mes, sin embargo, fueron nuevamente detenidos en sus trabajos, preguntándoseles qué autoridad les había permitido entrar en el país. La calurosa invitación del gobierno de la provincia a los emigrantes, sus ofertas de ayuda y de privilegios a los pobladores, fueron en vano traídas a la memoria de quienes hacían tales preguntas. Pero nada de esto se tuvo en consideración; fué tenido como meras palabras y se repitió la pregunta exigiendo que los pobladores compraran un permiso o autorización. Pero esto no fué todo. Mr. Jones había puesto los almacenes y las herramientas en manos de un don Rufino Falcón, su cuñado, y los colonos tenían que sufrir la mortificación de ver cómo los naturales del país se alzaban de continuo con estas cosas mientras ellos no las podían adquirir (de él) sino mediante precios exorbitantes. Desde la ratería y la malversación, los opresores pasaron a medidas de expoliación más graves; la

persona a quien Mr. Jones había designado para dirigir a los colonos, hizo trasladar estos últimos desde su asiento hasta la Calera, punto distante unas tres millas, con el pretexto de una comunicación que deseaba notificarles allí; y mientras los entretenía de tal manera, una partida de nativos comprometida por él al efecto, les arreaba casi toda la hacienda, consistente en unos novecientos caballos y yeguas, ochenta bueyes mansos, cuarenta vacas lecheras, aparte de otros animales vacunos.

Cuando llegó mi mensajero, comprobó que los colonos habían sido privados de sus almacenes y hasta de sus últimos bueyes; y al ver esto se fué a caballo en seguida a la estancia de un vecino, el coronel Ruspino, de quien adquirió cinco novillos para los colonos, y dos de los animales fueron sacrificados sin tardanza. En la mañana siguiente se sintió sorprendido al comprobar que los tres novillos restantes habían sido nacidos del corral en que estaban encerrados y que no se tenían noticias de ellos. El encargado dijo que sin duda los habían robado durante la noche, pero al llegar mi comisionado a casa del coronel Ruspino para comprar otros animales, vió los tres novillos comprados al coronel tres días antes, en uno de los corrales de la estancia. Ruspino negó que fueran los mismos, y se negó a devolvérselos; pero varios de los colonos pudieron verificar la identidad de los animales, y uno de ellos confesó que el mismo encargado le había pedido que le sacara del corral y los arreara, prometiéndole la mitad del dinero en que habían sido vendidos, si así lo hacía. Este colono informó también que por algún tiempo se había tramado una conspiración para alzarse con todos los bienes de la Sociedad; que el encargado, asociado con Domingo Calvo, Presidente del Tribunal de Comercio de Arroyo de la China, el coronel Ruspino y Rufino Falcón, partirían por igual las ganancias, y que a él (el colono) le habían ofrecido una participación si quería unirse a ellos. Agregó que un don Mateo García, Comandante de la Provincia y pariente cercano de Jones y Rufino, era enemigo declarado de la colonia inglesa y había manifestado públicamente que ella no debía continuar.

Cuarta vez que mi comisionado estuvo en Arroyo de la China

para cambiar un billete de cien pesos, Domingo Calvo, Presidente del Tribunal de Comercio, hizo conocer al colono que había dado la supradicha información (y en quien tenía confianza) una carta recibida de Rufino Falcón, en la que decía que los colonos ingleses le habían asaltado la pulpería (porque este hombre había convertido los almacenes de la Sociedad en pulpería propia) y al mismo tiempo requería la ayuda militar. El tal asalto era una mentira y así debía sobreentenderse, pero la ocasión para la ayuda militar resulta muy inteligible si se sabe y se tiene en cuenta que Calvo dijo también al colono confidencialmente que mi mensajero debía ser tomado preso y le preguntó cuánto dinero tenía y en qué bolsillo lo llevaba. Mi mensajero después de esta revelación y de otros informes parecidos, no tuvo duda sobre la calidad de la gente entre la cual había caído, y se convenció de que, si se quedaba un tiempo más, sería despojado del dinero que llevaba para ayudar a los pobladores ingleses y se vería en la imposibilidad de beneficiarlos en manera alguna; de ahí que les dejara doscientos cincuenta pesos como auxilio temporario y montara su caballo para alejarse de allí. Parece que sus aprensiones no eran infundadas, porque, ya en retirada, comprobó que era perseguido por tres peones que galopaban tras de él siguiéndole a buena velocidad y, según se acercaban, iban evidentemente preparando los lazos; hasta que por último les hizo frente apuntándoles con sus dos pistolas de arzón y les juró que los mataría si no se alejaban en seguida. Tal respeto imponen las armas de fuego en manos de un hombre resuelto, que así lo hicieron, sin entrar en ninguna discusión; y él no disminuyó, con todo, la marcha que llevaba, hasta que se vió totalmente fuera de la provincia. En este viaje de ciento cinco leguas, vió caer cinco caballos bajo él, y como no cambió de ropas hasta que hubo llegado a mi puerta en Buenos Aires, el estado lastimoso de sus vestidos daba fácilmente cuenta de todo. Estas noticias confirmaron de tal manera mis anteriores dudas sobre la posibilidad de mantener una colonia inglesa en aquella provincia, que resolví al punto marchar a Entre Ríos para llevar los colonos a Buenos Aires, donde individualmente estarían por lo menos al amparo de algunas leyes —algo que, al

parecer, no existía ni siquiera de nombre en la otra provincia, o si existe es solamente para dar carácter legal a los hechos de los bandoleros.

A fin de poner en efecto este traslado, hice diversos pedidos de ayuda al Presidente Rivadavia: pedí prestada una de las varias balandras pertenecientes al gobierno que estaban inactivas en el puerto y solicité que se me proveyera de fondos suficientes, ya fuera de conformidad con los públicos ofrecimientos hechos a todos los emigrantes, de conformidad también con el contrato del señor Lezica, o por cuenta de las 6020 libras que el gobierno adeudaba a mi padre; pero un mensaje verbal del secretario del Ministro según el cual no podían facilitarme ninguna balandra ni dinero alguno, fué la única respuesta que pude obtener. El resultado de mis pedidos al gobierno no fué otro —en verdad— que el que yo me esperaba. Pero yo no podía dejar a los pobladores expuestos al pillaje y a la miseria. Algo tenía que hacer por ellos, cualquiera fuera el riesgo y el gasto a que me expusiera. En consecuencia, alquilé una balandra de cincuenta toneladas con el objeto de viajar a Entre Ríos y traer a los pobladores aguas abajo; convine en pagar seiscientos pesos por el flete y di una fianza de tres mil pesos al propietario para el caso de que el barco cayera en poder de los brasileños, circunstancia esta última muy temida en aquel tiempo por los propietarios de barcos en Buenos Aires. Contra este peligro traté de defenderme con los únicos medios a mi alcance, a saber: pedí al cónsul inglés un certificado para ser exhibido ante quien pudiera detenerme durante el viaje, certificado en que constaba la necesidad en que me hallaba de seguir adelante y en el que se pedía no interrumpir mi itinerario, declarándose que todos éramos súbditos ingleses, exentos de ninguna vinculación con los asuntos políticos del país. Aunque esto no constituía una protección muy segura para nosotros, creíamos, con todo, que podía pesar en el ánimo de los brasileños porque ellos afirmaban que no éramos considerados enemigos; pero no era bastante, sin embargo, para salvarnos de consecuencias continuas y desagradables si éramos llevados a los cuarteles ge-

nerales brasileños de La Colonia y Montevideo en caso de toparnos con algunos de los barcos de corso en el río.

El barco que habíamos alquilado acababa de llegar con una carga de caí viva que el propietario se proponía descargar en tres días, pero pasaron siete días para que fuera descargado el último saco y durante ese tiempo nos hizo esperar con diversos pretextos; un día era un embargo en el puerto, otro la Aduana no estaba abierta, y no habían podido obtener el despacho de Aduana; un octavo día fué perdido por falta de marineros porque no podía encontrar ninguno dispuesto a exponerse a un encuentro con los brasileños. Por último, reunimos tres, decididos a correr cualquier riesgo: el patrón o capitán, oriundo de Gibraltar; un portugués viejo que hacía de cocinero y otro más, europeo también. De conformidad, llevamos al barco buen acopio de galleta para los colonos y alguna carne fresca, *charqueada* para nosotros y que debíamos poner en sal.

El capitán y los marineros se comprometieron a estar preparados para partir, un sábado, el más próximo, por la mañana. Sin embargo, valiéndose de diversos pretextos, no se presentaron a bordo hasta las cinco de la tarde y todos estuvieron de acuerdo en que el viento soplaba mal y en que nada podría hacerse esa noche. Aunque esto era visiblemente falso, me fué imposible, ni con amenazas ni promesas, decidirlos a partir, y hube de resignarme a pasar la noche a bordo con dos de los emigrantes que me acompañaban. Arrepentidos de su compromiso, los marineros intentaron más de una vez irse a tierra, a lo que me opuse porque bien se me alcanzaba que no habría de verlos más. Para evitarlo me vi obligado a quedarme sobre el puente sin dormir casi toda la noche. Por la mañana traté de descansar, pero antes de poco fuí despertado por un violento golpe dado contra uno de los lados del barco; salí al puente y me encontré con que los hombres habían bajado el bote e iban a dejarnos en tranquila posesión de la balandra; el tercero de ellos ponía ya el pie cuando aparecí sobre el puente; saqué al punto mis pistolas y amenacé con matarlos en el mismo bote si osaban alejarse de nosotros; con lo cual, después de una breve consulta, accedieron en volver a bordo, observando, sí, que la suerte de morir en de-

terminadas condiciones, era, con todo, menos agradable que caer en manos de los brasileños. Esto ocurrió el 1º de octubre. En seguida levantamos anclas y favorecidos por un buen viento, en pocas horas pasamos a dos millas de Las Vacas. Poco después, costeamos la isla de Martín García (*rendez-vous* de los brasileños) ² y las islas de las dos Hermanas; a las cinco casi habíamos llegado a la altura de Punta Gorda, cuando el viento se nos puso de proa y nos vimos obligados a echar el ancla, porque los bajíos y restingas no permitían navegar de bolina. Y en consecuencia nos quedamos ahí, con gran desagrado, y en expectativa de que nos visitara alguna goleta brasileña en cuyo caso hubiéramos tomado la ruta de La Colonia o Montevideo. Y esta era la consecuencia menos desagradable que hubiéramos podido esperar de un encuentro con los brasileños. La posibilidad de caer en su poder infundía temor a todos; los marineros me echaban en cara el haberlos traído a tal peligro y por sus miradas inquietas hubiérase dicho que oían ya silbar las balas cerca de sus orejas. En esta situación nos vimos obligados a permanecer durante los dos días siguientes a la vista de las islas que —según se decía— estaban llenas de brasileños y solamente nos hallábamos a dos horas de marcha hasta Punta Gorda. Traspuesto este lugar, según todos los cálculos, hubiéramos estado fuera del alcance del enemigo. Por la mañana del primer día, después de haber anclado, descubrimos una vela que se venía en dirección a nosotros y los marineros estuvieron de acuerdo en que debía ser un barco brasileño porque venía directamente aguas abajo y no trataba de apartarse, pero cuando atravesó el angosto canal de Punta Gorda, y vino a la parte más ancha del río, se apartó en seguida y entró en un riachuelo de la Boca del Guazú, sobre la parte occidental del río, probablemente por temor y tan feliz de haber escapado, como lo estábamos nosotros por que él se alejara de aquel lugar. En la mañana del tercer día, a eso de las nueve, el viento empezó a mejorar para nosotros y, siguiendo camino, pasamos más allá de Punta Gorda; en este lugar la tierra está a unos 25 pies

² Aquí hay un error. Antes pasarían por Martín García. (N. DEL T.)

sobre el nivel del río y ostenta hermosas arboledas en sus orillas; la costa opuesta no era tan alta ni tampoco agradable. En la misma tarde hallándonos cerca de Fray Bentos (ángulo saliente de la costa diez leguas más arriba) descubrimos a sotavento dos lanchas con todas sus velas desplegadas, tratando de barloventear con alguna intención, y, según creíamos, para perseguirnos. Por la clase del barco y su afán evidente de llegar hasta nosotros, no dudamos de que se trataba de dos cañoneros brasileños, porque los hombres de Buenos Aires, por entonces, no tenían barcos río arriba. Los marineros no esperaron órdenes para ponerse a toda vela: durante dos horas corrimos con alguna dificultad hasta que el viento nos favoreció mientras el enemigo no podía salir del abra en que se hallaba. Por eso en una hora pudimos distanciarnos bastante y en otra hora los perdimos de vista con toda felicidad. En la mañana siguiente estuvimos arriba de Fray Bentos, especie de promontorio o acantilado, en apariencia de arena amarilla, a unos treinta pies del río y coronado por variedad de árboles y arbustos. Algunas millas más adelante, la costa es más baja; en estas inmediaciones pudimos ver un gran tigre que salió de entre los arbustos y después de mirarnos con aire indiferente se puso a caminar a lo largo de la orilla en dirección opuesta a la que llevábamos. Estuvimos por saludarlo con uno o dos tiros, pero como, en rigor, nada nos había hecho, dominamos ese primer impulso. Al caer la tarde, ya la navegación se hizo entre islas y fuimos así desde ese momento hasta llegar al Arroyo de la China. En esas inmediaciones quedamos durante seis días por no haber viento suficiente, y si hubiéramos andado en busca de cosas pintorescas y no acudiendo en ayuda de nuestros emigrantes, en verdad la tardanza hubiera sido bien compensada con la contemplación del paisaje y las distracciones que aquellos lugares proporcionan. La primera isla a la que llegamos nos tentó a bajar: era pantanosa y cubierta de altos pastos y juncos, tan espesos, que se hacía imposible avanzar entre ellos, como no fuera por las sendas peligrosas abiertas por los tigres cuyas huellas señalaban pasos muy practicables. Entramos por ellas recorriendo una distancia de algunos cientos de yardas y des-

pués de haber matado algunos pájaros sin encontrar nada nuevo ni interesante, pero observando, sí, huellas manifiestas de tigres que habían andado poco antes por allí, el entusiasmo empezó a disminuir y pensamos que las islas vistas desde el barco resultarían más agradables que en su interior, expuestos como estábamos a una seria querella con los tigres.

Y, en consecuencia, volvimos a bordo detrás de los marineros que habían recogido leña suficiente para hacer fuego. De vez en cuando bajábamos en alguna otra isla, pero eran todas iguales por lo general, muy pantanosas y tan cubiertas de árboles espinosos y de malezas, plantas trepadoras y cañas, que rara vez arriesgamos alguna entrada sin menoscabo de las ropas y también de nosotros mismos; pero si no pudimos sacar gran placer del contacto con las islas, el paisaje, en cambio, era bellissimo. El río parecía formar lagos porque sus orillas se confundían, a la vista, con las riberas de las islas; y el brillante plumaje de innumerables pájaros que volaban con rapidez bajo el sol o andaban de caza en el mismo río, ofrecían una sucesión de escenas cambiantes y sucesivas exquisitamente agradables; nos divertimos cazando patos, palomas, pavas del monte (que abundan mucho en estas islas y constituyen manjar excelente). Como habíamos consumido la carne, la sustituimos con ventaja, y como teníamos cuantos peces queríamos, nunca faltaron comestibles. El pez preferido era el dorado, y otro pequeño, parecido a la sardineta pero no de tan buen sabor y más espinoso; a éste último lo pescábamos con caña mediante un alfiler doblado que picaban apenas echábamos el hilo³. La temperatura, durante todo el viaje, se mantuvo muy calurosa, y la limpidez y profundidad del agua nos inducía diariamente a tomar un buen baño. Después de salir de las islas que terminan cerca de Arroyo de la China, un viento muy favorable nos llevó hasta menos de doce millas de La Calera, pero nuevamente cambió y otra vez estuvimos detenidos y anclados por espacio de dos días. Durante esta última detención hicimos una excursión de varias millas por el interior de la Banda Oriental. Subimos la

³ Las mojarras. (N. DEL T.)

barranca, de unos treinta pies de altura sobre el agua y que estaba, en la cuesta como en el borde más alto, cubierta de árboles que proveyeron de leña al marinero mientras hacíamos la ascensión. El campo era muy agradablemente ondulado y cortado por pequeños arroyos con márgenes bien arboladas y de excelentes pastos. Había venados, avestruces y perdices que aparecían en gran número. Pero hacía tanto calor, que no teníamos ánimo para cazar. En la marcha de seis a ocho millas que cumplimos no encontramos un solo rancho ni señal alguna de que la tierra estuviera habitada por el hombre. Volviendo a la balandra, recogimos dos docenas de huevos de avestruz que nos proporcionaron comidas excelentes.

Por último, en la mañana del 13 de octubre, al volver un recodo del río, estuvimos de pronto a la vista del asiento de La Calera, a distancia de una milla más o menos. Un sitio prominente de la barranca indicaba el punto del asiento que luego ofreció a la vista varios edificios. La capilla, los almacenes, la casa del agrimensor y dos caleras en ruinas se destacaban entre lo demás. No tardamos en ser descubiertos por unos veinte pobladores que empezaron a dar voces de regocijo y entraron en el agua para ayudarnos a desembarcar. Ya en esta operación, no se mostraron morosos para comunicarme varias de sus quejas. Desde el tiempo en que llegaron habían sido hostilizados y saqueados por los supuestos amigos de la provincia, más aún que por los brasileños; estos últimos se les habían alzado con los barcos, pero los primeros, por atentados sucesivos, los habían hecho víctimas de hurtos y de pillajes hasta llevarles todo lo que tenían. Ni las leyes ni las autoridades de la provincia les daban protección alguna, antes bien, al otorgar una escarnecedora sanción legal a las expoliaciones de oficiales pelafustanes, inhibían a los colonos para usar los medios naturales de defensa de la propiedad, en cuya posesión estaban, y los colocaba en una situación mucho peor que si no hubiera habido ninguna clase de gobierno o si hubieran tenido su asiento entre los indios salvajes.

En consecuencia, viendo que no podrían de ninguna manera sacar provecho de su trabajo y que estaban incomunicados con las ciudades vecinas por causa de la guerra, ha-

bían resuelto interrumpir todo trabajo en el asiento y abandonarlo; y ahora preparaban el viaje a caballo, que debían emprender al día siguiente, vía Santa Fe, hasta Buenos Aires. Por fortuna llegué a tiempo para disuadirlos de hacer este penoso viaje y dispuse que el grupo de La Calera hiciera sus preparativos para salir embarcados con sus efectos lo más pronto posible. Luego me apresuré a ir desde La Calera hasta el establecimiento agrícola que estaba en sus comienzos a una distancia de tres millas. Aquí me encontré con unas veinte personas sentadas en sus casuchas sin hacer nada; tenían algunos sembrados de cereales y huertas de legumbres en cultivo; pero como estaban ahora resueltos a trasladarse a Buenos Aires, habían interrumpido todo trabajo. Se mostraron muy contentos al saber que había llegado un barco para llevarlos y al punto empezaron a recoger los pocos muebles que tenían y a trasladarlos en carros o a rastras al embarcadero. El camino de La Calera hasta la colonia atravesaba un bosque de palmeras que se extiende desde el río Uruguay hasta varias millas al interior; la parte que cruzábamos comprendía unas dos millas y era para nosotros un paseo a caballo agradableísimo. Las palmeras con sus copas daban una sombra tan densa que nos defendían de los rayos del sol; el suelo, libre de malezas, ostentaba un césped verde y suave, y miles de pájaros de hermosas plumas alegraban el ramaje. Antes había habido por aquí piaras de cerdos que engordaban con los dátiles caídos de las palmeras, pero esos cerdos han sido exterminados, al parecer, y solamente quedan unos poco avestruces y venados, de los numerosos habitantes que otrora poblaron el palmar.

Cuando me puse a considerar el aspecto magnífico de estos campos y experimenté su clima delicioso, cuando vi el suelo tan fértil, tan rico, recientemente arado, el mismo suelo de casi toda la región, cuando contemplé los cereales en diversos grados de progreso, lozanos y prósperos, los productos de la huerta, todos de la mejor calidad, y los durazneros, los membrillos, las higueras en floración o en fruto; cuando eché de ver las casitas limpias y los cercados que habían comenzado a edificar los pobladores, y que, a no ser por la perversidad

de algunos trapisondistas, hubieran ido progresando con todo éxito, me costó mucho resolverme a abandonar un sitio tan espléndidamente dotado por la naturaleza y sobre el cual, con tan poco esfuerzo los pobladores y sus descendientes hubieran podido vivir en la felicidad y la abundancia; pero el miserable estado político del país y la felonía de sus gobernantes, adulteraban los dones del Omnipotente y hacían absolutamente imposible nuestra permanencia en aquel lugar.

Habían pasado treinta horas desde mi llegada a La Calera y ya tenía yo a todos los emigrantes con sus enseres a bordo de la balandra. Mientras ellos poco a poco se embarcaban, fuí a la pulpería de Rufino para preguntarle con qué autorización había despojado a la gente de sus herramientas e instrumentos de labranza y se jactaba de haberse quedado con ellos. Este hombre se negó en un principio a darme cualquier explicación; pero como le dijera que, de no hacer presente algún poder o autorización yo habría de abrir a la fuerza su negocio, y habría de llevarme lo que era de nosotros, me mostró una orden emanada de don Domingo Calvo, como Juez de Arroyo de la China, fundada en una petición del señor Lezica, expedida desde Buenos Aires, sobre embargo de todos los bienes pertenecientes a la Sociedad. Ante esta orden, aun inicua como era, me sometí en seguida, contra la opinión de muchos de los emigrantes que se sentían fuertemente inclinados a saquear el almacén y hacer una fogata con los bienes que nos habían tomado, en caso de no poderlos rescatar. Mientras se hinchaban las velas y nos deslizábamos sobre el agua, después de abandonar la colonia, no obstante todos los disgustos y pérdidas que me había ocasionado (a mí y a muchos queridos amigos) no pude menos de:

"Cast a longing lingering look behind" ⁴.

Esta colonia, tan deseable por su naturaleza, sobre la que se habían levantado tan fundadas y bellas esperanzas, por la cual se habían gastado miles de libras esterlinas y por

⁴ Echar una larga y anhelante mirada sobre lo que dejaba detrás de mí.
(N. DEL T.)

cuyo adelantamiento había cruzado yo de una parte a otra del mundo, hubo que abandonarla apresuradamente después de algunas horas de ansiosa permanencia en ella, y abandonarla para siempre.

Habíamos avanzado hasta la altura de Paysandú, pueblecito sobre la costa de la Banda Oriental, unas treinta millas de La Calera, cuando fuimos saludados desde este lugar con dos tiros de mosquete. El capitán dijo que con esto nos conminaban las fuerzas patriotas a exhibir nuestros pasaportes y que debíamos obedecer. Así lo hicimos: y mandé dos o tres de los emigrantes a la costa con nuestros pasaportes y fué también el capitán de la balandra; vueltos éstos, cuál no sería mi sorpresa al verlos acompañados por una barcada de criollos armados que treparon en seguida a bordo de la balandra. El jefe me dijo, con muy buenos modos, que tenía orden de tomar posesión de nuestro barco y que debíamos en seguida entregarle las armas que tuviéramos y la embarcación. Le expuse entonces, con la misma cortesía, que no haría ni una ni otra cosa y que me agradaría ver el documento que lo autorizaba para subir a bordo y hacer un pedido semejante. Se negó a esto último y dejando a un lado algo de su comedido, me preguntó si yo era acaso algún alcalde para pedirle cuentas a él, y agregó que tenía órdenes de llevarnos presos al Arroyo de la China. Entonces le manifesté que seguiríamos hasta ese punto, pero no como prisioneros; al mismo tiempo le pedí que me devolviera el pasaporte que los marineros le habían dado al bajar a tierra. Antes de responderme, le dió el pasaporte a un hombrecillo impertinente que, por lo visto, era el único de la partida que sabía leer. Este último se mostró no poco orgulloso de tenerlo en su poder y dijo que le era imposible devolvérmelo. Como, para entonces, había creído descubrir bastante bien el carácter de estos hombres ignorantes, atribuí la detención a un abuso indebido de poder, muy común entre los empleados inferiores, que habría de ser reparado en la ciudad. De conformidad, renuncié a la discusión con el jefe, y le dije que no me opondría a conducirlos en el barco hasta el Arroyo de la China, siempre que procedieran bien, y así me lo prometió.

Después nos sentamos a comer todos juntos en pasable camaradería, si bien era evidente que el señor capitán no se sentía muy a gusto entre nosotros, lo que confesó con toda franqueza una vez que llegamos a destino. Observaba nuestros movimientos con marcadas muestras de inquietud, comía muy poco y este poco lo tomaba y lo dejaba luego en el plato antes de llevarlo a la boca. Al mismo tiempo, los colonos tramaban entre ellos la forma de deshacerse de estos huéspedes intrusos, y después de varias consultas resolvieron apoderarse de ellos y echarlos al agua o llevárselos con nosotros a Buenos Aires a dar cuenta de su conducta. Esto hubiera podido llevarse a cabo sin ninguna dificultad porque no eran más que doce, y aunque estaban armados con mosquetes, espadas o cuchillos, nosotros estábamos armados también y éramos tres veces más que ellos en número. Además, estaban todos juntos en un extremo del barco y tenían muy poco espacio para moverse; pero dos o tres de los trabajadores vinieron hasta mí, y con lágrimas en los ojos me pidieron que no autorizase el ataque porque ello pondría en peligro sus vidas; agregaron que habían oído decir al capitán de nuestro barco y a uno de los soldados, que a los colonos se les permitiría seguir a Buenos Aires luego de su llegada al Arroyo de la China y que la cosa iba solamente conmigo. Aunque no era nada halagüeño para mí el desapego con que aquellos hombres se disponían a entregarme como prisionero después de haber corrido yo riesgos nada insignificantes por aliviar su situación, me resolví, con todo, a no darles motivo para que pudieran decir que sus vidas habían peligrado por mi culpa, ni dar pretexto a las autoridades provinciales para confiscar nuestras tierras invocando la rebelión. Por eso me empeñé mucho en hacer desistir a la mayoría de los ingleses y a todos los irlandeses de a bordo, de que no ejercieran violencia contra los intrusos.

Ya anochecido llegamos al Arroyo de la China con gran contento del capitán de nuestra guardia que nos presentó al delegado del comandante porque el comandante don Mateo García (pariente de nuestro digno agente en Buenos Aires) estaba ausente de la ciudad. Este delegado nos dió la bienve-

nida con grandes muestras de amistad pero me sorprendió bastante al decir que todos debíamos quedar detenidos y en calidad de presos por habernos hecho a la vela fuera del Arroyo de la China sin pedir los correspondientes pasaportes. Me manifesté sorprendido ante esta afirmación, porque el pasaporte expedido en Buenos Aires no mencionaba para nada el Arroyo de la China y especificaba bien La Calera como punto de destino; a lo que agregué que el corto tiempo que había permanecido en el lugar y la natural ignorancia de sus reglamentos u ordenanzas en lo tocante a pasaportes, alegaba en mi favor en caso de haber errado; pero si, con todo, el gobierno estaba dispuesto a tratar severamente el asunto, yo estaba dispuesto a pagar la multa establecida y a obtener los pasaportes, que esperaba nos fueran despachados esa misma noche, porque cualquier demora significaba para nosotros grandes gastos, tanto en lo relativo al proveimiento de los emigrantes como a los derechos de la estadía que nos veríamos obligados a pagar por la detención de la balandra, aparte de que la gente estaba expuesta a grandes trastornos porque muchos de los viajeros —faltos de espacio— dormían sobre el puente de la embarcación. Me contestó que estaba bien enterado de todo y que si la falta de pasaporte fuera la única infracción, podríamos remediarla en seguida, de la manera sugerida por mí, pero que mediaba una acusación más seria formulada por don Rufino Falcón (el bribonzuelo que habíamos visto en La Calera). No tenía yo idea de haber hecho cosa alguna que pudiera enojar a este individuo y pedí que se me hiciera saber qué clase de acusación era aquella, pero el funcionario me confesó que la ignoraba porque don Rufino solamente había dicho en su carta que presentaría un cargo muy serio contra nosotros y pedía que fuéramos detenidos hasta su llegada, que ocurriría al día siguiente. Entonces expresé sin reservas mi indignación por el hecho de que un funcionario público osara detener más de cuarenta ingleses por el mero pedido de un sujeto despreciable que había sido en cierto modo un fámulo nuestro y que ni siquiera había concretado el objeto de su querella. Pero me repuso tranquilamente que no había absolutamente nada de irregular

en su proceder y me pidió que me diera por preso, agregando que podía escoger entre buscar una fianza o ser sometido a prisión. Sabía él que lo primero era para mí imposible porque nunca había estado en el país y, tanto yo como otra persona nombrada por Rufino, fuimos condenados, en consecuencia, a vil reclusión en un calabozo situado en la plaza. Al mismo tiempo se me hizo comprender que el gobierno no me podía proporcionar ni cama ni alimentos, ni comodidad ninguna, como no fueran unas pocas sillas.

Y ahí nos dejaron por toda la noche; nos envolvimos en los ponchos; mi compañero se acomodó sobre las sillas y yo me arreglé en el poyo de la ventana. Antes de darnos las buenas noches, el funcionario nos indicó quién era el carcelero, un viejo cipayo⁵ que había aprendido a chapurrar el inglés. Había sido designado, no sólo para vigilarnos, sino para comprar cualquier cosa que necesitáramos; cumplió esta última comisión muy de acuerdo con una costumbre local, es decir, haciéndose pagar cuatro veces más caros los pocos artículos que compramos y tendiéndose luego a lo largo ante el umbral de la puerta. A las diez de la noche recibimos la visita del teniente de la guardia, *Don Pedro*, un alemán establecido en la villa desde algunos años atrás como barbero, oficio que desempeñaba, al par que sus funciones militares, blandiendo alternativamente la espada y la navaja, y abatiendo teóricamente las filas enemigas, pero, en realidad de verdad, las barbas de los lugareños⁶.

En la mañana siguiente, preguntamos por el comandante, quien nos hizo decir que Rufino todavía no había llegado. Entonces empecé a sospechar que nuestra detención habría de prolongarse hasta que nos hubieran sacado el último real, y mis sospechas se confirmaron después muy ampliamente.

No de muy buen talante me senté a la puerta de mi celda y me dí a meditar sobre la condición a que nos veíamos reducidos por haber creído en las publicaciones y en las segu-

⁵ *Cipayo*: soldado indio (de la India) al servicio de una potencia europea. (N. DEL T.)

⁶ Nadie hubiera imaginado la presencia de estos tipos exóticos en un pueblo como Concepción del Uruguay, y en 1826... (N. DEL T.)

ridades personales de estos patriotas. Aquí, me decía yo, esta gente ha expedido decretos destinados a llamar emigrantes a su país, los han seducido con toda clase de promesas halagüeñas: exenciones, privilegios, beneficios, reconocimientos, y no sé de qué manera no habrán expresado su contento ante la perspectiva de tener colonias agrícolas inglesas en su territorio. Y he aquí que, apenas llegados los agricultores, les discuten su derecho a venir al país, les prohíben trabajar, los hacen víctimas de toda suerte de extorsiones, les hurtan sus provisiones, los despojan de sus herramientas y de sus ganados, y cuando sus visitantes, desengañados, mirando por su seguridad personal, tratan de retirarse, los privan de su libertad ¡porque han osado retirarse sin permiso!

¡Y sin embargo, estos son los hombres, me decía yo, que han revolucionado su país y han matado decenas de miles de los suyos en el ara de la libertad y de la justicia! Y ahí está su altar dedicado a la libertad, agregué para mí, mientras miraba una especie de obelisco de mala forma erigido en medio de la plaza, porque cada plaza tiene algo parecido a esto, levantado en su centro. Yo había recibido suficiente ilustración sobre la forma en que ponían en práctica esas ideas de libertad. He de ir a leer —me dije— lo que se ha escrito sobre la libertad en el pedestal, y me puse en marcha por la plaza en dirección al obelisco, cuando fui sorprendido por los gritos de mi tenientillo que vociferaba: *¡La guardia! ¡La guardia!*, y al pronto una docena de individuos de mala catadura, de diversos colores y tamaños, salió de un edificio bajo y sucio situado en el mismo lado de la plaza donde estaba mi celda. Venían todos armados de diversa manera, con los ojos y bocas muy abiertos ante la estampa ridícula de don Pedro que hacía toda especie de cabriolas en la puerta del cuartel dando a gritos mil órdenes contradictorias en su pésimo español que nadie comprendía. En seguida caí en la cuenta de que la causa inocente de su consternación era yo, por haber osado alejarme veinte yardas de la puerta de mi cautiverio. Antes de que el teniente don Pedro se hubiera hecho entender de los soldados de su guardia, haciéndolos colocar en fila, yo había vuelto a mi celda y me reía de él

(porque no podía contener la risa), hasta que después vino a mí, para decirme que mi proceder lo desacreditaba ante la opinión y ante sus propios soldados. Después de lo ocurrido, adoptó medidas para que no volviera a repetirse un episodio que le había causado tanta agitación. Destituyó al cipayo que me cuidaba y puso como centinela en la puerta de la celda a un hombrecillo de facciones enjutas armado de un gran sable, con órdenes de no dejarme mover sin dar aviso a la guardia. El teniente, para mayor y más efectiva precaución, trasladó a la prisión su barbería y con un ojo vigilaba sus presos mientras consagraba el otro a los peones que estaba rasurando.

En el segundo día de prisión fuí visitado por Mr. Page, un inglés que llevaba diez años de residencia en el pueblo y tenía negocios entre manos. Este caballero me prestó gran ayuda, interesándose en mi favor ante las autoridades, y le guardaré siempre mucha gratitud. Al día siguiente recibí la visita de Mr. William Macartney. Era este un joven escocés que había comprado una estancia cerca de nuestro establecimiento y que la había administrado con bien fundadas esperanzas de éxito hasta que se vió interrumpido en sus trabajos por la guerra y por el desorden reinante en la provincia. Mr. Macartney fué un amigo estimadísimo para mí: no sólo intercedió ante las autoridades a objeto de conseguir mi pronta libertad y me alivió con su compañía, sino que, cuando mis caudales estuvieron a punto de agotarse y él se vió obligado a abandonar la ciudad (lo que hizo una semana antes de mi partida), dejó una orden a su agente don Tomás Ríos, comerciante y vecino del lugar, para que me proveyera con cualquier suma de dinero que me fuera necesaria.

Al cuarto día de mi prisión, el alcalde don Mariano Calventos ordenó que me llevaran a su presencia. Fuí conducido a su casa (una tienda en que se vendían cacharros y objetos de loza) con una guardia compuesta por el oficialito del sable largo y un soldado raso con un mosquete en malas condiciones. Encontré al magistrado sentado en un pequeño cuarto interior, detrás de su negocio, con su secretario, que acababa de salir de la cárcel después de haber estado preso por ebríe-

dad. Luego de haberse llenado todas las formalidades, el alcalde me informó que la acusación formulada contra mí, estaba ahora en sus manos; que acababa de ver a don Rufino Malcón, llegado esa mañana de La Calera, y me acusaba de lo siguiente: Yo había entrado con otra persona en su pulpería de La Calera y le había pedido la llave del depósito donde estaban los efectos y mercancías de la Sociedad puestas bajo su custodia, y al mismo tiempo, haciendo ostentación de armas, lo habíamos amenazado con hacerle saltar los sesos en caso de no dar cumplimiento a lo ordenado; que, para remate de todo esto, nos habíamos alzado con algunos arados y rastras, y con un armazón de puerta, pertenecientes a los depósitos a su cargo. Empecé por negar esta acusación e hice presente que los cargos eran tan falsos como ridículos y sin duda alguna inventados como pretexto para hacernos detener. Le pedí que para convencerse a propósito de la conducta observada por nosotros, se sirviera interrogar a los colonos, separadamente, a fin de que dieran cada uno su testimonio y le declaré de modo formal que precisamente me había cuidado de evitar toda controversia con el tal Rufino, sabiendo que era un conocido pillastre, capaz de aprovecharse de cualquier inadvertencia en que yo hubiera podido incurrir. En cuanto a verificar si yo me había llevado los mencionados objetos, pedí que los hiciera buscar en la balandra. Así lo ordenó algunos días después y por cierto que nada se encontró. En cuanto al cargo de haber amenazado a Rufino con las pistolas, nadie podría atestiguarlo porque la entrevista fué sin testigos. Como Rufino pudo convencerse de que sus falsas acusaciones habían sido refutadas en forma indiscutible, acabó por decir que él había visto una pistola y que pensó que con ella quería yo intimidarlo. Todo esto fué registrado por escrito en papel sellado, por el secretario, y cada respuesta fué considerada y reconsiderada por el alcalde y su secretario con grandísimo cuidado, y no se tomaba nota si no se ponían de acuerdo sobre los términos que debían emplearse y la ortografía de cada término, lo que produjo un retardo muy enojoso. Por último, después de varios días de investigación y de mucho escribir, las actuaciones se dieron por terminadas y el expe-

diente se componía de unas dos docenas de fojas de papel de oficio.

Vivíamos en diaria expectación a propósito del fallo, que esperamos en vano durante diez días. Entretanto, se produjeron algunas disputas violentas y ocurrieron ciertas cosas de poca importancia.

Uno de los emigrantes había bajado con una hija de catorce años y otra muchacha de quince, con objeto de conocer la ciudad, y durante la excursión, por uno y otro motivo, se había separado de ellas. Las muchachas, en busca del padre, pasaron frente a una casa donde había varias mujeres en la puerta. Estas últimas las invitaron a entrar; ellas aceptaron y durante varias horas fueron muy bien atendidas por sus invitantes. Cuando manifestaron sus deseos de volver al barco, se les pidió que se quedaran a pasar la noche en la casa, pero esto último no lo aceptaron porque sus padres habrían de sentirse naturalmente alarmados con la ausencia. A la vista de una partida de gauchos que acababa de llegar, aumentó el deseo que tenían de retirarse. Pero cuando se disponían a hacerlo, las mujeres de la casa se opusieron decididamente y llegaron hasta a encerrarlas en un cuarto interior. Fueron socorridas por la oportuna llegada de los ingleses que, al pasar por la casa, reconocieron la voz de una de las muchachas que discutía con las mujeres. Este hombre entró al punto en la casa exigiendo que le dejaran ver a las inglesas, a lo que se opusieron con mucho griterío las mujeres (que eran de cierta condición) y los gauchos recién llegados. Pero los dos ingleses lograron por último sacar a las muchachas fuera de la casa y las llevaron a la celda en que yo estaba preso, adonde llegaron seguidas por varios gauchos con los cuchillos en las manos y pidiendo venganza. Los dos ingleses entraron en mi cuarto muy agitados y me relataron los hechos que acabo de referir con lo que me asomé a la puerta y, reconviniendo a las mujeres y a los gauchos por sus bajas intenciones, les dije que todos los ingleses se quedarían en mi cuarto conmigo hasta la mañana siguiente. La *prima donna* me replicó con lenguaje abundante y acabó por decirme que si no dejaba ir a las muchachas y que volvieran a la casa con ella, interpon-

dría una queja ante el comandante. La dejé que hiciera su real gana y cerré la puerta.

Estábamos disponiendo las cosas para acomodar a nuestros cuatro nuevos huéspedes —porque había peligro de que fueran asesinados si se arriesgaban a volver al barco en la oscuridad— cuando nuestro diminuto amigo el oficial de la guardia, con su larga espada en una mano y en la otra una presa de carne asada (un hueso), entró diciendo que las muchachas, por orden del comandante don Mateo García, debían ser inmediatamente entregadas a las mujeres, y los dos presuntuosos ingleses puestos en el cepo, por su insolente conducta. Pedí al mensajero que hiciera saber a su jefe, de mi parte, que ni las muchachas volverían adonde habían estado, ni permitiríamos que los compañeros fueran puestos en el cepo y que, de cometer mayores abusos de fuerza contra nosotros, sobre los ya cometidos, él tendría que rendir cuentas muy serias de lo pasado. Estábamos haciendo cálculos sobre el desenlace de esta contienda cuando nos sentimos gratamente aliviados con la visita de nuestro amigo Macartney, a quien expliqué cuanto acababa de ocurrir. Al punto se fué a casa del comandante y después de discutir largamente, obtuvo permiso para que las muchachas fueran llevadas a pasar la noche a casa de una familia respetable y se dió orden de que los dos ingleses quedaran presos en nuestra celda (ya ellos lo habían resuelto antes, si bien emplearon otra designación más agradable). El centinela fué encargado de vigilar “a los cuatro presos”. Los hombres se dieron maña para pasar una buena noche sobre el desnudo suelo porque ni siquiera una carona pudo conseguirse y nosotros teníamos apenas con qué cubrirnos. En la mañana siguiente (presteza sin ejemplo) las niñas y los dos presos fueron llevados ante el comandante, donde también esperaba el padre. Después de formales interrogatorios que duraron una hora, las muchachas le fueron entregadas; los hombres quedaron absueltos y aun sin exigirles multa, pero no sin haber recibido una severa reprensión de parte del comandante por haber osado rescatar sin su intervención a unas niñas indefensas de las garras de unas mujeres perdidas. El sexto día de nuestra cautividad fué señalado por la

llegada del general Lavalleya, desde la Banda Oriental, y por motivos de índole política relacionados con la guerra y con la retirada de Frutos Ribera, general del ejército patriota, que había producido disgusto. Lavalleya trajo consigo doscientos soldados de caballería decentemente equipados.

Dos días después de la llegada de Lavalleya, hubo noticias de que estaba próximo a llegar el gobernador de la provincia don Vicente Zapata. Para celebrar dignamente este acontecimiento se hicieron grandes preparativos. Yo y mi compañero fuimos sacados de la prisión, una pieza de doce a catorce pies cuadrados, más o menos, de piso de ladrillo y que en un tiempo había sido enjabelgada. Le daba luz una ventana con vidrios. Porque ha de saberse que esta prisión en que estuve, era nada menos que el palacio del gobernador y para ponerlo en condiciones de servir a tan alto destino, fué rápidamente restaurado: barrieron los ladrillos del piso, pusieron una cama, una mesa y un espejo. Y además se anunció que sería dado un baile y una comida. La comida debía celebrarse con las reglas establecidas para los *pic-nics*, es decir que cada invitado contribuía con un manjar o plato, pero se presentaron tantos inconvenientes, como la falta de un local, falta de música, inexperiencia en el arte de la danza y otros, que estas demostraciones de lealtad fueron por último, dejadas de lado. Pudo haber mediado también otra razón y era que, los mismos políticos de la ciudad que preparaban estas demostraciones de adhesión a la persona y a la obra del gobernador, estaban activamente ocupados en concertar un complot para derrocarlo y colocar en el poder a uno de los complotados. Lo que sucedió poco después.

Sin embargo, el día en que llegó el gobernador fueron llamadas las milicias y revistaron con sus mejores atavíos (uniforme militar no tenían ninguno) e hicieron todas sus maniobras con gran *éclat*. Éstas se reducían a marchar en línea unos veinte pasos adelante, hacer un giro a la derecha y contramarchar. Un cañón de bronce, de a cuatro, estaba atado al poste frente a nuestra prisión, para hacer una salva cuando llegara el gobernador y se dió orden de cargar todos los fusiles de la milicia; por suerte, durante todo el día anduvieron

en busca de cartuchos infructuosamente y la llegada del gobernador fué sin el proyectado *feu de joie*. En esta ocasión nos sentimos alarmados al ver al centinela recostado contra la puerta de la prisión, medio dormido con su fusil entre las piernas, amartillado, porque es de saber que en aquel día el fusil tenía cerrojo con pedernal y todo, y el cañón bien asegurado con hilo de acarreto. No pudimos hacerle entender que era peligroso llevar el fusil de tal guisa: decía que así precisamente se lo había dado el sargento; y menos pudo comprender que el peligro desaparecía tirando el gatillo y bajando el cerrojo, porque él decía que este último era el que en realidad disparaba el tiro. En el deseo de demostrarle cuán fácil era aquello, me ofrecí para poner el arma en seguro; pegó un salto como si yo hubiera querido hacer fuego contra él, y tanto él como yo no quedamos tranquilos hasta que hubo puesto la baqueta en el caño, y, dejando oír un agradable tintineo, nos aseguró que el arma estaba descargada. El cañón de la plaza también permaneció silencioso, lo que no dejó de ser una circunstancia afortunada, porque como estaba malamente atado al poste, de haberse hecho la salva, probablemente hubiera dado un golpe de retroceso contra el cuarto en que nos hallábamos, donde ya dos o tres personas estaban de más.

La llegada del gobernador fué anunciada solamente por la referida marcha y contramarcha y por los sonos discordantes de un violín (hendido) y el batir de un tambor, que no dejaron de tocar en toda la noche. En la mañana siguiente tuve la satisfacción de ver quién era el causante de todo este alboroto, es decir la persona del gobernador. Salía a caballo con su secretario y un oficial ataviado con un llamativo uniforme militar. El gobernador vestía muy sencillamente con una chaqueta azul, y pantalones ⁷ con adornos de plata. Era un hombre corpulento, de modales afables y se mostró muy benévolo con nosotros. Después de insistentes pedidos ante el alcalde para que tomara una resolución en el asunto que nos intere-

⁷ O calzones, es decir pantalones cortos con hebilla de plata a la altura de la rodilla. Bajo este pantalón se prolongaba el calzoncillo bordado que caía sobre la bota, generalmente "de potro". (N. DEL T.)

saba, por último se me dijo que la causa había pasado al Tribunal de Comercio y que sería resuelta en el día siguiente. El presidente o juez de esta augusta asamblea, era Don Domingo Calvo, es decir la persona que anteriormente se distinguió por las medidas que adoptó con don Rufino Falcón para hacer poner preso a nuestro comisionado (cuando fué muy confiado al Arroyo de la China con la suma de mil pesos) y el que preguntó a un colono en qué bolsillo llevaba el dinero el comisionado; en fin, era el mismo que por propia autoridad se había ofrecido a sí mismo y a sus amigos todos nuestros ganados y gran parte de nuestros almacenes de provisiones. Este presidente y juez tenía una pulpería en la ciudad, es decir almacén y fonda, en la que nuestros colonos solían empinarse el codo y gastar sus reales en velas, jabón, cuerdas, géneros y otras menudencias necesarias; pero el tal almacén se había provisto y surtido más sustancialmente con las herramientas, instrumentos de labranza y mercancías de nuestros depósitos. Así fué que al siguiente día esperé ser llamado para presentarme en juicio ante este rectísimo juez, pero supe que estaba bebiendo en su pulpería con mi acusador Rufino Falcón que vivía en su casa y a quien yo quería entablar juicio ante el alcalde. Allá fuí conducido al fin, con la guardia acostumbrada: un oficial con la espada desnuda (y no porque la hubiera sacado de su correspondiente vaina) y un soldado raso con las tres cuartas partes de un mosquete.

En mi camino por la plaza, eché de ver a mi juez y a mi acusador que marchaban juntos desde la tienda del alcalde a la suya propia. El alcalde me recibió con mucha cortesía y dió comienzo a sus procedimientos disertando largamente sobre el disgusto que había experimentado con nuestra detención en Arroyo de la China, el interés que se había tomado en todo el curso de mi causa y la satisfacción que ahora sentía al poder informarme que me hallaba libre para continuar mi viaje a Buenos Aires. Ante esta manifestación hice una inclinación de cabeza. Pero agregó: tendrá usted, eso sí, que cumplir con el auto del Tribunal de Comercio al que ha sido pasado el asunto y por cuyo auto deberá usted pagar doscientos pesos de multa para beneficio de los emigrantes a bordo de

la balandra; debe pagar también el dinero que se ha invertido en la captura de ustedes, setenta y cinco pesos más, y encontrar fianza o bien probar que Rufino sacó los artículos que él dice ha perdido, o pagar usted mismo el valor de ellos. Formulé mi protesta contra una sentencia semejante. Dije que era injusto multarme en doscientos pesos por no haber pedido pasaporte, habiendo visto que yo tenía un pasaporte para La Calera, expedido por el gobierno general en Buenos Aires, y para mi vuelta había ocurrido al lugar en que se encontraban los colonos cumpliendo con todos los trámites para el pasaporte de vuelta; que en lo tocante a nuestra captura, se había declarado que era para responder a los cargos de Rufino, y que yo había probado que tales cargos eran falsos y apenas una treta para detenernos; e igualmente injusto era hacerme pagar las costas del juicio; que también era ridículo en extremo exigirme que probara cómo aquel hombre me había llevado los artículos dejados en su poder, y hacerme pagar por ellos cualquier cosa. Pero en vano me empeñaba en convencer a este juez tan austero de lo desatinado y absurdo de sus exacciones. El quería sacarme el dinero y yo habría de quedar preso si no me mostraba dispuesto a entregárselo.

Entonces escribí al gobernador a quien hice presente mi decisión de no someterme al injusto fallo del alcalde. Sobre esto, él escribió que yo quedaría exento de la última condición. En la mañana siguiente fuí a la casa del alcalde y le hice conocer lo dispuesto por el gobernador a lo que respondió muy fríamente que el gobernador era un tonto y no se debía meter en esos asuntos, y yo fuí nuevamente conducido a la prisión. Después de haber estudiado el asunto veinticuatro horas más, el alcalde ordenó que me llevaran nuevamente a su presencia y me declaró que había prestado al asunto toda la atención que su importancia reclamaba. Y le había venido a la mente una idea que lo convencía de que la parte discutida de la sentencia debía ser anulada.

—Supóngase —dijo tomándome la camisa (para lo cual me abrió la chaqueta) — que alguien lo acusa a usted (y con esto no quiero ofenderlo) de haberle robado la camisa, y, después de las debidas investigaciones, ninguna prueba se puede in-

vocar en contra suya: me imagino que se impone la absolución; pero, si resulta que la camisa la lleva puesta el mismo acusador, el caso es todavía más claro y favorable para usted. Esto es —continuó— lo que he aplicado al caso suyo y lo he considerado desde los diversos puntos de vista desde los cuales puede ser considerado un asunto que reviste tanta importancia.

Y con mucho énfasis prosiguió:

—La verdad es que me considero muy satisfecho de haber podido, en justicia absolver a usted de los cargos que le hacía Rufino, porque, sin duda, usted lo ha desmentido con toda claridad.

*"A Daniel come to judgement! yeah, a Daniel!"*⁸

dije yo en mi interior. Y él prosiguió:

—Usted, en consecuencia, deberá solamente pagar doscientos pesos como multa, y ese dinero será para sus emigrantes, y setenta y cinco pesos por los gastos habidos en su detención. No le cargo a usted costas pero si se siente usted inclinado a hacer algún pequeño obsequio antes de su partida (y mirando la mesa y queriendo decir con esto que lo debía poner allí), eso no sería considerado como una ofensa—. Concluyó todo esto con reiteradas expresiones de amistad y votos por nuestra pronta llegada a Buenos Aires. Yo retribuí sus expresiones declarándole con verdad que nunca olvidaría todo lo que había recibido por sus manos.

Entonces reuní a los colonos y les expuse el resultado de mis esfuerzos. Me evitaron la necesidad de decirles que ya había gastado yo más de doscientos pesos por mantenerlos durante la detención, declarando que estaban listos a renunciar a todo reclamo por esa multa absurda y, con arreglo a eso, firmaron un recibo por la dicha cantidad. Le mostré el recibo al alcalde y le pedí que me diera el descargo por esa parte de la sentencia, antes de pagar setenta y cinco pesos

⁸ "¡Un Daniel ha venido a juzgarnos!; sí, ¡un Daniel!". Palabras de Shylock en el acto IV, escena I, de *El Mercader de Venecia* de Shakespeare. (N. DEL T.)

por la segunda. El hecho de que yo mismo hubiera pagado la multa dando el dinero a los colonos, en vez de hacer que todos ellos cayeran en sus manos, significó un serio desengaño para el alcalde; me dijo entonces que era necesario que él mismo distribuyera los doscientos pesos, con lo que me dió a entender que quería dárselos en mercaderías. Le dije que el pago lo había hecho yo en persona y le aseguré también que no podría pagarle los setenta y cinco pesos hasta que no me diera un recibo en forma por los doscientos pesos. Como caí en la cuenta de que estaba proyectando alargar mi detención, agregué que podría tenerme preso cuanto tiempo quisiera en caso de que se atreviera a hacerlo, porque, para poner las cosas bien en su punto, debía decirle que no tenía más dinero, si es que querían sacármelo; y, como se convenció de que así era, después de tenerme tres días más, me dió el recibo por la multa de doscientos pesos y una cuenta de los gastos efectuados para mi detención, que ascendían a setenta y cinco pesos más. Hube de someterme a esta última exacción y pagarla. Su Merced contó el dinero, una y otra vez, con agrio continente y muy poco satisfecho con la poquedad del botín, resultado de sus largas y continuas maniobras. Naturalmente, pedí una cuenta autorizada de los setenta y cinco pesos que corresponderían a los hombres empleados en detenernos. Esto me fué denegado. Pero se me permitió sacar una copia de ella tal como la habían registrado en sus expedientes. Era *verbatim* como sigue: “Gastos efectuados en la ayuda solicitada a la Comandancia General por el Tribunal de Comercio en lo referente a la detención de los ingleses alojados en esta Guardia General:

	<i>Pesos</i>	<i>Reales</i>
Por 20 1/2 arrobas de carne a 6 reales	15	3
Por 7 1/4 libras de tabaco, al peso	7	2
Por alquiler de un bote para la tropa	12	0
Por paga para la tropa	40	0
	74	5

Uruguay, Noviembre 3 de 1826.

¡Con esto hacían regular provisión una docena de pelafustanes por una excursión de pillaje de veinticuatro horas, quinientas pesas de carne, siete libras de tabaco y cuarenta pesos! . . . Por Tribunal de Comercio debe entenderse su presidente Domingo Calvo, dueño de la posada y pulpería y socio de Rufino Falcón. La sentencia que podía esperarse de semejante juez o tribunal, era de presumirse, porque los dos nombrados eran tal para cual. De todos los despojos de que podemos ser víctimas en nuestro viaje por la vida, los más exasperantes son, sin duda, los que se cometen en nombre de la ley. Del desamparado, del desesperado, podríamos esperar la depredación, si la oportunidad se le presenta, pero que aquellos en cuyas manos ponemos nuestros medios naturales de defensa para que puedan administrar justicia, se vuelvan contra nosotros y usen esos poderes al modo de los salteadores de caminos, y como medio de extorsión, es algo abominable.

“—*But man, weak man,
Dressed in a little brief authority,
Plays such fantastic tricks before high heaven,
As make the angels weep.*”⁹

El total de los gastos que nos vimos obligados a hacer como consecuencia de este arresto ilegal, vale decir la manutención de los emigrantes, la gratificación de los bandoleros que nos arrestaron, la estadía del barco y el envío de un mensajero a Buenos Aires para comunicar a los amigos el atropello, todo ascendió a la suma de seiscientos pesos.

Después de pagar la cuenta de los setenta y cinco pesos, presenté el pasaporte que había traído conmigo de Buenos

⁹ “Pero el hombre, el débil hombre, investido de tan escasa autoridad, representa tan fantásticas supercherías ante los altos cielos, que hace llorar a los ángeles”, SHAKESPEARE, *Medida por Medida*, acto II, escena II. —Beaumont, que no indica el autor de estos versos, ni la obra original, parece citar de memoria, porque el original no dice *weak man*, sino *proud man* (el hombre orgulloso). Omite, además, dos versos, entre el segundo y el tercero, que dicen así: *Most ignorant of what he's most assured, — His glassy essence like an angry ape . . .* (N. DEL T.)

Aires para la visación. Pero el alcalde advirtió que me quedaban algunos pesos y como nunca pensó dejarme escapar de sus garras con dinero en el bolsillo, insistió en que debía pagar por separado un pasaporte para cada persona de las que estaban a bordo de la balandra. Aunque sólo era necesario un solo pasaporte, yo no podía eludir esta imposición, pero como me veía obligado a pagar por más de cuarenta pasaportes separados, exigí que las autoridades se tomaran la molestia de preparar y firmar ese mismo número, a lo que se sometieron de mala gana porque contaban hacerlo todo en un solo papel sellado aunque recibieran pago por los cuarenta.

Mientras las autoridades se hallaban entregadas a este esfuerzo de caligrafía, como yo me hallaba libre de mi prisión, me di a caminar por el pueblo y sus alrededores. Era un lugar bastante miserable para ciudad metropolitana; porque, aparte de los edificios bajos con aspecto de cobertizos que rodeaban la plaza, había muy pocas casas en las calles que arrancaban de ella. Veíanse algunos pocos e informes jardines y corrales para encerrar los caballos; más allá se extendían en todas direcciones arbustos silvestres, cardales y pastos altos. Mientras hacíamos la excursión, un vecino de la ciudad que me acompañaba, señaló un pozo seco de unos treinta pies de profundidad, a propósito del cual me hizo el siguiente relato: Algunos años atrás había llegado de la Banda Oriental al Arroyo de la China un portugués muy rico, con objeto de hacer grandes compras de ganado. Al efecto, traía con él un buen acopio de onzas de oro, de las llamadas doblones. El entonces comandante de la ciudad, con la diligencia tan necesaria a una persona encargada de tales funciones, averiguó y comprobó los hechos que acabo de mencionar, y, para atender como era debido a tan grato visitante, lo invitó a su casa, se ocupó mucho de él y lo sacó a caminar por el pueblo y suburbios. El comandante, que nunca había exhibido hasta entonces ninguna riqueza, desde aquel momento sorprendió de pronto a sus vecinos con una inusitada ostentación de onzas de oro. Una fortuna tan improvisada, despertó la curiosidad de todos los hombres del pueblo porque en aquel país, muy distinto al nuestro, las personas ricas son

verdaderamente muy raras y los medios con que se adquiere honestamente una moderada fortuna, son patentes a todos. De manera que la curiosidad iba en aumento y se mantenía insatisfecha. E idéntica fué la vivísima curiosidad por saber qué había sido de su caro amigo el portugués. Muchos de los vecinos, lo mismo que el comandante, habían echado el ojo al portugués y a sus onzas, haciendo lo posible por ganarse su amistad, pero el caballero portugués desapareció de improviso y nadie supo dónde ni cómo.

Poco tiempo pasó, sin embargo, sin que alguien tuviera la ocurrencia de mirar hacia el interior del pozo a que me he referido y viera el cadáver del portugués con la garganta cortada de oreja a oreja. Las sospechas cayeron en seguida sobre el comandante y todos los antecedentes llevaron a la conclusión de que era el autor del crimen, sin la más mínima duda. El criminal fué enviado a La Bajada, cerca de Santa Fe, entonces capital de la provincia, donde fué depuesto, enjuiciado y condenado a muerte; pero una de esas revoluciones que en los últimos años han sido tan frecuentes en el país, detuvo el brazo de la justicia y puso al criminal en libertad; y no sólo escapó así del castigo, sino que se vió habilitado para volver al Arroyo de la China donde se le dió un cargo con muchas facultades, y bajo el poder de estas facultades íbamos a caer para nuestro infortunio. Después de haber oído este relato, di gracias por no haber sido víctima de un asesinato, así como había sido víctima de un saqueo, y me sentí más ansioso que nunca por verme a flote de una vez. Cuando volví al pueblo, los pasaportes estaban listos y no perdimos tiempo para volver a bordo. El timón y las velas habían sido reparados; un buen surtido de provisiones y aguardiente, mate, etc., había sido cargado. Después de sufrir una cautividad de veinte días, estuvimos en condiciones de escapar de las garras de los gitanescos magistrados de aquella desgobernada provincia. El viento nos era contrario en el puerto, pero decidimos salir y vernos libres de aquel sitio aborrecible, haciendo remolcar el barco fuera de la ensenada hasta ponerlo en medio del río. Regocijados al verse libres, los pasajeros cantaron y bebieron mate y alcohol hasta

cerca de la media noche. Habíamos salido del puerto con felicidad y amarramos el barco a un árbol de una de las islas durante la noche. En la mañana siguiente, un viento muy favorable que se levantó repentinamente, nos llevó aguas abajo, sin ningún incidente serio, hasta Punta Gorda. En este lugar fuimos a tierra, y mientras la gente cocinaba, hicimos un paseo a pie por el campo con dos o tres emigrantes. Matamos algunos venados y patos que, aparte la diversión de la caza, aumentaron nuestras provisiones de boca. Seguimos adelante y para evitar el paso por la isla de Martín García, doblamos por la boca del Guazú. Esta es un abra que hace el río en la costa opuesta, internándose unas dos millas hacia el oeste, y después unas tres o cuatro hacia el sudeste; así fuimos hasta ponernos casi frente al puerto de Las Conchas. Al llegar allí estuvimos detenidos algunas horas porque el agua estaba baja y había peligro de un banco que se extiende a lo largo de la costa, a cierta distancia. En la mañana siguiente, 10 de noviembre [de 1826] tuve la satisfacción de hacer desembarcar a todos los colonos en Buenos Aires, sanos y salvos. Al llegar a la ciudad, mi primer cuidado fué ocuparme de los emigrantes hasta que pudieran valerse por sí mismos o hasta que yo pudiera encontrarles ocupaciones apropiadas. En el transcurso de pocas semanas tuve la satisfacción de saber que todos habían encontrado colocaciones en las cuales, acreditando buena conducta, podían asegurar cómoda subsistencia y en muchos casos una situación próspera. Los gastos que significó el mantenimiento de estos hombres fueron muchos; pero como los gastos mayores y las penurias principales habían consistido en sacarlos de la peligrosa situación en que los habían colocados los pérfidos politicastros del país, no vacilé en llevar adelante los sacrificios a fin de poner en obra cuanto fuere necesario para ayudarlos. Como recompensa, tuve el placer de comprobar que, exceptuando unos pocos que cayeron en la ociosidad y se hicieron alborotadores por instigación de unos sirvientes nuestros despedidos y de índole deshonesto (y por algunos otros individuos de mala reputación en la ciudad), todos se mostraron agradecidos por los servicios que les presté y trabajaron activamente en sus diversas ocupaciones.

CAPÍTULO VIII

Viaje a San Pedro. — Las postas. — Los cardales incendiados. — San Andrés. — Areco. — Arrecifes. — San Pedro. — Los nativos. — Los colonos ingleses. — Diversiones. — El baile de la muerte. — Vuelta a Buenos Aires por el camino del bajo. — San José de Flores. — San Isidro. — La Punta de San Fernando. — El Tigre. — La policía. — Los ladrones. — Una ejecución. — El día de los perros. — Aniversario de la independencia. — Artes y ciencias. — Asuntos navales. — Inseguridad de la propiedad. — Mi partida de Buenos Aires. — Río de Janeiro. — Llegada a Falmouth.

UNA VEZ que vi a los emigrantes de Entre Ríos (llegados de Inglaterra con la esperanza de convertirse en arrendatarios de nuestro campo en aquella provincia) bien acomodados en las vecindades de Buenos Aires, me di a investigar la suerte corrida por los que habían venido antes y que debían haber sido instalados en San Pedro. Estos últimos, en su mayoría, después de una corta permanencia en San Pedro, habían vuelto a Buenos Aires, como ya se ha dicho, pero yo sabía que algunos quedaban aún en aquel lugar. En consecuencia, emprendí viaje hasta San Pedro, para verificar las condiciones en que se hallaban; y como las cuentas de los señores Jones y Lezica no se producían, nada me impedía por el momento realizar la excursión. Un caballero irlandés que se hallaba de algún tiempo atrás en el país y con quien había hecho amistad, se ofreció a acompañarme, y por cierto que acepté complacido el ofrecimiento, sabiendo, como sabía

por experiencia, que un viaje en esta monótona comarca no podría resultar tolerable como no fuera en agradable compañía. Procedimos, pues, a sacar los correspondientes pasaportes, lo que nos llevó todo un día porque hubimos de concurrir a más de una oficina para que fueran despachados. Perdimos otro día en procurarnos una licencia para conseguir caballos de posta, y parte de un tercer día en averiguar dónde estaba la casa de postas en los suburbios de la ciudad. Una vez allí, presentamos la licencia y los pasaportes, como también una autorización para el administrador de correos y postas a fin de que nos facilitara caballos y un guía. El administrador nos prometió —con las mismas palabras empleadas en Montevideo— que los caballos y el guía estarían a la puerta de nuestras casas *mañana por la mañana*¹; y como yo le observara que con el intenso calor se haría penoso viajar después de las once, nos aseguró positivamente que tendríamos los caballos con nosotros a las cuatro de la mañana sin falta. Su palabra nos inspiró la confianza que merecen en aquel país los hombres de tal profesión, que nosotros conocíamos bien por experiencia; por eso encargamos el desayuno para los ocho y todavía estuvimos más de dos horas esperando la llegada de los caballos. Eran las once y todavía no habíamos oído nada, el día estaba caluroso en extremo y poco faltó para postergar el viaje; pero sabiendo que, de hacerlo así, reputarse las dilaciones que se presentan para toda salida de la ciudad, resolvimos ganar en seguida por lo menos la primera posta y al punto nos pusimos en marcha.

Una vez pasadas las quintas de los suburbios más próximos, el campo se convierte en una llanura sin cultivo alguno, de punto generalmente reseco por el sol. Ciertos lugares del camino, intransitables en invierno por los grandes pantanos, están ahora cubiertos en toda su extensión por un polvo fino que, al ser removido por los caballos, hace casi sofocante el aire, de por sí muy caliente. El precio pagado en el trayecto de la primera posta —cuatro leguas— es más caro que en las subsiguientes. Asciede a un real por legua y por cada

¹ Lo subrayado, en español en el original. (N. DEL T.)

caballo. Nunca pude saber cuál era la razón. La diferencia en la calidad de los caballos es muy notable; los que se montan en la ciudad son casi siempre pobres jamelgos que apenas si pueden hacer su trabajo, mientras que los de la campaña, elegidos entre manadas² de caballos jóvenes, son generalmente vigorosos y listos. Los guías de la ciudad son, asimismo, menos entretenidos y alegres y mucho más tunantes que los muchachos que se encuentran en todo el camino por la campaña; y las dificultades que se oponen al viajero para salir de la ciudad son en extremo mayores que las que pueda encontrar al hallarse cómodamente haciendo su camino en el campo.

Al entrar en el rancho de la primera posta donde habíamos resuelto esperar la brisa del atardecer, había en él cuatro gauchos y tres mujeres, la abuela, la madre y la hija; media docena de perros grandes estaban echados en un rincón; un pobre bebé era mecido en una cuna, o más bien en una pieza de cuero suspendida del techo, y aves de corral de toda edad y tamaño, pavos y patos, ganaban cualquier espacio libre del rancho. Algunas de estas aves dormían su siesta sobre los cuerpos de las personas acostadas; una había trepado a la cuna de cuero y parecía divertirse con el balanceo. El concierto resultante de esta reunión de familia, disonaba en verdad: los gauchos roncaban ruidosamente, las mujeres discutían; los pavos hacían su ruido peculiar, parpaban los patos, y los perros, cuando se vieron perturbados por nosotros, pusieronse a gruñir y a ladrar. En este rancho, lleno como estaba de bote en bote, no podíamos buscar sombra y no había más que quedarnos al raso bajo el sol quemante (porque no se veían ni árboles ni arbustos por ninguna parte), o bien proseguir la marcha. Entre dos males elegimos el menor y resolvimos seguir hasta la posta próxima. El maestro de posta, no sin algunos rezongos, por la locura de hacer trabajar sus caballos con el calor de aquel día, los hizo traer al corral y media hora después estábamos montados.

Apenas dejamos esta posta, pude observar en el campo al-

² O tropillas. (N. DEL T.)

gunos cardales dispersos, pero antes de haber hecho la primera legua ya cubrían toda la llanura y el camino iba por las sendas o atajos abiertos entre los cardos. Estas sendas, en ambos lados, estaban minadas por las cuevas de las vizcachas y para evitarlas teníamos que andar con mucho ojo. La segunda posta era bastante mejor que la primera: el rancho más grande, provisto de puertas con bisagras, y entre otros muebles tenía varias sillas con respaldo alto y estampas de santos. El maestro de posta era aquí una mujer, no mal vestida, que nos recibió con mucha atención; la hija mayor preparaba el mate para la familia; la más joven estaba en cama y sufría un fuerte resfriado, adquirido —según dijo la señora mayor— por haber estado en el pozo durante todo el día anterior. No era para sorprender que una joven encerrada en tal sitio se hubiera resfriado; pero sentimos curiosidad por saber cómo y por qué había estado ahí, y pedimos explicaciones a nuestra hospedera. La señora nos informó entonces, que en el día anterior, una *quemazón*, como llaman al incendio de los cardales, se había extendido por varias leguas a la redonda amenazando con destruir la casa; y por ese motivo habían hecho lo posible por salvar su escaso mobiliario poniéndolo dentro del pozo, al cual habían bajado ellos también para resguardarse, pero por fortuna, el viento cambió en el momento en que esperaban ver envuelta en llamas la propia casa. La señora más anciana hizo este relato con mucha gravedad y atribuyó la salvación a la intercesión milagrosa de San Francisco (cuya estampa estaba colgada en la pared, a la cabecera de su lecho) al que tenía hechas muchas promesas para el caso de salvar su vivienda. La única promesa que mencionó fué la de no dar nunca fuego a ningún peducho para encender su cigarro, a menos que se comprometiera a fumarlo dentro de la casa, porque de la costumbre de encopar las colillas de cigarros encendidos entre los cardos, procedían, según ella, la mayoría de estos accidentes destructores y estaba decidida a cumplir estrictamente lo prometido. Estas quemazones son muy frecuentes en el verano, cuando los cardos, secos por el sol, son muy combustibles y al tomar fuego, las llamas son llevadas por el viento a gran velocidad

y sólo se detienen al llegar a algún sitio donde no crece esa planta, o por algún cambio de viento. Hasta los hombres y los caballos son con alguna frecuencia sorprendidos y aniquilados en tales circunstancias.

Por esta vez, los caballos ya estaban en el corral cuando llegamos. Después de permanecer algunos minutos escuchando las desdichas de la señora, nos excusamos porque teníamos que seguir adelante sin dilación, resueltos como íbamos a caminar aprovechando el fresco del atardecer. De conformidad, nuestra hospedera salió con el lazo y nos trajo los caballos del corral, como lo hubiera hecho el mejor gaucho. Antes de partir, no dejamos de prescribir remedios para la enferma, lo que se nos agradeció con todo respeto.

Como me había hecho a la vida gaucha durante mi primer viaje, no sentí ya la fatiga en esta región. Ahora podía, después de cabalgar fuerte durante toda una jornada, acercar la cabeza de vaca al fogón donde se asaba la carne, sentarme con toda naturalidad, charlar con los gauchos, beber el caldo y comer el asado después de haber pasado éste por otras manos sucias, sin hacer ningún mohín de disgusto, aunque sin experimentar tampoco un gusto extraordinario. Esa noche la pasamos en el rancho del maestro de posta y a la manera gaucha; el maestro nos había prometido tener los caballos en la madrugada, sin falta . . . , "mañana por la mañana"; pero, al despertar, fuimos más que sorprendidos de saber que los caballos se habían ido durante la noche y que el muchacho andaba en su busca. *Ex uno disce omnes*. Ese desacuerdo constante entre el decir y el hacer, según pudimos verificarlo, era característico entre los maestros de posta en Sud América y entre la mayoría del resto de los habitantes. A eso de las nueve avistamos la tropilla que galopaba hacia nosotros. El sol ya estaba fuerte y nos sentimos bastante molestos por haber perdido las tres horas frescas de la mañana en la inquietud de la espera. Por fin estuvimos a caballo, y a punto de partir llegó un correo. Llevaba el mismo camino que nosotros y como en la posta no había otro guía sino el que habría de acompañarnos, debimos esperar hasta que fuera traída nuevamente la tropilla al corral y tuviera su caballo de remuda.

En esto perdimos otra media hora. Por último nos pusimos en marcha; no veíamos otra cosa que cardos y cuevas de vizcachas; el sol estaba muy fuerte y el camino muy lleno de polvo. El correo que nos acompañaba, porque viajamos juntos, se mantuvo al galope tendido en todo el trayecto de la posta.

Al final de esta etapa llegamos al pueblecito de San Andrés, situado agradablemente sobre una elevación del terreno. Los cardos, por una o dos millas, habían desaparecido y varios ombúes y otros árboles adornaban el lugar y nos prestaban fresca sombra. Una morenita muy linda salió de una de las casas y nos ofreció un jarro de leche que aceptamos complacidos porque estábamos abrasados de sed. Al entrar en la casa, poco después, para devolver el jarro y agradecer, encontramos a quien lo había ofrecido, en el suelo y en desairada posición. Estaban haciendo morcillas y tenía las manos y brazos cubiertos de sangre de puerco y carne picada con que rellenaba unas tripas ayudada por otra morocha, mientras una tercera se ocupaba en atar los embutidos con destino a la venta. Al contemplar esta escena de economía familiar, los tiernos pensamientos y afectos que su bonito semblante y el oportuno obsequio, habían despertado, se fueron, pero la naturalidad y las graciosas maneras con que fuimos recibidos y la forma con que explicaron que aquellos manjares deliciosos estaban preparándose con destino a un pueblo vecino, pronto disiparon en nosotros toda suerte de escrúpulos y las vimos tan interesantes y bonitas como si nunca en su vida hubieran tocado una morcilla.

El correo que venía con nosotros se detuvo en la casa de posta, cerca del pueblo de San Antonio de Areco, para dormir su siesta, y al oír que nos quejábamos de vernos obligados a seguir viaje con el calor del día (porque no podíamos procurarnos caballos después de caer el sol) se ofreció a seguir con nosotros hasta San Pedro que quedaba en el camino que hacía, y para que de tal manera pudiéramos tener los caballos al mismo tiempo que él. El correo, según lo habíamos podido observar, tenía el privilegio de poder exigir caballos a cualquier hora de la noche. Aceptamos de buen grado el ofreci-

miento y dormimos la siesta, y tomamos una comida rústica con él en la posta. Seguimos viaje con el fresco del atardecer y pasamos por el pueblo de San Antonio de Areco que tiene unas cuarenta o cincuenta casas de ladrillo, dispuestas en manzanas como en las ciudades grandes y alhajadas con ventanas de hierro. Las inmediaciones del pueblo son bastante pantanosas y muy cerca cruza un arroyo que lleva el mismo nombre, Areco. Desde Areco seguimos diez y siete leguas más en dirección norte, hasta Arrecifes, cambiando caballos en dos postas del camino cada una situada cerca de dos arroyos, Onda y Vellaca³. Estas postas eran ranchos solitarios y las únicas viviendas que encontramos en el camino. Como era tiempo de sequía, pudimos cruzar el río Arrecifes sin la asistencia de un bote que de ordinario anda por ahí para llevar pasajeros de una orilla a otra. El río tenía entonces unas doce yardas de ancho y lo pasamos a caballo. Después de haber atravesado terrenos pantanosos que se extienden hasta una legua más allá del río, y que estaban entonces bastante duros, vinimos a dar a unos campos ondulados por donde sigue todo el camino hasta San Pedro, cosa de unas cinco leguas. A partir de Arrecifes, la llanura estaba cubierta de altos cardos, excepto en una o dos depresiones del terreno más favorecidas y donde crecía el trébol, pero en las inmediaciones de San Pedro ya no se ven cardos. San Pedro es un pueblo pequeño que tendrá un centenar de casas y seiscientos a setecientos habitantes. Está situado sobre la orilla sur del Paraná⁴ y sobre una eminencia de unos cuarenta pies sobre el nivel del río y desde allí se domina un amplio panorama de sus islas. Hay en el pueblo un antiguo convento, amplio edificio de ladrillo que fué destinado por el gobierno a alojamiento para recibir el primer conjunto de emigrantes enviado desde este país [Inglaterra], pero ahora lo han convertido en oficinas del gobierno, con excepción de la iglesia que

³ Cañada Honda y Cañada Bellaca. (N. DEL T.)

⁴ La costa hace una punta en ese lugar y en verdad se extiende de este a oeste por una pequeña extensión, de suerte que el autor no es inexacto al hablar de una orilla *sur* del río Paraná. (N. DEL T.)

está todavía consagrada al culto. Hay muchas huertas en el pueblo, con diferentes clases de árboles; pero si se exceptúan estas huertas y algunos ombúes y pinos esparcidos en las afueras del pueblo, el campo es triste y monótono como en todo el resto de la provincia. San Pedro, con todo, ofrece muchas ventajas: su altura, su clima salubre y seco, la belleza del paisaje fluvial y su situación favorable para el comercio. Los habitantes se muestran siempre muy sanos y gallardos; muy rara vez se ven con las cabezas atadas con pañuelos blancos para curarse romadizos ni ostentan habas partidas sobre las sienes, como puede verse diariamente entre las gentes de Buenos Aires, que lo hacen para librarse de jaquecas muy comunes por causa del clima húmedo.

En los días domingo los gauchos llegan de los campos cercanos a caballo con sus mujeres en ancas, para asistir a los servicios religiosos; en tales días San Pedro tiene la apariencia de una ciudad inglesa en día de mercado: las pulperías están llenas; todas las tiendas permanecen abiertas para comodidad de la gente del campo, que aprovecha esta venida al pueblo para hacer sus compras de toda la semana y por la tarde se reúne en las afueras donde se corren carreras de caballos, se juega a la taba y se dan otras diversiones.

De mis indagaciones resultó que de los muchos ingleses y escoceses emigrantes que habían venido para formar la colonia de San Pedro, y establecerse allí, sólo cuatro familias quedaban: Anthony Norman, horticultor, tenía unos cuatro acres de tierra cercada y muy bien cultivada y con el producto mantenía cómoda y respetablemente su familia; Patrick Sheen, irlandés muy vivaz y su mujer estaban bastante bien empleados en el almacén de un propietario nativo, y Francis Cope tenía una ocupación parecida. Dos hermanos de Mr. Alais, grabador y artesano de gran pericia, bien conocido en Londres, habían adoptado la vida de los gauchos y parecían muy satisfechos con el cambio de situación. Todas estas personas me hablaron muy bien del país, y su apariencia robusta y sus rostros alegres, demostraban mejor que todas las frases, que llevaban una vida feliz. Se condolieron de la mala fe que había sido la causa de que se frustraran nuestros planes para

la formación del establecimiento inglés, de cuyo buen éxito y fortuna no dudaban si el gobierno hubiera obrado con sinceridad. Se declararon muy felices y contentos como estaban y sin sentir ningún deseo de volver a Buenos Aires.

Quedamos varios días en este agradable lugar y nos divertimos cazando patos; los hay en tan gran número que en una ocasión maté doce de un solo tiro. En unas pocas horas cazábamos generalmente el número que nos era posible llevar con nosotros, subiendo la barranca, y obsequiábamos a la mitad de las familias del lugar. Por las noches gozábamos de la fresca brisa del río sentados a la puerta de las casas, generalmente haciendo rueda con un grupo de morochas bonitas y simpáticas, y comíamos con ellas melones exquisitos. Jugábamos, reíamos, y fumábamos unos y otros, y el cigarro más estimado era el que se nos presentaba encendido y aspirado previamente por alguna de las hermosas criollas. Mientras estuvimos allí, los vecinos no pudieron mostrarse más amables para con nosotros ni omitieron oportunidad de tenernos contentos. Una noche fuimos invitados a un baile en casa del alcalde, dado para celebrar la muerte de un niño, su único hijo y heredero. El motivo de esta fiesta nos pareció extraordinario y repudiable, pero, con todo, aceptamos la invitación. Al entrar en *la sala* encontramos el recinto lleno de damas y caballeros bien vestidos, danzando bailes españoles y minuets con su acostumbrada gracia y viveza. Una orquesta de cuatro músicos animaba la reunión. El mate circulaba en copas de plata, que eran ofrecidas por los esclavos. En un extremo de la sala, y sobre un plano inclinado, estaba colocado el cadáver del pequeño, vestido de seda, con adornos de plata y además decorado con cantidad de flores y velas de cera. Una esclava, de pie hacia un lado, le enjugaba la materia que exudaba por los ojos y la boca. Entretanto, la familia y todos los invitados se mostraban muy contentos por la forma en que había sido arreglado el cadáver, y la danza continuó hasta la una de la mañana. Se nos informó después que esta costumbre proviene de la creencia, común entre estas gentes, de que, si un niño muere antes de haber alcanzado la edad de siete años, va al cielo, con toda seguridad. Se supo-

ne que antes de esa edad el niño no ha adquirido los defectos propios de la naturaleza humana; apartado así en sus primeros años, de las inquietudes y perturbaciones que experimentan los de mayor edad, el tránsito de esta vida a la otra se mira como favor especial del Todopoderoso: de ahí que se les designe con el nombre de *ángeles*. Esta creencia es en algo similar a la de los antiguos, tal como nos la ha transmitido Heródoto.

Como en el viaje a San Pedro habíamos seguido el camino del alto, resolvimos ahora volver a Buenos Aires por el camino que sigue la costa del río, habida cuenta de que los pantanos formados por las crecientes en tiempos de lluvia estaban ahora secos. Para este viaje, acordamos también librarnos de la obligación de andar durante el calor intenso del día, haciéndonos de una tropilla de caballos, con lo que podríamos ponernos en marcha a la hora que nos viniera en gana. Esta experiencia presentaba, sin embargo, sus inconvenientes, porque no era fácil adquirir tropillas bien entabladas ⁵, y de ahí que sólo pudiéramos procurarnos algunos caballos jóvenes para este viaje.

Así prevenidos, y tras un buen número de cordiales adioses, salimos de San Pedro. Es de decir que durante todo el itinerario, tanto el baquiano como yo y mi compañero, poco pudimos distraernos en conversaciones porque de continuo teníamos que andar tras los caballos que escapaban en distintas direcciones entre los altos y espesos cardales. En las corridas, las delgadas ropas de verano que vestíamos, se hicieron jirones y como no podíamos procurarnos medios para coserlas o remendarlas, llegaron a tal estado de miseria, que los perros, impresionados por nuestro aspecto exterior, invariablemente ladraban al vernos. Al llegar al río Arrecifes, cerca de su desembocadura en el Paraná, lo hallamos más profundo y las barrancas más altas y muy pantanosas. Como la apariencia del vado no nos gustó, pedimos al peón que pasara

⁵ El verbo, muy castizo, *entablar*, se conservaba hasta no hace mucho en el campo argentino, por lo menos en el litoral, en su acepción de "acostumbrar al ganado mayor a que ande en manada o tropilla" (Real Academia Española. *Diccionario de la lengua Española*). (N. DEL T.)

primero para explorarlo. Gracias a su buen caballo y a sus grandes espuelas, y a que era buen jinete, llegó a la orilla opuesta, pero no sin dificultad. Mi compañero lo siguió: bajó la barranca y cruzó el río en buena forma, pero al subir por la barranca opuesta, el caballo, animal débil, pronto vaciló y después de esforzarse por unos instantes, al último cayeron caballo y jinete hacia atrás, en el barro. Este fué asunto bastante feo. Mi amigo se vió obligado a cambiar de ropas al aire libre y yo empecé a prever que me esperaba suerte muy parecida; experimentando en cabeza ajena, y confiado en la fuerza de mi caballo, me arrojé con él al agua y me arreglé para hacerle trepar la alta barranca y pisar tierra firme, antes de que aflojara como el otro. Este accidente nos detuvo una hora en el camino y no pudimos llegar en el día a ninguna población. Hicimos noche en un rancho de triste aspecto donde nos regalamos con un buen asado de cordero, y de no ser el enjambre de pulgas y vinchucas que nos atormentó durante la noche, hubiéramos tenido un sueño muy reparador. Apenas pasado el río Arrecifes vimos el pequeño pueblo de Baradero sobre las barrancas del Paraná, a nuestra izquierda, e hicimos un viaje aburrido, por llanuras pantanosas, apenas interrumpidas por algunos terrenos de pastos altos y cardos, y uno que otro arroyo pequeño. Así fuimos hasta la aldea de Las Conchas, a distancia de treinta y cinco leguas. En toda esta extensión no encontramos población alguna y vimos apenas algunos ranchos aislados. Desde Las Conchas tomamos rumbo sur, apartándonos del camino que lleva directamente a Buenos Aires, y hacia la aldea de San José de Flores ⁶. Ya cerca de este pueblo sobrevino una tormenta muy fuerte que continuó durante todo el día y la noche y nos obligó a guarecernos en una quinta. Aquí permanecemos los dos días siguientes porque los caminos o más propiamente el suelo estaba tan inundado que se hacía imposible ponerse en marcha. Al tercer día nos arreglamos para llegar a Buenos Aires siguiendo un camino orillado por setos de álces y tunas ⁷ pertenecientes a

⁶ Hoy barrio de la Capital Federal. (N. DEL T.)

⁷ Los setos de álces son los *cercos de pitas*. Aunque estas plantas no sean

las *quintas* que llenan la campaña en las inmediaciones más cercanas a la ciudad. Este camino tiene de treinta a cuarenta yardas de ancho, pero como el suelo es muy deleznable, las muchas zanjas que se forman por consecuencia de las lluvias, más que un camino principal parece uno de esos terrenos destinados a la extracción de arena.

A pocas leguas de Buenos Aires hay varios pueblos donde los habitantes de la ciudad poseen casas de campo, o quintas. San José de Flores es un pueblo grande distante dos leguas, en el camino real a Mendoza. Contiene unos mil habitantes y las casas están edificadas como las de Buenos Aires y en general como en todas las ciudades de la América española, es decir que son construcciones de ladrillo, de planta baja, con rejas en las ventanas y con azoteas. Las señoras, huyendo a la bulla de la ciudad, van a veces a San José de Flores, pero como está situado en el camino de Buenos Aires a Mendoza, Chile, etc., el paso continuo de los viajeros y mercaderías, hace el camino en extremo desagradable. Por eso se da preferencia a San Isidro, El Tigre y la Punta de San Fernando, tres pueblos de las orillas del Paraná [sic] hacia el norte de Buenos Aires. El primero dista cinco leguas de Buenos Aires y está sobre una altura que domina una hondonada y un extenso panorama del río. Este es el único sitio elevado desde donde el viajero puede recrear su vista una vez que llega a la costa sur del río de la Plata.

La Punta de San Fernando y El Tigre son también bonitos pueblos situados a una o dos leguas de San Isidro; ambos son frecuentados por las porteñas que durante el verano van a ellos en pequeños grupos, ya sea para realizar *pic-nics* o

una misma cosa, en apariencia se asemejan mucho y cuando el autor dice *áloc*, se refiere a las pitas. Allá por 1880 el poeta Rafael Obligado evocaba en *Las quintas de mi tiempo*, los antiguos cercos de pitas:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
jardines sabiamente dibujados,
fueron un tiempo rústicos cercados
de enhiesta pita y suculenta mora.

Las tunas fueron sustituidas por las moras. Salvo que el poeta se sintiera llevado por "la fuerza del consonante". (N. DEL T.)

para permanecer algunas semanas en las quintas. Las excursiones se hacen en los carros de dos ruedas, comunes en la ciudad y tirados por dos animales, formando pequeñas caravanas, o, lo que es más frecuente, a caballo, y en este último caso las señoras adoptan el vestido y el sombrero usados en Inglaterra.

La policía de Buenos Aires ha mejorado notablemente de algunos años a esta parte y hay que hacer justicia al Presidente Rivadavia diciendo que es, según creo, el autor de estas mejoras. También el pavimento y el alumbrado de las calles principales se le deben a él, según entiendo. Una patrulla o ronda de calle se ha formado ahora, compuesta de milicianos y anda por las calles a caballo en grupos de ocho o diez, armados con mosquetes. En consecuencia, la gente puede circular durante la noche con bastante seguridad y los asesinatos y atentados a la propiedad y a las personas, se producen ahora muy rara vez. Mientras estuve en Buenos Aires no oí hablar de un solo asesinato ni de homicidios, en la ciudad, pero en la campaña hay que cuidarse mucho de los salteadores.

Volviendo de San Isidro, una noche, ya tarde, se me aparecieron dos individuos al parecer salteadores: al acercarse, me aparté un tanto del camino, los encaré, y sin decir nada, tomé una pistola de arzón en cada mano; los sujetos se apartaron también, pero para ponerse a respetable distancia, y dijeron que sólo se me habían acercado para conversar conmigo; pero, al negarme yo a ello y decirles que no se me acercaran, bajo pena de la vida, hicieron lo que les decía y me libraron de un buen susto, que, infundado o no, experimenté. Estos hombres, con su lazo y un cuchillo, son terribles como asaltantes; con el lazo, a distancia de ocho o diez yardas, pueden, a todo galope, tomar un hombre en la armada⁸, arrastrarlo con el caballo por el suelo hasta desvanecerlo y con el cuchillo en pocos momentos terminar con él. Es una particularidad muy favorable que estos hombres sientan verdadero miedo por las armas de fuego; un inglés no debe nunca viajar por este país sin ir bien provisto en este sentido y con

⁸ En la armada del lazo. (N. DEL T.)

percutores que nunca yerren el fuego. El equipo con que yo viajaba se componía de un par de pistolas a la vista en sus correspondientes pistoleras; otra pistola de dos caños (con caños de seis pulgadas), a la vista, llevada en el bolsillo de delante; en el bolsillo derecho del pantalón un cuchillo con punta, tamaño de un cuchillo de mesa y colocado de tal modo que pudiera ser sacado con una mano. Equipado de tal guisa, y haciendo frente, si alguno de aquellos sujetos intentaba enlazarme sin intimidarse a la vista de las pistolas —lo que nunca oí que sucediera—, debía pensarse en otro plan. En caso de fallar y en ambos casos, podría serme útil exhibir la pistola de dos caños; si ésto no surtía efecto, lo más conveniente era acercarse a los atacantes (la pistola de dos caños, reservado el fuego podía servirme muy bien) y todavía, disparados los tiros, la misma pistola, bastante pesada, podía convertirse en arma formidable, en combate cuerpo a cuerpo. Y, si todo esto fallaba, como último recurso podría sacar el cuchillo, también en combate cuerpo a cuerpo con el asaltante.

En La Calera había podido yo observar el miedo casi supersticioso que los peones tenían a un mosquito. Hubo que matar un novillo para el viaje y los peones no tenían en ese momento los instrumentos necesarios para hacerlo; entonces ordené a uno de mis hombres que lo matara de un balazo; la bala hizo su efecto a distancia de unas veinte yardas, y exactamente en mitad de la frente del animal. Este cayó al punto, sin mugidos ni forcejeos. Los peones se quedaron asombrados porque la tarea de enlazar el animal, de desjarretarlo y degollarlo para terminar con él, exige tiempo y esfuerzos. Apenas querían creer que el animal estaba muerto hasta que vieron al hombre poner los dedos en el agujero producido por la herida y que el animal continuaba inmóvil. *¡Qué muerte tan linda!* exclamaron y sus ojos iban del hombre al mosquito y del mosquito al hombre, mirando a los dos con temor reverencial. Y siguiéronle con los ojos adonde quiera que iba, y hasta el momento de la partida, lo que me hizo pensar que lo consideraban el hombre más prominente visto en el país.

Los peones, acostumbrados a resolver todas las disputas extremas con sus largos cuchillos (que manejaban con gran

destreza), no conocen el pugilato y sienten gran aversión por los golpes de puño. Uno de nuestros administradores andaba siempre con un mulato muy grande, a quien, por sus aparentes inclinaciones llamaban "el asesino". Un muchacho de un irlandés, más bien bonachón, pero un poquito inclinado a las pendencias, adoptó una actitud desafiante cierta vez que el tal empleado le dijo al mulato que sacara el cuchillo contra el dicho irlandés. El caso fué que *Pat* tenía un palo en la mano y le dió un golpe tan oportuno al mulato en el brazo, que le hizo caer el cuchillo; y el mulato, tomándose el brazo golpeado se quedó inmóvil, haciendo visajes y quejándose, sin aventurarse a recoger el cuchillo, porque hubiera recibido otro garrotazo. Los saltadores, por lo general, llevan a cabo sus hazañas fuera de las ciudades; asaltan las casas en banda con planes bien preparados y por la noche. Son cobardes por naturaleza y eligen las casas que se hallan aisladas. La menor resistencia, a veces hasta un simple ruido, generalmente los hace desistir de sus propósitos.

Tales hombres, en su mayor parte, se han formado la idea de que todo inglés tiene que ser necesariamente rico y tuvo ocasión de ver a dos ingleses que habían sido tratados bárbaramente por esos bergantes. La primera de estas víctimas vivía cerca de la ciudad, en una quinta, con su mujer y su familia. Los villanos entraron de súbito a la sala; unos cortaron el bolso en que guardaba las pistolas; otro le dió un sablazo en la frente produciéndole un horrible tajo y lo hirió seriamente en las manos; la señora fué también herida de gravedad; la hija salió ilesa y por fortuna en esos momentos los asaltantes oyeron un ruido y se retiraron. El caballero estuvo varios meses para recobrase de sus heridas y ni uno solo de la banda fué nunca descubierto. El otro asalto fué cometido en perjuicio de uno de nuestros emigrantes de nombre Simons. Había alquilado (Simons) una quinta, a seis millas de Buenos Aires y tres cuartos de milla del pueblo de San José de Flores; sabíase que había vendido cierta cantidad de alfalfa durante las últimas semanas y los ladrones acordaron robarle el producto de su venta; así fué que entraron a la casa una noche, y Simons, pensando que se trataba de la ronda noctur-

na que pasaba en busca de reclutas rehuídos, dijo que no había nadie en la casa. Pero al advertir que de afuera nadie respondía, empezó a sospechar y al punto tomó una escopeta que tenía colgada en la pared y amenazó con matar al primer hombre que osara dar un paso adelante. Esto los detuvo, hasta que un hijo de Simons, tratando de tranquilizar a su padre, pidióle, gritando, que no hiciera fuego, y el inocente, sin advertir las consecuencias, le tomó la escopeta y bajó el caño hacia tierra; lo cual, visto por los siete u ocho bandidos, y hallando en esto la mejor oportunidad, se arrojaron sobre Simons, le hirieron horriblemente en la cabeza y en las manos con un sable y lo dejaron por muerto. Durante este ataque, de nada sirvieron las ansias y las lágrimas de la esposa y de los hijos para salvar al padre; ofrecieron dar todo cuanto había en la casa. El propósito de los ladrones era el pillaje y el saqueo pero estaban acostumbrados a derramar sangre y así lo hicieron. Luego procedieron a despojar la casa de cuanto podían llevarse, hasta las ropas que cubrían a la señora y a los niños. Y mientras ellos iban a un cuarto interior, Simons logró arrastrarse hasta la huerta; no se había alejado cien yardas de la puerta, cuando uno de ellos, vuelto a la sala y echándole de menos, salió en su busca y al encontrarlo, lo atacó brutalmente con el sable; Simons se atajaba los golpes con las manos hasta que le fueron destrozadas; el bandido, entonces, viendo a su víctima inválida, le cortó de un tajo los tendones de las rodillas a la manera con que desjarretan los animales vacunos. El pobre Simons cayó y el malvado volvió a juntarse con sus compañeros, exultando de contento con el sangriento episodio. En seguida dejaron la casa y Simons fué encontrado casi muerto entre unos cardos donde se arrastró dándose impulso con los hombros y la espalda. En la mañana siguiente fué llevado a la ciudad, donde fué atendido solícitamente por sus amigos ingleses, pero no había recobrado del todo al tiempo en que me embarqué en Buenos Aires, seis meses después del atropello. Uno de estos malandrines fué tomado pocos días después de la tentativa de asesinato y luego de algunos meses de formales investigaciones, fué condenado a servir como soldado.

No es esta una medida muy eficaz para proceder con ladrones y asesinos, pero es verdad que entre las necesidades más urgentes se contaba la recluta de soldados para el ejército. Hasta hace poco tiempo parece que no fué sentida la necesidad de castigar con severidad, y cuando fuere menester, a los grandes delincuentes; y en verdad el modo que tienen de aplicarles la última pena está bien calculado para infundir terror entre los espectadores. Poco después de mi llegada a Buenos Aires, oí decir que un conocido criminal iba a ser ejecutado en la mañana de un determinado día. Me resolví a presenciar la ejecución para ver la manera con que se procedía y juzgar también si los avecinados nativos iban al encuentro de la muerte con la serenidad e indiferencia con que los indios salvajes se mostraban generalmente en este trance.

El criminal que debía ser ejecutado, asesinó a un amigo suyo mientras dormía, y en su propio rancho; después amenazó a la mujer del amigo con la misma suerte si no satisfacía sus apetitos; ella, para salvar la vida vivió algún tiempo con el criminal en esta condición, pero pudo escapar a Buenos Aires y acusar al asesino que fué tomado poco después y declarado culpable. Como se descubriera que era también autor de otros asesinatos anteriores, fué inmediatamente condenado a muerte. Bien informado sobre su culpabilidad, me dirigí a la Plaza de Toros, un espacio cuadrado que mide unas doscientas yardas por cada lado; y donde anteriormente se hacían corridas de toros. Un poste bien vertical, con una tabla plana que sobresalía del mismo poste y que serviría de asiento, estaba clavado en el suelo, a distancia de una yarda, de una pared; alrededor formaba un semicírculo la milicia, a distancia de unas veinte yardas: tres bandas militares estaban también presentes y tocaban música solemne. No mucho después, un movimiento que se notó entre los soldados anunció el comienzo de la fatal ceremonia y nosotros avanzamos hacia las puertas del cuartel —en la parte norte de la plaza— donde estaba confinado el criminal. Así que fueron abiertas las puertas pudimos oír un horrible alarido que salía de la prisión y en pocos minutos más, vimos al reo llevado por seis

soldados, con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, vociferando y tratando de librarse de sus ligaduras con los más frenéticos esfuerzos: no pude menos de apiadarme por sus angustias, pero tal sentimiento se tornó en repugnancia cuando medité en el crimen cometido y en los sufrimientos que él hizo pasar a otras víctimas inocentes. Prosiguió con sus gritos y esfuerzos hasta que los soldados lo colocaron contra el poste. Aquí se sentó sobre la tabla de madera y fué bien atado al poste con tiras de cuero. Entonces, se acercó un sacerdote, y después de rogar por él algunos minutos, se retiró. Avanzaron nueve soldados hasta ponerse a dos yardas del criminal. A la voz del comandante amartillaron las armas. Hasta este momento, el reo había estado como sin sentido, inmóvil, y sin exhalar un gemido; pero cuando el ruido fatal de los gatillos en los fusiles llegó a sus oídos, un movimiento convulsivo sacudió su figura toda y profirió un último grito agudo. Se siguió la señal del oficial y los soldados descargaron sus mosquetes en la cabeza y en el pecho del reo; en un instante el cuerpo quedó colgando sin vida del poste al que se encontraba atado. Los soldados volvieron luego al cuartel, procedidos por la banda de música que tocaba un aire alegre según se alejaba del lugar. Los pocos espectadores que se hallaban reunidos como testigos de la escena, se retiraron con ellos y el cuerpo fué tendido en el suelo por el carcelero, que lo despojó de sus ropas. Las balas le habían atravesado la cabeza y el corazón y habían entrado en la pared que servía de fondo. El reo era un mulato bastante oscuro, de unos seis pies de alto y de constitución fuerte; de facciones regulares y más bien agradables; las heridas sólo se veían desde muy cerca y yacía como en plácido sueño, formando un contraste muy vivo con su anterior aspecto de horror. Un carro fúnebre tirado por dos mulas y conducido por un postillón con sombrero de tres picos y un par de botas grandes y fuertes, llegó en seguida a gran galope. En este carro fúnebre (abierto), fué arrojado el cadáver desnudo, y el individuo arrancó otra vez al galope con su carga miserable. Menos de un cuarto de hora después del fusilamiento, la Plaza

de Toros presentaba su habitual aspecto con el movimiento de su cuartel y algunos viandantes.

Una de las medidas de policía que deben considerar en Buenos Aires, es la relativa a los perros. Estos animales abundan mucho en la ciudad y el clima cálido puede dar lugar a muchos casos de hidrofobia si no se toman precauciones. En cierto día del año, ya preestablecido, son sacrificados todos los perros que se encuentran en la calle. Como este día de los perros es conocido por todos los propietarios de estos animales, los mantienen atados cuidadosamente y sólo los que no tienen amo para ocuparse de ellos se ven por ahí. Un cierto número de peones se ocupa de matarlos y es un trabajo que parece divertirlos, porque en realidad se gratifica su natural crueldad para con los animales. En los días siguientes, se mandan carros a recorrer la ciudad para la recolección de los perros muertos que son amontonados en un sitio por las afueras. Esta matanza fué ejecutada varias semanas antes del día señalado, encontrándome yo en Buenos Aires y la razón fué la siguiente: El Presidente hacía un paseo a caballo por la ciudad con su escolta militar cuando he ahí que un perro sedicioso y de mala ralea mordió en una pata al caballo del Presidente; encabritóse el animal, empezó a patear y desarzonó al Presidente que cayó a tierra y rodó por el suelo, felizmente sin herirse. Este atentado a la dignidad presidencial se consideró tan atroz, que no era para expiarse con la muerte de un solo y miserable can. Toda la raza de los canes fué proscripta y se designó la mañana siguiente para proceder a su exterminación completa. Fué uno de los días de mayor animación y bullicio que presencié en Buenos Aires. Los amos de los perros, tomados por sorpresa, corrían de un lado a otro en todas direcciones, buscando sus animales descarriados, y perros de toda clase muy mal heridos o apenas estropeados andaban chillando por las calles; los ejecutores, seguidos por bandas de muchachos, podían verse cumpliendo *con amore* su verdadera vocación, desde la mañana hasta la noche. La causa que se alegó para precipitar así la suerte de la raza canina, no puedo certificarla, pero he narrado el episodio tal como era corriente oírlo en la ciudad. Yo había observado

otra medida muy diferente adoptada con el mismo motivo y que se usaba en Lisboa: durante el verano y cuando hacía mucho calor, ciertos y determinados propietarios de tiendas similares a nuestros vendedores de artículos de marina—, se ven obligados siempre a poner tachos con agua a la puerta de sus comercios ⁹.

El 25 de Mayo [de 1827] fué celebrado el aniversario de la declaración de la independencia [sic] y continuaron las fiestas por dos días consecutivos durante los cuales se suspendieron todos los negocios, consagrándose el tiempo a regocijos y acciones de gracias. En la plaza se había construido un redondel de ochenta yardas de diámetro, formado por una serie de pilastras de madera, de diverso orden, y no siempre de acuerdo con las reglas arquitectónicas. En las cornisas y sobre los frisos veíanse los nombres de los generales más distinguidos en la guerra de la independencia. Por la noche, el amplio redondel fué iluminado con candelas y se encendieron fuegos artificiales desde el techo de la Recova. Esta es una hilera de edificios bajos que forman el lado norte de la plaza. Las bandas militares de la ciudad animaron la fiesta y podía verse a todas las bellezas de Buenos Aires paseando dentro de este círculo mágico. En las esquinas de la plaza había arcos para el juego de sortija y mástiles engrasados ¹⁰ destinados a divertir al populacho.

En la mañana del 25 de Mayo, el presidente se dirigió a la Catedral con su comitiva, pasando entre filas de soldados. Lo saludaron los cañones del Fuerte; los barcos de la rada se habían empavesado con alegres colores y también hicieron salvas de artillería. En la segunda noche se llevó a cabo una especie de simulacro de batalla. En cada extremo de la Recova y sobre algunas tablas, se había pintado una fortaleza. En una de ellas estaba izada la bandera de Buenos Aires y en la otra la del Brasil. Desde cada fortaleza, las tropas —vestidas con idéntico uniforme— se hicieron fuego de mosquetería y se cambiaron abundantes descargas de granada. Batían los

⁹ Se entiende para que puedan beber los perros. (N. DEL T.)

¹⁰ Para el juego de la "cucaña" o palo enjabonado. (N. DEL T.)

tambores y sonaban las trompetas; por último, las tropas de Buenos Aires avanzaron sobre los imperiales *à pas de charge*. Los imperiales resistieron por algunos momentos pero no pudieron contener la furia de los republicanos y "el mágico grito de libertad". Estalló en eso un petardo del que salieron varios buscapiés, y las tablas que sostenían la fortaleza se derribaron. Entonces los de Buenos Aires precipitáronse en el lugar e izaron los colores de la República entre los vivos y las risotadas de la multitud. Durante la refriega habían sido arrojados bajo la Recova muchos muñecos rellenos que representaban a los caídos en la lucha y esto causó pavor entre las mujeres, convencidas de que las hostilidades iban por lo serio. La parte pirotécnica del espectáculo fué bastante mala y el simulacro de lucha una parodia, pero los espectadores se divirtieron y ¿qué más era necesario?...

Algún crédito habrá que acordar al presidente Rivadavia a propósito de su actividad y esfuerzos por su propio país; pero ocurre, desgraciadamente, que adoptó reglas de conducta contrarias al honor y prosperidad del mismo. Digamos que cuando estuvo en Europa, contrató profesores de literatura, de química, historia natural, matemáticas, etc., para emprender el mejoramiento de las nuevas generaciones de criollos; por sus servicios debían recibir muy buenos sueldos y vivir en un clima donde la gente no moría nunca y donde la carne y los duraznos podían tenerse por nada. El desengaño de estos profesores al llegar, no es para ser descripto. Se trataba principalmente de franceses e italianos, hechos a la buena vida, a los placeres y a la molicie de las ciudades; por eso la indiferencia de la gente por la contratación de los profesores, y la escasez de los sueldos asignados los llenó de fastidio. En los primeros momentos de su desilusión, recurrieron naturalmente al señor Rivadavia, pero advirtieron que el Rivadavia generoso y lleno de promesas, se había convertido en el áspero e inabordable Presidente de la República Argentina y que los sueños de felicidad se habían desvanecido. No oí decir de ninguno de los profesores que hubiera tenido buen éxito con sus clases, a excepción del profesor de matemáticas y éste tenía cuatro alumnos.

Entre los proyectos de mejoramiento de la República contaba un museo, y a ese efecto, el Presidente incluyó un *conservateur* en la lista de sus protegidos. Cuando llegó este caballero a Buenos Aires, una de las primeras cosas que averiguó, naturalmente, fué dónde se hallaba el Museo. Se le informó que no existía ningún edificio público bajo esa denominación pero que la colección de historia natural estaría muy pronto a su cargo. Durante varios días se hicieron serias búsquedas por todas partes para dar con aquel tesoro pero no pudieron encontrarse ni siquiera huellas de él. Hasta que uno de los empleados, por casualidad, dió con el pie en la tapa de un cajón de tablas que le había servido a sus predecesores como escabel y he ahí que, con gran sorpresa suya, el tesoro por tanto tiempo buscado, apareció dentro del cajón. La colección consistía en una mezclanza de pellejos de aves y pieles de animales muy dañados por el mal trato y por los insectos. Había papagayos sin cabeza, cotorras sin cola —otros pájaros sin cola ni cabeza— y las pieles de algunos animales salvajes, muy destruídas. Todo esto fué, naturalmente, hecho a un lado como inservible, y se encargó al profesor que formara una nueva colección. Y en los días en que hacía buen tiempo, el profesor acostumbraba a salir a cazar pájaros, otros animales y reptiles por las orillas del río y por las islas, y los embalsamaba, llegada la oportunidad. Un salón del antiguo convento de Santo Domingo fué destinado a depósito de estos objetos y provisto de hileras de cajas con vidrios a cada lado, a lo que se agregaba una colección de instrumentos de física. Cuando yo dejé la ciudad, la colección asumía gradualmente una decorosa apariencia.

Durante mi estada en Buenos Aires, el tema obligado y que a todos agitaba, era la guerra naval con el Brasil. Al empezar la contienda, el más vehemente habitante de Buenos Aires no tenía esperanza de que pudiera hacerse frente a la numerosa y bien equipada *flotilla* del enemigo; el consuelo estaba en que la flota enemiga no podía aproximarse lo suficiente a la ciudad como para bombardearla, y en que, si se hacía

un desembarco muy poderoso, en el peor de los casos, podrían retirarse al interior. Tan mal parados estaban los republicanos, que al empezar la guerra no tenían un simple cañonero; la flota que tienen ahora se compone de bergantines mercantes, goletas pequeñas y lanchones a vela, acondicionados para la guerra. La lista siguiente de las dos escuadras fué publicada en Buenos Aires en abril de 1827. Es una lista de los navíos que componen las escuadras de Buenos Aires y del Brasil, copiadas, con ligera variación de "El Mensajero":

ESCUADRA REPUBLICANA

La letra U. va junto a los nombres de los apresados en el Uruguay y la letra P. a los tomados en Patagones.

<i>Clases y nombres</i>	<i>Cañones</i>	<i>Clases y nombres</i>	<i>Cañones</i>
Corbeta Chacabuco	23	Goleta 29 de Diciembre U.	9
Corbeta Ituzaingó P.	22	Goleta 9 de Febrero U.	8
Barca Congreso	18	Goleta Maldonado Presa de	
Bergantín Goleta Gral. Bal-		Fournier	8
carce	14	Id. Juncal P.	3
Herm* Bergantín Gol. 8 de		Goleta 11 de Junio U.	2
Febrero U.	14	Goleta 30 de Julio U.	2
Herm* Bergantín Gol. Patago-		Goleta 18 de Enero U.	2
nes P.	5	Zumaca Uruguay	7
Goleta Guanaco	10	Zueche Uno U.	3
Goleta Unión	10	Lanchas cañoneras, 4 de a 2 ..	8
Goleta Sarandí	9	Lanchas cañoneras, 9 de a 1 ..	9

Total: Buques 31, Cañones 186.

El 25 de Mayo está desaparejado.

ESCUADRA BRASILEÑA

Los buques a cuyo nombre siguen las letras R.P. están actualmente en el Río de la Plata.

<i>Clases y nombres</i>	<i>Cañones</i>	<i>Clases y nombres</i>	<i>Cañones</i>
Navío (de alto bordo) Pedro I	74	Bergantín 29 de Agosto	18
Frugata María Isabel	64	Berg. Independencia o Muerte	
Frugata Paula R.P.	64	R.P.	18
Frugata (Recién llegada de E.E.U.U.)	64	Bergantín Irusuba	18
Frugata (Recién llegada de E.E.U.U.)	64	Bergantín Real Juan R.P.	16
Frugata Piranga R.P.	62	Bergantín Voper	16
Frugata Emperatriz R.P.	52	Bergantín Río da Prata R.P.	14
Frugata Nitcheroy R.P.	42	Bergantín Goleta Leopoldina	14
Frugata Paraguá	40	Bergantín María da Gloria	14
Frugata Paraguasú	38	Goleta de 3 palos R.P.	22
Frugata Armonía	36	Lugre María Teresa R.P.	14
Frugata Tetis	36	Goleta Atalanta R.P.	14
Corbeta María da Gloria	36	Goleta Princesa Real R.P.	10
Corbeta Liberal R.P.	22	Goleta Reino Unido R.P.	17
Corbeta Masaió	22	Goleta Isabel María R.P.	7
Corbeta Carioca R.P.	22	Goleta Doña Paula R.P.	5
Brig. Bahía	20	Goleta Concepción R.P.	2
Brig. Guaraní	20	Goleta Luis de Camoens R.P.	2
Brig. Maranhao	20	Goleta María Isabel R.P.	1
Brig. Independencia del Norte	20	Goleta Providencia R.P.	1
Brig. Janeiro	18	Goleta Río R.P.	1
Brig. Cacique	18	Lanchas cañoneras, 11 de 2 ca-	
Brig. Pirajá R.P.	18	ñones, R.P.	22
Brig. Caboclo R.P.	18	Lanchas cañoneras, 3 de 1 ca-	
		ñón	3

Total: Buques 58, Cañones 1.127.

Lista de los corsarios que se han hecho a la vela desde Buenos Aires durante la presente guerra con el Brasil.

<i>Bergantines:</i>	Lavalleja	<i>Barcos:</i>	Hijo de Mayo
	Oriental Argentina		Hijo de Julio
	La Presidenta		Comet
<i>Goletas:</i>	Sin Par		Margaret
	General Manada		Republicano
	Vengadora Argentina		Ituzaingó
	Presidente		Unión Argentina

Del Salado: Vencedor de Ituzaingó (antes Bolívar)

De Maldonado: El bergantín de Fournier Revenge (antes bergantín inglés Florida)

Difícilmente podrá creerse por las generaciones venideras que estas fuerzas tan desproporcionadas hayan estado durante dos años trabadas en continuos combates y que en la mayoría de los casos, la diminuta flota de los republicanos haya triunfado de su poderoso adversario. Sin embargo, así ha sucedido; y ello ilustra en forma elocuente sobre la superioridad que reviste una minoría bien y gallardamente dirigida, sobre una hueste más numerosa y conducida con menos fervor y aliento. La pequeña escuadra se halla comandada y principalmente tripulada por ingleses ¹¹, quienes, al parecer, en cualquier clima y por cualquier causa en que se comprometan, no dejan nunca de demostrar el valor heroico y la pericia superior en asuntos navales que les ha dado fama desde tanto tiempo atrás. Debe decirse, sin embargo, en justicia, y por lo que respecta a los brasileños, que la desproporción de fuerzas no es tanta como a primera vista parece. El número de sus buques en el río de la Plata, señalados en la lista con las

¹¹ Por su parte, Woodbine Parish, cónsul inglés en Buenos Aires, comunicaba al ministro George Canning en julio 20 de 1825: "Creo que la armada brasileña sólo resulta formidable para los Bonaerenses porque está principalmente comandada y tripulada por ingleses"... *Gran Bretaña y la Independencia de la América Latina*, etc. Documentos compilados por C. K. Webster, Buenos Aires, 1944, tomo I, pág. 175. (N. DEL T.)

letras R.P. no es mucho mayor que el número de los buques de Buenos Aires; la diferencia en cañones, es grande en verdad; pero aquí habría que hacer notar también que los brasileños pueden rara vez llevar sus navíos de mayor tonelaje a una batalla, debido a la gran extensión de aguas poco profundas en el río, mientras que los barcos pequeños de los republicanos, cuando la llevan mal, o se sienten vencidos, se libran de los grandes navíos brasileños acogiéndose a las aguas de poca profundidad. Con todo, siempre que las flotillas de las dos naciones se han trabado en combate, con fuerzas apenas equivalentes, el mejor comportamiento y el valor de los republicanos han decidido la acción. Los éxitos más importantes de los republicanos han sido los obtenidos en el río Uruguay y en las costas de la Patagonia. Con una maniobra inteligente, el almirante Brown entró al río Uruguay, y, con pocas pérdidas capturó y destruyó toda la flotilla enemiga consistente en unas doce cañoneras ¹². En la otra ocasión (los éxitos obtenidos en la Patagonia) los brasileños habían enviado una fuerza contra un pequeño asiento que los de Buenos Aires habían establecido en la boca del río Negro, latitud de 41° y en territorio habitado por los indios. Esta fuerza consistía en dos corbetas, un bergantín y una goleta con seiscientos hombres. Practicaron fácilmente un desembarco, pero el jefe de la expedición, un inglés intrépido, el capitán Shepherd, habiendo muerto en el choque, parece que los demás se sintieron presa del pánico y así todo el grueso de las fuerzas fué obligado a rendirse, por una fuerza inferior y en verdad insignificante ¹³. Entre las observaciones hechas por los periodistas a propósito de este inesperado suceso, son muy dignas de atención las siguientes por cuanto muestran el temor que se tenía de la formación de un asiento enemigo en territorio indígena. Los aborígenes, sin duda, hubieran hecho causa común con cualquier poder enemigo de Buenos Aires, y tratando con cuidado el asunto, ese territorio hubiera podido

¹² Combate del Juncal. 10 de febrero de 1827. (N. DEL T.)

¹³ Combate de Patagones. 7 de marzo de 1827. (N. DEL T.)

convertirse en un pueblo independiente, de alguna importancia.

“Los motivos que el comandante de la expedición expuso como causas de su visita, fueron los de reclamar únicamente los navíos y otros efectivos pertenecientes al Brasil y que habían sido llevados allí por los corsarios armados en esta República; sin embargo, es de presumir que sus miras se extendían a otros objetos, incluso el apoderarse de la población. De haberse realizado este último plan, no sólo se hubiera privado a la República de un seguro y conveniente abrigo para los corsarios y sus presas, sino que se hubiera puesto también un arma poderosa en manos del Emperador; porque ha sido afirmado en uno de los periódicos importantes de esta ciudad que el designio más probable que había dirigido la aventura era, en caso de buen éxito, incitar contra la República a los indios de la frontera, armándolos al efecto y prometiéndoles comprar a buen precio todo el ganado que pudieran arrear, y mantener así las fronteras en estado de alarma para distraer la atención de las fuerzas nacionales. El haber malogrado ese propósito es ya de por sí algo de no escasa importancia y si a ello se agrega la adquisición que ha hecho la República con la captura de una corbeta y dos bergantines de guerra, con la pérdida de cuatro barcos por el enemigo, y de seiscientos hombres, el valor de los servicios prestados a la causa del país por el esfuerzo y la bravura de los oficiales y soldados comprometidos en la acción, es de incalculable significación”.

El 7 de abril, sin embargo, fué un día infortunado para los de Buenos Aires. En ese día la flotilla republicana, bajo el mando del almirante Brown, iba en marcha a lo largo de la costa, seguida por la escuadra brasileña, esta última en aguas hondas, cuando el bergantín del almirante, el *República*, y el de su segundo en el mando, capitán Drummond, el *Independencia*, encallaron. En esta situación, fueron cañoneados por el enemigo, con intervalos, durante todo el día ¹⁴. El estrago que se produjo a bordo de estos buques en el día siguiente fué terrible. En el *British Packet*, periódico (en inglés) que

¹⁴ Combate de Monte Santiago. 8 de abril de 1827. (N. DEL T.)

se publica en Buenos Aires, está bien descripto: "El domingo 8 del actual —dice— los bergantines estaban todavía encallados y todos los buques brasileños, a excepción de las fragatas, pasaban de un lado a otro, como en el día anterior y lanzaban sus andanadas al pasar. El fuego era contestado con denuedo. Continuó hasta las dos, cuando la fragata *Emperatriz* o la *Paula* viendo que los otros buques no osaban aproximarse y que de hecho se apartaban, resolvieron, ante la sorpresa de todos, a intervenir decididamente en el combate. Y así, a las dos de la tarde del domingo, echó anclas muy cerca del *Independencia* y empezó a disparar contra el dicho bergantín un pausado cañoneo con balas de 32 y 24, encadenadas, una tras otra, esperando a que se disparara el humo para apuntar bien. Las consecuencias han sido espantosas: más de doscientos tiros pesados alcanzaron al bergantín, matando e hiriendo de sesenta a setenta personas. Al mismo tiempo, once barcos le hacían fuego, algunos de proa y otros por el cuadro de popa, de modo que el fuego venía de todas direcciones, veinte a treinta balas a un tiempo. El *Independencia* contestó el fuego con sus cañones de un lado durante una hora y cuarto, y se cree que la fragata, el bergantín *Cabloco* y la goleta *Grecian*, de tres mástiles, han sufrido mucho a su vez. Los dos últimos se acercaron mucho pero luego se retiraron, habiendo la goleta perdido el palo mayor. De hecho, todos los que habían atacado se desviaron, excepto la fragata y esta encalló; probablemente hubiera hecho lo mismo.

"A las tres y cuarto, la munición del *Independencia* se terminó: había arrojado 3.140 balas en dos días. Los brasileños entonces redoblaron el fuego y lo continuaron por tres cuartos de hora sin que se les contestara. En ese momento sólo treinta hombres se mantenían ilesos y el capitán Drummond dejó el barco para consultar al almirante sobre la situación del bergantín y pedir munición. A la vuelta subió a bordo de la *Sarandí*, y al pasar por el alcázar, una bala de veinticuatro le hirió en la cabeza, de cuya herida murió tres horas después. A las cuatro, el *Caboclo* tomó posesión de los restos del *Independencia*. Por cada tres muertos había un herido, y apenas

diez heridos estaban en condiciones de ser transportados. El valor y lealtad del capitán Drummond y su tripulación (principalmente inglesa) excede a toda alabanza. En medio de la sangre y la matanza querían todavía luchar y sólo cuatro marineros portugueses trataron de huir en el bote, pero al instante fueron abatidos. El *Independencia* posiblemente pudo ser señalado y elegido porque se levantaba mucho sobre el nivel del agua y presentaba así un blanco mejor, o quizás también por animosidad contra Drummond.

“El almirante Brown permaneció en el bergantín *República* y no lo abandonó hasta después que se sintió herido. La fragata hizo fuego a intervalos y después continuamente. El almirante Brown fué herido (o más bien golpeado) en el costado por un casco de metralla, en la tarde del domingo; no abandonó el puente en ningún momento, sino que permaneció allí sentado en una silla. El capitán Granville fué herido por una bala de cañón en el brazo (que le amputaron en seguida) en la mañana del domingo. La *Sarandí* continuó haciendo fuego de continuo principalmente al ancla pero, ya en la última parte del combate, con sus velas. Tanto ella como el *República* continuaron haciendo fuego hasta las ocho y media de la noche, cuando, al ver que era imposible mantener, a este último (*República*) a flote, todos los hombres fueron llevados a la *Sarandí*; el incendio se produjo a las nueve y el buque ardió hasta la línea de flotación. Mandaron también un bote a la *Congreso* con orden de que se retirara a Buenos Aires y la *Sarandí* se hizo a la vela hacia este lugar a las diez de la noche. Vieron a barlovento dos navíos brasileños y la fragata tiró dos cañonazos a la ventura. La *Sarandí* ancló en balizas interiores a eso de las tres de la mañana; la *Congreso* llegó a la rada exterior a las cinco y esta última sin encontrar ningún enemigo. En resumen, las pérdidas parecen haber sido: de sesenta a setenta muertos y heridos en el *Independencia* y unos treinta a cuarenta prisioneros ilesos. *República*: dos muertos, once heridos. *Sarandí*: cinco muertos, doce heridos. *Congreso*: ninguno. *Bergantín República*: incendiado. *Independencia*: totalmente destruido y creemos que sus restos han sido incendiados. Entre los oficiales prisioneros (proba-

blemente los únicos) se cuentan Mr. Ford, Mr. Muriendo, [¿Murguiondo?] (tenientes); Dr. Phillips; guardia-marinas: Attwell, Elorde y Hall; sobrecargo: Drury”.

Desde el día en que partieron los navíos de Buenos Aires hasta la vuelta de la *Congreso* y de la *Sarandí*, el 9, la ciudad estuvo en continuo alboroto. Cada cuarto de hora llegaban mensajeros de la Ensenada, cada uno con afirmaciones contradictorias, que eran en seguida captadas de manera confusa, y corrían toda la ciudad bajo diferentes formas. Por último, en la mañana del nueve, dos de los cuatro buques volvieron a la rada interior de Buenos Aires trayendo a bordo al almirante herido y el cadáver del capitán Drummond. La verdad no tardó en conocerse y la inquietud terminó poco después. El gobierno rindió los debidos honores al bravo Drummond. Su cadáver fué expuesto solemnemente al público, pero cuando, poseído de pesar, visité sus restos, pude advertir que me encontraba solo, tan poca curiosidad sienten los habitantes de la ciudad por todo aquello que individualmente no les concierne.

Al terminar el primer año desde mi llegada al Río de la Plata ¹⁵, casi todas las provincias se habían desligado de Buenos Aires y hasta la adhesión de su vecina Entre Ríos se manifestaba equívoca. De tiempo en tiempo llegaban noticias de que las provincias del interior se hacían la guerra unas a otras; Tucumán con Santiago, La Rioja con Catamarca; Salta y San Juan, estaban en pie de guerra. Los consejos del gobierno en Buenos Aires hallábanse perturbados, el tesoro sin un peso, los papeles de crédito agotados, el gobierno imposibilitado para pagarme, aun si lo hubiera querido; y las cuentas sobre la administración, pedidas a los señores Lezica, De Castro y Jones, tan lejos de ser obtenidas, como lo estaban diez meses atrás.

En medio de mis desengaños, sin embargo, y del cambio lamentable que se había dado en los asuntos del país, tuve el consuelo de comprobar que ni un solo emigrante había ca-

¹⁵ Beaumont llegó al Río de la Plata a fines de mayo de 1826. (N. DEL T.)

recido de nuestra ayuda y asistencia, si había demostrado deseos de trabajar (si es que no había encontrado en seguida un empleo) y que todos estaban satisfechos de tener a su alcance mayores comodidades que las poseídas antes de venir de Gran Bretaña. Varios de esos hombres habían logrado ya entradas considerables y, con prudencia, estaban en condiciones de hacerse una posición holgada. De los muchos que habían peleado y derramado su sangre por la República, algunos habían ganado grandes sumas con el corso; uno de ellos me dijo, poco antes de mi partida, que esperaba recibir dos mil pesos que le correspondían como participación en una presa efectuada durante su última campaña en el mar.

Con lo cual, y después de todo, la expectativa, la esperanza principal, quedaban cumplidas. Se había dicho generalmente que, viniese lo que viniera, de tres intereses, dos por lo menos sacarían beneficios en la proyectada emigración: que los hombres sin trabajo, ganarían al ser sacados de la pobreza en su propio país a la abundancia del de los republicanos; que los republicanos (argentinos) ganarían al recibir una población como aquella. El otro beneficio, el de los capitalistas, siempre fué tenido por incierto: los planes podían ser frustrados, ya por mala fe del gobierno, ya por las guerras civiles o internacionales, o por la consecuente inseguridad de la propiedad, o por los tropiezos que encontraría la industria, por seducciones ejercidas sobre los emigrantes para desligarlos de los fundadores de la colonia, por poca honradez de los agentes y falta de protección legal. Y, en rigor, no fué ninguna de estas últimas causas en particular, sino todas ellas combinadas (la principal causa fué la primera) las que frustraron las esperanzas de los capitalistas.

Después de una permanencia de un año, me determiné a no añadir una pérdida inútil de tiempo en Buenos Aires a las pérdidas ya sufridas y resolví hacerme a la vela para Inglaterra en el primer paquete. En consecuencia, empecé mis visitas de despedida a los amigos de la ciudad. Entre mis compatriotas, Mr. Miers, fundador de la Casa de Moneda de Buenos Aires a quien había conocido mucho tiempo antes en Inglaterra, se había hecho acreedor a mi mayor reconocimiento

y tuve precisamente el placer de tener como compañeros en mi viaje de vuelta, a Mr. Miers y a sus dos lindos muchachos, el mayor nacido entre las montañas de los Andes cuando sus padres hicieron el viaje a Chile, unos ocho años antes. Estaba también obligado a dar mis adioses agradecidos a muchos de nuestros emigrantes que se habían conducido tan bien conmigo, como asimismo con algunos comerciantes ingleses, y no estaba menos obligado para con varias familias principales de la ciudad. En la casa de la viuda del célebre general Balcarce, de los vencedores de Maipú, y en las quintas de varios de los parientes de esa familia, siempre encontré una cordial acogida y la más interesante sociedad. Distinciones parecidas merecí de la viuda y de la familia del general Belgrano, otro eminente jefe de los ejércitos patriotas, y tanto en la casa de la ciudad como en la quinta de don Lorenzo Iriarte, comerciante argentino de mucha cuenta, de cuya honradez e integridad tengo la más alta opinión, encontré siempre excelente hospitalidad y sentimientos amistosos. En verdad, si exceptúo a los astros políticos y a sus satélites, sólo experimento placer y gratitud cuando pienso en el comportamiento bondadoso de las clases argentinas más respetables en todo el país. A Mr. Hodges, uno de nuestros emigrantes (cuya conducta fiel formó fuerte contraste con la mayoría de aquellos en quienes habíamos depositado más confianza en Buenos Aires), pensaba yo designarle principal administrador de nuestra colonia, en caso de ser posible continuar con ella, pero dejó Buenos Aires y parte de su familia en esa ciudad, por asuntos que tenía en Inglaterra, poco antes de que yo saliera. Mr. J. B. Hubert, hombre bien preparado e inteligente, artesano, por cuya gratuita y solícita ayuda en favor de los emigrantes estoy muy agradecido, había también dejado un bien remunerado empleo en Buenos Aires para visitar la tierra de su nacimiento.

Había oído hablar mucho de las dificultades y dilaciones que se producían cuando se trataba de obtener permiso para abandonar la ciudad y comencé a ocuparme del pasaporte una semana antes de que el paquebote se hiciera a la vela y ocupé todo el tiempo en correr de un lado a otro para obtenerlo, habiendo tenido que concurrir, creo, a once oficinas diferentes.

Tuve que ver al teniente alcalde para que certificara mi nombre y residencia; después visitar al alcalde mismo para obtener la firma. En la Aduana tenía que hacer dos gestiones. En la oficina de impuestos tuve que procurarme un certificado de que no debía impuestos atrasados y en la Comisión de Emigración, otro certificado de que no debía nada allí. En esta oficina surgió, sin embargo, un serio obstáculo. Si yo mismo no debía nada, tenía que ver con alguien que debía, y fui enviado al Consulado para el descargo en primera instancia; pero resultó que aquí las dificultades aumentaron. Todos los efectos pertenecientes a la "Agricultural Association", habían sido depositados a pedido de algunos demandantes y se presentó la cuestión de que si yo no podría tener algunos efectos en mi poder y hasta en un momento se dió orden de detención contra mí; pero, como se sabía muy bien que yo estaba completamente sin nada, se me permitió ir libremente y me visaron el pasaporte. Con todo, y sin embargo, antes de hacer a un lado este asunto, debo dejar bien establecida la naturaleza de la demanda presentada, para que los europeos puedan juzgar sobre la seguridad de los bienes consignados a Buenos Aires.

Ya he dicho antes que al llegar a Buenos Aires traté de evitar allí que se hiciera un mal uso de lo que quedaba del desastre de nuestros bienes y que los señores Lezica y Castro se apoderaron de ellos en virtud de una orden del gobierno; y que por orden de la misma autoridad, nuestras mercaderías y los instrumentos de trabajo de que hacían uso los emigrantes en nuestro establecimiento, fueron arrancados de sus manos. Esto fué la consecuencia de una demanda entablada por los señores Lezica y Castro y en la que invocaban el perjuicio sufrido por nuestra negativa a aceptar cierto documento comercial por cuatro mil libras emitido por ellos. Nos habíamos negado a aceptarlo por la muy sencilla razón de que ellos no tenían derecho a girar sobre nosotros. Verdad es que habíamos autorizado a un comerciante inglés muy conocido y a los señores Lezica y Castro para girar conjuntamente sobre nosotros con un propósito determinado. Al hacer esto, depositábamos nuestra confianza en el comerciante inglés, que

tenía casa en Londres, y siendo él único responsable en Inglaterra por sus actos. Pero éste se negó a actuar conjuntamente con aquellos señores y de ahí que la autorización otorgada conjuntamente, caducara. Por otra parte, el propósito especial que ellos debían cumplir, era poner un cierto número de vacas y caballos en el establecimiento de Entre Ríos, con una pequeña cantidad de trigo y harina y otras cosas indispensables que podían hacer falta a los pobladores para sus necesidades del primer momento y girar contra los garantes por el equivalente si es que no había otros fondos a mano. Pero, con posterioridad, se enviaron a estos señores tres mil libras para comprar esas cosas, aparte de lo cual, ellos debían dos mil libras de sus aportes sociales. Además, al tiempo en que fué girada esa letra, no se había rendido cuenta de un solo chelín de las cinco mil libras que ellos tenían en mano, no habiéndose rendido cuenta alguna hasta hoy ni se pretendía tampoco que aquella letra fuera requerida para los indicados propósitos, ya que la carta que notificaba haber ellos girado sobre nosotros, informaba también que los emigrantes estaban por ese entonces establecidos en Buenos Aires y cerca de esta ciudad, y que el proyectado establecimiento de Entre Ríos no podía en consecuencia proseguir con buen éxito.

Pero, sin embargo, se descubría en la carta la verdadera intención de estos señores. El dinero era pretendido con objeto de depositarlo en el Banco de Buenos Aires donde les permitían cobrar el uno por ciento de interés mensual por el uso del mismo. Este Banco, al que dichos señores estaban fuertemente vinculados, se encontraba al momento en dificultades y al poco tiempo suspendió sus pagos. El giro, por lo tanto, desde todo punto de vista, estaba desautorizado y era injustificado. En realidad, se trataba de una maniobra deshonesta para sacar dinero de la credulidad inglesa. La letra fué vendida por su valor nominal a un inglés que estaba en vísperas de partir para su país. Cuando se la rechazó, fué devuelta a sus libradores en Buenos Aires, pero ellos se negaron a cubrirla y parece que no pudo el adquirente obligarlos a pagar. Las cuatro mil libras resultaron para ellos un limpio botín. No obstante lo cual, esta ganancia ilícita, es

alegada como un verdadero perjuicio para cuya compensación, de acuerdo con la lógica jurídica del país, nuestro patrimonio allí resultaba embargable.

Hubo otra demanda de la misma laya por habernos negado a aceptar letras por la suma de diez y ocho mil libras giradas sobre nosotros por una persona de quien nada sabíamos. Habíamos convenido en comprar setenta y dos leguas cuadradas de campo por la suma de treinta y seis mil libras pagables en cuatro cuotas de nueve mil libras cada una. La primera cuota fué pagada al agente de los vendedores inmediatamente; la segunda sería pagada bajo condición, a saber, una vez presentados los títulos perfectos correspondientes a la tierra en cuestión, libres de todo gravamen, a satisfacción de los compradores o de su abogado y dentro de un plazo que para entonces ya había vencido de tiempo atrás, y sólo después de haberse recibido informe satisfactorio de los agrimensores designados sobre la extensión de las dichas tierras. Ninguna de estas condiciones fué cumplida: el abogado no había aprobado el título y los agrimensores informaron que ellos difícilmente encontraban legua cuadrada donde no se les opusiera algún ocupante con títulos de posesión. Por esto el agente del vendedor, que tenía poder para modificar el contrato original, convino en limitar la venta a un cuarto de la extensión de tierra estipulada en un principio, contra las nueve mil libras recibidas. Ahora bien, las letras antes citadas, fueron libradas por un apoderado del vendedor por una cantidad equivalente a las dos primeras cuotas del contrato original; pero era bien sabido que la primera cuota había sido ya pagada al agente del vendedor y era igualmente bien sabido que la segunda cuota en realidad no había llegado a adeudarse, y dadas las circunstancias del caso, nunca llegaría a deberse. Esta injustificada e insolente licencia con los nombres de los garantes, como estratagema para hacerse de dinero, se convirtió, sin embargo, en un ingrediente adicional en la lista de pretensiones sobre nuestros bienes.

Pero la demanda más absurda y vergonzosa de todas, fué la de los comisarios de emigración. El lector recordará (capítulo V) las positivas seguridades dadas por los comisarios, de

reembolsar a todo aquel que hubiera adelantado dinero para el traslado de los emigrantes; la solicitud del gobierno a mi padre para que manejara en su nombre este servicio, con la promesa de pronto pago de sus adelantos; el contrato del agente del gobierno, Lezica, con el mismo objeto, y el subsecuente decreto, y la carta de Lezica diciendo a mi padre que sólo tenía que girar y recibiría el dinero que hubiere adelantado. Teniendo todo esto a la vista, los comisarios de emigración no sólo se rehusaron al pago de un solo peso, sino que presentaron una demanda contra él por la suma de cuarenta mil pesos por gastos en que decían haber incurrido para gestionar la venida de los emigrantes, por retenerlos en Buenos Aires y haberlos mantenido después. Esta demanda fabulosa contra él, fué lanzada con el propósito de apoderarse de los bienes de la sociedad.

El 7 de junio de 1827 fuí a bordo del paquebote inglés, ligero de corazón y de bolsillo y me alejé de aquella tierra de promisión. En el camino, aguas abajo por el río, pasamos cerca de las escuadras rivales de Brown y Botas (en inglés Boots)¹⁶, las cuales la víspera habían sostenido un vivo combate cerca de Buenos Aires en el que Boots, estuvo a punto de caer prisionero. Brown persiguió a Botas y ahora era Botas quien perseguía a Brown a respetable distancia. Al tercer día entramos en el puerto de Montevideo y permanecemos dos días en la ciudad. Al ir a tierra mi primera visita fué para mi digno y apreciado amigo don Francisco Juanicó, y para su amable familia. El placer que sentí al encontrar una vez más a este digno caballero, fué tan grande como el experimentado al evadirme de Buenos Aires. Los beneficios que me había dispensado cuando no era para él más que un exiliado, formaban sorprendente contraste con la conducta observada por el señor Rivadavia y sus satélites, de quienes yo tenía derecho a esperar mucho bien —y si no el prometido reembolso del dinero adelantado y la gratitud nacional, por lo menos alguna demostración de cortesía y alguna disculpa

¹⁶ Juan do Oliveira Botas, marino portugués al servicio del Emperador del Brasil. Beaumont lo llama Boots. (N. DEL T.)

por haber faltado a sus promesas. Muchos de los emigrantes llegados en el *Countess of Morley* habían pasado a Buenos Aires, pero fueron más los que quedaron en Montevideo y sus cercanías, donde todos trabajaban bien. Dos o tres de ellos hubieran podido estar mejor, sin embargo, a no ser por el contagio de la holganza y la ebriedad que tientan con facilidad a los artesanos ingleses en aquellas regiones ¹⁷.

El 12 de junio nos alejamos de Montevideo. Poco después de salir del río de la Plata, perdimos de vista la costa de América y no volvimos a verla hasta cerca de Río de Janeiro. El 24 de junio, al caer la tarde, echamos de ver unas montañas a la distancia, que, según se nos dijo, era ya la costa de aquel lugar. Según nos acercábamos, el contorno de la costa aparecía más escarpado y pintoresco, pero las sombras de la noche empezaban a cubrirlo todo y la distancia era todavía considerable.

En la mañana siguiente, al levantarnos, fuimos llamados desde el puente y nos sentimos realmente subyugados por la magnífica escena que impresionó nuestros sentidos. Entrábamos en la bahía de Río de Janeiro. A la izquierda, y a unas trescientas yardas, una gigantesca espira de roca, llamada el Pan de Azúcar, surgía del océano hasta una altura de mil pies, formando el promontorio occidental de la boca de la bahía. El baluarte opuesto, en la misma entrada, tiene idéntica traza, pero es menos escarpado. Esta entrada ofrece un ancho de mil seiscientas yardas. Dentro de la bahía, la anchura aumenta considerablemente y en algunos lugares alcanza a diez y veinte millas. Esta espaciosa hoya se encuentra bordeada por montañas rocosas de las más variadas y pintorescas formas y casi todas cubiertas por la más exuberante y verde vegetación. En algunos lugares, las rocas surgen perpendicularmente del agua internándose en ella; en otros, retrocediendo, dejan una barra de pradera verde que bañan las olas. Algunas rocas se ven cubiertas con plantas rastreras, muy enredadas, pero más generalmente altísimos bosques, en

¹⁷ Cualquiera diría que en Inglaterra era desconocida la holganza y sobre todo la embriaguez . . . Dios le valga al señor Beaumont. (N. DEL T.)

lon que se destacan los cocoteros, decoran las orillas con todos los intensos y variados colores de la fronda tropical. Nada podría exceder a la claridad de la atmósfera a cuyo través contemplábamos esta escena. Ni una partícula de niebla o de vapor empañaba el brillo de la mañana. El raudal de luz que fulguraba en los objetos cercanos y hacía claramente visibles los más remotos, rompiase en aquellos profundos y amplios espacios de sombra, formados por los acantilados salientes y los altísimos bosques, dando allí la nota más feliz en sentido pictórico.

Después de una permanencia de un año en Buenos Aires e inmediaciones, en llanuras interminables que apenas se elevan a veces algo más que los cardales que las desfiguran, al encontrarme transportado a una bahía que no tiene par en el mundo por su magnificencia, y en el centro de un estupendo panorama, se me despertaban sentimientos que, en verdad, no puedo definir y que difícilmente podrían ser concebidos, aun por aquellos más devotos de lo pintoresco. Decir que nos sentíamos muy contentos, sería expresar muy pobremente las sensaciones que aquello nos produjo. No creo, sin embargo, que tal expresión fuera superada si adoptáramos la figura del señor Núñez, de que no podemos sino sentir "la necesidad de vivir". Aunque, para decir verdad, y la pura verdad, a todo aquello se mezclaba cierto temor de terminar asados, porque el calor era algo insoportable.

Poco después de entrar en la bahía, aparecieron a mano derecha las sólidas fortificaciones de Santa Cruz. En la orilla opuesta, los muros enjalbegados de numerosas casas de campo relucían entre el verde oscuro de los bosques y entre los matorrales espléndidos que los rodean. A las dos horas, más o menos, de haber entrado en la bahía, pudimos ver la ciudad de San Sebastián, o Río de Janeiro como se la llama comúnmente, edificada sobre una lengua de tierra que avanza dentro de la misma bahía y al pie de las altas montañas que proyectan su sombra sobre ella.

La ciudad vista de cerca es agradable, pero no imponente.

Muy pocas cúpulas y chapiteles saltan a la vista. El palacio¹⁸ es un edificio amplio pero no muy hermoso; este edificio y el acueducto, cuyos arcos vienen desde la montaña a la ciudad a través de nueve millas, son rasgos muy prominentes en el aspecto que ofrece la ciudad. Los edificios son muy superiores en apariencia a los de las ciudades de América española: son de granito o de ladrillo, revocados y blanqueados y generalmente de dos, tres y cuatro pisos. No se construyen para cerrar patios, sino más bien a la manera de las casas que se ven en las calles de Londres. Las entradas de las casas y las escaleras son pobres, pero los departamentos interiores espaciosos y hermosamente decorados. Las ventanas no tienen rejas como en Buenos Aires, sino que se abren sobre alegres balcones. Las calles son en su mayor parte estrechas y sucias, y la falta de aceras resulta muy peligrosa para los peatones por las salpicaduras de los carros que a menudo avanzan junto a las mismas fachadas de las casas.

La catedral es un edificio sencillo y sin mayores adornos, muy bien situado sobre una altura llamada de San Sebastián. Hay siete parroquias en la ciudad y creo que cada una tiene su iglesia; de todas maneras hay varias iglesias, dos de las cuales son notables: una es la de las Carmelitas, ahora llamada la Capilla Real. El interior de esta iglesia tiene profusión de dorados y decoraciones. Hay en ella una cabeza tallada en madera que pretende representar la cabeza de un infiel; su boca se abre angustiosamente. Está frente a un crucificado, y cuando se eleva la hostia, sale invariablemente de su boca abierta un horrendo gemido. Este milagro se produce a través de un caño que viene del órgano. La otra iglesia llamada *Candelaria* es la que ha sido edificada dentro del mejor gusto, entre todas las de la ciudad. El palacio del Obispo es también un hermoso edificio. Hay dos hospitales públicos en la ciudad y un arsenal que se levanta en sus cercanías ha experimentado muchas mejoras últimamente.

El teatro de Río, según entiendo, es igual en cuanto a capacidad y decorados a la Opera de Lisboa y tiene una dispo-

¹⁸ Se entiende el palacio del Emperador. (N. DEL T.)

sición semejante. El edificio contiene cuatro hileras de cómodos palcos; los palcos centrales están reservados para la corte y cerrados por una cortina de seda azul que sólo se abre cuando está presente el Emperador. La platea es amplia y tiene sillones separados uno de otro. Me divertí mucho con la representación de la ópera aquí, y más todavía con el *ballet*, en que la danza era verdaderamente buena. Las casas de comercio no son muchas ni atrayentes por su apariencia. Los orfebres y los joyeros están en una sola y única calle, como en Lisboa. Las modistas y las manteras que son todas francesas, en otra. En las demás calles, las tiendas son muy inferiores y en ellas los artículos manufacturados ingleses (de todas clases) pueden adquirirse por poco mayor precio que en Inglaterra. Hay muchas otras casas de comercio y restaurantes, tenidos por ingleses, en las calles cercanas al puerto, con nombres e inscripciones en inglés. Los paseos públicos y los jardines en las vecindades de esta ciudad, son deliciosos. Desde ellos se pueden contemplar los más hermosos panoramas de la bahía, donde parecen manchas los buques de todas partes del mundo y los colores de las montañas circundantes. Uno de los jardines tiene grutas, esculturas, fuentes, y le dan sombra los árboles de mango, los manzanos, rosas, espléndidas flores de pasionaria y varias otras plantas parásitas. Pueden verse otros jardines, más generalmente en el estilo inglés. En las vecindades de Río hay plantaciones de café y de caña de azúcar y se cultivan con gran provecho. La canela, la nuez moscada y el clavo de especia también se cultivan con buenos resultados. El árbol del té ha sido importado de China, y los chinos han tratado de hacerlo producir, pero esta empresa, así como la cría de la cochinilla en higueras, no ha tenido buen éxito.

Uno de los menos agradables espectáculos en Río es el de las filas de esclavos negros cargados pesadamente como podrían hacerlo filas de caballos. Estos pobres seres pueden verse gimiendo bajo las cargas de mercancías, sin nada que cubra sus cuerpos como no sean unas cortas faldas de lienzo. Las tareas que sobrellevan, según me informó un vecino de Río, los agotan por lo general al cabo de unos diez o doce años y después

tienen que arrastrarse enteramente desvalidos y sin amparo. Cuando, tambaleantes bajo el peso que cargan, dan por casualidad contra un hombre blanco que pasa, son pateados o castigados según el capricho del ofendido, porque el negro tiene pena de la vida si levanta la mano contra el prójimo de pigmento favorecido, aunque sea en su propia defensa. Entiendo que sus amos observan diversas maneras de conducirse con ellos; unos exigen del esclavo todo lo que recibe por su trabajo, dejándoles una parte para ellos; otros les permiten retener lo que ganan, pero hasta un cierto límite en dinero. Y se dan casos en que el esclavo llega a economizar una suma suficiente para obtener por este medio su libertad.

Los deliciosos paseos por Río de Janeiro, muy rara vez se ven animados con la presencia de señoras o señoritas de la ciudad. Éstas según parece, son en sus costumbres muy recogidas. No se las veía nunca en sus ventanas ni se tropezaba con ellas a la salida de misa según pude comprobar. Y aun en el teatro, en total no vi más de media docena. Aquellas graciosas mantillas, aquellos flotantes bucles negros, desaparecieron ¹⁹. Llevaban la cabeza oculta por amplias capotas. Sus formas me parecieron más bastas, sus ojos menos animados, sus maneras menos simpáticas para un extranjero, comparadas con las porteñas; pero esto debe decirse con cierta duda e incertidumbre. Porque en una visita de transeúnte, no tuve oportunidad de alternar con la mejor sociedad de Río, aunque tenía conmigo una carta de mi distinguido amigo Sir Sydney Smith, para presentarme al Emperador Don Pedro, de quien aquel ilustre almirante británico es gran amigo, y también otras cartas de presentación para personas principales de Río. Como el barco debía hacerse a la vela tres días después de su llegada a Río, estuve tan ocupado en los asuntos que acaparaban entonces mi atención, que no dispuse de tiempo suficiente para hacer uso de las ventajitas que me hubieran procurado aquellas cartas de presentación.

En 1807, la población de la ciudad y suburbios no pasaba de cincuenta mil habitantes. Un autor respetable, Caldcleugh,

¹⁹ Las mantillas y bucles de las mujeres de Buenos Aires. (N. DEL T.)

estima el número actual de habitantes en ciento treinta y cinco mil, clasificados así:

Brasileños y portugueses	25.000
Negros	105.000
Extranjeros	4.000
Gitanos	400
Indios caboclos o mestizos	600
	135.000

El progreso de este país desde que la sede del gobierno (portugués) fué trasladada de Lisboa a Río de Janeiro (lo que se realizó con el traslado de la corte a esta ciudad en 1807) ha sido muy considerable. Desde entonces los edificios de la ciudad han aumentado rápidamente: surgieron muy pronto nuevos barrios, calles, iglesias, el teatro, el Banco; *villas* y *casas de campo* que ahora relucen entre los naranjales en una extensión de muchas millas más allá de la ciudad; el comercio aumentó también y con él la riqueza de los habitantes. Al presente, bajo el gobierno benigno de un príncipe sensato y patriota, el pueblo del país goza de los dos grandes objetos que puede tener todo gobierno, a saber, seguridad de la propiedad y justicia para todos. Es verdad que las nubes de la superstición, todavía se ciernen sobre este fecundo y abundante escenario, y la intolerancia impide todavía el acceso sin trabas del capital y la industria europeos, que sin duda llegarían al país si hubiera mayor libertad en sus instituciones políticas. Pero los ingleses no deben quejarse por esto, después de todo lo que han sufrido con los abrazos fraternales de las repúblicas de Sud América. El gobierno del Brasil no se ha dirigido a los créditos europeos con la hechicera canción de la libertad ni con ofertas de ilimitada fraternidad, pero cuanto ha dicho que haría lo ha cumplido. Este gobierno, único entre los gobiernos de Sud América, se ha conducido con buen respecto a los acreedores del Estado; la propiedad que se pone bajo su protección es respetada y sabe administrar justicia. Los millones reunidos en Inglaterra para trabajar

las minas de Buenos Aires, Chile, Perú y Colombia, parece que han sido absorbidos principalmente por la codicia de aventureros inescrupulosos o de rapaces falsos patriotas; una tramoya tras otra, fraude sobre fraude, es lo que caracteriza los procedimientos de estos falsos amigos de la libertad. Yo creo que ningún pago o restitución de clase alguna se ha recibido de ninguna de las empresas de minas, o de las compañías por acciones ensayadas en las diversas repúblicas de Sud América; pero me consta —de muy buena fuente— que las dos compañías formadas para explotar las minas del Brasil, están ahora obteniendo buenas ganancias; que la *Sociedad Imperial Brasileña* recibió oro procedente de las minas en diciembre de 1826, que produjo más de nueve mil libras netas; y que la *General Mining Association* estaba trabajando las minas de San José, en forma próspera, bajo la protección del gobierno brasileño.

La brevedad de nuestra estada en Río, no nos permitió visitar muchos parajes interesantes de los alrededores, sobre los cuales algunos viajeros nos habían hablado con admiración.

El 28 de junio zarpamos con viento favorable y dejamos la deliciosa bahía, no sin un sentimiento casi de pesadumbre. El viaje no fué señalado por nada digno de notarse, pero fué algo más largo que de ordinario. El 28 de agosto llegamos a Falmouth y me sentí regocijado una vez más al pisar el suelo de Inglaterra, después de una ausencia de diez y siete meses.

CAPITULO IX

Observaciones finales. — Efectos de la guerra y mala fe del Gobierno. — Separación de las provincias. — La guerra mantenida solamente por Buenos Aires. — Probabilidad de la continuación de la guerra por la Banda Oriental, de la guerra contra los indios y entre las mismas provincias. — Obstáculos de carácter moral y político que se oponen al buen éxito de los europeos. — Causas del fracaso de diversas asociaciones. — Los trabajos del capitán Head y del señor Miers. — Falta de protección legal. — Irresponsabilidad de los agentes. — Inseguridad en las consignaciones. — Convenios ineficaces. — Emigración. — Aumentan las dificultades políticas de Buenos Aires. — El señor Rivadavia hace renuncia de la Presidencia. — Nuevo empréstito. — Ofrecimiento del cinco por ciento anual.

UN ESCRITOR clásico, no recuerdo ahora su nombre, se expresó así: “En el goce de la paz y del buen gobierno, los hombres sacarán sustento de las mismas piedras”. A esto hubiera podido agregarse: “Pero bajo los castigos de la guerra y del mal gobierno, los hombres morirán de hambre en medio de la abundancia”. Sobre la abundancia y fertilidad de las Provincias del Río de la Plata, sobre su notoria salubridad y su capacidad para soportar una vasta población, sobre su aptitud para empresas comerciales con el resto del mundo, no habrá diferencia de opiniones; pero, con todo esto, el país es extremadamente pobre y al parecer ha de continuar así, a menos que no opere una completa reforma en los principios morales y políticos y en los actos de sus gobernantes.

Los hombres de Buenos Aires poseen un extenso territorio que excede en mucho la aptitud de aquellos para ocuparlo (y esto será así por el transcurso de muchas generaciones), gozan de una posición mucho más favorable para el comercio que cualquiera de las provincias del interior de la República y nada tienen que temer de los ataques de sus vecinos; pero necesitan población y capitales de afuera para desarrollar las buenas condiciones de su país. Por eso, la política más conveniente y clara de esos hombres hubiera consistido en fomentar la paz y las relaciones de amistad y comercio con los estados limítrofes. Parecieron sentir estas necesidades puesto que apelaron a Europa pidiendo ayuda de hombres y dinero para las mejoras internas, y ambos elementos les fueron proporcionados sin restricción. La agricultura —según lo declaraban— constituía para ellos el objetivo principal y ofrecieron concesiones de tierras y grandes adelantos de dinero con ilimitadas promesas de protección a quienes emigraran de sus países de origen. De haberse llevado las cosas con buena fe, la declarada voluntad de progreso interno se hubiera alcanzado en forma paulatina y firme; la población, la riqueza, la inteligencia hubieran dado impulso a esa provincia, y el poder y la influencia necesarias para que las provincias vecinas hubieran sentido la necesidad, y acaso la ventaja de someterse a la supremacía de Buenos Aires.

Pero, sin embargo, apenas dispusieron del dinero y de los hombres de Europa, fueron hechas a un lado las primeras protestas del gobierno, y el rumbo de los políticos cambió. Surgieron proyectos de lejanas conquistas y se llevó la guerra contra los Estados cercanos ¹ y contra los aborígenes del país, para exigir sumisión a un gobierno general a cuya cabeza debía encontrarse Buenos Aires. En esta jactanciosa empresa fueron despilfarrados los fondos destinados a las mejoras internas, y los emigrantes han sido requeridos para cambiar la reja del arado por la espada. Las provincias, que con medidas pacíficas hubieran podido formar una unión federal con Buenos Aires, que a todos beneficiaba, se han convertido

¹ Aunque Beaumont dice Estados, se refiere a las provincias. (N. DEL T.)

en sus declaradas enemigas. Las del Paraguay y Santa Fe derrotaron a las tropas que Buenos Aires envió para reducirlas y otras provincias intentarán hacer lo mismo si se las ataca.

Esta guerra ha puesto en evidencia la falacia de la unión de las veinte provincias de Sud América. Positivamente no hay dos de ellas que estén, ni política ni moralmente unidas. Buenos Aires, en efecto, está llevando sola la guerra contra el Brasil; porque la provincia limítrofe de Entre Ríos ha contribuido poco más que con las pérdidas sufridas, y según creo, fuera de Mendoza ninguna provincia ha enviado contingente alguno para mantener la guerra.

Las provincias, generalmente, no están ligadas entre sí ni por los lazos del afecto ni del temor. Están en la condición de simples poblados dispersos en los vastos desiertos de Sud América, y las necesidades de cada población son tan pocas y tan fácilmente suplidas, que viven independientes unas de otras. La mayoría de las provincias consisten en poco más que en una ciudad con cierto número de ganado en sus alrededores, separadas por extensiones desiertas y estas últimas están ocupadas solamente por animales salvajes e indios nómades. Durante la dominación española, las ciudades dispersas estaban sujetas a un gobierno central que se ocupaba de todas ellas y tenían un ejército común: durante la guerra de emancipación la unión se mantuvo como consecuencia de la presión exterior ejercida por los ejércitos españoles enviados de ultramar, y por la necesidad del apoyo recíproco. Pero cuando el gobierno militar de España hubo desaparecido y cesó el apremio exterior de las armas, desapareció también la necesidad de unión entre las provincias. Por el contrario, surgió el espíritu de resistencia a todo gobierno y las poblaciones dispersas adoptaron cada una posición separada e independiente.

Algunos viajeros que han recorrido el Río de la Plata ² dicen que los habitantes de una provincia raramente se expresan bien de los de otra provincia vecina y que por lo común se

² Esta designación equivale aquí a Provincias Unidas o provincias argentinas. (N. DEL T.)

regalan unos a otros con la calificación de “mala gente”. Pero todos coinciden en su mala voluntad contra los hombres de Buenos Aires. Este no es un sentimiento antinatural; existe, entre otras razones, la siguiente: las provincias interiores, no teniendo ahora que temer ninguna invasión, no obtienen sin embargo de Buenos Aires protección alguna; entre tanto, los hombres de Buenos Aires, al obligar a los barcos que navegan en uno u otro sentido en el río de la Plata, a detenerse en su puerto y a pagar un derecho, virtualmente obligan a las provincias internas a pagar un tributo. De tal suerte, Buenos Aires se ha enriquecido comparativamente y las otras provincias se han empobrecido. Las provincias sienten esta situación y de ahí que, en lugar de hacer causa común con Buenos Aires en la guerra contra el Brasil, más bien mirarían con buenos ojos reducido su poder. No pueden tener interés en la anexión de la Banda Oriental a Buenos Aires, porque de ello se seguiría que, los derechos exigidos en Buenos Aires serían exigidos también en la parte norte del gran río. El interés de las provincias parece consistir en que ambas orillas del río estén bajo gobiernos separados, para que, como hay un canal en cada orilla, ellas estén en condiciones de escoger el que sea más accesible y beneficioso³. La guerra por la Banda Oriental, sin embargo, sostenida contra el Brasil durante estos últimos dos o tres años, ha detenido el avance de prosperidad y civilización en el territorio de las provincias todas. Las más hermosas de ellas, las que están en la costa norte del río de la Plata —Entre Ríos y la Banda Oriental— han sido llevadas a un verdadero estado de anarquía y miseria. Sus inmensos rebaños han sido exterminados y la tierra que iba allí aumentando de valor, ahora no lo tiene. Los comerciantes de Buenos Aires, con excepción de algunos pocos intrigantes que han enriquecido a favor de las desgracias del país, han visto generalmente malogrados sus negocios. Gentes de toda condición se han empobrecido. El producto del empréstito europeo se agotó y el gobierno se halla tambaleante,

³ Este supuesto del autor parece ocultar una confusión de orden geográfico. (N. DEL T.)

al borde de la bancarrota, apoyado sobre el frágil soporte del papel moneda.

Para los de Buenos Aires, sería sin duda el *desideratum* poseer ambos márgenes del río para con ello tener la llave del interior íntegramente en su poder; pero los imperialistas no les entregarán fácilmente la orilla norte del río, puesto que la consideran *límite natural*, como lo llaman, de su propio territorio. Esto es lo que los imperialistas deben desear más vivamente, al ver que el viejo límite entre la Banda Oriental y el Brasil estaba en Río Grande y se vió expuesto siempre a las incursiones de los orientales. La posesión de la provincia [Oriental] por los hombres de Buenos Aires, dejaría entonces al Brasil siempre abierto a los ataques de aquella aspirante república.

La cuestión del derecho de posesión entre estos beligerantes es de poca entidad. La fuerza debe decidir el título; pero en realidad no aparecen muy fundadas las pretensiones de Buenos Aires, ni los epítetos que los diplomáticos y periodistas de Buenos Aires arrojan contra sus opositores brasileños. En pocas palabras, la historia de la línea de posesión, es esta: hace ahora justamente cien años, la Banda Oriental estaba habitada por los indios. Tanto los portugueses como los españoles proyectaban fundar colonias en ese territorio; pero los españoles tomaron la delantera y fundaron una pequeña, de veinte familias, en Montevideo y arrojaron al final completamente a los indios. Por ese tiempo, los portugueses fundaron una colonia donde ahora se encuentra la Colonia, o muy cerca de ahí. Cuando las provincias españolas sacudieron el yugo de la madre patria en 1810⁴, cada provincia tuvo derecho a erigirse en provincia separada o a unirse como mejor le pareciera. Los orientales optaron por obrar independientemente, repudiaron la supremacía que Buenos Aires asumía

⁴ El autor no menciona todas las luchas entre españoles y portugueses por la Colonia, las derrotas de los portugueses y los tratados diplomáticos por los cuales España devolvió a Portugal ese asiento, provocando la indignación de los hombres de Buenos Aires y de Montevideo. (N. DEL T.)

y se levantaron contra ella tan ruidosamente como lo habían hecho antes contra sus dominadores brasileños ⁵.

En tiempo de Artigas lucharon contra los hombres de Buenos Aires y arrojaron sus tropas del territorio, y además de esto, entraron en territorio brasileño y cometieron despojos en él. Esto provocó una guerra con el Brasil ⁶, en la que fueron conquistados y reducidos a la condición de provincia de aquel Imperio ⁷. Los brasileños entonces tomaron, por derecho de conquista —le dieron un título adicional— un traspaso de soberanía que les hizo el último rey de España. Pero el primero es asaz suficiente si tienen fuerzas para conservarlo y si no, el último no ha de ayudarles nada.

Se temió desde un principio, dados los desmedidos términos violentos con que los políticos de Buenos Aires sazonzaban sus discusiones con la corte del Brasil, para inducirla a dejar la Banda Oriental, que habría de llegarse a la lucha; pero pocos creían que los republicanos hicieran tan pronto un llamado a las armas con sacrificio de su naciente comercio y sin preparación como estaban para competir con la fuerza naval y militar de su poderoso rival. El bloqueo del Río de la Plata y con él la pérdida del comercio y de la renta eran las inevitables e inmediatas consecuencias de la guerra. Entre tanto, si bien los republicanos fueron capaces de invadir la Banda Oriental, no disponían de medios para apoderarse de los puertos fortificados, y mientras éstos fueran retenidos por los brasileños, los productos del interior no podrían tener salida, ni la posesión militar del interior por los republicanos, significar verdadera ventaja. En esta situación precisamen-

⁵ En realidad, los portugueses (y no los "brasileños" como dice el autor), mientras estuvieron en la Colonia, nunca dominaron a los habitantes del Uruguay, *ni lo pretendieron*, porque su jurisdicción se extendía a muy poco más del lugar del asiento. A ello se habían comprometido por un tratado. De manera que el argumento del autor falla lamentablemente. (N. DEL T.)

⁶ Con Portugal y no con el Brasil, que todavía no era independiente, y no fueron los orientales los que entraron a territorio portugués a cometer desmanes, sino todo lo contrario. (N. DEL T.)

⁷ Provincia portuguesa. Después fué provincia del Imperio. (N. DEL T.)

te, están ahora los republicanos. Su escuadra (si puede llamarse así a sus pocos barcos cañoneros) bajo el mando del intrépido Brown, ha hecho maravillas. Ha superado todo cuanto razonablemente hubiera podido esperarse de ella, pero el bloqueo del río y los puertos fortificados, continúan en manos de los enemigos. Los éxitos de los republicanos se adquieren al precio de enormes sacrificios y no producen resultados inmediatos.

La clave está en cuál de los dos Estados será capaz de soportar el empobrecimiento por tiempo más largo, sin agotarse, y cuando esto se dé por averiguado, la paz en las provincias del Río de la Plata estará lejos de haber sido establecida. Porque si los brasileños fueran arrojados de la Banda Oriental, no es de esperar que sus habitantes, ahora no más que antes, se sometan a ser gobernados por el gobierno de Buenos Aires. Un ancho y peligroso mar dulce los divide y son opuestos sus intereses. El canal directo y el agua profunda están hacia el lado norte, hacia el lado de Montevideo. Si el río estuviera libre, el tráfico con las provincias del interior sería a lo largo de esta orilla ⁸ y no por el lado de Buenos Aires. Los barcos que remonten el río no tendrán que cruzar los peligrosos bancos de arena de Buenos Aires, salvo que se les obligue a hacerlo. Esta compulsión se hace evidente contra los intereses de la Banda Oriental y de todas las demás provincias. Es de creerse, como consecuencia, que los aspirantes políticos de la Banda Oriental, como los de otras provincias, preferirían la independencia a la unión con Buenos Aires, y si se vieran desembarazados de los imperiales, arrojarían, como lo hicieron antes, a los de Buenos Aires para caer, una vez debilitados, bajo el poder de los brasileños. Si, por el contrario, la Banda Oriental permanece anexada al Brasil, como sus habitantes descienden de españoles y esta raza siente mortal aversión por la de los portugueses, siempre estarán dispuestos a la rebelión y otra vez la ayuda y la incitación de Buenos Aires se

⁸ El autor no parece acreditar mucho conocimiento geográfico de la región, al hacer tales afirmaciones. (N. DEL T.)

produciría dando lugar a nuevas luchas. Cualquiera quede dominando en la Banda Oriental, es de creer que el territorio sea teatro de guerras por muchos años y en consecuencia nadie podrá emplear su capital o su industria en aquella provincia con seguridad. La única manera, en apariencia, por la que puede ser salvada de estas continuas luchas y gozar de las bendiciones de la paz y la seguridad, es la de convertirla en estado independiente bajo la garantía de un gran poder marítimo como Gran Bretaña. Un estado neutral de esa naturaleza, sería también lo más deseable para defender la parte más débil de la frontera brasileña; dejaría entonces de ser objeto de aprensión por parte del Brasil, y Buenos Aires no tendría pretexto para nuevas interferencias⁹.

Contra los indios oprimidos, los hombres de Buenos Aires han mantenido por cierto tiempo una guerra de exterminio y en correspondencia, los indios han hecho una guerra de asesinatos contra los de Buenos Aires. Estos últimos, año tras año han ido extendiendo sus fronteras dentro del territorio indígena, y sin pararse a considerar el precio exigido por los indios, en plata, fijaron su propio precio en sangre. Los aborígenes, probablemente podrán ser a la postre despojados de su herencia, pero sus incursiones hostiles han de continuar por muchos años. Aun ahora siembran el terror y la inseguridad a pocas leguas de Buenos Aires y de las otras ciudades principales.

Con lo dicho, y si se atiende a la política impaciente y codiciosa de los presentes gobernantes de Buenos Aires, hay muchas razones para temer que las guerras y los rumores de guerra con Brasil, con los indios y con la Banda Oriental y otras provincias, haya de continuar perturbando la tranquilidad del país para prolongar su inseguridad e impedir su progreso.

El carácter abierto, amigable y nada ambicioso de la población rural en las provincias, ha sido ya señalado; pero la revolución ha abierto un campo tal a las empresas de hombres

⁹ Fué lo que acurrió en 1828 por intervención de Inglaterra. (N. DEL T.)

ávidos y sin principios, y aflojado tanto las trabas legales, que no ha mejorado de ninguna manera la moral de los hombres de las ciudades, particularmente en Buenos Aires. Conozco hombres dignos y de altas miras en Buenos Aires, tanto nativos como ingleses pero lo que predomina, por desdicha, es lo contrario. El buen éxito parece que lo justifica todo. Fraudes vergonzosos se cometen no sólo con impunidad sino con muy poco daño para la reputación. Si un hombre se hace rico, nadie pregunta por qué medio se hizo; se hizo rico y en consecuencia es hombre importante. La queja de algún amigo confiado que fué víctima de un engaño se mira con indiferencia entre el número de casos parecidos que ocurren, y quizás la víctima sea objeto de burlas por su credulidad, o desmentido o injuriado.

De Europa, adonde miran naturalmente los nativos para buscar ejemplos de conducta, es de lamentar que no hayan llegado los especímenes más benéficos. Aventureros sin un céntimo en el bolsillo —quebrados fraudulentos, comisionados infieles— viven en Buenos Aires y se convierten en sus más prósperos comerciantes. La valiosa máxima que dice: “La honradez es la mejor política”, tiene poca aceptación en aquella comarca, y los nativos llanamente dicen al europeo que se lamenta de algún fraude: “¿Por qué lo encuentra reprochable en nosotros? ¿Ustedes, no se engañan unos a otros mucho más?”...

El mayor Gillispie en sus *Gleanings at Buenos Aires* alude al influjo que tienen los despreciables fugitivos de Inglaterra y lo hace en los siguientes términos: “No había cerrado completamente la noche y se dirigieron a nosotros varios compatriotas cuyas vidas y antecedentes individuales eran muy oscuros. Se nos había dicho que algunos habían sido sobrecargos o depositarios acusados de abuso de confianza y se habían convertido en exilados perpetuos de su patria y de sus amigos; también había otros —hombres y mujeres— que, por haber violado nuestras leyes, estaban excluidos de nuestra protección y cuyos crímenes, en parte, eran más difíciles de purgar porque se trataba de autores de asesinatos. Éstos eran algunos de los

reos del *Jane Shore* que se habían convertido por su religión en extranjeros naturalizados; la mejor introducción en este continente para prosperar y tener seguridad". Uno de éstos era, como se había probado, el primer instigador del asesinato de la tripulación del *Jane Shore* y me fué señalado como un vecino verdaderamente afortunado en Buenos Aires y sobre cuya reputación no se había hecho ningún escándalo a propósito del dicho episodio.

Pero las principales deformaciones del carácter aparecen sobre todo entre los trápalas de Buenos Aires y entre los que manejan la política. Entre ellos la bellaquería tiene su asiento supremo, sin temor de la vergüenza o censura. Han arrojado a sus dominadores españoles pero conservando las suspicacias de estos últimos y sus celos del extranjero. Han ocupado los establecimientos de los jesuitas, pero no han arrojado de sí las supercherías ni la inclinación al fraude. Han despedido a los frailes y monjes pero les ha quedado la hipocresía de éstos últimos. Han roto sus propias cadenas de esclavitud, pero los vicios de los esclavos, disimulación y felonía, continúan muy arraigados en sus hábitos.

Tal mezcla de ingredientes no es muy bonita; sin embargo, hay una que predomina sobre todas: es la inclinación al engaño. A la satisfacción de este amado vicio sacrifican todos los demás; hasta su aguda avidez de lucro.

En la conducta del presidente y de los agentes del gobierno, tenemos un ejemplo típico de esa propensión. Hacerse de emigrantes —de colonias agrícolas—, trabajar las minas, eran propósitos principales del gobierno; y los dos primeros constituían sin duda los más esenciales para el progreso y el engrandecimiento del país. Los funcionarios estaban personalmente identificados con el buen éxito de los proyectos. Sus llamados a Gran Bretaña fueron acogidos con entusiasmo y para dar seguridad de que la buena fe sería mantenida, hombres y dinero empezaron a fluir en el país, y entonces, en aquellos funcionarios, al ver que ya tenían ambas cosas en su poder, se impuso el deseo de hacer un mal uso de ellas, y de falsear la expectativa que habían provocado: así se mal-

barataron cantidad muy grande de bienes pertenecientes a los mismos que habían sido engañados, y se perdieron todos los beneficios proyectados en favor del país.

La causa manifiesta e inmediata del fracaso de la *Río de la Plata Agricultural Association* fué la guerra del Brasil y el bloqueo de los ríos. Los grandes ríos navegables son las mejores y con frecuencia las únicas grandes rutas para las nuevas poblaciones formadas en sus orillas; cerrados estos caminos, era imposible que pudiera prosperar la colonia de Entre Ríos. De haber continuado la paz, Buenos Aires y muchas ciudades establecidas sobre el río, hubieran aprovechado todo el trigo y la harina que las colonias podían producir; también legumbres de varias clases, queso, sal, manteca, carbón de leña, cal, y muchos otros artículos de fabricación rústica, mientras los abundantes ganados de la compañía podrían haberse multiplicado en seguridad, y el cuidado y manejo de ellos hubiera contribuído a la demanda de trabajo y a la producción; pero la guerra y el bloqueo, ni dió a los colonos la oportunidad de vender sus productos ni de recibir mercancías ni de comunicarse con sus camaradas para prestarse ayuda en el momento en que fué saqueado todo cuanto llevaban con ellos, por nativos desahorados y enemigos de la provincia. Por eso, frente a la guerra y el bloqueo, la naciente colonia de Entre Ríos no hubiera podido prosperar y nadie se forjó ilusiones de que tuviera éxito cuando se produjo la farsa de llevar hacia allá los colonos desde Buenos Aires. No debemos, sin embargo, engañarnos atribuyendo todo por entero exclusivamente a la guerra y al bloqueo. Aquellas causas no se dejaron sentir contra una pequeña colonia enviada de Buenos Aires a Entre Ríos y a la que estaban expulsando de su asiento los nativos, justamente antes de la llegada de los agricultores de la Asociación ¹⁰; tampoco se ejercieron contra el establecimiento de San Pedro, ni contra la *River Plate Mining Association*, ni contra otras numerosas compañías que han sido fundadas en Buenos Aires, o para cosas de Buenos Aires,

¹⁰ Quiere decir que antes de la llegada de Beaumont con sus colonos, ya había otros colonos ingleses en el campo de Entre Ríos. (N. DEL T.)

todo lo cual ha terminado en desilusión y en inmensa pérdida. No: las causas predominantes y duraderas de esos fracasos, son: la mala fe del gobierno y la rapacidad y felonía de los principales políticos.

Cuando llegaron los agricultores de la Asociación, resultó que todos los intereses estaban formados en orden de batalla contra ellos. Los terratenientes de las ciudades que tenían labriegos u horticultores en sus campos, no vieron otra cosa que la pérdida que podía significar para ellos la competencia de los recién llegados; los que trabajaban tierras y huertas por su cuenta, aunque muy escasos en número, pensaron que su trabajo terminaría; los panaderos de Buenos Aires, que con frecuencia son también molineros (porque cada uno muele su grano ayudado por un molinero en un rincón de la casa destinada a la panadería) se mostraban resueltos enemigos de las colonias agrícolas, y los comerciantes que importaban trigo y harina desde países distantes como principal artículo de comercio, eran naturalmente enemigos de una empresa que tenía por objeto independizar al país de las importaciones de harina extranjera. Los celosos nativos, llenos de prejuicios, mostraban general aprensión de que el establecimiento de colonias inglesas dentro de su territorio pusiera en peligro su independencia política.

Si a estas aprensiones y a estos sentimientos (contra el buen éxito de las colonias) se añade la ventaja inmediata y personal que podía reportar la dispersión de los colonos llegados, el reparto de sus bienes y fondos, el convertir a los emigrantes en soldados y marineros o bien en artesanos, para pelear o para trabajar en provecho de otros, y se añade también y sobre todo el gusto de engañar y defraudar a los confiados amigos de Inglaterra, quizás no sea de maravillarse que los beneficios de las proyectadas colonias al país, fueran sacrificados a ganancias inmediatas y a satisfacciones individuales.

El capitán Head observa muy atinadamente: "En el país que acabo de dejar, donde el dictamen de los hombres está gobernado por bárbaras y desenfrenadas pasiones, pude advertir que, frustrar sus expectativas significaba provocar su resentimiento, y apartar de ellos un provecho era robarles

su presa". Cuando el capitán Head advirtió el engaño en el asunto de las minas y suspendió los gastos que hubieran seguido haciéndose de los fondos de los capitalistas de Londres en aquel embeleco, fué pródigamente denostado por los gobernantes de Buenos Aires por haberlos frustrado en sus propósitos; y cuando el señor Barber Beaumont tuvo la evidencia de la insinceridad de las promesas con respecto a la emigración y evitó que el capital inglés siguiera haciendo adelantos para proveer de emigrantes, él también compartió, y mucho, aquellas ofensas. Dijeron a quien quería oírlos que el señor Barber Beaumont cobraba una gruesa comisión sobre cada emigrante y una comisión adicional sobre los hombres que entraban en el ejército o en la armada. Se sostuvo entonces en el diario que elogiaba la administración del señor Rivadavia que la *Agricultural Association* se había organizado con propósitos de agiotaje, y que el señor Barber Beaumont se había beneficiado con ella. Sin embargo, se probó que todas estas fábulas no tenían ningún fundamento. Por desdicha, el señor Barber Beaumont no había recibido nada. Todos fueron desembolsos para él: ni había concertado ninguna especie de comisión, ni esperaba ninguna clase de beneficio por sus trabajos y desembolsos, como no fuera el reembolso del dinero adelantado, con el interés corriente; ni ninguno de los directores —a excepción de los directores oriundos de Buenos Aires— había dejado de pagar sus cuotas a su debido tiempo y en su totalidad, ni había ninguno de ellos —salvo lo que ya se ha dicho— vendido una sola acción. El liberal (y agregaré filantrópico) espíritu con que aquellos caballeros procedieron, no pudo ser sentido ni comprendido por los intrigantes de Buenos Aires y por eso pueden ser excusados si no lo creen.

En verdad es imposible para cualquier compañía por acciones tener éxito en aquel país, ahora y dentro de muchos años. Los elementos de la sociedad están todavía desacordes en extremo, la probidad de los vecinos demasiado floja, sus vistas demasiado limitadas al simple *yo* y al momento presente, la inclinación de los agentes o comisionados a engañar y robar a los empleadores es muy fuerte. El engaño y el fraude se ven enteramente libres de toda sanción legal y no los acom-

pañá el oprobio; las leyes son imprecisas y no se aplican honradamente; el gobierno demasiado débil y enredador. Tal como están las cosas, el hombre que aventura su propio capital en aquel país, se verá obligado a administrarlo bajo sus propios ojos, con sus propias manos, y a recibir con una mano y dar con la otra. Aun así le quedará mucho que hacer para evitar que lo engañen. Yo no aventuraría tal opinión si estuviera fundada en miras abstractas o en observaciones personales no confirmadas, pero las mías son opiniones con las que, según creo, coinciden todos cuantos han visto mucho del país. Entre todos los que se han arruinado por haber puesto erradamente su confianza en los gobiernos de Sud América, la mayoría ha sufrido en silencio y pasa inadvertido. Pero otros, de mayor experiencia que yo, han dejado constancia de sus casos particulares. Además de las *Rough Notes* y relatos del capitán Head, los *Travels by Chile and La Plata* de Mr. John Miers, caballero inglés y hombre de ciencia que ha vivido casi diez años en Chile y en Buenos Aires, y gastado y perdido casi veinte mil libras en ensayos para establecer fundiciones de cobre y en otras empresas útiles en Chile, instruirá a los confiados y crédulos europeos de cuanto puede esperarles. Nadie debe embarcar ni su persona ni sus capitales para Sud América sin antes haber leído las obras de estos inteligentes e informados viajeros.

El capitán Head resume los impedimentos de carácter moral y político que se oponen al buen éxito de cualquier empresa de minas en el país, con las siguientes expresivas observaciones. Pueden aplicarse igualmente a cualquier empleo de capital inglés en aquel país.

MORALES

“El carácter de la población, la falta general de educación, y en consecuencia, las miras estrechas e interesadas de los nativos; la falta de hábito para los negocios entre las clases del pueblo más acomodadas; las clases más pobres desafectas

al trabajo y ambas desprovistas por completo de la idea de lo que es un contrato y de lo que es la formalidad y la puntualidad, y de cuál es el valor del tiempo; la imposibilidad, entre un pueblo escaso, de obtener competencia abierta, o de evitar el monopolio de todos los artículos de necesidad o las combinaciones para levantar todos los precios *ad libitum*; los hábitos de saqueo cerriles, de los gauchos; la absolución impartida por los clérigos en todos los casos; la insuficiencia de leyes.”

POLÍTICAS

La inestabilidad e incapacidad del gobierno nacional de las Provincias Unidas; los gobiernos provinciales y sus revoluciones súbitas; los celos existentes entre Buenos Aires y las provincias. A despecho de los contratos, el gobierno (de Buenos Aires) no permitiría extraer grandes ganancias de las provincias y ni siquiera pasar por esa ciudad sin exigir una contribución; los individuos, incitados por el clero, harían caer al gobernante; sus actos y contratos caerían con él; la junta podría renunciar volutariamente; no hay entonces responsabilidad; no hay tampoco remedio ni apelación”.

Se hace tan difícil recuperar —por medidas legales— una suma de dinero que se nos deba, y son tan serios los gastos y dilaciones de la gestión, que pocos se arriesgan a ello a menos de que estén seguros de un empeño ¹¹ pero éste no se gana por públicos servicios al país. El almirante Brown, a cuya pericia y energía le deben todo, se ha visto obligado a ir a los Tribunales para poder cobrar su sueldo y la parte que le correspondía en las presas, las cuales, aun así no podía procurarse hasta que estuvo a punto de renunciar a su comando y abandonar el servicio. Su segundo en el mando, el capitán Parker, excelente oficial de marina que fué sonsacado a la *Ric de la Plata Agricultural Association*, me dijo que cuando estaba al servicio de Buenos Aires algunos años antes, llegaron

¹¹ *Empeño*, así, en español, en el original. *Protector, padrino... dice el Diccionario. Hoy diríamos, recomendación, cuña...* (N. DEL T.)

a deberle una considerable suma entre sueldos y presas, que no había podido cobrar y sólo esperaba ganar algo para reanudar sus gestiones personalmente en el país. Y también se da el caso de Mr. Robert Jackson, comerciante muy conocido bajo el nombre de Port Jackson. Estuvo varios años en pleito con el gobierno por mercaderías que le había suministrado y al final obtuvo un decreto a su favor por la suma de sesenta mil pesos, pero, según él me dijo en Buenos Aires, le había costado más de cincuenta mil pesos obtener el decreto. Tuve conocimiento de otros casos de la misma naturaleza pero son muchos para relatarlos todos. He mostrado lo bastante como para precaver a todo hombre prudente sobre el riesgo que correrían sus bienes lejos de su propia vista en aquel país. Y doy este consejo muy seriamente, porque, desde las primeras relaciones de Sir Homme Pophan hasta la última del señor Núñez, aquel país ha sido exhibido como excelente campo para los empresarios ingleses. Por lo mismo, el hecho no debe ser disfrazado por más tiempo, tanto más que, lo que impera hasta hoy, ha probado el *ignis fatuus* de las esperanzas inglesas y señalado la tumba de capitales mal dirigidos.

Se han dado oportunidades —es muy cierto— que han permitido obtener grandes beneficios en operaciones aventuradas y pueden darse todavía. Tales oportunidades pueden haber tenido su origen las más de las veces en el estado de agitación y perturbación del país que no es propicio a un abastecimiento bien regulado, y de ahí que a veces se den ocasiones en que las mercancías se pueden introducir de súbito obteniendo grandes ganancias; mas para juzgar con seguridad sobre esas oportunidades, y resguardar los beneficios (en caso de obtenerlos), el que se aventura deberá haber vivido mucho en el país y aprendido a conocer sus costumbres peculiares, y deberá saber todo lo que está sucediendo en las especulaciones en juego; estar en el secreto del impuesto que ha de venir, y del rumbo que ha de tomar o en el secreto de la supresión de un impuesto, o del embargo, la expedición o el tratado que pueden elevar el precio, o hundirlo. Luego hay otra cosa, como es comprar mercaderías que están en consignación por la mitad o dos tercios de su valor u obtenerlas por menos todavía, al margen

de toda venta regular. Pero si el que se aventura es un agente y consigue mercaderías para vender mediante comisión, puede hacer casi todo lo que su conciencia le permita, porque, al parecer, el consignatario nada tiene que temer de la ley ni de la pérdida de reputación en Buenos Aires. Parecería, dada la conducta de los agentes con respecto a nuestros negocios, que, una vez designados agentes adquirieran un poder ilimitado e irresponsable sobre la propiedad de sus principales, y que pudieran hacer mal uso de los fondos o mercancías a ellos consignados, sin tener en cuenta las instrucciones recibidas, incurriendo en gastos no autorizados y vendiendo mercadería por el precio que se les ocurra, así como girando sobre sus principales a voluntad y negándose a rendir cuentas, hasta que a ellos les acomoda, sin que el mandante tenga posibilidad de sancionar al agente u obtener pago, o siquiera informes sobre su gestión.

En cuanto a cuál es realmente la ley en Buenos Aires, no pude encontrar uno solo que me lo explicara durante mis diez meses de residencia allí. La ley no está publicada sino que es asunto de los entendidos. Parece un producto muy variable y flexible y aunque no proporciona protección a un capitalista de Europa, parece que a un pícaro le sirve para muchos objetos en Buenos Aires.

Con la experiencia que yo he tenido, no era necesario advertir la imprudencia de adelantar dinero en la empresa de mandar emigrantes a Buenos Aires, haciendo fe en los actos del gobierno, pero parece propio advertir a las personas la inconveniencia de llevar trabajadores, criados o aprendices con la esperanza de que van a trabajar para ellos allí con arreglo a los convenios formulados en este país. No deben hacer tal cosa. Los convenios hechos en Europa no son valederos allá. La política del gobierno consiste en eximir a los emigrantes de toda obligación adquirida en Europa, por cuyo medio quedan inhabilitados para volver. Los propios compatriotas de los emigrantes, también incitan a los recién llegados a impugnar todos los contratos europeos para que puedan sacar ventajas de sus servicios. Para contratar los

servicios del criado llevado de Europa, el patrón debe pagar el precio del pasaje y ajustarse al precio corriente del trabajo en Buenos Aires. Las autoridades de esta ciudad no dirán francamente que los contratos a que me he referido no son válidos en la provincia, pero dirán que al convenio le falta tal o cual formalidad. He visto contratos de todos modelos allá, pero ninguno parecía satisfacerles. Por lo que puedo colegir, un contrato, para tener efecto, debe tener una condición bien definida y llevar anexa una penalidad como en nuestras fianzas, cuando el deudor puede ser demandado, o para que cumpla la penalidad establecida, pero estoy muy lejos de asegurar que se ordenaría el cumplimiento de tal contrato y me inclino a creer que no lo sería, dada la mala disposición del gobierno en tales casos.

Ni aconsejaría a nadie llevar criados confiado en promesas de que van a reembolsar, ni en promesas de gratitud. Estas promesas podrán ser sinceras cuando los interesados se hallan en casa y en la inopia, suspirando por la carne barata de Buenos Aires, pero es sorprendente ver con cuánta rapidez los sentimientos de gratitud se disipan apenas se pasa de un hemisferio a otro. He sido testigo de muchos casos en que hombres que casi habían caído de rodillas para obtener un pasaje a Buenos Aires, y habían prometido devotamente reembolsar todos los adelantos, después de obtenido cuanto buscaban, volvieron la espalda a su benefactor, se burlaron de la deuda y pagaron con injurias lo que debían; por eso, si alguien se siente dispuesto a favorecer a quien sea, pagándole su pasaje a Buenos Aires, le aconsejo, si no quiere tener desilusiones, que aleje de su mente cualquier esperanza de reembolso. Esto no dice muy bien en favor de la naturaleza humana, pero por desdicha es la verdad.

Después de lo que hemos visto sobre los gobernantes de Buenos Aires y sobre el destino de quienes confiaron en sus promesas, así como sobre el agitado e inseguro estado del país, no es necesario insistir para precaver a las personas dispuestas a emplear allá sus capitales.

En lo futuro nadie se mostrará tan temerario como para

adelantar dinero en proyectos de emigración o para tomar parte en aquellas sociedades por acciones. Pocos harán gastos con la esperanza de llevarse hombres o criados para beneficiarse con sus servicios. Los manufactureros y comerciantes mirarán antes de caer en manos de agentes y consignatarios y habrán de meditar antes de poner su confianza ni siquiera en sus hombres más allegados para que vayan como sobrecargos a aquella tierra de falsedad y seducción, mientras no se opere en el gobierno una reforma política y moral. Pero hay una clase de personas que, en caso de encontrar los medios para trasladarse al Río de la Plata, puede razonablemente esperar un cambio en su condición. Son los jornaleros y labradores, los operarios manuales, los hombres que trabajen con sus propias manos, que sepan cavar zanjas y pozos y construir represas, los trabajadores de la huerta, los carpinteros, herreros, sastres, zapateros; en general hombres así. Y si tienen manos hábiles para más de una industria, tanto mejor, porque a veces ocurre que una determinada explotación o empresa se halla sobrecargada de trabajadores. Los intelectuales no son buscados, ni los hombres que puedan dirigir a los otros, ni emprendedores ilustrados e inteligentes. El mejor de estos últimos llegado de Inglaterra, se encontraría con que es eclipsado por los criollos. Los hombres de ingenio andan vagando por ahí sin ocupación, los empresarios se ven frustrados en todas sus empresas; y en cuanto a guiar o dirigir a los demás, todos apuntan a esta distinción, y, en consecuencia sobreabundan, como abundan también los factores y los dependientes. Únicamente los operarios comunes pueden ir con seguridad a Buenos Aires con alguna certeza de ganar lo suficiente para llevar vida cómoda con un trabajo moderado, pero aun así, hay que tomar ciertas precauciones. Cuando se le dice a un hombre que ha de ganar dos pesos diarios por su trabajo y que la carne cuesta solamente un penique la libra y las bebidas solamente cosa de un peso y medio por galón ¹², le viene naturalmente la idea de que podrá muy

¹² Medida inglesa de unos cuatro litros y medio. (N. DEL T.)

pronto economizar una fortuna; pero las ganancias no van a producirse como las espera. La carne y el aguardiente son baratos y lo mismo los duraznos: estos últimos, tan baratos como lo son los nabos entre nosotros y con parecido sabor. Todo lo demás, sin embargo, es muy caro. El alojamiento, la ropa, las frutas, son casi dos veces más caros que en Londres; las papas seis peniques la libra. El pan, la manteca, el queso, los comestibles, mucho más caros que en Londres. El clima es enervante y no inclina mucho al trabajo. Los malos ejemplos, las invitaciones de todos lados, o las burlas y reproches de los holgazanes, todo contribuye a provocar la embriaguez, el ocio y el hábito de fumar. En esta línea, pronto el emigrante es llevado al nivel del país, y a la postre, aunque puede lograr vida abundante con mucho menos trabajo que el exigido en Inglaterra, no se encuentra en Buenos Aires ni tan bien ni mejor que en Inglaterra; no se ve tan limpio, ni tan bien vestido o alojado, y casi nunca ahorra dinero ni mejora de condición. Yo había oído decir mucho de esto, antes de salir de Inglaterra, y, tratando del asunto con don Manuel de Sarreatea, ministro [de Buenos Aires] ante la corte, cuya franqueza y sinceridad contrastaban grandemente con las maneras de su predecesor Don Bernardino Rivadavia, aquél no tardó en confirmar el hecho. Me dijo que había observado particularmente hombres que venían con la aparente decisión de consagrarse a su trabajo como lo habían hecho en Inglaterra y ahorrar dinero. Mantuvieron esta resolución durante el primer año. En el segundo pudo observar una lamentable disminución, y en el tercero pusieron casi todos al nivel del mismo pueblo del país. Uno de los propósitos de la *Rio de la Plata Agricultural Association*, era instalar los agricultores ingleses en pequeñas poblaciones fuera de la contaminación del populacho de Buenos Aires y rodearlos de estímulos y facilidades encaminados a mejorar su condición y a aumentar sus posesiones en la misma tierra.

He hablado así de las cosas tales como estaban en Buenos Aires y cerca de esa ciudad: el público inglés ha sido a menudo demasiado alucinado, por descripciones sobre las posi-

bilidades de Buenos Aires referidas más bien a lo que dichas posibilidades podrían y deberían ser. Tales como están las cosas y tal como según parece han de continuar, todos aquellos que pueden valérselas por sí mismos en Inglaterra, deberían reflexionar antes de confiarse ellos y en especial sus bienes, de tenerlos, a la protección de los gobernantes de Buenos Aires. Pueden ocurrir cosas que rediman la reputación del gobierno. El espíritu de un Washington, ayudado por los consejos de un Franklin, puede todavía levantarse entre las cenizas del crédito del país, y enseñar a los hombres de Buenos Aires que, en los Estados como en los individuos pobres y endeudados, las pretensiones de dignidad y rivalidad con sus superiores, son menos honorables que la tranquilidad y la frugalidad, y que, aunque la intriga y el maquiavelismo pueden servir en un momento dado, por último habrá de convenirse en que "la mejor política es la honradez".

Entre tanto, ¿no debiera acaso el gobierno británico hacer valer su influencia y poderío para lograr que se haga justicia a los acreedores ingleses de las repúblicas de Sud América? El gobierno inglés fué el primero en reconocer aquellos Estados. En los tratados concluidos, el objetivo principal era el comercio y la certidumbre de que los capitales confiados a los nuevos Estados, quedaran seguros. Al facilitar estos capitales, los ingleses seguían solamente las indicaciones de su propio gobierno, y de no haberlo hecho así, no se hubieran cumplido aquellos propósitos; porque los republicanos no tenían capital para mover el comercio y para llenar las exigencias del progreso interno. El capital fué facilitado para dar vigor a los tratados y poner en efecto sus propósitos. Más que la buena fe de aquellos desconocidos gobiernos, los capitalistas tuvieron en cuenta la disposición del gobierno británico y su poder para compeler a aquellos al cumplimiento de sus compromisos. Por eso, allí donde los capitalistas, honrada y liberalmente, acudieron a secundar el tratado comercial de su propio gobierno, tienen derecho a la interferencia del gobierno para protegerlos.

Después de escritas las anteriores observaciones, han llegado noticias a Inglaterra de que las dificultades, como era natural, aumentan en Buenos Aires, y del retiro del gobierno, de don Bernardino Rivadavia. De este retiro no puede decirse, como se ha dicho del de otros que oportunamente abandonaron la escena con honor.

"Nada le ocurrió en su vida comparable a la pérdida de su propia vida", porque, en verdad, su renuncia es un documento impropio. Esta declaración o confesión de un caballero, de que su aceptación del cargo "no podía serle sino muy costosa" porque ciertos obstáculos "quitaban al mando toda ilusión", es una confesión de debilidad que hubiera sido esperada difícilmente de un hombre de estado cuyas ilusiones¹³ habían sido de tal manera de animadversión; pero luego dice que "ha llenado su deber con dignidad", que ha sostenido "la honra y la dignidad de la Nación". ¡Oh, la dignidad! Si este presidente republicano hubiera pensado menos en la dignidad¹⁴ de su cargo y avanzado por el simple sendero de la verdad, hubiera salido todo mucho mejor para él, para su país y para sus conciudadanos. Hasta dónde ha sostenido la honra de la Nación, puede juzgarse por las muestras de buena fe registradas en las páginas precedentes. Dice: "Quizás no se hará justicia a la nobleza y a la sinceridad de mis sentimientos" . . . pero agrega que tiene confianza en que ha de hacérsela la posteridad o la historia. En la primera conjetura tiene mucha razón; para que sea una realidad la segunda, debe aplazar la publicación de su historia hasta que el ejemplo que ha dejado de "la nobleza y sinceridad de sus sentimientos", pueda ser olvidado. Pero, como este documento político no es muy largo y constituye una curiosidad en su género, se transcribe literalmente:¹⁵

¹³ *Illusion* en inglés quiere decir *ilusión* y también *engaño*. (N. DEL T.)

¹⁴ Beaumont reduce la acepción de la palabra *dignidad* a *rango, elevación*. (N. DEL T.)

¹⁵ Damos el texto original tomado de *Asambleas Constituyentes Argentinas, etc. Fuentes seleccionadas* . . . por Emilio Ravignani, tomo III, pág. 1231, Buenos Aires, 1937. (N. DEL T.)

Buenos Aires, Junio 27 de 1827

MENSAJE DEL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, AL CONGRESO GENERAL CONSTITUYENTE.

“Cuando fuí llamado a la primera magistratura de la República, por el voto libre de sus representantes, me resigné desde luego á un sacrificio, que á la verdad no podía menos que ser mui costoso al que conocía demasiado los obstáculos, que, en momentos tan difíciles, quitaban al mando toda ilusión, y obligaban a huir de la dirección de los negocios. Entré con decisión en la nueva carrera que me marcó el voto público, y si no me ha sido dado superar las dificultades inmensas que se me han presentado á cada paso, me acompaña al menos la satisfacción de que he procurado llenar mi deber con dignidad; que, cercado sin cesar de obstáculos y de contradicciones de todo género, he dado a la Patria días de gloria, que sabrá ella recordar siempre con orgullo, y que he sostenido, sobre todo, hasta el último punto, la honra y la dignidad de la nación. Mi celo, señores, por consagrarme sin reserva á su servicio es hoy el mismo que en los momentos en que fuí encargado de presidirla. Pero, por desgracia, dificultades de nuevo orden,* que no fué dado preveer, han venido á convencerme que mis servicios no pueden en lo sucesivo serle de utilidad alguna: cualquiera sacrificio de mi parte sería hoy sin fruto. En este convencimiento, yo debo, señores, resignar el mando, como lo hago desde luego, devolviéndolo al cuerpo nacional, de quien tube la honra de recibirlo. Sensible es no poder satisfacer al mundo de los motivos irresistibles que justifican esta decidida resolución; pero me tranquiliza la seguridad de que ellos son bien conocidos de la representación nacional. Quizá hoy no se hará justicia á la nobleza y sinceridad de mis sentimientos: más yo cuento con que al menos me la hará algún día la posteridad: me la hará la historia”.

“Al bajar del elevado puesto en que me colocó el sufragio de los señores representantes, yo debo tributarles mi más pro-

fundo reconocimiento, no tanto por la alta confianza con que tuvieron a bien honrarme, cuanto por el constante y patriótico celo con que han querido sostener mis débiles esfuerzos, para conservar hasta hoy ileso el honor y la gloria de nuestra República. Después de esto, yo me atrevo a recomendarles la brevedad en el nombramiento de la persona a quien debo entregar una autoridad que no puede continuar por más tiempo depositada en mis manos. Así lo exige imperiosamente el estado de nuestros negocios, y este será para mí un nuevo motivo de gratitud á los dignos representantes, a quienes tengo el honor de ofrecer los sentimientos de mi más alta consideración y respeto.

(Firmado) BERNARDINO RIVADAVIA"

Según las últimas noticias, parece que Buenos Aires continúa sin gobierno y apresuradamente se acerca a la anarquía; que ha estallado la rebelión en Entre Ríos y que el ejército rebelde compuesto de cuarenta y cinco hombres de milicia (el populacho descrito en el capítulo VII) aumenta de continuo. Resulta también, según estos periódicos, que aun en paz los gastos del gobierno de Buenos Aires sobrepasan a sus rentas en un millón de pesos anuales.

Se ha intentado también últimamente levantar un nuevo empréstito de seis millones de pesos y las condiciones han sido publicadas con la observación atrayente de que por cada mil libras adelantadas, el prestador puede esperar cuatro mil libras tan pronto como sea hecha la paz con el Brasil. El proyecto es este: por cien libras suscriptas al seis por ciento de interés anual, el gobierno tomará cincuenta libras y esto en su propio papel moneda el cual no alcanzará a un cuarto del precio real del peso en el mercado; en consecuencia, veinte libras podrán comprar cincuenta libras de papel del gobierno y estas cincuenta libras darán derecho al acreedor a seis libras por año (cincuenta por ciento), si puede obtenerlo. Todo aquel que caiga en esta treta descarada, no merecerá, por su excesiva codicia, que nadie se conduela, y no obstante, al me-

nos que la treta tenga buen éxito, no habrá dividiendo para el 12 de enero de este año.

Pero algo aún más maravilloso: hemos visto y soportado a la faz de todos, una obra en dos volúmenes publicada en Londres cuya finalidad parece ser la de que debemos resignarnos por la pérdida de los primeros capitales embarcados en servicio de las repúblicas americanas y ensayar nuevamente el trabajo de sus minas. El capitán Andrews, autor de esta obra ¹⁶, parece que ha sido agente de la *Chilean and Peruvian Mining Association* (en la que se perdió hasta el último chelín). Se muestra Andrews muy irritado contra el capitán Head, porque este último ha tratado de disuadir a sus compatriotas de invertir sus capitales en especulaciones en Sud América y (exclama el escritor) “¿por el hecho de que Sud América al presente (y esta es una atrevida suposición), no posea ni rango político ni prestigio, vamos a abandonarla a su destino, vamos a hacer a un lado todo intento de beneficio nacional con respecto a ella, ni a tratar siquiera de recuperar nuestras pérdidas o de mejorar aquellos hermosos países por nuestra influencia y por nuestro ejemplo? . . .”

Las vistas del capitán Andrews son todavía más liberales: “Si aquellas varias compañías mineras —dice— no produjeran otro beneficio, contribuyen al menos a hacernos conocer geográficamente el interior de un vasto continente, sus producciones minerales y vegetales y las maneras y costumbres de un pueblo, con quien había sido política de sus primeros dominadores que nosotros no nos conociéramos sino superficialmente”. Si esto puede ser un consuelo para las numerosas personas que tienen títulos y acciones en varias compañías sudamericanas, muy avaro sería quien les mezquinara ese consuelo.

¹⁶ *Journey from Buenos Ayres through the Provinces of Cordoba, Tucuman and Salta, to Potosi, thence by the deserts of Caranja to Arica and subsequently to Santiago de Chili and Coquimbo undertaken on behalf of the Chilean and Peruvian Mining Association in the years 1825-1826, by Captain Andrews Late Commander of H. C. S., Windham, Londres, 1827.* Hay traducción española del Dr. Carlos A. Aldao, “La Cultura Argentina”, Buenos Aires, 1920. (N. DEL T.)

Pero el capitán Andrews es un admirador de la administración de Rivadavia y de aquellos aspectos de esa administración por los cuales otros lo han acusado y han dado la espalda al gobernante en el país que gobernó. El capitán Andrews habla de "la creciente prosperidad de la ciudad metropolitana bajo las sabias y políticas medidas del ministro Rivadavia". Agrega: "A él le es deudora del aumento del capital extranjero y de su aplicación a las producciones de comercio de las Provincias del Río de la Plata." Él no solamente convirtió a Buenos Aires en la llave del comercio, sino que, con el ingenio de un Bramah¹⁷ se dió maña para que nadie pudiera usarla sin su consentimiento. Buenos Aires puede ser deudora a Rivadavia de un aumento del capital extranjero porque se dió maña para sacar un considerable capital de los bolsillos de confiados europeos, pero lo ha hecho sacrificando el crédito y el honor nacional. Es verdad, sí, que "con el ingenio de un Bramah" o sin él, cerró el comercio del país a sus verdaderos dueños. Pero, ¿cuáles han sido las consecuencias de su impostura y de su maquiavelismo político? ¿La creciente prosperidad de la ciudad metropolitana? . . . ¡No! . . . Todas las provincias del país han roto sus vínculos con Buenos Aires; todos sus buenos amigos de Inglaterra engañados, le han vuelto la espalda con disgusto. La prosperidad de Buenos Aires ha retrogradado, su tesorería se halla sin un peso; su crédito es insuficiente para levantar un empréstito, aun con promesa de pagar un interés de cincuenta por ciento anual!!!

17 *Joseph Bramah*. Tomo de un conocido diccionario francés, una noticia sobre este personaje: "Mecánico inglés, nacido en Stainborough en 1749 y fallecido en Londres en 1814. Se le deben multitud de invenciones útiles, entre otras: una especie nueva de grifo para saneamiento de las letrinas; la cerradura de seguridad que lleva su nombre; la prensa hidráulica; un aparato para hacer subir —en las tabernas y salas de café—, el líquido desde el sótano al mostrador; una máquina de imprimir para numerar los billetes de banco. Publicó una *Disertación sobre construcción de cerraduras* (1796)", *Nouveau Larousse Illustré*, Paris (s.f.), tome Deuxième. (N. DEL T.)

APÉNDICE

Tratado de amistad, comercio y navegación entre Su Majestad Británica y las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Sea notorio: que habiendo sido concluido y firmado en debida forma un Tratado de amistad, comercio y navegación, el día dos del presente mes de Febrero, por don Manuel José García, Plenipotenciario de parte del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y el señor Woodbine Parish, Plenipotenciario de parte de Su Majestad Británica, de cuyo Tratado la que sigue es copia literal:

Habiendo existido por muchos años un comercio extenso entre los Dominios de Su Majestad Británica y los territorios de las Provincias Unidas del Río de la Plata, parece conveniente a la seguridad y fomento del mismo comercio, y en apoyo de una buena inteligencia entre Su Majestad y las expresadas Provincias Unidas, que sus relaciones ya existentes, sean formalmente reconocidas y confirmadas por medio de un Tratado de amistad, comercio y navegación.

Con este fin han nombrado sus respectivos Plenipotenciarios, a saber:

S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, al Sr. Woodbine Parish, Consul General de S. M. en Buenos Aires; y las Provincias Unidas del Río de la Plata al Sr. D. Manuel J. García, Ministro Secretario en los Departamentos de Gobierno, Hacienda y Relaciones Exteriores del Ejecutivo Nacional de las dichas Provincias.

Quienes, habiendo canjeado sus respectivos plenos poderes, y hallándose extendidos en debida forma, han concluido y convenido en los artículos siguientes:

ARTICULO 1º. Habrá perpetua amistad entre los dominios y súbditos de S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda y las Provincias Unidas del Río de la Plata y sus habitantes.

ARTICULO 2º. Habrá entre todos los territorios de S. M. B. en Europa y los territorios de las Provincias Unidas del Río de la Plata una recíproca libertad de comercio.

Los habitantes de los dos países gozarán respectivamente la franqueza de llegar segura y libremente con sus buques y cargas a todos aquellos parajes, puertos y ríos en los dichos territorios, a donde sea o pueda ser permitido a otros extranjeros llegar; entrar en los mismos y permanecer y residir en cualquiera parte de los dichos territorios respectivamente.

También alquilar y ocupar casas y almacenes para los fines de su tráfico; y generalmente, los comerciantes y traficantes de cada nación respectivamente, disfrutarán de la más completa protección y seguridad para su comercio, siempre sujetos a las leyes y estatutos de los dos países respectivamente.

ARTICULO 3º. Su Majestad el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, se obliga además a que en todos sus dominios fuera de Europa los habitantes de las Provincias Unidas del Río de la Plata, tengan la misma libertad de comercio y navegación estipulada en el artículo anterior; con toda la extensión que en el día se permite o en adelante se permitiere a cualquiera otra nación.

ARTICULO 4º. No se impondrán ningunos otros ni mayores derechos a la importación en los territorios de S. M. B. de cualquiera de los artículos de producción, cultivo o fabricación de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y no se impondrán ningunos otros ni mayores derechos a la importación en las dichas Provincias Unidas de cualesquiera de los artículos de producción, cultivo o fabricación de los dominios de S. M. B., que los que se paguen o en adelante se pagaren por los mismos artículos, siendo de producción, cultivo o fabricación de cualquier otro país extranjero, ni tampoco se impondrán ningunos otros ni mayores derechos en los territorios o dominios de cada una de las partes contratantes a la extracción de cualesquier artículos en los territorios o dominios de la otra, que aquellos que se pagan o en adelante se pagaren, a la extracción de iguales artículos a cualquiera otro país extranjero. Ni tampoco se impondrá prohibición alguna a la extracción o introducción

de cualquier artículos de producción, cultivo o fabricación de los dominios de S. M. B. o de las Provincias Unidas a ellas, o desde las dichas Provincias Unidas, que no comprendiere igualmente a todas las otras naciones.

ARTICULO 5º. No se impondrá mayor ni alguna otra clase de derechos o cargas por razón de toneladas, fanal, puerto, pilotaje, salvamento, en caso de avería o naufragio, ni otro algún derecho local en cualesquiera de los puertos de las dichas Provincias Unidas a los buques británicos de más que ciento y veinte toneladas, que aquellos que pagaren en los mismos puertos por los buques de las dichas Provincias Unidas del mismo porte; ni en los puertos de cualesquiera de los territorios de S. M. B. a los buques de las Provincias Unidas de más de ciento veinte toneladas, de aquellos que se pagaren en los mismos puertos por los buques británicos del mismo porte.

ARTICULO 6º. Los mismos derechos se pagarán a la introducción en las dichas Provincias Unidas de cualquier artículo de producción, cultivo o fabricación de los dominios de S. M. B.; ya se haga la dicha introducción en buques de las Provincias Unidas o en buques británicos; y los mismos derechos se pagarán a la introducción en los dominios de S. M. B. de cualquier artículo de producción, cultivo o fabricación de las Provincias Unidas, ya sea que tal introducción se haga en buques británicos o en buques de las dichas Provincias Unidas. Los mismos derechos se pagarán, y las mismas concesiones y gratificaciones por vía de reembolso de derechos se abonarán a la exportación de cualesquier artículos de producción, cultivo o fabricación de los dominios de S. M. B. a las Provincias Unidas; ya sea que la referida exportación se haga en buques de las Provincias Unidas o en buques británicos; y los mismos derechos se pagarán y las mismas concesiones y gratificaciones por vía de reembolso de derechos se abonarán a la exportación de cualquier artículos de producción, cultivo o fabricación en las Provincias Unidas a los dominios de S. M. B., ya sea que la referida exportación se haga en buques británicos o en buques de las dichas Provincias Unidas.

ARTICULO 7º. Con el fin de evitar cualquier mala inteligencia por lo tocante a los reglamentos que puedan respectivamente constituir un buque británico o un buque de las dichas Provincias Unidas, se estipula por el presente que todos los buques construídos en los dominios de S. M. B.

que sean poseídos, tripulados y matriculados con arreglo a las leyes de la Gran Bretaña serán considerados como buques británicos; y que todos los buques construidos en los territorios de las dichas Provincias debidamente matriculados y poseídos por los ciudadanos de las mismas, o cualquiera de ellos, y cuyo capitán y tres cuartas partes de la tripulación sean ciudadanos de las Provincias Unidas, serán considerados como buques de las dichas Provincias Unidas.

ARTICULO 8º. Todo comerciante, comandante de buque, y demás súbditos de S. M. B., tendrán en todos los territorios de las dichas Provincias Unidas la misma libertad que los naturales de ellas para manejar sus propios asuntos, o confiarlos al cuidado de quien quiera que gusten, en calidad de corredor, factor, agente o intérprete; ni se les obligará a emplear ninguna otra persona para dichos fines; ni pagarles salarios ni remuneración alguna; a menos que quieran emplearlos; concediéndose entera libertad en todos los casos, al comprador y vendedor para contratar y fijar el precio de cualesquier efecto, mercaderías o renglones de comercio que se introduzcan o extraigan de las dichas Provincias Unidas, como crean oportuno.

ARTICULO 9º. En todo lo relativo a la carga y descarga de buques, seguridad de mercaderías, pertenencias y efectos, disposición de propiedades de toda clase y denominación por venta, donación, cambio, o de cualquier otro modo; como también a la administración de justicia, los súbditos y ciudadanos de las dos partes contratantes gozarán en sus respectivos dominios de los mismos privilegios, franquizas y derechos como la nación más favorecida, y por ninguno de dichos motivos se les exigirá mayores derechos o impuestos que los que se pagan, o en adelante se pagaren por los súbditos nacionales o ciudadanos de la Potencia en cuyos dominios residieren: estarán exentos de todo servicio militar obligatorio, de cualquier clase que sea, terrestre o marítimo; y de todo empréstito forzoso, de exacciones o requisiciones militares; ni serán obligados a pagar ninguna contribución ordinaria, bajo pretexto alguno mayor que las que pagaren los súbditos naturales o ciudadanos del país.

ARTICULO 10. Cada una de las partes contratantes estará facultada a nombrar cónsules para la protección del comercio, que residen en los

dominios y territorios de la otra: pero antes que ningún consul pueda ejercer sus funciones, deberá, en la forma acostumbrada, ser aprobado y admitido por el gobierno cerca del cual haya sido enviado; y cada una de las partes contratantes podrá exceptuar de la residencia de cónsules, aquellos puntos especiales que una u otra de ellas juzgue oportuno efectuar.

ARTICULO 11. Para la mayor seguridad del comercio entre los súbditos de S. M. B. y los habitantes de las Provincias Unidas del Río de la Plata se estipula que, en cualquier caso en que por desgracia aconteciere alguna interrupción de las amigables relaciones de comercio o un rompimiento entre las dos partes contratantes, los súbditos o ciudadanos de cada cual de las dos partes contratantes residentes en los dominios de la otra, tendrán el privilegio de permanecer y continuar su tráfico en ellos, sin interrupción alguna, en tanto que se condujeren con tranquilidad, y no quebrantarán las leyes de modo alguno, y sus efectos y propiedades, ya fueren confiados a particulares o al Estado, no estarán sujetos a embargo ni secuestro, ni a ninguna otra exacción que aquellas que puedan hacerse a igual clase de efectos o propiedades pertenecientes a los naturales habitantes del Estado en que dichos súbditos o ciudadanos residieren.

ARTICULO 12. Los súbditos de S. M. B. residentes en las Provincias Unidas del Río de la Plata, no serán inquietados, perseguidos ni molestados por razón de su religión; más, gozarán de una perfecta libertad de conciencia en ellas; celebrando el oficio divino, ya dentro de sus propias casas, o en sus propias y particulares iglesias o capillas, las que estarán facultados para edificar y mantener en los sitios convenientes, que sean aprobados por el Gobierno de dichas Provincias Unidas; también será permitido enterrar a los súbditos de S. M. B. que murieren en los territorios de dichas Provincias Unidas, en sus propios cementerios, que podrán del mismo modo libremente establecer y mantener. Así mismo, los ciudadanos de las dichas Provincias Unidas, gozarán en todos los dominios de S. M. B. de una perfecta e ilimitada libertad de conciencia, y del ejercicio de su religión pública o privadamente, en las casas de su morada o en las capillas y sitios de culto destinados para el dicho fin, en conformidad con el sistema de tolerancia establecido en los dominios de S. M. ¹

¹ El texto castellano de este tratado, reproduce el de la *Colección de Tratados celebrados por la República Argentina con las Naciones Extran-*

ARTICULO 13. Los súbditos de S. M. B. residentes en las Provincias Unidas del Río de la Plata, tendrán el derecho de disponer libremente de sus propiedades de toda clase, en la forma que quisieren, o por testamento, según lo tengan por conveniente; y en caso que muriese algún súbdito británico sin haber hecho su última disposición o testamento en el territorio de las Provincias Unidas, el Consul general Británico, o en su ausencia el que lo representare, tendrá el derecho de nombrar curadores que se encarguen de la propiedad del difunto, a beneficio de los legítimos herederos y acreedores, sin intervención alguna, dando noticia conveniente a las autoridades del país y recíprocamente.

ARTICULO 14. Deseando S. M. ansiosamente la abolición total del comercio de esclavos, las Provincias Unidas del Río de la Plata se obligan a cooperar con S. M. B. al complemento de obra tan benéfica, y a prohibir a todas las personas residentes en las dichas Provincias Unidas,

geras, Publicación Oficial, Buenos Aires, 1884, tomo I, pág. 96. El texto inglés reproducido por Beaumont, incluye al final del artículo 12, una nota que figura en el libro de Núñez, ya citado, y que dice así: "Este artículo fué sancionado por el congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata (en el cual había ocho individuos del clero secular) con sólo dos votos por la negativa, y aun estos fundándose en lo que suele llamarse *circunstancias*, sin contradecir los principios. Esta noticia, valga por lo que valiere en favor de la ilustración de aquel país, puede ser importante en el día en que el Obispo de Roma, coligándose con Fernando VII, con este facsímile del Gran Turco, aparece resuelto a reconquistar para su mejor hermano y aliado, la obediencia de los Estados nuevos de América: y reconquistarla creyendo poder ejercer todavía una autoridad despótica sobre el clero de aquellos Estados. Esta noticia puede ahorrar a su santidad el pecado de seguir en una tarea que ha de cargar toda sobre él, porque ella muestra que ya no tiene allí prosélitos que aboguen por el privilegio de quemar o esclavizar. Mas, si puede ser permitido que una voz humilde, pero humana, se dirija con libertad al Santo Padre, esta ocasión parece propia para decirle que el clero americano ha de recibir su *carta encíclica* de 24 de septiembre de 1824, no como el fruto de una imaginación caduca y delirante, sino como un documento descendido del cielo para su felicidad. Este clero ha marchado paralelo a la independencia política: de este modo, sobre haberse elevado en ilustración y moral pura, se ha granjeado una alta reputación; pero S.S. no sólo pretende que la pierda, sino que también quiere que degüelle; y en esto quiere y pretende S. S. lo que contribuirá a realzar la importancia del clero americano y así también la de su iglesia. Para buenos entendedores, Santo Padre, con muy pocas palabras basta". Hasta aquí la nota. El texto inglés agrega: *Note by the Editor of "Statistics of Buenos Aires"*. (N. DEL T.)

o sujetas a su jurisdicción, del modo más eficaz y por las leyes más solemnes de tomar parte alguna en dicho tráfico.

ARTICULO 15. El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones canjeadas en Londres dentro de cuatro meses, o antes si fuere posible.

En testimonio de lo cual, los respectivos plenipotenciarios lo han firmado y sellado con sus sellos.

Hecho en Buenos Aires, el día dos de febrero en el año de Nuestro Señor, mil ochocientos veinte y cinco. MANUEL J. GARCÍA (L.S.) WOODBINE PARISH. (L.S.).

INDICE

	Pág.
<i>Estudio Preliminar</i> , de SERGIO BAGÚ	7
<i>Prefacio</i>	29

CAPÍTULO I

Partida de Inglaterra. — Viaje al Río de la Plata. — La entrada en el río. — El bloqueo. — Detención en Montevideo. Lo que allí ocurrió	31
---	----

CAPÍTULO II

Bosquejo histórico de las Provincias de la Plata. — Primeros descubrimientos. — Asientos formados por los españoles y por los jesuitas. — Expulsión de los jesuitas. — Declaración de la independencia. — Desunión de las provincias. — Inseguridad de la propiedad. — Bosquejo geográfico de las Provincias del Río de la Plata. — Fertilidad. — Salubridad. — Adecuación para los emigrantes. — Condiciones para el comercio. — El río de la Plata. — Sus principales tributarios. — El Paraná y el Paraguay. — El Uruguay. — Inundaciones. — El suelo. — Productos minerales. — Productos vegetales. — Animales salvajes. — Animales de presa. — Pájaros. — Insectos. — Reptiles. — Peces. — Las estaciones. — Los vientos. — El clima. — Observaciones meteorológicas	40
---	----

CAPÍTULO III

Los aborígenes. — Los criollos. — El gaucho. — El peón. — El esclavo. — Las estancias. — Modo de administrarlas. — El comercio. — Usos y costumbres de la población rural	81
---	----

CAPÍTULO IV

División en provincias. — La Banda Oriental. — Buenos Aires: la ciudad, los edificios, el Fuerte, la Plaza, el Cabildo, la Catedral, las	
--	--

iglesias, los conventos de monjas, los hospitales, la Aduana; derechos de importación y exportación; el Correo, la Casa de Moneda, los hoteles, el Teatro, los mataderos; el lavado de ropas; la Alameda, las diversiones; pesos y medidas; monedas. — Entre Ríos. — Corrientes. — Paraguay. — Santa Fe. — Córdoba. — Mendoza. — San Luis. — San Juan. — La Rioja. — Catamarca. — Santiago del Estero. — Tucumán. — Salta. — Jujuy. — El Alto Perú. — Potosí. — Cochabamba. — Charcas. — La Paz 98

CAPÍTULO V

Índole del Gobierno de Buenos Aires. — Falta de dinero y de hombres. — Empréstitos y Emigrantes. — Decretos del gobierno para fomento de la Emigración. — Promesas de ayuda a los emigrantes y de indemnización a quienes ayudaren a otros con el mismo propósito. — El gobierno invita a Mr. Barber, Beaumont, de Londres, a tomar medidas en favor de la emigración. — Privilegios ofrecidos a los pobladores. — El establecimiento de San Pedro. — *La Río de la Plata Agricultural Association*. — El establecimiento de Entre Ríos. — Intrigas para detener a los emigrantes en Buenos Aires. — Recursos empleados para inducirlos a entrar en la armada del país o en el ejército. — Obstáculos opuestos a su buen éxito. — Prohibición de trabajar sus tierras. — Mal empleo de sus provisiones y fondos. — Les son arrebatadas sus herramientas e instrumentos de trabajo. — Con compelidos a volver a Buenos Aires. — Se les despoja de los restos de su propiedad. — Fraude en el asunto de las minas. — Compañías por acciones 130

CAPÍTULO VI

Diversos modos de viajar en las provincias. — Viaje por tierra de Montevideo a Buenos Aires. — Pensión y alojamiento en el camino. — Cacerías de avestruces. — El Ejército patriota. — Las cacerías de tigres. — "Las Vacas". — Viaje a Buenos Aires. — La llegada. — Los emigrantes retenidos ociosos en la ciudad y en sus cercanías. — Víveres derrochados y caudales malversados por los agentes del gobierno. — Viaje a la Ensenada. — Audiencia con el Presidente don Bernardino Rivadavia 162

CAPÍTULO VII

Persecución y saqueo sufridos por los colonos de Entre Ríos de parte de las autoridades provinciales. — Viaje por tierra a la colonia de Entre Ríos. — San Pedro. — Santa Fe. — La Bajada. — Gual-

Pág.

guaychú. — Llegada a la colonia. — Amenazas de robo. — Vuelta precipitada a Buenos Aires. — Viaje por el Uruguay arriba hasta la colonia de Entre Ríos. — Alarmas. — Paisaje en el río. — Estado de la colonia. — Traslado de los pobladores. — Detenido por las partidas provinciales. — Prisión soportada en Arroyo de la China. — Ejemplos de procedimientos judiciales y militares. — Llegadas [de personajes]. — Recibimiento al gobernador. — Regocijos. — Lealtad y rebelión. — Tramoyas de las autoridades para extorsionar. — Acusaciones falsas. — Un cómico proceso. — Crecidas multas por la absolución. — El último peso por la libertad. — Viaje de vuelta a Buenos Aires 191

CAPÍTULO VIII

Viaje a San Pedro. — Las postas. — Los cardales incendiados. — San Andrés. — Areco. — Arrécifes. — San Pedro. — Los nativos. — Los colonos ingleses. — Diversiones. — El baile de la muerte. — Vuelta a Buenos Aires por el camino del bajo. — San José de Flores. — San Isidro. — La Punta de San Fernando. — El Tigre. — La policía. — Los ladrones. — Una ejecución. — El día de los perros. — Aniversario de la independencia. — Artes y ciencias. — Asuntos navales. — Inseguridad de la propiedad. — Mi partida de Buenos Aires. — Río de Janeiro. — Llegada a Falmouth . . . 224

CAPÍTULO IX

Observaciones finales. — Efectos de la guerra y mala fe del Gobierno. — Separación de las provincias. — La guerra mantenida solamente por Buenos Aires. — Probabilidad de la continuación de la guerra por la Banda Oriental, de la guerra contra los indios y entre las mismas provincias. — Obstáculos de carácter moral y político que se oponen al buen éxito de los europeos. — Causas del fracaso de diversas asociaciones. — Los trabajos del capitán Head y del señor Miers. — Falta de protección legal. — Irresponsabilidad de los agentes. — Inseguridad en las consignaciones. — Convenios ineficaces. — Emigración. — Aumentan las dificultades políticas de Buenos Aires. — El señor Rivadavia hace renuncia de la Presidencia. — Nuevo empréstito. — Ofrecimiento del cinco por ciento anual . . 267

Apéndice: Tratado de amistad, comercio y navegación entre Su Majestad Británica y las Provincias Unidas del Río de la Plata . . . 293

Este libro se terminó de
imprimir el 15 de marzo
de 1957, en los Talleres
EL GRÁFICO / IMPRESORES,
Nicaragua 4462, Bs. Aires

COLECCION

"EL PASADO ARGENTINO"

BARTOLOMÉ MITRE

LAS RUINAS DE TIAHUANACO
(Prólogo de Fernando Márquez Miranda)

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

CALLVUCURA Y LA DINASTIA
DE LOS PIEDRA

(Prólogo de Roberto F. Giusti)

PAINE Y LA DINASTIA DE LOS ZORROS
RELMU, REINA DE LOS PINARES

LUCIO V. MANSILLA

MIS MEMORIAS

(INFANCIA - ADOLESCENCIA)

(Prólogo de Juan Carlos Ghiano)

PASTOR S. OBLIGADO

TRADICIONES ARGENTINAS

(Selección y Prólogo de A. Pagés Larraya)

JUAN B. ALBERDI

FRAGMENTO PRELIMINAR AL
ESTUDIO DEL DERECHO

(Prólogo de Bernardo Canal Feijóo)

DOMINGO F. SARMIENTO

V I A J E S

(I. De Valparaíso a París. II. España e Italia.
III. Estados Unidos)

(Prólogo de Alberto Palcos)

JULIO SÁNCHEZ GARDEL

T E A T R O

(Prólogo de Juan Carlos Ghiano)

T. WOODBINE HINCHLIFF

VIAJE AL PLATA EN 1861

(Prólogo de R. A. Arrieta; traducción de
J. L. Busaniche)

ROBERTO J. PAYRÓ

TEATRO COMPLETO

(Prólogo de Roberto F. Giusti)

EL SAINETE CRIOLLO

(Selección y Prólogo de Tullo Carella)

ÁLVARO BARROS

FRONTERAS Y TERRITORIOS FEDERALES
DE LAS PAMPAS DEL SUR

(Estudio Preliminar de Alvaro Yunque)

P. TOMÁS FALKNER

DESCRIPCION DE LA PATAGONIA Y DE LAS
PARTES CONTIGUAS DE LA AMERICA
DEL SUR

(Traducción y notas de Samuel A. Lafone
Quevedo. Estudio Preliminar de Salvador
Canals Frau)

EDUARDO L. HOLMBERG

CUENTOS FANTASTICOS

(Selección y Prólogo de A. Pagés Larraya)

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

LA AUREORA EN COMACABANA

(Prólogo de Ricardo Rojas; edición y notas de
Antonio Pagés Larraya)